

Boreal Róis I

TAN *SUTIL*
COMO

la brisa

Rosa Alcántara Menéndez

Tan sutil como la brisa

Boreal Róis I

Rosa Alcántara Menéndez

copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2015

Portada © R.A.M.

www.rosamenendez.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

SINOPSIS

PRÓLOGO

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

SINOPSIS

Cualquier lugar es bueno para encontrar el amor y en cualquier lugar pueden ocultarse secretos. Gabriel Drake tiene treinta y cinco años, una situación económica desahogada, un matrimonio herido de muerte y un desafío: negociar en Terranova la inversión de una petrolera para el banco en el que trabaja.

El clima, la frustración y el azar jugarán un papel decisivo cuando se tope de frente con Claire Merritt, tan fascinante como misteriosa. A partir de ahí, su vida quedará atrapada por el pasado de la mujer, por saber qué secretos guarda en su interior y en su casa. Esa que todos llaman La Rosa de los Vientos, la mansión roja o el caserón de la esquina, pero nadie por su verdadero nombre: Boreal Róis.

*Desde la más absoluta humildad,
en memoria de John Kennedy Toole,
por conseguir que ame tanto la literatura.*

PRÓLOGO

Nueva York, 23-4-03
Estados Unidos

No puedo más; estoy acabada. Pienso en mi madre, pero sé que voy a abandonarla como las fuerzas se alejan de mí. Mientras, un peso sudoroso — que me asquea— taladra sin piedad, comprime y revienta todas mis esperanzas. Abro los párpados hinchados por el llanto y distingo unas largas sombras, con tenebrosos brazos agitándose, susurrando difuminadas en la oscuridad; por fin, vienen a socorrerme. Pero no llegan, me traicionan como él, y no puedo más; ya ni el dolor me mantiene consciente. En este frondoso rincón, rodeada de vida y mortecina calma, me despido: «Adiós, mami, gracias por permitirme soñar». Temblando, sin apenas respirar, palpo la tierra donde estoy tirada. En cuanto encuentro lo que busco, me aísto de sus jadeos, de una invasión tan agresiva como deleznable, y hago un último esfuerzo; es ahora o nunca.

UNO

*San Juan de Terranova, 30-1-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Unos zapatos italianos de piel marrón remataban unas largas piernas enfundadas en un elegante pantalón gris oscuro. Nada más tocar el hielo de la acera, fueron con rapidez al maletero del taxi que acababa de llegar del aeropuerto. Gabriel Drake agradeció al conductor la carrera con una ligera caída de párpados, que ocultó durante un breve segundo unos distantes ojos grisáceos, y agarró la maleta enorme donde guardaba una abundante selección de su vestuario más las fundas con varios trajes. Miró alrededor, ajustándose en el cuello una bufanda de lana negra, y se subió las solapas del abrigo oscuro que completaba una estudiada imagen. Tras él, bajo el pórtico del hotel Sheraton Terranova, esperaba un joven y uniformado botones que, en ese momento, se quitó de la cabeza una ridícula gorra azul marino observando una comitiva de vehículos encabezada por un coche fúnebre.

—Bienvenido, señor —saludó el chico con una expresión simpática, en un tono de voz que sugería una gentileza exquisita.

Sin corresponderle, Gabriel desvió la mirada de la carretera. Incluyó la cabeza apretando los labios mientras se desentendió del equipaje y entró en la recepción para registrarse. Absorto minutos después en los pensamientos negativos que no podía remediar, seguido de cerca por el botones acostumbrado a la altivez de algunos clientes, Gabriel se detuvo en la puerta del dormitorio. Del bolsillo interior de la chaqueta, sacó la cartera y un billete de veinte dólares.

—Muchas gracias por la ayuda —dijo Gabriel, dándole la propina—. Muy amable.

De repente, la resignación del chico mutó agradeciendo esa inesperada generosidad con una sonrisa enorme. Gabriel dejó la maleta en la cama y, admirando la vista del puerto, se quitó el abrigo y la bufanda. Acorde a un gusto excesivo por la moda, vestía un traje de lana inglesa hecho a medida que proyectaba una sobriedad tan elevada como el precio pagado al sastre que solía visitar en Londres cuando, por motivos laborales, viajaba a Europa varias veces al año. Apreciaba la calidad de los tejidos y el esmero del trabajo artesano. Se desnudó y colocó la ropa de manera cuidadosa en unas perchas de madera. Luego tomó una ducha y, más tarde, con las caderas rodeadas por una toalla blanca, repasó los datos de la reunión que tenía programada para el día siguiente.

Durante varios minutos habló de finanzas con su padre, John, actual

presidente y director ejecutivo del Nova Scotia Bank. Gabriel gestionaba la inversión del banco en empresas y la obtención de capital o crédito. Ahí debía asesorar a ExxonMobil, el accionista principal de la mayor petrolera canadiense, que bajo un consorcio de varias empresas explotaban en mar abierto el yacimiento *Hibernia*. Debido a que llevaban tiempo con una extracción limitada de crudo, pretendían construir otra plataforma a pocos kilómetros, con unas características similares pero optimizadas a los avances que la ingeniería actual podía ofrecer. Gabriel tenía que visitar *Hibernia* para hablar con los responsables en cuanto tomara posesión de su nuevo cargo como director financiero en la sucursal de esa pequeña ciudad apartada del mundo. Era un gran reto; no obstante, contaba con la ventaja de haber dedicado los últimos diez años a consolidar su carrera en el banco de forma brillante y también tenía una actitud resolutiva loable, aparte de las terribles ganas de aislamiento que sentía o la distancia que necesitaba para ordenar su vida y olvidar un matrimonio tan real como ficticio.

En el cementerio de San Francisco de Asís, una buena cantidad de amigos y vecinos se acercaron a Claire Merritt para darle el pésame. Su madre había fallecido a los cincuenta y cinco años después de una ardua lucha contra el Parkinson. Tras la misa en la Catedral de San Juan Bautista, solo quedaba despedirla por última vez. Entre árboles cubiertos de nieve, en ese instante, menos fría que su corazón, desfiló Claire sujetando el brazo del viejo Harry, andando al ritmo lento que marcaban el cansancio y la tristeza. Asumió que Grace estaba muerta y con ella desaparecía la única familia que le quedaba. No se percató de una figura masculina, encorvada, medio oculta a una distancia prudente. Aquel anciano no apartaba la vista de ella; vigilaba como un halcón. No salió de las sombras y nadie reparó en él. Y si alguien lo hizo, probablemente, lo pasó por alto, ya que la amistad entre Alec Barn, Charles y Chris Merritt, el abuelo y el padre de Claire, fue conocida por la mayoría de los asistentes al entierro.

Cuando llegó Claire a su casa, Boreal Róis, subiendo la escalera observó con detenimiento la impresionante fachada: una solidez a prueba de fuego por la piedra rojiza traída expresamente de una cantera inglesa, algunas columnas de hierro con formas ondulantes, tres cuerpos con tres plantas cada uno, dinteles en las ventanas grabados con ornamentaciones vegetales y unos tejados verdes cerámicos a alturas diferentes coronados por una rosa de los vientos dorada, única, e inconfundible como punto de referencia muy usado

por sus vecinos. El caserón sugería un opulento pasado; sin embargo, la decadencia visible clamaba por una renovación urgente. La misma que Claire debería realizar para aumentar el número de clientes que se hospedaban durante largas temporadas, casi siempre ejecutivos de empresas extranjeras. Llevaba varios meses sopesando los presupuestos de varios contratistas, pero con el empeoramiento de la enfermedad de Grace quedaron relegados. Pensó que ese era el momento para reformarlo o para dejar definitivamente el negocio; aunque desconocía a qué otra cosa podría dedicarse.

Cansada tras días agotadores, entró, colgó el abrigo en el perchero del vestíbulo y atravesó el pasillo hacia su dormitorio en la planta baja, donde dos ventanas con arcos dejaban pasar la claridad unas escasas horas en esa época. Encendió la luz, escuchando el crujir de sus andares en las viejas tablas de madera. Sentada en la cama, se quitó los zapatos de tacón y se masajeó los pies por encima de las tupidas medias negras. Del cajón superior de la cómoda antigua que había entre las ventanas, sacó un pijama de dos piezas de franela y se bajó la falda negra. Desabrochándose la camisa beige entró en el cuarto de baño para llenar la bañera.

En poco tiempo probó con la mano la temperatura. Satisfecha por el grado de calor, terminó de desnudarse y se metió dentro, sintiendo la piel arder conforme se sumergía. Aguantó un par de minutos la respiración con la cabeza bajo el agua, recordando su infancia; aquel tiempo feliz sin secretos ni temores; sin dolor ni pesadillas.

Once años atrás, Claire pudo sobrellevar la repentina muerte de su padre en un accidente aéreo gracias a Grace; en cambio, para asimilar su pérdida estaba sola. Pese a haber tenido tiempo por el lento deterioro de la enfermedad, lloró desconsolada por su madre, que fue un bastión contra la pena, un acicate constante para animarla y, sobre todo, una mujer luchadora que no se amilanó ante las desgracias. Claire se amargó en el espeso silencio que parecía perseguirla, que ya formaba parte de ella sin pretenderlo. Algunos la tildaban de seria o extraña cuando solo era una mujer decepcionada, sin esperanza de ser feliz; vetada irremediablemente. Solo una vez logró armarse de valor para intentar hacer realidad un sueño juvenil por la fotografía, pero topó con un impedimento insalvable que consiguió rendirla. Desde entonces ni siquiera volvió a planteárselo.

Acabó relajada, peinándose frente al espejo la media melena castaña. Observó las ojeras marcadas que restaban atractivo a sus ojos verdes, oscurecidos por la misma aflicción que demacraba el resto de sus facciones;

los labios sonrosados, que contrastaban con la palidez de la piel; y un cuerpo delgado, donde apreció las formas rígidas de los omoplatos más pronunciadas de lo habitual. En resumen, esa imagen reflejaba la mala racha que vivía. Se vistió con el pijama, ajustó el termostato de la calefacción en el pasillo —la única instalación renovada tras la muerte de su padre— y entró en el salón, donde fue guardando todas las fotografías en una caja de madera. Esbozó una sonrisa nostálgica viéndose con tres años en las rodillas de su padre, los dos riendo felices, e intentó controlar la humedad que volvía a anegarle los ojos mientras terminaba.

Luego, se sirvió un pedazo de pastel de carne en la inmensa cocina y se llenó un vaso de leche fría, pensando en encarar con valor su futuro inmediato. En cuanto dio por satisfecho el apetito, fregó el plato, los cubiertos y el vaso y cogió la tarjeta del abogado de Grace para llamarlo por teléfono. Al ser tarde, no respondió, pero le dejó un mensaje en el contestador pidiéndole cita.

Durante un buen rato se entretuvo sentada en un sillón orejero del salón comparando los presupuestos. Ajustó algunas partidas con intención de no sobrepasar la cifra del seguro de vida que desgraciadamente recibiría en breve, creyendo que con esa reforma de poca envergadura lavaría la cara del negocio para ofertarlo entre sus clientes habituales y algunas agencias turísticas cuando llegase la primavera. Boreal Róis llevaba quince días cerrada, pero si empezaba ya en pocas semanas estaría lista y siempre, como mínimo, revalorizaría la casa si optaba por venderla. Con ese pensamiento esperanzador, mientras la nieve congelaba las calles, Claire recogió los documentos y se metió en su cálido dormitorio para arrebujarse con un grueso edredón en la cama, sin sueño; aunque el agotamiento no tardó en vencerla.

Tras una frugal cena en el restaurante del hotel, Gabriel leía otra tanda de informes en la cama cuando sonó el móvil. Al ver la llamada de su hermano, supuso el motivo.

—Hola —saludó Gabriel seco—, ¿cómo estás?

—Bien —respondió Sean de manera automática—. Nos ha llamado Cora, ¿qué ha pasado?

—Lo de siempre. —Gabriel negó con la cabeza—. Pero he llegado a mi límite —dijo molesto por tener que dar explicaciones de su vida matrimonial y asqueado por pedir disculpas en nombre de Cora—. Siento que

os haya metido por medio.

—Dice que le has pedido el divorcio. ¿Es cierto?

—Sí. Se acabó, Sean. No quiero vivir amargado, no la quiero y ella tampoco me quiere a mí; es absurdo seguir.

—Si lo tienes claro, es lo mejor.

—Por mi parte está clarísimo, es ella quien no quiere verlo. Espero que mientras esté aquí se dé cuenta de su error.

—No sé qué decirte. Le ha contado a Elaine que estás con otra.

Gabriel entrecerró los ojos y suspiró cansado.

—Es muy lista y sabe que se le termina el chollo. Intentará ir de víctima para sacar una buena tajada, pero tendrá que conformarse con lo justo, he dejado de ser su idiota personal.

—¿Habéis hablado del tema?

—Se puso histérica, llamé a papá y en menos de dos horas me fui y la dejé; no la soporto.

—Mientras no tengas prisa por conseguir el divorcio, será cuestión de aguantarle el pulso.

—Prisa ninguna.

—¿Estás solo? ¿En serio?

—Sí, muy solo, ¿contento?

—No. Me gustaría verte feliz y has dado un paso para conseguirlo. Con Cora lo tenías muy difícil.

—Lo sé —admitió resignado—. Cambiando de tema, ¿cómo está mi ahijada?, ¿sigue tan traviesa?

—Más —dijo riendo—. ¿Cuándo vas a venir a verla?

—No lo sé, acabo de llegar. Deja que me organice un poco. Tengo que visitar la plataforma dentro de unos días y quiero buscarme una casa de alquiler. En cuanto pueda os llamo y nos vemos.

—A ver si es antes del cumpleaños de Ophie, como padrino no puedes perdértelo.

—Faltan cinco meses —dijo paciente, conociendo la ilusión de Sean por ese primer año. Para abordar otro espinoso tema, trató de sonar casual—. ¿Sabes algo de papá?

—No, ¿por qué?

—No está bien, creo que Lilian lo tiene desquiciado.

—¿Solo a él?

Sean estaba hasta las narices de Lilian Drake, segunda esposa de su

padre, veinticinco años más joven que él y, además de derrochadora, caliente braguetas compulsiva. Apenas la conocía y la tenía calada.

—¿Te ha entrado? —preguntó Gabriel sonriendo. La desvergüenza de esa mujer no tenía límites. Todavía no la había sufrido en sus carnes, pero estaba convencido de que era por la actitud desdeñosa que siempre mantenía con ella—. Cuenta, Drako.

—Coincidimos en una cena, es un martirio. El problema es que Elaine se lo pasó bomba y me dejó más solo que la una.

—¿Hablaste con papá?

—Nos saludamos un momento.

—Me da pena, no quiere verlo.

—Que se joda. —Sean no pensaba compadecer a John. No tuvo reparos en liarse con su secretaria y dejar de la noche a la mañana a su madre, que tras muchos meses salió de la profunda depresión que le causaron—. Estaba advertido.

—Han pasado diez años, ¿no vas a perdonarlo? Piensa en Ophie, tiene derecho a conocer a su abuelo.

—Tampoco hace nada por verla, estoy muy tranquilo con mi conciencia.

—Tú verás, pero está mayor.

—No ha cumplido sesenta y su mujercita lo mantendrá activo, no te preocupes por él —dijo con un matiz cínico, hubo un breve silencio antes de que preguntase—. ¿Cuándo empiezas?

—Mañana.

—Hay previsión de mal tiempo dentro de unos días, ten cuidado.

—Lo sé, tranquilo. ¿Has visto a Jack?

—Quedamos con él la semana pasada, estuvimos cenando en un restaurante nuevo del East Village, pero nos dejó porque había quedado con uno de sus ligues, a ver cuánto le dura.

—Si se llama Sofía y es azafata ya no está con ella, me lo ha dicho mamá.

—Menudo tío, ha batido su propio récord. No sé cómo aguanta.

—¿No? —Gabriel admiraba el descaro de su hermano pequeño, igual que un ansia desmesurada por vivir o no inmutarse cada vez que cambiaba de pareja. Para él, John Drake, conocido por Jack para la familia y amigos, era un claro representante de vivir sin prejuicios y sin pensar en las apariencias; algo que empezaba a considerar bastante en serio—. Yo lo tengo claro.

—Y yo, el día que encuentre a su mujer dejará de buscar.

—¿Crees que buscando se encuentra? —preguntó Gabriel destilando ironía.

—No sé, Gabe, supongo que no hace falta buscar, simplemente aparecerá.

—Tú has tenido mucha suerte.

—Sí, pero no desesperes, seguro que tú también la encontrarás. Está claro que no era Cora.

—Estoy bien solo, no quiero más complicaciones. Me conformo con terminar de la mejor manera con ella, no tengo ganas de reproches ni gilipolleces.

—Ármate de paciencia, cuando quiere es un coñazo.

—Gracias por tu sinceridad, creía que nunca ibas a decírmelo.

—De nada. —Sean escuchó a Gabriel mientras Elaine se aproximaba sonriente con la niña en brazos—. Me reclaman mis chicas. Hablamos en unos días.

—Vale. Dile a Elaine que pase de Cora, como le sigáis el juego no va a dejaros tranquilos.

—De tu parte. Cuídate.

—Y vosotros. Dale un beso a Ophie.

Durante unos minutos, Gabriel pensó en su familia, dividida desde el divorcio de sus padres. Él y Jack tenían relación con John y Lilian, pero Sean, siempre de parte de su madre, no perdonaba esa traición por mucho que insistieran; ninguno había sido capaz de convencerlo para ceder. No los invitó cuando se casó con Elaine por no amargarle un día feliz a Elizabeth, pero John lo entendió y no pareció molestarse. En cambio, no tuvo el detalle de felicitarlos cuando nació la niña y eso Sean no podía justificarlo aunque vivieran en Nueva York y John en Quebec; la distancia no era motivo, ya que John viajaba con frecuencia a esa ciudad; ni tampoco la influencia de Lilian, por mucho que la rubia arpía malmetiera. Ophie era la única nieta de John y una muestra de acercamiento no le habría supuesto nada extraordinario para deponer esa indiferencia entre ellos prolongada demasiado tiempo. Si bien, en honor a la verdad, John hizo dos intentonas por ver a la niña, ambas infructuosas porque ellos estaban fuera de la ciudad; aunque hacía meses y desde entonces no había mostrado más interés. Sean tenía apuntalado su orgullo con él; igual que derrochaba simpatía y lealtad, podía ser una roca de hielo, inalterable y fría; pero jamás movería un dedo por su padre.

Al día siguiente, tras ducharse y afeitarse, Gabriel se vistió con un traje negro, una camisa blanca y una corbata rayada en varios colores. Su imagen transmitía lo que quería: formalidad.

Desayunó en la cafetería del hotel centrado en el periódico mientras escuchaba hablar a dos empleados del funeral de una mujer, pero falto de curiosidad y motivado por la sección financiera no prestó atención. En cuanto terminó, se anudó la bufanda al cuello y cogió el abrigo y su maletín de piel marrón. Antes de salir recibió un mensaje que leyó haciendo malabares terminando de abrocharse los botones. En vista de la estupidez que había escrito Cora: «¿Sigues enfadado?», no supo si era más tonta de lo que imaginaba o quería cabrearlo de verdad. Guardó el aparato en el bolsillo con los dedos agarrotados por el frío polar que impactó en todo su cuerpo y cruzó a grandes zancadas la calle, sin hielo por la sal pero llena de nieve amontonada en pilas a los lados de la acera.

En pocos minutos, anduvo rápido sin temer por su integridad física y entró en el edificio del banco. Apenas había nadie, recorrió a los empleados con la mirada y se fijó en dos que charlaban distraídos; los únicos que no trabajaban. El más alto tenía las sienes plateadas y unos ojos azules pequeños, aunque agrandados por el aumento de los cristales de unas gafas con montura metálica. Al de menor estatura se le veía con mejor complexión, tenía la piel bronceada y una expresión agradable. Vestían con trajes oscuros, y creyó que andaban por la treintena. Se dirigió a ellos y esperó con el gesto torcido hasta despertar un interés lento que habría molestado a cualquier cliente.

—Buenos días —saludó antipático, a ninguno en concreto—. ¿Podrían decirle al señor Turabian que Gabriel Drake ha llegado?

Los hombres intercambiaron una mirada fugaz en cuanto reconocieron al nuevo director financiero.

—Buenos días —dijo el alto, tendiéndole la mano—, soy William Shields.

—Es un placer conocerlo —dijo el otro. Gabriel estrechó la mano que le ofreció, sin relajar la tensión del rostro. Al instante, Shields desapareció por la escalera que accedía a la primera planta—. Mi nombre es Jim Handley, me ocupo de la sección comercial.

—Espero que le dedique el mismo entusiasmo que ha mostrado con su compañero.

—Sí, señor —dijo Jim, clavando la vista en el suelo.

—¿Está el personal al completo?

—Faltan dos, una cajera y el interventor, están de vacaciones.

Con una mirada atenta, Gabriel repasó el interior de la sucursal, una de las más pequeñas que había visto, aunque la actividad siempre bullía en la zona reservada a los empleados. William volvió acompañado por el actual director. Al aproximarse, Gabriel advirtió el cansancio en sus pasos y gestos. Parecía enfermizo: la tez muy pálida, los ojos hundidos en un rostro anguloso y una delgadez que no auguraba nada bueno. Vestía un traje oscuro, que alguna vez se debió ajustar a su talla, una camisa de cuadros y unos zapatos de piel desgastados acordes a su apariencia; todo él acusaba abandono. Pensó que quizá su padre conocía la situación real del director y por ello actuó con tanta eficacia preparando el traslado.

—Señor Drake, es un honor que haya aceptado venir.

—Encantado —dijo un poco confuso cuando Turabian estrechó su mano y mostró una sonrisa alegre—. ¿Me enseña mi despacho?

—Por supuesto, venga conmigo.

El silencio los acompañó hasta la primera planta. Pasaron por una sala de gestión administrativa, llena de mesas y personal al teléfono. Unos metros después, el señor Turabian metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una llave. Abrió una puerta de madera clara, se hizo a un lado y dejó entrar a Gabriel.

El despacho era amplio, neutro y se notaba que llevaba tiempo cerrado. Dejó el maletín encima de la mesa, con un ordenador no muy actual y un bote con lápices, se quitó el abrigo y la bufanda. Buscó dónde ponerlos y los colgó en un perchero de madera tan feo como el mobiliario. Se sentó en un sillón giratorio de piel negra e hizo un gesto con la mano invitándolo a sentarse frente a él.

—¿Cuánto tiempo llevan sin gestor financiero?

—Bastante —respondió Turabian, reclinando el cuerpo en el respaldo—. Nos gestionaba Toronto, pero desde hace unos meses estaba llevándonos Quebec.

—Mi competencia hasta ahora han sido las oficinas del Reino Unido e Irlanda, pero voy a hacerme cargo también de América del Norte. ¿Quién se ha reunido con los representantes de *Hibernia*?

—De momento solo hemos tenido una reunión y me encargué yo con uno de los ejecutivos senior que mandó su padre.

—Tengo que concertar una visita a la plataforma. El crédito que solicitan supera nuestro máximo, pero en función de los análisis decidiremos si invertimos algunos recursos y nos aseguramos un aprovechamiento eficiente de nuestro capital o lo desestimamos —comentó Gabriel serio—. También quiero una reunión con los ejecutivos. Debemos plantear una buena estrategia, empezar a optimizar la estructura y establecer el presupuesto para este año. Mi cometido es aumentar el valor del banco y maximizar los beneficios de los accionistas. En un principio tengo que decidir si la inversión con las petroleras es interesante en función de la rentabilidad y el riesgo, pero no podemos olvidar la asignación de fondos a otros proyectos más seguros con la rentabilidad garantizada.

—No se preocupe. A lo largo de la mañana los irá conociendo a todos. ¿Ha encontrado alojamiento?

—Voy a quedarme en el Sheraton hasta que encuentre algo. Supongo que estaré por aquí como mínimo seis meses.

—Los directivos que vienen de manera temporal suelen quedarse en el Boreal Róis. Tenemos un concierto con ellos y es más acogedor que un hotel.

—Prefiero una casa alquilada. No me gusta andar entre extraños.

—Como quiera. No estaba seguro de que lo supiera. Aunque no sé si estará abierto, la dueña murió hace tres días.

—Déjelo, ya le he dicho que seguiré en el hotel. En cuanto pongamos en marcha la nueva política financiera me dedicaré a buscar casa.

Durante esa jornada habló tanto que ni él mismo recordaba cuando había sido tan locuaz. Pidió la contabilidad de todas las actividades: nóminas, impuestos, fondos, y la gestión de cobros, con pagos y listados de los clientes más importantes. Tenía trabajo para semanas y el aliciente perfecto para mantener la cabeza ocupada; su máxima.

Cuando esa tarde llegó al hotel exhausto, decidió pasar un rato en el gimnasio y ejercitar unos músculos que tras varios días de inactividad sentía doloridos. Luego se duchó y vistió con unos vaqueros y un jersey negro de cuello alto. Dejó el móvil en el cargador y bajó al comedor para cenar.

Eligió una ensalada, pollo a la plancha y no pudo resistirse a un buen postre. Buscó una mesa de dos y, en cuanto dejó la comida, atendió al camarero que minutos después le sirvió una copa de vino tinto.

Mientras cenaba observó a otros clientes y sonrió a una mujer que no

apartaba los ojos de él. Era una morena atractiva, con el pelo largo. Llevaba un vestido negro y unos tacones sugerentes.

La desconocida se levantó y se acercó sujetando un plato lleno de ensalada.

—¿Le importa si ceno con usted? —preguntó la mujer. Al ver una sonrisa tímida y una negación silenciosa, dijo—. Cybill Parker.

—Gabriel Drake —saludó estrechando su mano—. Encantado.

—¿Se aloja solo?

—Sí. ¿Y usted?

—También, suelo venir cada tres meses, llevo la representación de algunos productos farmacéuticos.

—Yo llegué ayer. Estaré varios meses por aquí.

—¿A qué se dedica?

—Finanzas. Trabajo en el Scotia.

—El invierno por aquí es muy duro. —Cybill relacionó el banco con su nombre y le dio un plus al interés que sin conocerlo ya tenía por el físico. Debía ser uno de los hijos del presidente o como poco algún pariente cercano—. Necesitará compañía.

Gabriel arqueó las cejas.

—¿Usted cree? —preguntó con una sonrisa seductora. Advirtió que flirteaba y se sintió halagado. Llevaba varios años sin relacionarse de manera casual con mujeres y quiso comprobar qué sentiría comportándose como Jack—. ¿Se ofrece voluntaria?

—Puede. —Cybill rió divertida—. No me gusta dormir sola.

—No tengo intención de dormir.

De pronto, Cybill tragó un poco nerviosa, todo su aplomo se esfumó ante la naturalidad con la que estaba sugiriéndole mantener un escarceo. Era un hombre extraordinario, quizá el más guapo que había conocido nunca; con el cabello castaño, algo largo y vetado de mechadas doradas que incitaban al tacto; tenía la tez bronceada y unas facciones proporcionadas muy masculinas a la vez que parecían suaves; pómulos altos, nariz recta, unos labios sensuales que cuando la risa abría dejaba ver una dentadura blanca reluciente, y unas cejas casi rubias enmarcando unos ojos grisáceos que miraban con nitidez y arrogancia. Esa mirada emanaba confianza y autoridad; en cambio, sus exquisitos modales sugerían un carácter tranquilo y una educación esmerada. Se mentalizó sobre la brevedad de la estancia que tenía prevista y decidió disfrutar del sexo sin ataduras.

Pasaron un rato hablando y coqueteando hasta que Gabriel empezó a sentirse realmente cómodo. Cuando dieron por concluida la cena, los dos tenían claro cómo iban a terminar la noche, pero al llegar al vestíbulo, Cybill notó una inseguridad que compartía y lo cogió de la mano, algo que sorprendió a Gabriel pero aceptó con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—No quiero que pienses que hago esto con frecuencia —dijo Cybill, entrando en el ascensor, apretó el botón de su planta—. Es la primera vez que conozco a alguien en uno de mis viajes.

—No pienso nada.

Gabriel no mintió. Podía estar nervioso, pero quería verse en esa situación; necesitaba una inyección de moral y sin pretenderlo la tenía en la mano.

En el solitario corredor de la cuarta planta, Cybill sacó la tarjeta y abrió la puerta de la habitación. Era más pequeña que la de él y estaba bien ordenada. Trató de averiguar su orientación, aunque le fue imposible por la oscuridad reinante desde las cuatro de la tarde, tampoco ayudó la nieve copiosa que seguía cayendo sin visos de parar en varios días.

—Ponte cómodo. —Cybill se quitó los zapatos—. ¿Te apetece tomar algo?

—Estoy bien.

Abrió el mini bar, sacó una botella de ginebra, la echó en un vaso y, después de añadirle un poco de zumo de naranja, metió el dedo índice y lo mezcló.

Gabriel la observó en silencio. No esperaba ver cómo se lamía el dedo mirándolo con deseo. Luego se sentó en sus piernas y le dio a probar la bebida. No quiso rechazarla, pero no pudo evitar contraer el gesto al percibir el sabor.

—¿No te gusta?

—No, lo siento.

Con una sonrisa, Cybill volvió a beber un trago largo. Dejó el vaso en el reposabrazos del sofá y, al estirarse, sus pechos rozaron el torso de Gabriel. Sintió la pulsación de su miembro bajo la tela del vestido y se inclinó hacia delante para besarlo despacio.

Más tarde dejaron el incómodo sofá y dieron buena cuenta de la utilidad de la cama. Gabriel tuvo un momento pueril cuando reconoció que no llevaba encima ningún preservativo. Afortunadamente, entre los obsequios del hotel encontraron una cajita que les permitió culminar ese “encuentro

casual”. Para Gabriel fue una revelación, sin explicaciones, sin compromiso; solo sexo; algo físico y necesario. Pasó la prueba con nota y dio por concluida una nueva experiencia. Ignorando una mirada decepcionada, salió de la cama y empezó a vestirse.

—¿Por qué no te quedas?

—Porque quiero dormir.

—No me gusta dormir sola, quédate.

—No. —Gabriel se mostró inflexible. El sexo había acabado y no iba a entrar en otra dinámica, por muy atractiva que fuera. No esperaba terminar el día así y tampoco quería empezar nada con nadie, primero debía solucionar su separación—. Tengo que irme.

En pocos minutos se dejó caer Gabriel en la cama de su dormitorio, se desnudó y, en cuanto se metió entre las sábanas, durmió mejor y más rápido que en los últimos meses, totalmente satisfecho por el buen inicio de su estancia en ese remoto lugar donde no esperaba encontrar tan rápido una ansiada terapia.

DOS

*San Juan de Terranova, 31-1-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Con bastante optimismo salió Claire de la ducha la mañana siguiente, echó un vistazo al día gris que auguraba más nieve y se desanimó de inmediato. Desayunó antes de que llegaran Eloise y Ethel, las encargadas del funcionamiento de la casa, y volvió al dormitorio para vestirse con una falda recta, una camisa y unas botas altas de piel, todo en negro; le aportaron sobriedad durante unos minutos, hasta llegar al vestíbulo. Allí cogió un gorro de pelo rojo que, aparte de ser calentito, le encantaba por el aire ruso que veía en sí misma. Era una chorrada, pero siempre lo pensaba y siempre conseguía una sonrisa absurda. Tras colocárselo junto a un abrigo oscuro, salió hacia el banco.

Necesitaba el dinero del seguro para afrontar la reforma tras llegar a un acuerdo económico con una pequeña constructora local. Confiaba en el Scotia porque no era una cantidad desorbitada y estaba garantizada por el capital que durante años Charles, Chris y Grace Merrit religiosamente pagaron. En esa época, cuando debía abonar las nóminas y solo contaba con los ingresos de los dos pisos que tenía alquilados, su situación financiera atravesaba un momento delicado, pero se sentía con fuerzas para intentarlo; bastantes cosas había dejado sin hacer por el maldito miedo. Se lo debía a sí misma, a las hermanas Friars y a Luc, otro de sus fieles empleados que tampoco la dejó sola al pie del cañón.

Cuando William Shields la vio entrar, se aproximó con sus andares y desgarbo característicos.

—Hola, Claire. —La besó en las mejillas—. Siento mucho lo de tu madre ¿Cómo estás?

—Bien —respondió sosegada, sin resquemor; eran amigos desde el colegio—. Tengo que hablar contigo.

—Claro, vamos a mi mesa.

Después de una pequeña charla trivial, Claire explicó el motivo de la visita:

—Si no le hago ese mínimo, no podré ofertarlo para la primavera y el verano, y ahora es el momento apropiado.

—Hace mucho que no voy a tu casa, pero todo se debe mantener, si no, con el tiempo se deteriora y después ya no hay forma de arreglar nada.

—Es solo pintura, el suelo y cambiar un poco el aspecto general. Es un embellecimiento, no una obra.

—No es una gran cantidad, pero estamos muy liados, ha venido un nuevo director financiero de Quebec y tardaré unos días en darte una respuesta.

—Willy, por favor, son cuarenta mil dólares, no millones.

—Lo sé, Claire, pero es nuevo y ha llegado con mano dura. Están revisando todos los préstamos con lupa.

—No es un préstamo —dijo con dureza—. Es mi dinero y lo necesito ya.

—Tendrás que esperar mínimo dos días. Antes va a ser imposible.

—Venga ya... ¿Estás diciéndome que debo esperar para tener mi dinero?

—Sí.

—Es increíble..., he quedado con el constructor, si no empieza mañana aceptará otro trabajo, ¿y, sabes qué significa? —preguntó enfadada—. Que no podré tener clientes y tendré que despedir a mis trabajadores.

—No exageres, Claire. Las Friars te conocen desde que naciste y Luc entenderá si te retrasas.

—Me da igual, quien no lo admite soy yo.

—Te entiendo, de verdad, pero no puedo tomar esa decisión.

—Muy bien. ¿Quién puede tomarla?

William la miró cansado y resopló.

—Voy a hablar con el señor Turabian, ahora vuelvo.

La dejó sola y subió a la primera planta. Claire cruzó las piernas, controló a las escasas cinco personas que hacían sus gestiones y balanceó un pie distraída centrada en la puerta automática, viendo cómo la nieve que arrastraba el viento de vez en cuando la abría. Sus ojos se detuvieron ante una figura masculina que la descolocó, no estaba acostumbrada a ese tipo de hombres. Traía el pelo alborotado, lleno de nieve; era de color castaño claro y parecía más oscuro al estar mojado. Se sacudió el abrigo y se lo quitó con un movimiento rápido de los hombros. En San Juan predominaban los rudos y sencillos pescadores, los trabajadores forestales o, incluso desde hacía unos años, los trabajadores de la refinería, pero ninguno tenía la apariencia de ese. El traje oscuro le sentaba a la perfección, con la chaqueta entallada en un

torso ancho o un pantalón sin una arruga en unas piernas muy largas; era alto y delgado, parecía elegante además de excesivamente atractivo; aunque dejó la inspección cuando sus ojos coincidieron y creyó detectar una mirada soberbia.

Gabriel, que apenas advirtió movimiento al entrar, reparó en una morena demasiado guapa, con unas facciones delicadas, grandes ojos verdes que sugerían una mirada sorprendida; nariz fina y pequeña, y unos labios carnosos que apretó cuando disimuló al coger un lápiz y un papel. Sonriendo inclinó la cabeza, la saludó y subió la escalera, pensando en que estaba casi seguro de que no había escrito nada. Pasó por el despacho del señor Turabian y se sorprendió al verlo hablar con William. Uno, sentado tras la mesa, negando con vehemencia la cabeza, mientras el otro gesticulaba con las manos.

En pocos minutos, Gabriel se reunió con el responsable de algunos proyectos: Robert Bishop. Igual que él desde el día quince de ese mismo mes, tenía treinta y cinco años; un aspecto vigoroso, con buenos músculos y la espalda ancha; el pelo oscuro, muy corto; un rostro sonrosado, donde destacaba una mandíbula acorde a su altura, enorme; y los ojos azules, tan vivos como la eficiencia que parecía sobrarle. Vestía siguiendo la política del banco: un traje oscuro, camisa blanca y una corbata, que en su caso tenía tanto color que a Gabriel le dolió mirarla, aunque supuso que a Robert le parecía divertida.

Después de una constructiva charla, decidieron combinar varias fuentes para decidir qué productos eran más interesantes entre la financiación ajena que plantearon. Cuando cada uno tuvo las cosas claras, dieron por finalizada la reunión. Gabriel salió con él ansioso por servirse un café.

—Mañana quiero que me acompañes a *Hibernia* —dijo Gabriel, parado delante de la máquina del café—. Nos recogerán en la azotea del hotel.

—De acuerdo. Echaré otro vistazo a los informes. ¿Volvemos por la tarde?

—Máximo dos días.

Asintiendo, Robert volvió a su despacho. Gabriel buscó los vasos, ajeno a una de las secretarias que se levantó para ayudarle.

—Si quiere ahora se lo llevo.

Concentrado en los botones, se sorprendió. Volvió la cabeza y reparó en una chica rubia, bajita, con una cara simpática. Por mucho que sintiera

cómo sus ojos azules lo devoraban, estaba prohibida; tenía una regla básica: con empleadas no se acostaba.

—Gracias, no hace falta.

—No es molestia.

—Lo sé.

Con un tono severo no dio opciones, la chica bajó la vista y regresó a su mesa. Gabriel echó un mini envase de crema y localizó los sobres del azúcar.

—¡No es justo! ¡Pienso retirar todo mi dinero de este banco!

Al escuchar aquella voz femenina alterada desde la zona de público, frunciendo el ceño, Gabriel dejó el vaso al lado de la máquina y bajó la escalera. Asombrado, abrió los ojos como platos. La belleza morena aficionada a garabatear de manera compulsiva también parecía tener querencia a no controlar el volumen de su tono. Con decisión, llegó a la mesa de William, que palideció y habló a la defensiva:

—Señor Drake, no pasa nada.

—¿Seguro? Creo que la señorita no opina lo mismo.

Claire apretó los labios y, sin saberlo, dispersó a Gabriel.

—Es usted muy listo. Por supuesto que no opino como este banco. Tienen secuestrado mi dinero. No hay derecho.

—¿Disculpe?

—No voy a trabajar más con ustedes. Me han dejado tirada cuando más lo necesitaba. En cuanto tengan disponibles los veinte mil millones de dólares que pretendía sacar, por favor, avísenme.

La expresión contrariada de Claire fue similar al sarcasmo de sus palabras.

—Claire... —dijo William.

—¿Qué? Si para cuarenta mil dólares hay que ponerse así, no sé qué harán con cantidades más elevadas.

—¿Puede acompañarme? —preguntó Gabriel serio, añadió con suavidad—, por favor.

Claire miró a Gabriel desprendiendo con los ojos una energía potente y rabiosa; en sus pupilas, dentro de un verde cautivador, vibraban chispas pardas enfurecidas que lo dejaron bloqueado, tragando nervioso.

—No, no puedo —respondió impertinente—. Tengo asuntos importantes que solucionar.

—Se lo ruego, no quiero que se vaya con una impresión tan negativa

de nosotros. —Gabriel no se amedrentó por ese carácter, trató de apaciguarla, pero no parecía querer calmarse—. Deje que la ayude.

—Es tarde.

Claire apartó la vista de Gabriel y la clavó en William, abducido por el silencio. Con brusquedad se puso el abrigo y se colocó el gorro, que no hubiese llamado la atención de Gabriel en otro color, pero aquel rojo era tan fascinante como su dueña. Salió con la cabeza muy alta, moviendo las caderas con un balanceo que consiguió atraparlo por completo.

—Discúlpela —dijo William, sonrió apurado—. Es Claire Merritt, la conozco de toda la vida y, normalmente, es una persona tranquila.

—Se le nota —comentó Gabriel, todavía observando la puerta—. Estaba fingiendo.

—Su madre murió hace unos días y no está pasando una buena racha.

Gabriel llegó a la conclusión de que debía ser la mujer de quien oyó comentarios en el hotel.

—¿Por qué no le ha dado el dinero?

—Porque es parte de la indemnización del seguro de vida de su madre. La compañía ha dado el visto bueno, pero no han firmado el cheque. He hablado con el señor Turabian y me ha dicho que debe esperar como cualquier otro cliente.

—¿Desde cuándo trabaja la señorita Merritt con nosotros?

—Muchos años. Es la dueña de Boreal Róis, una especie de residencia de larga estancia.

—Pues debería haberlo tenido en cuenta. A nosotros nos da igual esperar a que su compañía pague, pero ha conseguido cabrearla mucho, y los clientes descontentos son muy mala publicidad. Llámela y rectifique, por favor.

De bastante malhumor, escuchó Gabriel las explicaciones de Turabian y entendió su postura al instante. La decisión no fue por esperar al seguro, sino por estar él. La inquietud de los empleados sintiéndose examinados motivó que cumplieran con escrúpulo una política que no aplicaban por igual a todos los clientes.

Harta del zumbido constante del móvil, Claire lo apagó y siguió hablando con el contratista. Contó con la buena fortuna de que al hombre le cancelaron el otro trabajo pendiente y no paró hasta convencerlo de que en pocos días podría pagarle un adelanto. En ese momento se conformó con los

diez mil dólares en efectivo que sacó de su fondo de emergencia.

Más tranquila, eligió los colores para pintar los dormitorios y trató de olvidar la nefasta reunión en el banco. Ya había decidido retirar su dinero en cuanto lo tuviera disponible, era la única pataleta que encontró para sentirse mejor. También retiraría las domiciliaciones; no quería saber nada del Scotia. No era una clienta destacada, obviamente, pero podían haber sido amables; al menos, por la lealtad que durante años su familia tuvo con ellos. Si ya despreciaba al sector bancario, ese *detallito* se encontró de manera hiriente en su cerebro.

El viento consiguió mostrarles la pericia del piloto cuando aterrizó en el helipuerto de *Hibernia* tras recorrer los trescientos quince kilómetros que la separaban de la costa. Gabriel no pudo dejar de admirar una obra de ingeniería asombrosa de más de cincuenta metros de altura. Cuatro megapilares sobresalían del agua sosteniendo la estructura, un edificio blanco, que quedaba empujado rodeado por una cantidad exagerada de hormigón y acero, dos torres de perforación y, como colofón, varias grúas desafiando al océano en mitad del camino de icebergs y huracanes.

En cuanto bajaron, les dieron un equipo de protección personal a cada uno. Consistía en un mono naranja, un casco y unas botas con las suelas de goma.

Los recibió el director del yacimiento. Era un hombre de cincuenta años, con la piel curtida, unas manos llenas de callos, y un cuerpo fuerte que parecía acostumbrado al esfuerzo físico. Se llamaba Steve James y trabajaba en *Hibernia* desde el inicio de la extracción en 1997. Los guió a su despacho a través del módulo M50, donde estaban los dormitorios, un comedor, varias oficinas y algunas zonas de ocio, y les enseñó el TSR, que era un refugio temporal seguro en caso de emergencia conectado a un barco salvavidas, al helipuerto y al sistema de evacuación. Cuando les explicó cómo, en ese espacio, tenían capacidad para suministrar oxígeno con un equipo autónomo y otras medidas que cumplían con celo, Gabriel prestó toda su atención porque un accidente allí podía suponer el mayor riesgo que corrían y no soportaba los espacios cerrados por mucho tiempo.

Más tarde comprobaron interesados en un proceso poco conocido el funcionamiento del módulo M10, donde se separaban el gas, que se comprimía para ser reinyectado a una reserva; el petróleo, que era conducido por un oleoducto submarino a la refinería; y el agua, que siempre se volvía a

descargar en el océano. Una vez que dejaron a Steve en el módulo 20, el de control, se sentaron en el despacho con tanta información que Gabriel se bloqueó durante unos segundos.

—¿Está bien? —preguntó Robert.

—Sí —respondió, giró la cabeza varias veces y se masajeó el cuello—. Vamos a tener que emplearnos a fondo. Me interesan sobre todo los informes geotécnicos y las previsiones que tendrían.

—Al Gobierno va a interesarle más los beneficios para el país y el desarrollo de la zona.

—No estoy de acuerdo. Un proyecto de esta magnitud debe aunar desarrollo y conservación. No somos filántropos, pero no vamos a apoyar algo que no garantice la seguridad medioambiental. Ten en cuenta que Canadá puede seguir sin esas nuevas toneladas de crudo y ya hay tres plataformas en menos de quinientos kilómetros. No sé si están sobreexplotando esta zona.

—Supone un gran ahorro si no tenemos que comprar petróleo.

—Sí, y también si usamos otras energías renovables.

—¿No está de acuerdo con este proyecto?

—No es eso. Me ha impresionado este coloso. No es lo mismo verlo de lejos que estar dentro. La base de hormigón que almacena el crudo está apoyada en el lecho marino, pesa más de 800 000 toneladas; es una barbaridad...

Robert asintió despacio y lo dejó tranquilo con sus reflexiones. De repente sonó una sirena y los dos salieron corriendo del despacho, nadie más se inmutó. Encontraron a varios trabajadores en el comedor comiendo tranquilos, aunque el ruido estridente y machacón era difícil de ignorar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robert.

—Tormenta —respondió uno de los hombres, encogió los hombros e hizo un gesto despreocupado con la cara—. No se preocupen.

—Parece que tendremos que quedarnos —dijo Robert—. Vamos a ser testigos del comportamiento de la estructura.

—Sí. —Gabriel bufó—. Según los informes, ha soportado huracanes y en primavera chocan constantemente icebergs, están bien preparados.

—A ver si es verdad.

—Espero que la tormenta no dure mucho —comentó Gabriel, mirando por las ventanas. El agua que caía a chorros por los cristales se dispersaba con fuerza por unas rachas de viento importantes, nada halagüeñas

—. Había previsto volver mañana.

—Tendremos que adaptarnos hasta que amaine.

Volvieron al despacho, terminaron de recopilar datos y más tarde se reunieron en el comedor con Steve, que se despidió a los pocos minutos para regresar a la sala de control. Era cierto que dentro apenas se percibía nada, pero Gabriel cenó inquieto y casi no participó en la charla, tratando de apaciguar una ansiedad en aumento conforme la tormenta arreciaba.

En cuanto se sirvieron la cena en unas bandejas metálicas, Robert y Gabriel se sentaron a la mesa y empezaron a comer en silencio, observando la nula importancia que todos daban al temporal entre risotadas y un murmullo constante. La comida no tenía mal aspecto, tampoco era el lugar adecuado para ser sibarita. Su madre siempre le inculcó que adaptarse a las situaciones era la diferencia entre ser educado o creer serlo. Tanto él como sus hermanos fueron a un colegio elitista en Quebec, donde se suponía que todo era excelencia y nada más lejos de la realidad; había días que la comida estaba asquerosa, pero Elizabeth Drake no consintió en ceder ni un milímetro con ellos y su respuesta era siempre un bucle: «Tenéis que coméroslo todo, porque nunca se sabe a qué tendréis que enfrentaros. Viviréis situaciones con personas muy diferentes y no debe rechazarse la comida que a uno le ofrecen; es el peor desprecio que puede hacerse a un anfitrión».

—¿En qué piensa? —preguntó Robert.

—Eres mi compañero de cuchitril, tutéame, por favor —dijo Gabriel sonriendo—. Pensaba en mi madre.

—¿Estáis muy unidos?

—No sé, lo normal supongo.

—La mía vive en las afueras de San Juan, la veo una vez por semana.

—Mi madre vive desde hace años en Nueva York, mis hermanos también. Ellos la ven con más frecuencia. Yo intento ir todos los meses, pero es complicado. El año pasado cogí más de cien aviones.

—Viajando tanto es difícil tener una familia.

—Sí —dijo resignado. Se ahorró más datos de su vida privada, prefirió no recordar a Cora para evitar amargarse—. ¿Cuántos hijos tienes?

—Dos —respondió risueño. Los ojos azules de Robert brillaron recordando a sus hijos—. Un niño de seis años y mi pequeña princesa de dos.

—Tengo una sobrina que en junio cumplirá uno, nos tiene locos.

—Los niños dan responsabilidad y trabajo, y también te compensan con un amor incondicional.

—Ni que lo jures, para mi sobrina mi hermano es Dios.

—A mi hija le pasa igual conmigo —reconoció con orgullo—. Mi mujer a veces se enfada.

—Me lo imagino.

—¿Estás casado?

—Sí, aunque por poco tiempo —afirmó con un gesto torcido, añadió—: Le he pedido el divorcio.

—Lo siento.

—No te preocupes, está superado.

—Si aún no os habéis divorciado, te quedan unos meses difíciles.

—Espero que no. Ya veremos cómo va —dijo con una sonrisa breve.

Se encontró cómodo con Robert, a pesar de que su apariencia ruda pudiera distanciarlos, era sensible y durante todo el día pudo comprobar que tenía una inteligencia brillante. Vislumbró en él a un buen amigo para desconectar del trabajo en un lugar donde no conocía a nadie—. ¿Qué sabes de Claire Merritt?

—¿Te gusta?

—No es eso —respondió, moviendo despacio la cabeza, sonrió al recrearse en las cualidades físicas de la señorita Merritt, un valor añadido nada desdeñable, pero no iba por ahí su curiosidad—. Me pareció bastante enfadada.

—La pobre no está pasándolo bien, su madre murió hace pocos días. Se ha quedado sola con una mansión impresionante, es una preciosidad, pero como negocio no sé hasta qué punto es rentable. William y Jim la conocen más que yo, fueron compañeros en el colegio.

—¿No tiene padre?

—Falleció en un accidente de helicóptero. Era un buen hombre, muy querido en San Juan. Son una familia conocida por el abuelo, tenían una factoría de bacalao. Claire se fue a Nueva York cuando murió su padre. Al tiempo volvió, pero había perdido la chispa. Desde entonces no la he visto salir ni relacionarse con nadie.

—Será rarita.

—Antes de morir su padre era una cría encantadora. Supongo que le desbordó la situación.

—Debe ser complicado afrontar la muerte de tus padres.

—Muy complicado.

—¿Sabes algo de la tormenta?

—He oído que mañana amainará, pero no apostaría mucho.

Gabriel resopló.

—Nunca podría trabajar en un submarino.

—¿Qué te pasa?

—Me agobia estar encerrado.

—Si esto es enorme —dijo sonriendo.

—Pero no puedes salir cuando quieras.

—No te preocupes, con la de cosas que debemos leer, el tiempo pasará volando.

La plataforma osciló ligeramente y deslizó unos centímetros los platos encima de la mesa. Los únicos que los miraron alejarse fueron Gabriel y Robert, a nadie más pareció importarle, al instante volvieron y siguieron como si nada.

—No voy a pegar ojo —dijo Gabriel.

—¿No duermes bien?

—No, desde hace semanas —comentó distraído, recordando su polvo casual. Disimuló porque no quiso que tuviera una impresión equivocada y no tenía intención de repetir, pero le vino de escándalo. Se demostró a sí mismo que no era tan difícil practicar sexo sin sentimientos y le ayudó a dormir de un tirón; solo encontró beneficios—. ¿Cuántos meses seguidos están aquí los trabajadores?

—Depende del cargo y del trabajo que se esté haciendo en ese momento, pero suelen ser turnos de doce horas seguidas y otras doce de descanso, mínimo un mes.

—Debe ser duro estar tanto tiempo alejados de sus familias.

—Para los que estén casados y tengan hijos, los solteros lo llevarán mejor.

—No sé qué decirte, el 95% son varones —comentó torciendo la boca. En *Hibernia* solo trabajaban nueve mujeres, de las cuales solo dos tenían puestos de responsabilidad; una, era químico y la otra ingeniero de minas; el resto se dedicaba a la cocina y limpieza—. No sé cómo andará por aquí la población gay.

Robert sonrió, dándole la razón. Poco después ocuparon el dormitorio compartido, donde a Gabriel le faltó tiempo para sacarse las botas a tirones. Los pies llevaban horas doliéndole por las rozaduras de los talones, hechas por una talla más pequeña que la suya. Luego, dándole una tregua al cuerpo, se desnudó y alejó de su vista el discreto mono naranja.

—Estoy agotado —dijo Robert, arrojándose en la litera de abajo; lo más conveniente por la considerable diferencia de peso entre ellos—. Buenas noches, que descanses.

—Buenas noches, Robert.

Con una sonrisa amable Gabriel acortó los dos metros hasta el aseo. En unos minutos, dentro de una ducha minúscula, se sintió renacer con el agua muy caliente. Normalmente era más rápido, pero tenía la expectativa tan baja que perder el tiempo bajo ese chorro relajante fue inspirador para su cabeza y para recobrar el color en la piel.

En el caserón de la esquina, al día siguiente, dos hombres acuchillaban el suelo del salón mientras otro protegía con plásticos varios muebles antiguos. Tenían trabajo para varias semanas, que se preveían llenas de polvo y ruido. Claire recogía cortinas y juegos de sábanas con Eloise Friars, la señora que trabajaba para ella como asistente y fue íntima amiga de Grace. A sus años, cincuenta y cinco, se mantenía en buena forma, pese a un sobrepeso considerable. Tenía la cara siempre sonrosada, unos ojos azules que irradiaban bondad y unas ganas de vivir que sugerían un optimismo innato; era la alegría de la casa. Su hermana, Ethel, se encargaba de la cocina, pero echaba una mano si hacía falta, y Luc del mantenimiento general y el jardín. De los ocho dormitorios de la planta alta, solo quedaba uno por vaciar, los demás estaban preparados para la nueva pintura. Eligió un color neutro para las paredes y otro más oscuro para los zócalos de madera que se pondrían a un metro de altura e irían en diferentes colores por habitación. Todavía faltaban por comprar las nuevas cortinas y edredones, pero tenía intención de pedirlos por Internet y no solían tardar mucho en enviar los pedidos.

Sin ganas, se trasladó a la buhardilla, la habitación que ocupó casi toda su vida hasta que regresó de Nueva York y su madre acondicionó el dormitorio de la planta baja. Aquel tiempo fue tan negro que el único consuelo para Grace fue que Chris había muerto y no vio ni sufrió su hundimiento. Durante los dos años posteriores, Claire necesitó acudir a una psiquiatra semanalmente. A los diecinueve no quiso vivir, asediada noche tras noche por unas pesadillas que aún acudían a sus sueños para atraparla. Aunque en medio de esa habitación intentó no pensarlo, ese tonto traslado temporal avivó los recuerdos tristes que nunca se iban del todo y levantaban el muro que tan bien aprendió a construir para aislarse de unos crueles

demonios.

Cuando Claire despidió al constructor, atendió una llamada del móvil que le recordó otra experiencia dañina, esta vez para su orgullo y bolsillo.

—Hola, Claire.

William la saludó contento.

—¿Qué pasa?

—Tengo buenas noticias. Puedes retirar el dinero cuando quieras.

—Qué amable.

—Vamos, no seas así. Siendo honestos, sabes que no tenías razón.

—¿Un empleado de un banco me habla de honestidad?

—Piensa lo que quieras. Aquí tienes el dinero.

—Muy bien. No sé si podré pasarme dentro de un rato.

—No te preocupes, el señor Drake ha dado la orden y cualquiera puede atenderte.

—Vaya detalle... Cuando lo vea le besaré los pies como al Papa.

—Anda, déjalo ya.

—Gracias, Willy.

—De nada, guapísima.

Regresó a la planta alta y encontró a Eloise subida en una escalera. Parecía mantener la estabilidad igual que el bambú frente a un tifón. Podía oscilar temeraria, doblegarse incluso, pero nunca llegaría al suelo.

—Bájate, ya lo hago yo.

—Estoy terminando. Espero que compres estores, son mucho más prácticos.

Eloise arrugó la tela con las manos, donde tenía incrustada una alianza entre dos pliegues de carne en el dedo anular, y bajó insegura pero constante. Con mucho nervio dejó la cortina en la cama y ayudó a Claire echando sábanas por encima de los muebles.

—Acaban de llamarme del banco, ya tengo el dinero.

—Qué bien ¿Estás más tranquila?

—Sí, claro, pero podía haberme ahorrado el disgusto.

—No hay mal que por bien no venga.

—No sé... —Claire hizo una mueca disconforme—. Me pasé bastante, deben pensar que estoy loca.

—¿Quién piensa eso? ¿Willy? ¿Jim? Sois amigos desde pequeños, seguro que no piensan nada más que te alteraste un poco. No te agobies.

—Estaba delante el nuevo director, no es de por aquí.

—¿Y qué?

—Willy me ha dicho que él ha dado la orden.

—Porque se daría cuenta de su error.

—O porque ha pensado que estoy como un cencerro.

—No digas tonterías, si pensara eso no te habrían dado nada, los bancos no se casan con nadie. ¿Por qué te preocupa lo que piense?

—No me preocupa.

Claire mostró un gesto de indiferencia con los labios.

—¿Es mayor?

—No, tendrá dos o tres años más que yo.

—¿Es guapo?

—Y yo qué sé —respondió nerviosa—. Preguntas cada cosa...

—Es fácil —dijo Eloise, elevó las cejas expectante—, ¿sí o no?

—No seas pesada —dijo paciente. No había pensado en él, pero por la insistencia de Eloise volvió a una imagen que la sorprendió y atrajo, aunque no llegara a más; los hombres y ella no jugaban en el mismo equipo y, probablemente, nunca lo harían; su cabeza limitaba cualquier acercamiento desde que uno la dejó inservible para los demás—. No me fijé mucho —habló y compuso un gesto displicente. Por la cara, Eloise no parecía conforme, pero no añadió nada para satisfacción de Claire, que dejó de recordar al director del Scotia en cuanto volvieron a su tema estrella: la nueva etapa como residencia de Boreal Róis—. Elo, el contratista me ha preguntado quién hizo la escalera, ¿lo sabes?

—No —respondió mintiendo. Trató de mantener a raya los pensamientos negativos que de pronto abarrotaron sus recuerdos. Pero si Grace vetó al ruso, o como se hacía llamar: Alec Barn, cuando Chris murió para protegerla, mantendría esa misma postura—. ¿Para qué lo quiere?

—Por si restaurando los peldaños tuvieran cualquier imprevisto con la barandilla. Dice que ellos no podrían arreglarla.

—En ese caso, será mejor que sean finos trabajando. Vete a saber dónde andará quien la hiciera.

Eloise escurrió el bulto con imprecisión, recordando al anciano que vivía a las afueras de la ciudad. Ese que llevaba años cumpliendo con la promesa que Grace le arrancó tras una desagradable discusión. Aquel día, estando Chris ausente, Grace no soportó la familiaridad de Alexei, o Liosha para Chris y Charles, que llegó con otro de sus obsequios para Claire; parecía obsesionado con ella. Se enfadó porque estaba fuera de lugar, por mucha

amistad que hubiese tenido con su suegro y mantuviera con Chris; era un viejo y su hija una niña de diez años. Desde entonces, Alexei Barinov no había vuelto a poner los pies en esa casa y, seguramente, jamás lo haría.

Más tarde se quedó Claire sola, retiró la sábana de un sillón bajo de lectura en color wengué con las patas torneadas de madera y se sentó a contemplar el salón, consciente del azote de una tormenta que mientras estuvieron los trabajadores no notó entre el ruido de las herramientas y las voces. Sin dejarse llevar por el desasosiego que escuchaba fuera y sin querer agobiarse por la soledad que sentía más profunda por la desnudez interior que la rodeaba, se centró en los avances de un suelo que recobraba el brillo, en un techo donde ya no se veían grietas o en unas paredes vacías que pronto estarían pintadas y otra vez llenas de cuadros. Poco a poco resurgía la belleza de la casa que su abuelo construyó cuando llegó de Inglaterra buscando un futuro próspero, que consiguió gracias al bacalao. Fundó Atlantis Cod Ltd., una factoría que dio grandes beneficios hasta que en el 96 la industria pesquera se desplomó y su padre se vio obligado a vender allá por el 2001. De aquella bonanza solo sobrevivieron esa casa y los dos pisos que Charles Merritt compró como inversión, uno en San Juan y otro en Toronto. Afortunadamente, desde su muerte siempre habían estado alquilados y, hasta ese momento, los inquilinos nunca habían fallado en los pagos mensuales. Tal rareza alivió la maltrecha economía de sus padres cuando estuvieron apurados. La misma que rogó se mantuviera como mínimo unos meses más.

TRES

*San Juan de Terranova, 3-2-12
Terranova y Labrador, Canadá*

La nieve se acumulaba en los pasillos metálicos que rodeaban el módulo M50 y apenas tenían visibilidad exterior. No podían realizar llamadas y la mayor parte de la energía iba destinaba a la sala de control. La moral de Gabriel andaba bajo mínimos, cansado de recorrer los mismos pasos. Llevaba menos de cuarenta y ocho horas y ya conocía a la mitad del personal, ayudaba tropezar con ellos cada pocos minutos. Admiró a aquellos hombres, se necesitaba fortaleza mental para estar confinado meses en un sitio así. Reflexionó sobre las relaciones que debían mantener; era imprescindible ser sociable y asumir que dependías de tus compañeros. Parecían un grupo unido, al menos en el comedor se sucedieron las bromas y pullas durante la comida. No siempre sería igual y surgirían roces, pero a Gabriel le dieron buena impresión; eran un conjunto bien avenido de profesionales.

Después de repasar durante toda la tarde con Robert decenas de documentos para el proyecto *Deep Ocean*, como se llamaría la nueva plataforma, decidieron jugar una partida de squash antes de otra cena movidita. Tuvo la esperanza de conciliar el sueño al acostarse agotado, sin embargo, empezó a dar vueltas mientras Robert dormía como un lirón.

Con el portátil, se sentó apoyando la espalda en la pared. Para su sorpresa encontró que tenía wi-fi y pudo actualizar el correo electrónico. Y, dada la hora, aunque habría preferido otro tipo de comunicación, escribió a Cora un mensaje.

De: Gabriel Drake (gabriel.drake@scotiabank.com)

Fecha: viernes, 3 de febrero de 2012 00:15

Para: Cordelia Drake (Cora-dh@gmx.com)

Asunto: Nosotros

Hola, Cora ¿Cómo estás?

Siento haberme ido, pero no tenía otra opción. No he hablado con mi abogado, pero me gustaría hacerlo dentro de poco. ¿Cuándo podríamos vernos?

Besos,

Gabe.

Cogió el libro que estaba leyendo y logró concentrarse un rato en la historia de suspense, pese a notar de vez en cuando el impacto de las olas enfurecidas y el ruido ensordecedor del viento. No sintió nada de miedo hasta que la luz brillante de un rayo casi lo cegó y le puso los vellos de punta. A continuación, la noche espesa atronó en mar abierto y ya no pudo seguir, era una odisea mantener la cabeza en la lectura. Con ironía, pensó que para comprobar las medidas de seguridad no podían haber elegido mejor momento; presenciaron un simulacro de emergencia y el comportamiento de la plataforma azotada por un temporal muy hostil, también cómo el compañerismo y la solidaridad eran la base que facilitaba todo aquel funcionamiento. Durante el día se volcaron con ellos, conscientes de que impresionaba vivir en esas condiciones; era una cárcel flotante, incluso los monos naranjas reforzaban su apreciación. Escuchó el sonido de la bandeja de entrada y la abrió extrañado.

De: Cordelia Drake (Cora-dh@gmx.com)

Fecha: viernes, 3 de febrero de 2012 00:45

Para: Gabriel Drake (gabriel.drake @scotiabank.com)

Asunto: RE: Nosotros

Si tu abogado es tu hermano, ya he hablado con él.

Vete a la mierda.

C.

Otra vez Cora estaba agotando su paciencia. Quería sentarse con ella y hablar del divorcio, pero empezaba a admitir que sería imposible una salida elegante. Por suerte siempre contaba con Sean y era un gran consuelo saber que velaría por sus intereses de forma incondicional. Algunos de los rasgos que más destacaban en él eran la lealtad, la honradez y unas convicciones éticas bien arraigadas que solían inclinarlo hacia el lado de las injusticias. Y Gabriel tenía clarísimo que cualquier pretensión de Cora, con certeza, rozaría el límite de Sean.

Si al amanecer hubiera hecho bueno, el sol habría entrado en el dormitorio molestando a Claire, pero, como estuvo nevando sin parar, cuando se despertó comprobó que era más tarde de lo que imaginaba. Se asomó a la ventana y supo que hasta el sábado no podría salir. La nieve en la puerta no era problema, no así la falta intermitente de electricidad y el cierre de los establecimientos. Tenían alerta roja y el encierro hogareño era conocido por todos. Pensando en las inclemencias del tiempo, llamó a las Friars y a Luc

para que no fueran hasta el lunes. Al contratista esa nimiedad no le importó y a las nueve envió a dos empleados que dieron la primera mano a las paredes de los dormitorios.

Impaciente por ver el color, no era lo mismo varios metros que el centímetro cuadrado del abanico de la carta de muestras que le enseñaron, se quedó en el pasillo observándolos con una sonrisa satisfecha por un acierto pleno. El verde pálido resultaba femenino y quedaría muy bien con el oscuro de los zócalos de madera cuando estuvieran colocados. Dos dormitorios más irían igual; el resto en color visón y otros tonos más alegres. Y todos, con el mobiliario de colección, otra de las joyas de la casa, tendrían el equilibrio entre clásico y moderno que buscaba.

—¿Qué te parece? —preguntó un pintor.

Era un chico joven, rondando los veinticinco, se conocían de vista. Tenía una expresión agradable y sonreía con frecuencia.

—Me encanta.

—Con lo grandes que son los dormitorios, cualquier color quedaría bien.

—Supongo —admitió con una sonrisa ligera. Claire quiso darles una pequeña tregua, ya que desde que llegaban no descansaban en ningún momento, y preguntó amable—. ¿Hasta qué hora vais a quedaros?

El otro hombre, Larry, rondaría los sesenta, se veía ágil y fuerte, paró de pintar, se volvió hacia ella y dijo:

—Hasta las tres.

—¿Puedo traeros algo de beber? ¿Un refresco, agua?

—No te preocupes, estamos bien.

—Podríamos hacer un descansito —comentó el más joven.

Al ver al chico guiñarle el ojo, Claire dejó de sonreír y cambió el gesto por otro más serio; no podía dar pie a nada.

—¿Qué quieres tomar?

—¿Qué me ofreces?

Inclinó la cabeza hacia abajo y levantó la vista despacio.

—Coca-cola, zumo o agua.

—Las cervezas nos las tendremos que tomar en otro sitio ¿no?

—No sé dónde te las tomarás tú.

La conversación que empezó en un tono cortés se convirtió en incómoda. Claire percibía un flirteo que no buscó y no pensaba corresponder.

—Brian, déjate de tonterías —dijo Larry severo—. Tenemos que

terminar esta planta hoy.

—¿Hoy? No podremos darle otra mano, no se seca.

—Pues ve a la camioneta y trae el ventilador, aprovecharemos mientras la electricidad no vuelva a cortarse.

—Vale, jefe.

Brian pasó por delante de Claire, volvió a sonreírle seductor y bajó la escalera silbando contento. Tras unos segundos, ella salió y fue a la cocina; la habitación más grande de la planta baja después del salón. Abrió la nevera y sacó un *tupperware* con ensalada y otro con carne en salsa que olfateó antes de meter en el microondas. Distraída mirando el plato girar dentro del horno, no oyó a Brian entrar en la cocina.

—Qué bien huele.

En cuanto Claire escuchó esa voz grave tan cerca, dio un repullo y cruzó los brazos con rigidez; no soportaba estar a solas con un hombre si no era alguno de sus amigos de toda la vida.

—Me has asustado —dijo atenta a su cuerpo. Era por lo menos veinte centímetros más alto que ella, no valoró el peso, pero doblaba el suyo con seguridad, tampoco dejó de mirarle unas manos enormes que podían reducirla en un abrir y cerrar de ojos. No pudo mostrar mucha cordialidad, pero disimuló el miedo—. Dime qué te apetece y ahora te lo subo.

Sonriendo, Brian se acercó confiado e inclinó la cabeza para hablarle con demasiada intimidad; sin intuir el terror en unos ojos que no veían nada, paralizados por el miedo.

—¿Una cerveza conmigo?

—Lo siento —respondió murmurando. Parecía un chico agradable, tenía una sonrisa sincera y unos ojos oscuros alegres; aunque pedía un imposible—. No bebo.

—¿Nada? —preguntó sorprendido.

—Alguna copa de vino, poco más.

—No te veo nunca en la ciudad por la noche. ¿No sales?

—No.

Sonó la alarma del horno; una oportunidad de huida. Sacó el plato, ignorando el seguimiento de Brian, que creyó interrumpirla y se dirigió a la puerta.

—Que aproveche.

—Gracias —dijo más relajada. Esa distancia fue vital. Molesta consigo misma, viendo el comportamiento correcto de Brian, preguntó—.

¿Te llevo una coca-cola?

—No te preocupes, come tranquila. Hasta luego.

Sentada en la mesa, otra vez sola, contempló unos muebles bajos de madera blanca y unas molduras entre el techo y la pared con flores pintadas, todo era antiguo y confortable; se notaba el trabajo artesano del carpintero que la hizo; también, de día era luminosa, pese a que esa mañana apenas entrara claridad por las dos ventanas que tenía con vistas al corredor lateral del jardín y la calle. Sin apetito, empezó a comer en su retiro mental, recordando ciertas cosas que aún atosigaban sus pensamientos para quemarla igual que cuando ardió en el infierno. Era inteligente y comprendía que no todos los hombres eran violadores o asesinos, pero su subconsciente le impedía relacionarse con ellos. El tratamiento psiquiátrico fue efectivo para la depresión y las pesadillas, que ya eran esporádicas, no así para mejorar su actitud; con veintisiete años no sabía qué era ni el amor ni el sexo.

El año anterior, animada por la doctora Stamps, salió con Patrick Hamilton, un médico del Centro de Ciencias para la Salud que había pegado a la Universidad Memorial de Terranova, se conocían y habían sido amigos en la adolescencia. La relación duró tres citas, el tiempo que necesitó Patrick para atreverse a darle un beso en la mejilla cuando se despidió. A Claire le costó otro montón de dólares la terapia y desde entonces renunció a los hombres de manera definitiva; sería imposible que su mente la dejara liberarse.

En el Sheraton, Cybill trató de comunicarse con Gabriel para no irse sin decirle adiós, aunque no le quedó más remedio. Estuvo tentada de llamarlo al banco, pero desechó la idea por no parecer atrevida. Cuando terminó de meter la ropa en la maleta, recibió un mensaje de su marido y volvió a la realidad de una vida aburrida en Toronto. Llevaba casada cinco años y los dos últimos estaban sobrando. Bajó a la calle y cogió un taxi, dejando atrás el primer viaje realmente excitante a Terranova con la esperanza de que tres meses pasarían rápido para regresar y repetir el sexo sin ataduras con Gabriel Drake; todo un aliciente inesperado que no había podido quitarse de la cabeza.

A más de trescientos kilómetros de San Juan, Gabriel llevaba dos días sin dormir y necesitaba descansar. El ruido constante de la lluvia y el viento llegó a desquiciarlo más que el ensordecedor de las perforadoras antes de que

las detuvieran. Rezó para que el tiempo mejorase, harto de la litera, de ese traje del corredor de la muerte, de las botas; de todo.

Pasaba del mediodía y seguían en el dormitorio sin ninguna noticia de Steve. No aguantaba más la incertidumbre y, pensándolo bien, si tenía que estar otro día allí sufriría alguna clase de ataque. Se bajó de la litera con un salto ágil, salió del dormitorio y dejó a Robert en el baño. A riesgo de que le llamasen la atención, prescindió del casco; no iría más lejos del M50; solo algunos trabajadores cumpliendo sus turnos tenían permiso para estar fuera.

Atravesó uno de los pasillos numerados y saludó a todos los que se cruzó con una sonrisa tibia o una ligera inclinación con la cabeza. Si el miércoles en pocas horas había controlado un montón de caras nuevas, en ese instante fueron ya viejos conocidos.

En el comedor la actividad era un hervidero con murmullos mezclados entre algunos saludos a gritos o risotadas exageradas. Cogió una bandeja y se sirvió la comida. Mientras esperaba que un cocinero terminara un filete a la plancha, notó una palmada en el hombro. Al girarse, se topó con la cara amistosa de Steve.

—Hola, ¿cómo lo lleva?

—Bien —respondió con un gesto incómodo—. Hemos tenido mala suerte.

—No es raro en esta época del año.

—¿Cree que hoy podremos irnos? —preguntó Gabriel, colocando una ensalada en el plato que acababa de entregarle el cocinero con la carne—. Por favor, no me diga que vamos a pasar aquí todo el fin de semana.

—¿Tiene planes?

—Sí, dormir.

—Relájese, hasta dentro de un rato no sabremos si puede venir el helicóptero a recogerles.

—Avíseme, por favor.

—Descuide —dijo, sirviéndose la comida. Gabriel puso un zumo en la bandeja y lo siguió hasta sentarse en una de las mesas, desplazados de los demás. Tras un momento, empezaron a comer y Steve preguntó—. ¿Pudieron ver los informes?

—Sí, aunque tenemos que estudiarlos más a fondo —dijo Gabriel amigable. No debía hablar con nadie hasta decidir si el banco aceptaba la operación y Steve era el director técnico de *Hibernia*, no su cliente, pero trató de corresponder una hospitalidad generosa—. La nueva plataforma supone

dos años de construcción en Noruega y un despliegue de medios muy elevado.

—Lo sé y no me gustaría estar en su pellejo.

—Estoy acostumbrado.

Pasaron varios minutos charlando de corrientes marinas, pesca y rutas de navegación, sin mencionar yacimientos ni dinero. Los dos estuvieron de acuerdo en que salvaguardar el medio ambiente era primordial y Gabriel se convenció de que su impresión sobre Steve no podía haber sido más acertada, desde el minuto uno captó el interés del hombre por cumplir a rajatabla todas las normas de seguridad; incluso, llegó a creer que estaba un poco obsesionado.

Terminaban de comer cuando apareció Robert con una bandeja repleta hasta arriba, sin privarse de nada.

—Hola, siento el retraso.

Saludó con una energía que Gabriel envidió.

—Parece que usted sí ha dormido —dijo Steve.

—¿Usted no?

—Por supuesto. Es el señor Drake quien no lo consigue.

Robert hizo una mueca de desaprobación y Gabriel encogió los hombros.

—No. He tenido mucho tiempo para pensar.

—Señores, hasta luego.

Steve se levantó, empezó a hablar por un *walkie* y varios hombres se acercaron para rodearlo.

—Voy a por un café —dijo Gabriel, observando con curiosidad las instrucciones que Steve daba—. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

De camino a la máquina, Gabriel quería constatar que podrían salir sin complicaciones, agudizó el oído intentando escuchar la conversación de Steve, pero no encontró ninguna pista del tiempo y sí un montón de palabras que no le dijeron nada. Cuando tuvo el café en el vaso, le pareció insuficiente y volvió a pulsar el botón. Con ese segundo chorro espeso y oscuro creyó que su cerebro empezaría a funcionar. No añadió leche ni azúcar, necesitaba cafeína en cantidad industrial.

—No sé cómo aguantas —dijo Robert al verlo, masticó y bebió un trago de refresco con la boca llena—. ¿Cuántos llevas?

—Con estos, tres.

—Vas a ponerte como una moto.

—Lo dudo —dijo antes de darle un buen sorbo al vaso—. Estoy hecho polvo, necesito salir.

—Dentro de poco estaremos fuera, seguro.

Gabriel sonrió, agradeciendo ese ánimo y el efecto estimulante que notó de inmediato en las neuronas.

—Le he dado muchas vueltas al proyecto y no sé si los beneficios nos compensarán. Estamos hablando de una extracción limitada a treinta años y aunque supone crear empleo y generar riqueza también es demasiado arriesgado.

—Piensas eso porque no eres de aquí. Cuando tuvimos el desastre del bacalao algunos pescadores cambiaron a otras especies, pero la gran mayoría se quedó sin trabajo y la construcción de esta plataforma les ayudó a salir de la crisis. Como todo, tiene sus riesgos. Pero si el Gobierno les dio el visto bueno, y en quince años hemos dejado de ser la provincia más pobre del país, no creo que ahora haya otros problemas.

—No me gusta hablar de beneficios limitados a no ser que la inversión equilibre el riesgo, y saber que es temporal no ayuda a mis expectativas.

—Vamos a estudiarlo bien.

—Sí y también necesitamos informes geológicos independientes. No me valen los de la consultora estadounidense que nos han dado, tienen demasiados intereses de por medio.

—Nos han aportado lo bonito del proyecto.

—Por eso, vamos a sopesar lo bonito con lo feo. Hablamos de muchos millones que si el banco los destinara a otros proyectos no darían un beneficio tan alto a corto plazo, pero no estaríamos limitados a treinta años.

—¿Por qué te preocupa tanto ese límite? Todas las extracciones de hidrocarburos están igual de limitadas.

—Porque tengo intención de terminar mi carrera en esta empresa y si no veo futuro prefiero otras inversiones menos dañinas para el medio ambiente y más sostenibles.

—Pareces de Greenpeace.

Gabriel sonrió y negó con la cabeza.

—No lo soy, pero los admiro y creo que han concienciado a muchas personas sobre la importancia de cuidar nuestro planeta.

—Es verdad, pero necesitamos el petróleo para funcionar.

—Cierto, aunque van a tener que convencernos con números porque con necesidades no va a colar.

Steve entró en el comedor y se aproximó a ellos decidido.

—Tengo buenas noticias, a las cuatro llegará el helicóptero.

A Gabriel le cambió la cara, por fin algo bueno.

Volvieron al dormitorio e hicieron en silencio los exiguos equipajes. Gabriel fue feliz tras quitarse las malditas botas para calzarse unos botines negros de piel. Abrigados hasta las cejas, salieron al exterior. Se miraron preocupados al notar el fuerte viento. Ninguno era experto en pilotar nada, pero si habían tomado la decisión de recogerlos debía ser porque tenían claro que podría hacerse con seguridad. Ni llovía ni la nieve copaba las cubiertas, aunque las olas imponían un respeto absoluto moviéndose con una sincronización perfecta. Para Gabriel, adicto a los cálculos, fue difícil suponerles la altura, pero, como llegaban hasta la mitad de los pilares que sostenían la plataforma, podían tener quince metros con tranquilidad.

Mientras el helicóptero aterrizaba, se despidieron de Steve James. Luego, se aproximaron a una pasarela y a la escalera metálica que debían subir para llegar al helipuerto. Pese a no salvar un desnivel considerable, inferior a tres metros, estaba demasiado expuesta.

Sujeto con fuerza a la barandilla, Robert frenó varias veces por algunas rachas agresivas hasta que consiguió llegar. En cuanto Gabriel agarró el metal en las manos e inició la subida, supo que tenía problemas. El viento lo manejaba como a una marioneta, totalmente a su merced. Respirando acelerado, resguardó unos segundos la cabeza entre los hombros. Tras mentalizarse, luchó con toda la energía que pudo varios peldaños, casi los últimos.

De repente, un azote descomunal le desestabilizó el cuerpo por completo, soltó una mano, solo con la otra no pudo mantener el equilibrio, y cayó al suelo impactando con la espalda. Se escuchó el golpe de la cabeza contra el hormigón, brusco y seco; sobresalió a un silbido implacable o al ruido de las hélices; el susto fue tremendo.

Gabriel no perdió el conocimiento, aunque hubiese sido preferible para ahorrarse el dolor agudo que sentía en el tobillo derecho.

—¡No te muevas!

El grito de Robert rugió en la cubierta cuando vio que intentaba incorporarse. Varios testigos del accidente se acercaron con rapidez. Al

momento, sonó una alarma.

En pocos minutos llegó un médico y, tras quitarle el botín, comprobó que tenía roto el tobillo y debía colocarle el pie en su sitio. Gabriel aguantó la respiración y cerró los ojos con fuerza, sintiendo unas manos seguras sobre su dolorido pie. En cuanto notó el tirón, chilló medio trastornado; aquel alarido estremecedor mereció un respetuoso silencio por parte de todos.

—Traedme una férula —ordenó el médico. Tenía unos cuarenta años, complexión atlética, un rostro lleno de ángulos y una sombra negra de barba—. Tengo que inmovilizarlo y tardaré un rato.

Robert bajó al mismo tiempo que Gabriel vio desaparecer el helicóptero tumbado en el suelo. La cabeza empezó a martillearle y unas náuseas se apoderaron de su estómago.

—Voy a vomitar.

Uno de los obreros le dio una bolsa de papel con el gesto compungido.

—Soy nuevo. Siempre las llevo conmigo.

No tuvo voluntad para agradecerse, Gabriel cogió la bolsa y expulsó con violencia el almuerzo, aderezado por un color oscuro sospechoso. En una camilla, dos hombres lo trasladaron a la enfermería, donde le hicieron dos radiografías del pie. Según el médico, al no tener lesionada la estructura entre el peroné y la tibia, podía tratarlo sin cirugía, pero ya se había inflamado y cada vez el dolor era más insoportable. Después de enyesarlo, examinó su coordinación y las señales visibles en el cuerpo.

—La cabeza parece estar bien —dijo el médico. Pidió ayuda a Robert, lo tumbaron en una de las dos camas, y preparó una inyección—. Voy a ponerle un calmante, es bastante fuerte. —Sin más explicaciones, bajó un poco el pantalón de Gabriel y le pinchó encima de los glúteos—. Lo tendré en observación veinticuatro horas.

—¿Qué? —susurró adormilado.

—Si pasa bien la noche, mañana podrá irse.

No contestó, seguía con los ojos abiertos, sin distinguir la realidad de alguna broma pesada.

—Menuda suerte —dijo Robert, dándole varias palmadas en el hombro, se inclinó para hablarle en el oído—. Al final vas a cumplir tu plan.

La respuesta de Gabriel llegó como murmullo grave e incomprensible con unos párpados que se cerraron para conseguirle un descanso ansiado. Robert salió al pasillo con el médico, donde le agradeció la atención prestada,

y, después de llamar a su mujer para contarle el accidente, presintiendo que el carácter de su nuevo jefe tendría asegurado un brusco empeoramiento cuando despertase, preparó con Steve el traslado para que fuese cuanto antes, pero con las condiciones climatológicas óptimas y sin correr riesgos innecesarios.

CUATRO

*San Juan de Terranova, 6-2-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Tras un amargo fin de semana dolorido en la enfermería sin moverse dependiendo de los demás, Gabriel cambió el ánimo al contemplar un sol radiante que brilló con una esperanza liberadora; necesitaba salir de esa cárcel, aunque solo fuese mental.

Sin sopesar las consecuencias de otra caída, se levantó cojeando para coger el neceser, un pantalón y una camisa, llegó satisfecho hasta el baño y se afeitó, agradeciendo que Robert hubiese traído sus pertenencias. Al recuperar la apariencia cuidada que tanto le gustaba, se sentó en el inodoro para ponerse los pantalones, pero no entraban con la escayola. Buscando unas tijeras volvió a la aséptica sala donde estaban las dos camas. Aliado con la desgracia, se topó de frente con la chapa de la puerta por el ímpetu brutal e involuntario de Robert. Para evitar el impacto en el pie escayolado, adelantó el hombro izquierdo.

—¡Joder...! —exclamó con un alarido, cerró los ojos.

—Lo siento, creía que estabas fuera.

Gabriel pasó por delante a la pata coja, se sentó en la cama en ropa interior y miró concentrado la pernera de los vaqueros, al momento, midió encima de la pierna el trozo que sobraba.

—¿Tienes unas tijeras?

—No —dijo Robert extrañado—. ¿Para qué?

—Para cortar una pierna, no me entran.

—¿Vas a destrozar el pantalón?

—Es mejor que salir en calzoncillos.

—Te puedo prestar un pantalón de chándal, traje dos.

—El mío está sucio.

Robert por un instante valoró qué consideraba Gabriel suciedad cuando solo lo usó durante la partida de squash y era la única prenda que podía ponerse.

—¿Te lo dejo?

—Sí, gracias.

Poco después, Gabriel disimuló su sorpresa por el tamaño, se lo colocó con facilidad y salieron con los equipajes al comedor. Andando con las muletas recibió un buen número de miradas piadosas y frases alentadoras. Robert se encargó de traerle el desayuno, al igual que durante el fin de semana se preocupó por todas las comidas y pasó horas dándole un reconfortante apoyo moral. El sábado le llamó toda la familia y tuvo que armarse de paciencia con Elizabeth cuando insistió en que regresara a Quebec o iría a buscarlo. Al final de la conversación entendió la situación insostenible con Cora y la importancia del proyecto que realizaba para el banco.

—¿Vas a seguir en el hotel? —preguntó Robert.

—Sí, ¿por qué?

—Porque durante un mes vas a necesitar ayuda.

—Puedo manejarme bien solo.

—No lo dudo, pero en el Boreal estarías mejor y acompañado. Dan un buen servicio y es más acogedor que el Sheraton, al menos siempre son los mismos.

Gabriel pensó un momento.

—No creo que me quieran como cliente.

—Habla con Claire, seguro que llegáis a un acuerdo hasta que encuentres casa.

—¿Acuerdo con ella? Lo dudo.

—Tienes una opinión que no se corresponde con la realidad. Es muy educada y buena gente, aunque le guste estar sola. Todos los compañeros que se han quedado con ellos siempre han contado maravillas y la casa es espectacular.

Gabriel exhaló agobiado. No tenía ganas de hablar con la señorita Merritt, era tan desconcertante como atrayente, y no sería una buena idea plantearse nada con un divorcio por medio. Empezaba a valorar no dar explicaciones y tenía intención de repetir los polvos casuales alternando a las mujeres, a su aire. A la vez, verse rodeado a diario de un personal diferente tampoco sería una situación idílica, supuso que a los dos días estarían hartos de él, de sus peticiones o del malhumor que arrastraba al verse incapacitado.

—Lo pensaré.

—También va a salirte más barato.

—A mí no, al banco.

Un rato después, llegó el helicóptero. Gabriel mantuvo en vilo a

Robert y al resto del personal mientras subía la escalera tirando de los brazos para apoyar solo el pie izquierdo, peldaño a peldaño, despacio. Tras varios minutos muy tensos, recibió la ayuda de dos hombres para entrar en el aparato y al poco despegaron, alejándose de una experiencia inolvidable que ni al tomar tierra acababa; debía ir al hospital y decidir dónde iba a alojarse. Preocupado, pasó el trayecto analizando pros y contras, sin saber qué hacer.

Nada más entrar en la elegante e impoluta habitación del Sheraton, Robert colocó el portátil de Gabriel en la mesa, la bolsa de viaje en una silla y se despidió hasta el día siguiente dándole algunos paternales consejos sobre seguridad.

Cuando se desnudó Gabriel en el baño, se colocó el albornoz del hotel y apiló la ropa sucia en un montón cerca de la puerta. Deshizo el equipaje entretenido lanzando la ropa a aquel montón que se elevó varios palmos del suelo. Luego, tumbado en la cama, se tomó un analgésico y llamó a recepción para que vinieran a recogerla y a traerle la comida. Media hora después, seguía esperando. Volvió a descolgar el teléfono y habló en un tono cordial:

—Hola, soy Gabriel Drake, llamo de la 320, aún no han venido a recoger la ropa ni me han traído la comida.

—Hola, señor Drake —dijo una recepcionista—. Disculpe el retraso, voy a volver a avisar. En unos minutos pasarán por la habitación.

—Muy bien, gracias.

Colgó y miró la hora en el reloj que llevaba en la muñeca, marcaba las dos y media. Cogió las muletas, fue a la mesa y, bastante cansado, se sentó en la silla a contemplar el puerto. Al rato, harto de ver los mismos barcos, volvió a la cama y comprobó la hora: tres y cuarto. Agarró el teléfono irritado para escuchar la misma voz aguda derrochando falsa amabilidad.

—Hola, soy Gabriel Drake, le llamo de la 320, sigo esperando.

—Disculpe el retraso, en unos minutos le atenderán.

Al oír la repetición, Gabriel explotó:

—Señorita, hace cuarenta y cinco minutos que espero. No quiero volver a escucharla decirme que espere. No tengo que esperar más y no es la mejor manera de mantener la calidad de un servicio de habitaciones. Tengo hambre, necesito que me laven la ropa y lo necesito ya.

—Disculpe, señor Drake, es la peor hora, pero le garantizo que en pocos minutos tendrá la comida y recogerán su ropa.

—Eso espero. Soy cliente de esta cadena desde hace muchos años y

es la primera vez que me encuentro con un servicio de habitaciones tan malo.

—Siento su decepción. Nuestro servicio es de doce horas y tenemos algunas bajas, pero le repito que en breve será atendido.

—¿Doce horas? ¿No tienen servicio de habitaciones veinticuatro horas? Esto es increíble.

—Señor Drake, somos el mejor hotel de Terranova. Aunque la mayoría de hoteles de nuestra cadena son de cinco estrellas, nosotros solo tenemos cuatro y no estamos obligados a disponer de servicio de habitaciones veinticuatro horas.

—Pues podrían avisarlo.

—Si lee las fichas sobre nuestros servicios, verá que sí se especifica.

—Sé leer —dijo con soberbia—, y no lo he visto.

—Le aseguro que está escrito.

—Perfecto, le doy cinco minutos.

Pensando en la escasa duración de ese servicio, Gabriel colgó de malos modos. No se tenía por muy exigente, pero si pedía algo contaba con tenerlo en un plazo razonable. Si encima no podía valerse por sí mismo, la impotencia aumentó ese enfado permanente que no conseguía alejar.

Pasó el tiempo y cuando oyó llamar a la puerta, con un tono cortante, dio el visto bueno a que abriesen. Gabriel supo por la sumisión del camarero que estaba advertido por su compañera. El hombre apenas levantó la vista, dejó el carro cerca de la mesa y salió de manera precipitada con otra disculpa.

En cuanto abrió Gabriel las campanas metálicas, olfateó la sopa de verduras y encogió la nariz. Probándola se acordó de su madre y renunció a aquellas enseñanzas tan encomiables; ahí pagaba, no era ninguna descortesía. Hizo el intento con la otra, pero no era proclive al pescado frío y colmó su límite; en ese mismo instante concluía su estancia en el Sheraton. Si los compañeros hablaban tan bien del Boreal Róis, lo probaría. Unos pocos minutos más tarde, el ayuno voluntario propició que mostrara su peor semblante a la chica que pasó a recoger la ropa. Nada más irse con las manos vacías, Gabriel volvió a descolgar el teléfono:

—Soy Gabriel Drake, prepáreme la cuenta.

—¿No ha llegado la comida?

—No sé de qué se alimentará usted, pero yo no como basura. Buenas tardes.

Colgó sin darle opción a réplica. Cojeando y acelerado por la mala leche fue al armario, se estiró en equilibrio y bajó la maleta. Guardó sus

prendas sin orden, confiando en que la señorita Merritt tendría un servicio de lavandería mucho más eficiente para los clientes que ahí, metió los trajes en las fundas y llamó a Turabian para que hiciera la gestión por él, sin contemplar otra opción que alojarse en esa casa que tantas alabanzas recibía.

Con el fastidioso ruido del taladro como instrumento solista, Claire estaba comiendo en la cocina con Ethel mientras Luc ayudaba a subir duelas de madera a los dormitorios y Eloise quitaba del salón una fina capa de polvo que lo salpicó entero y le supondría varios días de limpieza a fondo. Hasta ese momento, la planta baja era la única zona terminada. Todavía faltaban los suelos de la primera planta, de la buhardilla y colocar todos los zócalos, pero se comprometieron en dejarlo listo a finales de la semana, incluidos los estores que llegaron esa misma mañana. El móvil de Claire empezó a vibrar encima de la mesa, miró el número y, al no reconocerlo, lo ignoró.

—¿Por qué no lo coges? —preguntó Ethel.

—Porque no sé quién es.

Siguieron comiendo en silencio hasta que volvió a sonar.

—Cógelo, puede ser importante.

Impasible, Claire hizo una mueca de fastidio. Ethel esperó a que dejara de masticar observándola a través de los cristales de las gafas con unos perspicaces ojos azules.

—Te he dicho que no conozco el número.

—Puede ser alguna agencia nueva.

Resoplando, Claire cogió el teléfono y respondió:

—Dígame.

—Hola, Claire, soy Samuel Turabian —saludó contento, quizá demasiado—. No he tenido ocasión de decírtelo, pero siento mucho el fallecimiento de tu madre.

Claire negó con la cabeza y Ethel se concentró en ella.

—Muchas gracias.

—¿Cómo estás?

—Muy bien ¿Y usted?

—Bien, gracias. No has pasado a retirar el dinero.

—No he tenido tiempo, intentaré ir mañana.

—No lo dejes mucho. ¿Cómo va la reforma?

—Perfecta —respondió seca—, gracias.

—Tengo un cliente para ti.

—Hasta dentro de unas semanas no podemos alojar a nadie.

—Es muy importante.

—¿No me diga?

Esa voz no evitó la ironía.

—Sé que estás disgustada con nosotros, pero debes comprendernos.

—No estoy disgustada y no podemos alojar a nadie, las habitaciones de la primera planta aún no están acabadas, lo siento.

—¿Y en otra planta?

—Señor Turabian —dijo paciente—, hay dos dormitorios más, uno en la planta baja, que es el mío, y otro en la buhardilla, que no está acabado. Lo siento, pero es imposible.

—Por favor, Claire, es muy urgente.

—Mándelo a un hotel.

—Viene de vuelta —comentó rápido.

—Perdone, no he entendido bien.

—Claire, por favor, el señor Drake se ha roto el tobillo y necesita encontrar alojamiento antes de esta noche —explicó agobiado. Al escuchar el nombre, Claire abrió los ojos como platos. Ajeno a la mezcla de cinismo e inquietud que la rondaba, Turabian siguió—. Sé que abuso de tu hospitalidad, pero llevamos mucho tiempo trabajando juntos y creo que el dormitorio de la planta baja sería ideal para él.

Con la última frase tocó la fibra más sensible de Claire.

—¿Disculpe? —dijo irritada—. ¿Está proponiéndome que le ceda mi dormitorio?

—Sí —afirmó rotundo—. Te pagaremos bien, y solo será un mes, por favor, te necesito.

—No quiero ser rencorosa con usted —dijo llena de sarcasmo—. ¿Recuerda cuando lo necesité? ¿Tuvo alguna consideración?

—De verdad que lo siento, pero según nuestra política no podemos dar el dinero de un cheque sin firma y, aun así, el señor Drake autorizó el pago.

—Tengo que estarle muy agradecida... —Sonrió apretando los labios. Ethel no le quitaba los ojos de encima, intentando averiguar qué pasaba. Claire procesó a toda prisa y llegó a la conclusión de pedir una cantidad excesiva para que desistiera—. Por ser un caso tan urgente y debido a los inconvenientes que va a ocasionarme, el precio por noche sería de quinientos dólares.

Ethel se llevó la mano a la boca.

—Es un abuso y lo sabes.

—Lo toma o lo deja —dijo seria—. Ya le he dicho que no estoy interesada.

—Muy bien, pero te lo advierto, trátalo acorde al precio que vas a percibir o dejamos de trabajar contigo.

—Por supuesto, usted sabe que por mucho menos siempre cuidamos a nuestros clientes, no vamos a hacer una excepción con él. ¿A qué hora llegará?

—Dentro de un rato.

—Estupendo, lo esperaremos ansiosos, buenas tardes.

En ese instante creyó haber hecho la operación del siglo y sonrió encantada. Ethel movió la cabeza y preguntó:

—¿Quién viene?

—El nuevo director del Scotia. Se ha roto un tobillo y tengo que dejarle mi dormitorio. Tendré que irme a la buhardilla y tú a la habitación Sureste, está casi lista.

—¿Yo? —preguntó aturdida por la confusión—. ¿Por qué tengo que dormir aquí? No lo he hecho nunca.

—¿No pretenderás dejarme sola con él?

—Te has metido tu solita en este lío, así que te quedas solita con él.

—No.

—Sí. No puedes obligarme a dormir aquí.

—Vamos... —dijo con un puchero infantil—. Van a pagarnos mucho dinero.

—No, tú vas a ganar mucho dinero, yo voy a cobrar lo mismo.

—Te daré una gratificación.

—No seas pesada, no voy a dejar a mi familia porque a ti se te antoje.

—Ethel, por favor..., no es ningún antojo —dijo rayando la histeria—. Te lo suplico, no puedo quedarme sola con él.

—No seas tonta. Ahora no está tu madre, así que siempre estarás sola con los clientes. ¿Qué te preocupa? ¿No me dijiste que era de tu edad? Te vendrá bien tener algún amigo. Una de las cosas que más le gustaba a tu madre era conocer gente nueva y hablar con ellos. Tendrás que hacerlo igual.

—Yo... no... puedo...

El rostro desencajado de Claire iba a tono con una voz que se apagó en un hilo.

—¿Qué te pasa? —preguntó, tocando con suavidad su mano. Claire bajó la cabeza negando despacio, unas tristes lágrimas inundaron sus ojos, incapaz de sincerarse. Era tan complicado explicarlo que empezó a llorar desconsolada. Sin tener una idea real de qué motivaba tanto desasosiego, Ethel preguntó—. ¿Has tenido algún problema con él?

—Por favor, Ethel, no me dejes sola, por favor.

—No llores —dijo Ethel preocupada por esa reacción, sujetó su barbilla y habló con suavidad—. Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Acabas de decirme que no puede andar bien, vas a alojarlo en tu habitación mientras tú estarás a dos plantas y supongo que será educado. —Ethel sonrió condescendiente—. No veo el problema, van a pagarte muy bien, trata de conocerlo; siempre es bueno tener con quién hablar, pasas demasiado tiempo sola y a tu edad deberías estar todo el día con tus amigos, o con un novio o disfrutando de la vida, no siempre encerrada entre cuatro paredes.

Desde ese punto de vista, Ethel tenía razón. Claire sabía que era una distorsión suya de la realidad, pero no podía evitarlo. Si no quedaba más remedio, se encerraría en la buhardilla desde las cuatro de la tarde hasta las ocho de la mañana, la hora a la que ella, Eloise y Luc empezaban la jornada laboral; esa fue la solución que encontró. Pasados unos minutos, se convenció a sí misma. Habló con Eloise y, en poco tiempo, limpió el dormitorio del nuevo huésped. Era el mejor de toda la casa, el más amplio; con las paredes pintadas en un tono beige casi blanco y un zócalo marrón oscuro; tenía una chimenea recubierta de piedra; un secreter de caoba antiguo, con una puerta de acordeón y varios cajones; la cama de matrimonio con cuatro postes tallados, también valiosa; y su joya, la que usaba a diario: el rincón de la lectura, con un cómodo sillón negro de piel, un reposapiés y una lámpara art-déco.

—¿Has sacado todas mis cosas?

—Sí —respondió Eloise—. No te preocupes. Me voy arriba.

Claire la vio subir por la escalera con más agilidad que cualquiera con menos peso, la siguió cargada con un puñado de libros y entró tras ella en la buhardilla, que era un desastre. Se le cayó el alma a los pies cuando vio las duelas apiladas en un rincón, un plástico cubriendo el suelo, una caja de herramientas y un taladro por medio, indicando el carácter “ordenado” de los obreros.

Mientras Eloise guardó la ropa en el armario, Claire formó una torre

con los libros a un lado de la cama, que después hizo con una sábana bajera de franela y un colorido edredón. Aún olía a pintura, pero se mentalizó de que en un par de días habría desaparecido y de que en un mes volvería a su dormitorio; no quiso darle más vueltas, conociéndose, la presencia del señor Drake insistiría en devolverle unas machaconas y agotadoras pesadillas mezcladas con todos sus temores.

Sonó el timbre y Ethel se apresuró en salir de la cocina. Se atusó el cabello, de color engañosamente oscuro comparándolo con el de su hermana, que era dos años menor, y abrió componiendo una sonrisa de bienvenida que se congeló cuando tuvo enfrente a Gabriel y a Turabian. De repente creyó entender la ansiedad de Claire, con su edad también estaría aterrada, el nuevo huésped era un peligro para los sentidos, y de los gordos. Vestía un chándal azul marino con una franja vertical blanca, una zapatilla deportiva en el pie indemne y un chaquetón oscuro, con una capucha de pelo largo y un gorro negro que le destacaban el rostro; demasiado guapo para pasar inadvertido. Incluso con esa ropa informal, la mujer detectó una sutil sombra arrogante en sus ojos grisáceos; la cautivaron sin mediar palabra.

—Hola, Ethel —saludó Turabian sonriendo—. ¿Cómo estás?

Cuando bajó del limbo, Ethel habló:

—Hola, Sam, estoy bien. ¿Y tú?

—Ahí vamos. Te presento al señor Drake.

—Encantado —dijo, tendiéndole la mano, inclinó la cabeza y esbozó una sonrisa agradable, le gustó la pinta maternal de Ethel—. Soy Gabriel.

—Pasen, por favor.

Con soltura, Samuel cogió la maleta y se cargó al hombro la bolsa del portátil después de que Ethel sujetara las fundas de los trajes y el maletín de piel; mientras, Gabriel se colocaba las muletas en los codos. Entraron en el vestíbulo y coincidieron con Brian y Larry, que pasaron por su lado despidiéndose de Ethel.

—Esta planta está acabada —comentó la mujer al advertir la curiosidad de Gabriel—. Aunque hasta que no terminen es inevitable que esté llena de pisadas. Le enseñaré su dormitorio y después, si quiere, le hago un recorrido por la planta.

—Estoy cansado, mejor mañana —dijo impresionado por el interior, pese a la buena opinión de Robert, le costó apartar la vista de la gran lámpara con forma de mariposa hecha con pequeños cristales de colores; pendía centrada en el hueco de una escalera circular de madera, con una hermosa

ornamentación que bien merecía la pena dedicarle tiempo en un examen sin prisas; era otra maravilla—. No esperaba que fuera así.

—¿Le gusta?

Gabriel sonrió a Ethel.

—Sí, mucho.

—¿No está Claire? —preguntó Turabian.

—Sí, ahora bajará. Está con mi hermana arreglando la buhardilla.

Rodearon la escalera hasta un distribuidor que seguía la misma curva y Ethel abrió una puerta para dejar a Gabriel otra vez admirado. El dormitorio era enorme, decorado con mucho gusto, resultaba cálido, rezumaba el carácter de un trabajo artesanal exquisito. Dos ventanales enmarcaban las vistas nevadas del jardín trasero y eran en sí mismos una obra de arte, con unos cristales biselados que dejaban pasar la luz en diferentes ángulos para otorgar a aquel espacio un toque casi irreal.

—¿Qué le parece? —preguntó Ethel—. Todavía huele, pero en pocos días el olor se habrá ido.

—Está muy bien —contestó asintiendo—. ¿Tiene baño?

—Sí —afirmó y señaló un panel decorado con unas flores pálidas, parecían suspendidas en el aire—. Ahí al fondo.

En cuanto Gabriel inspeccionó todos los rincones, Turabian consultó de reojo su viejo reloj Omega.

—Si no me necesita, debo irme.

—Claro, y muchas gracias por su ayuda.

—No hay de qué. Avísame cuando haya ido al hospital.

—En cuanto me haga a la muleta volveré al banco.

—Como quiera —dijo Turabian, estrechándole la mano—. Hasta luego.

—Yo también me voy. —Ethel se dirigió a la puerta detrás de Samuel—. Estaré en la cocina, si le apetece comer o cualquier cosa, tiene un timbre en la mesita de noche para avisarme.

—Gracias, voy a deshacer el equipaje y, si no le importa, me gustaría comer algo.

—No me importa en absoluto —comentó con simpatía—. Está usted en su casa.

Al quedarse a solas, dando saltitos guardó la ropa interior en los cajones de la mesita de noche, colgó los trajes en el armario y colocó en su sitio los jerséis, zapatos y corbatas. Apartó varias camisas arrugadas, que dejó

en el sillón con las prendas usadas en *Hibernia*, y llevó el neceser al cuarto de baño, donde se sorprendió admirando un antiguo tocador lleno de artículos femeninos. Creyendo que a Claire no le dio tiempo de retirarlos por la rapidez de su traslado, echó un vistazo a ese otro espacio para claudicar ante la elegancia de las paredes con azulejos claros y flores salpicadas, la porcelana blanca del inodoro, el lavabo con dos senos y la bañera, ambos con griferías doradas, o la ducha semicircular que ocupaba uno de los rincones. Después de colocar apretujado su arsenal de colonias, cremas y artículos de afeitado en dos pequeñas e insuficientes estanterías, sacó del maletín una botellita con un resto de agua y, apurándola, se tomó la única pastilla que conseguía mantener el dolor a raya varias horas seguidas.

Salió hacia la cocina en busca de algún alimento para apaciguar su feroz apetito y recorrió la pared curva del pasillo que formaba la escalera, sin reprimir la curiosidad de abrir la puerta doble del salón. Observó una habitación singularmente acogedora para aquel tamaño excesivo; un suelo lustroso de madera espigada; una chimenea bien abastecida de tarugos ordenados en un cesto de hierro, a juego con el atizador y su soporte, y enfrente dos sofás grandes y un sillón; lámparas, adornos y cuadros, que sugerían un gusto entusiasta por el clasicismo; una mesa para doce personas; y entre dos ventanales iguales a los del dormitorio, aunque fuesen puertas, una librería de madera oscura que parecía otra obra de arte.

Fijándose en la barandilla retorcida a la perfección de la escalera, con una flor diferente tallada en la base de cada barrote, fue el distribuidor, donde había tres puertas. De la única abierta escapó un olor tan apetecible que ocasionó un ruidoso movimiento en su estómago. Entró en una cocina antigua, grande y muy limpia.

—Hola —dijo Ethel risueña—. ¿Ha terminado?

—Sí.

—¿No debería llevar dos? —preguntó mirando la muleta.

—Sí. —Gabriel gesticuló resignado—. Pero soy muy torpe con las dos y como el médico me dijo que podía apoyar un poco el pie...

—Siéntese —dijo, señalando la mesa. En cuanto Gabriel se dejó caer en la silla con la pierna derecha estirada, Ethel apoyó la muleta contra la pared y preguntó amable—. ¿Quiere que le prepare la cena?

—Suelo cenar más tarde, pero no he comido y estoy muerto de hambre.

—¿Por qué no ha comido?

—Porque lo que me han servido era incomedible —dijo despreocupado.

—¿Come de todo?

—Sí, pero la comida de hoy estaba mala y fría. No crea que soy complicado, porque no lo soy, pero tengo un límite.

—Ah, por un momento he creído que no comía de todo. Nosotras solemos hacer siempre un primero de cuchara y de segundo carne o pescado. No me importa hacerle algo a su gusto cuando me lo pida. Claire, por ejemplo, todas las semanas me pide crema de puerros y se la hago. De usted también aceptaré sugerencias, a veces es complicado pensar qué cocinar.

—Muchas gracias, pero no será necesario; soy de buen comer —dijo sonriendo. A Gabriel le gustó Ethel, tuvieron una química instantánea que aumentó cuando vio el plato de estofado que le puso por delante. Cogió la cuchara, probó la carne acompañada de patata y, cerrando los ojos, saboreó a conciencia la cantidad de aromas exquisitos que se fundieron en su boca para darle un placer enorme—. Es usted una cocinera maravillosa.

—Ethel y de tú, por favor, si no, me haces parecer demasiado vieja.

—No digas eso, todavía eres joven.

—Qué más quisiera yo. ¿Cómo te caíste?

—En una escalera metálica. Fui a *Hibernia* con un compañero y cuando íbamos a coger el helicóptero para volver me tiró una racha de viento.

—Que mala pata.

—Nunca mejor dicho.

Con una conversación amena, los dos pasaron un rato entretenido. Gabriel siguió los consejos de su madre, se acabó el plato entero y no rebañó porque apenas tenía confianza con Ethel y no era oportuno parecer grosero, aunque el guiso merecía su reconocimiento más alto.

—¿Quieres que te prepare algo más?

—No, me he quedado como un rey —respondió dándose unas palmadas satisfechas en la barriga—. ¿La señorita Merritt va a bajar?

—Sí. Estará liada. ¿Quieres que la llame?

—No —dijo rápido. Conocía por Turabian una versión suave de su reticencia a alojarlo, camuflada bajo el impedimento de la reforma; aunque no tenía ni idea de cuánto iba a costarle al banco esa estancia—. Me gustaría saludarla antes de irme a la habitación, pero no quiero interrumpirla.

—Bajará pronto. Nosotros solemos irnos a las cuatro. Hoy nos hemos quedado porque la pobre se ha visto superada.

—Turabian me ha dicho que trabajan aquí un hombre y tu hermana.

—Sí. Eloise se encarga de la limpieza, Luc del mantenimiento y yo de la cocina. Por las tardes nos vamos, pero siempre que hay clientes dejo la cena hecha.

—No tengo horario y almuerzo en el banco, así que la cena es mi mejor comida del día, y, por lo que acabo de comprobar, va a ser mi favorita.

Ethel sonrió agradecida, sin comprender el temor de Claire. Se veía un hombre tranquilo, estaba siendo muy correcto, aparte de ser un gusto para sus ojos. Escucharon varias voces y al momento entraron Eloise y Luc.

Ninguno permitió que Gabriel se levantase, lo saludaron con cortesía y se ofrecieron a ayudarlo. El hombre, que rondaría la edad de las mujeres, tenía un aspecto saludable, las sienes plateadas y algunas arrugas en la cara que al sonreír se marcaron más, indicando que debía ejercitar esos músculos con frecuencia. La mujer, Eloise, con un rostro bonachón y un cuerpo redondo no muy alto, lo llevó a la conclusión de que sería, sin duda, aficionada a alimentarse con la comida de su hermana. Si con un plato él ya era un incondicional, toda una vida al lado de alguien con un don así no dejaba otra opción que rendirse al placer de la buena mesa.

—Claire bajará en un momento —dijo Eloise—. Estaba duchándose.

—¿Habéis dejado la habitación medio decente? —preguntó Ethel.

—Más o menos. Claire les ha dicho que mañana tienen que acabar de poner las duelas. Son unos desordenados, se han dejado todas las herramientas por medio.

—Están trabajando —comentó Luc—. Es normal.

—De todas maneras, les ha dicho que mañana la quiere lista —dijo Eloise—. Cuando se pone firme ya sabéis el carácter que tiene.

Recordándola en el banco, Gabriel disimuló una sonrisa.

—Me voy —dijo Luc al terminar de ponerse un anorak, un gorro con orejeras y una bufanda—. Hasta mañana.

El hombre salió de la cocina con otra sonrisa correspondida por los tres. No pasaron ni cinco segundos cuando retumbó un portazo.

—Menuda noche —comentó Gabriel, pensó en la fuerza de ese viento agresivo, capaz de deslizar una pesada hoja de madera como una pluma etérea o de zarandearlo a él como un títere para descalabrarlo. Con un ligero remordimiento, preguntó—. ¿Está muy mal la buhardilla?

—Un poco —respondió Eloise, percibió preocupación en el gesto pensativo de Gabriel y añadió—: Pero está habitable y mañana seguro que la

terminan.

—No me gustaría incomodar a la señorita Merritt, pero no podía seguir en el hotel.

—No es ninguna molestia tenerlo aquí —dijo Eloise.

—Por favor, no siga hablándome de usted. Su hermana y yo somos casi amigos.

Miró a Ethel, que afirmó con una sonrisa.

—Muy bien. Te he dejado toallas en el baño y creo que no he olvidado nada, pero si te falta algo dímelo —explicó Eloise. Movié los hombros risueña y gesticuló divertida—. Con las prisas se me ha podido pasar cualquier cosa.

—Está todo perfecto.

Gabriel se levantó. Diligente, Eloise le acercó la muleta y preguntó:

—¿Hasta cuando tienes que llevar la escayola?

—Un mes por lo menos. Mañana tengo que ir al hospital.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte por aquí? —preguntó Ethel.

—No lo sé seguro, pero varios meses. Cuando esté recuperado quiero alquilar una casa.

—Estar aquí te saldría más barato —dijo Eloise.

Con los ojos desorbitados, apretando los labios, Ethel giró la cabeza para que ninguno advirtiera en su cara ese tremendo error.

—Puede, aunque me gusta estar a mi aire.

—¿Estás casado? —preguntó Eloise casual.

—No —respondió de inmediato. Prefirió esa media verdad, ya que fue la primera palabra que acudió a su boca y la que mejor definía su situación sentimental—. ¿Y tú?

—Sí, desde hace veinticinco años.

—¿Tenéis hijos? —preguntó curioso.

—Dos —contestó Ethel—. Un chico de dieciocho y una niña de quince.

—Yo no —dijo Eloise.

Gabriel asintió sonriendo al notar tristeza en unos ojos azules alegres.

—Me imagino que si no estás casado no tendrás hijos ¿no? —preguntó Ethel.

—No. Lo más parecido es mi sobrina Ophie y no la puedo ver tanto como me gustaría. Vive en Nueva York con mi hermano mediano y mi cuñada —comentó Gabriel, extrañado por la poca reserva que el aspecto

amigable de las dos mujeres provocaba en su hermetismo habitual—. Mi madre y mi hermano pequeño también viven allí.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Eloise.

—Treinta y cinco, los cumplí el quince de enero.

—Claire tiene veintisiete —dijo Eloise—, es un poco más joven.

Intuyendo adónde iba, Ethel miró a su hermana y entornó los ojos. Pensó que Gabriel tendría suerte si lograba mantener una conversación con Claire. Algo que únicamente hacía con sus amigos y nunca con huéspedes o desconocidos. De hecho, siempre fue Grace quien ejerció de anfitriona perfecta desde que empezaron con el negocio y ninguna tenía claro cómo Claire pretendía desempeñar el papel si no dejaba atrás su timidez. La misma que enmascaraba a la magnífica persona cariñosa oculta bajo esa fachada distante que ellas conocían. Las dos, tras el repentino regreso de Claire —abandonando la fotografía— sospecharon que debió sufrir un desengaño amoroso importante; sin embargo, ante el mutismo de madre e hija y al estar reciente la muerte de Chris, no les sorprendió demasiado porque siempre habían estado muy unidas y a Grace no le gustaba que Claire viviera sola en Nueva York. Entendieron que, pese a no llevar abierto más que unos pocos meses, el Boreal cerrara sus puertas durante aquel año y el siguiente para estar un tiempo tranquilas.

De pronto, entró Claire. Desprendía un olor floral que provocó al olfato de Gabriel con matices sensuales mientras recorrió con una lenta mirada su cuerpo. Iba vestida con unos vaqueros que mostraban unas piernas esbeltas y una camiseta blanca, donde se insinuaban dos curvas excitantes suficientes para enmudecerlo absorto. Tenía la melena húmeda repeinada para atrás, despejando la gran belleza plástica de su rostro ovalado con los pómulos altos, la nariz recta, la boca con una sugerente forma de corazón en el labio superior o las cejas oscuras que delineaban dos arcos idénticos y resaltaban los ojos verdes más bellos que había contemplado nunca. Esos que al coincidir con los de él enfriaron un incipiente deseo y la amabilidad que pretendía mostrarle.

Con unas miradas expectantes, las Friars sonrieron delante de un hombre y una mujer bloqueados, observándose tan silenciosos que la tensión aspiró todo el oxígeno de la cocina en un instante.

—Hola, Claire —saludó con una sonrisa leve. Gabriel controló un enfado que aumentaba por segundos, ya que esperaba más cortesía y no esa rigidez; era un cliente y ella la propietaria; así y todo, trató de sonar amable

sin olvidad la formalidad—. ¿Cómo está?

—Muy bien, señor Drake.

Claire quiso remarcar la palabra “señor”, necesitaba mantener las distancias. Tampoco se acercó a estrecharle la mano, siguió a pocos metros con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Sé que estoy ocasionándole un trastorno al alojarme con usted —comentó en un tono neutro, deferente, para no dar pie a confusión—. Y agradezco que haya aceptado.

—Dele las gracias a su banco —replicó cortante.

Gabriel contuvo el impulso de gruñirle para que hiciese uso de los buenos modales que intuyó tendría por el lujo observado en la casa y se dirigió a las complacientes Friars:

—Señoras, me voy a la habitación. —Andando despacio llegó a la puerta, se detuvo cerca de Claire, que de forma instintiva echó la espalda hacia atrás para apartarse, la ignoró y se centró en Eloise—. Necesito que me laves y planches algunas prendas. ¿Dónde las dejo?

Antes de que respondiera, Claire se adelantó:

—Ese servicio no está incluido en el precio.

Los ojos verdes volvieron a adquirir la cualidad del hielo, al tiempo que las mujeres la miraron con reproche sin comprender esa hostilidad.

—¿Ah, no? —preguntó cínico. Claire negó con la cabeza. Tragándose varios adjetivos nada recomendables delante de señoras mayores, añadió—: No hay problema, iré a la lavandería.

—Vamos, Gabriel, te acompaño y me das la ropa. —Eloise intentó compensar las palabras de Claire con amabilidad—. Mañana por la tarde la tendrás lista.

En cuanto salieron, Ethel no se reprimió:

—Estás abusando sin consideración.

—Me da igual. ¿Y vosotras? ¿Qué confianzas son esas?

—No sé qué te pasa, pero sabes que tu madre trataba a los clientes como si fueran de su familia; es lo que hace singular a este negocio; no lo estropees o nos quedamos sin clientes.

—No soy mi madre y no me gusta tenerlo aquí. No pienso ser amable cuando no lo siento.

—Pues deberías —replicó enfadada, mordiéndose la lengua no le dijo varias apreciaciones más. Se quitó el delantal y cogió el anorak negro, colgado detrás de la puerta—. Es un hombre encantador y va a resolverte el

futuro durante algunos meses.

Cuando terminaba de abrocharse los botones, entró Eloise cargada con un montón de ropa que dejó en una habitación al fondo usada como lavandería.

—Nos vamos —dijo Ethel, esperando a que su hermana se abrigara, llena de malicia añadió—. Procura no espantarlo.

Claire torció la boca sin dignarse a hablar para despedirlas, considerando sus dos únicas opciones: compañía o soledad. Atenazada por un sinfín de emociones incontrolables y el resurgir de un temor irracional capaz de dominar su comportamiento, no le supuso una elección complicada y se preparó un sándwich para cenar recluida en un nuevo exilio. Agradecida por la desaparición del huésped, subió con una bandeja a la buhardilla en un reconfortante silencio. Aunque por precaución, sin tener en cuenta que estaba impedido ni que en ningún momento le molestó, cuando cerró la puerta también echó el pestillo interior. Luego, inapetente, tendida en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, observó las puertas blancas del armario empotrado llenas de filigranas talladas en las esquinas, torturada por los recuerdos de una noche lejana y oscura en el lugar equivocado. Al igual que su madre se llevó a la tumba aquellos trágicos minutos de la primavera del 2003 para evitar juicios gratuitos, compasión y rechazo, ella nunca compartiría con nadie el abominable secreto de Central Park que supuso la debacle en su vida.

De madrugada, el intenso dolor despertó a Gabriel. Adormilado buscó las pastillas en la mesita de noche y la botella de agua, vacía. Resoplando mientras se incorporaba, se levantó y cogió la muleta para atravesar despacio el vestíbulo. No reparó en que solo vestía unos bóxers negros.

—¡Nooo! ¡Suéltame!

A Gabriel se le erizó el vello al escuchar el miedo angustiante de esos gritos, imaginando la terrible pesadilla que debía estar soñando Claire. Asomado al hueco de la escalera prestó atención escudriñando entre sombras. Como subir le suponía un esfuerzo considerable, en esa calma inquietante esperó inmóvil durante unos minutos hasta que fijándose precavido por dónde andaba fue a la cocina para medio llenar un vaso con agua del grifo y tragarse la pastilla. Cuando estaba a punto de salir, entró decidida Claire, pálida y con la frente sudorosa, pero se detuvo en seco.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —respondió en un murmullo, clavando los ojos en su torso, impresionada por un pecho ancho con poco vello y un movimiento rítmico que al respirar lo expandía para mostrarle músculos contundentes—. No se preocupe por mí.

Se observaron enfadados un instante eterno.

—No lo hago —dijo Gabriel serio—. Buenas noches.

Inclinó la cabeza, dio la vuelta y regresó al dormitorio a una velocidad mínima, pese a que trató de andar rápido. Mientras, Claire cerró los ojos, obligándose a sosegar una alteración diferente a la que traía; sin duda, motivada por la presencia de Gabriel Drake en la casa. Ese cuerpo masculino lleno de fuerza invocó viejos fantasmas e inició una sutil batalla ahondando en una herida sangrante mal cicatrizada.

CINCO

*San Juan de Terranova, 8-2-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Los días siguientes Claire evitó a Gabriel tratándolo con fría cortesía; entraba en la cocina temprano, calentaba la cena y, tras dejarle una nota con instrucciones, huía a la buhardilla.

Mostrando la misma indiferencia, Gabriel sopesó que tuviera problemas de sociabilidad, aunque no lo parecía cuando bromeaba con los empleados, por supuesto, cambiaba el tono en cuanto veía que él se acercaba. Con mucha curiosidad, aquella noche estuvo pendiente del más mínimo movimiento para descubrir cómo conseguía pasar inadvertida. «Si la señorita Merritt intentaba darle esquinazo, se haría el encontradizo»; salió de la ducha con ese pensamiento. A ritmo pausado buscó unos bóxers. De repente, el choque de unos cubiertos provocó un ruido metálico que aceleró la intentona de espionaje.

Sigiloso, pasó por delante de la escalera tratando de amortiguar el sonido de la muleta en el suelo de madera cada vez que la apoyaba.

—Hola —saludó Gabriel desde la puerta de la cocina.

A Claire no le dio tiempo a huir sin parecer trastornada, se giró amagando una sonrisa, pero se le congeló harta de un exhibicionismo que le molestaba y excitaba por igual.

—Buenas noches —habló disimulando, intentó centrarse en sus ojos grisáceos—. ¿Cómo está?

—¿Nunca vas a tutearme? Parecemos ancianos.

—No sé qué parezco yo —dijo borde, mirando despectiva de arriba abajo un físico recio que atrapó su atención sin contemplaciones, pese a no reconocerlo ni querer recrear la vista en unas piernas definidas a base de potencia ni en una virilidad por la que pasó los ojos a la velocidad de la luz—. Tú, careces de modales.

—Siento que te impresione mi cuerpo —comentó con una sonrisa, ardiendo en su propio infierno al verle los pezones marcados en la tela de un camisón ligero—. No me mires.

—No seas tan engreído, y te ruego que no te pasees en calzoncillos; no estás solo.

—Había creído que sí, discúlpame.

Claire ignoró la indirecta, terminó de colocar la cena en la bandeja y fue hacia la puerta, donde Gabriel obstaculizaba el paso.

—¿Me permites?

—Por supuesto.

Se apartó, pero no mucho. La animadversión de esa mujer endurecía todas y cada una de sus fibras, se convertía en roca pura, y rozarla era un pequeño premio de consolación mejor que nada después de un montón de horas pensando en verla.

En cuanto se iba el personal, Claire no pisaba el salón, el silencio se adueñaba de la casa. Durante el fin de semana rozaron la paz absoluta. Preparó las comidas de los dos, pero no compartían ningún espacio.

Cansado, después de pasar toda la tarde leyendo informes financieros, esa fría noche de domingo tenía ganas de charlar sobre cualquier otro tema. Fue a la cocina, donde Claire estaba calentando algo en el microondas, y se acercó a la encimera, notando cómo se quedó inmóvil siguiendo sus pasos con la mirada.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó casual. Cogió una botella de vino tinto y se sirvió una copa. Extrañado por su incomodidad, preguntó—. ¿Estás molesta conmigo? Me he puesto un pijama.

—No, y ya lo he visto, gracias.

—De nada. —Bebió relajado mientras Claire buscaba en la nevera, observando un culo precioso y unas piernas largas ocultas por un horrendo pantalón de franela con cuadros escoceses, que no impidió un examen a conciencia hasta que recibió un disparo verde lleno de mudo desprecio. Desvió la vista y trató de suavizar una tensión que no comprendía—. ¿Por qué no cenas aquí?

—Porque no.

—¿Es por mí?

—No —dijo seca—. Estoy cómoda arriba —comentó en un tono más cordial, tratando de acortar las explicaciones violentas. No sabía qué le pasaba, pero con él no sentía ninguna intimidación, al contrario, se vio capaz de hacerle frente. Sin embargo, cuando estaban a solas se le aceleraba tanto el corazón que lo sentía palpar en la garganta. Disimuladamente necesitó sujetarse las manos para que no viera unos inquietantes temblores no provocados por el miedo; eran unas sensaciones desconocidas que solo

afloraban en su presencia. Terminó de colocar las cosas dentro de la bandeja, sin mirarlo, pasó por delante y murmuró—. Buenas noches.

—Podríamos hablar un rato.

Aunque Claire no se detuvo, dijo:

—Otro día.

—Que descanses, Claire.

Al escuchar su nombre en un susurro grave, cerró un instante los ojos y respiró aliviada camino del lugar más seguro de la casa: su refugio; el resto parecía dominarlo un hombre paciente que aceptaba su decisión sin querer imponerse ni perder el control.

Todavía con el dormitorio rodeado por una penumbra azulada que indicaba el comienzo de un nuevo día, Gabriel se duchó protegiendo el pie con un plástico, se afeitó y vistió con un traje gris oscuro, una camisa celeste y una corbata llena de cuadritos diminutos. Luego, se puso un calcetín negro encima de la escayola y salió siguiendo el rastro del aroma a café recién hecho. Encontró a Ethel sola en la cocina, dejó la muleta al lado de la silla y se sentó estirando la pierna derecha.

—Buenos días —saludó Ethel sonriente, con una mirada aprobatoria—, ¿cómo has dormido?

—Bien.

Gabriel asintió y sonrió ligeramente.

—¿Te pongo el desayuno?

—Sí, gracias.

No se molestó en preguntar en qué consistía, los olores fueron suficientes para seguir confiando. Unos minutos después, colocó delante de él un café y un plato con tres tostadas, dos huevos a la plancha y cuatro salchichas. Mientras comía, la observó trajinar con ollas hasta que sonó el timbre y salió diligente. Llegaron los obreros y, distraído escuchándolos bromear con ella, contempló las molduras del techo masticando, ajeno a la entrada de Claire.

—Buenos días.

Gabriel volvió rápido la cabeza y la miró con seriedad.

—Buenos días, Claire —dijo cuando tragó. Cuando la vio de espaldas sacando una taza del armario que había al lado del fregadero, admiró una apariencia femenina marcada con un pantalón pitillo negro y un jersey de cuello alto blanco, insinuando unos pechos apetecibles. Se removió nervioso,

inseguro, algo extraño porque estaba acostumbrado a estar rodeado de mujeres atractivas. Cora era muy guapa, también Cybill y, por ser la más reciente, recordó que necesitó tocarla para excitarse; en cambio, esta, que no quería estar a menos de dos metros de él, disparaba sus hormonas y tenía una facilidad asombrosa para empalmarlo sin contemplaciones. Para relajarse intentó sonar amigable—. Te escucho por las noches ¿Tienes pesadillas?

—A veces —respondió, sirviéndose un café. De pie, apoyada en la encimera, mantuvo su distancia de seguridad. Tratando de no pensar en esos ojos grises que parecían desnudarla al observarla con una lentitud que endureció sus pezones y volvió a provocarle la palpitación en el cuello, Claire se giró a por el pan del tostador alargando el tiempo todo lo que pudo—. Siento si te despierto.

—No te preocupes, me despierta el dolor —dijo Gabriel, levantándose—. Me voy al banco. —Cogió la muleta, esperó unos segundos y, antes de salir, sin que se dignara mirarlo, añadió—: Hasta luego, Claire, que pases un buen día.

En cuanto salió Gabriel de la casa, Claire se sentó en su sitio habitual y untó una tostada con mantequilla. Imaginó unas manos grandes acariciándola, desnuda, y con las mismas un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo, y otra vez la sensación de deseo consiguió apabullarla consciente de que nunca resistiría ese contacto.

—Este chico cada día huele mejor —dijo Ethel, entrando.

—Sí.

Claire no levantó la vista de la taza de café.

—Me gustan los hombres así. —Ethel la miró con ojos soñadores y una sonrisa bobalicona—. Elegantes, bien afeitados, con un buen traje...

—Acabas de describir a tu marido.

El sarcasmo de Claire y una carcajada burlona no la desanimaron.

—Mi marido con su edad no tenía nada que envidiarle.

—No voy a discutirte, pero Mike no ha visto un traje desde que os casasteis.

—Estás equivocada —dijo Ethel sonriendo—. El último se lo puso en el bautizo de la niña. —Pensativa encogió el gesto y comentó—: Pero no se afeitó.

Claire chasqueó con la boca.

—Lástima... Estuviste cerca de conseguirlo.

—Y tú podrías conseguir a Gabriel si quisieras.

—¿Por qué dices eso? —preguntó incómoda. Una cosa era que ella sintiera esa atracción y otra que las Friars los tuvieran en el punto de mira—. Ni siquiera somos amigos.

—He visto cómo te observa, creo que le gustas.

—Voy a salir un rato —dijo zanjando la charla; no le interesó un imposible. Se levantó y colocó su servicio en el fregadero—. ¿Te hace falta algo?

—¿Estás bien?

—Sí —afirmó con una sonrisa tranquilizadora, dándole unas palmadas en el brazo—. Voy al Avalon a comprar las lamparitas y los topes de las puertas, volveré sobre las doce.

—Recoge la carne y la fruta, y recuerda que debe darte la factura de la semana.

—Recuérdalo tú también. El mes pasado me volví loca con las cuentas.

—Organízate mejor. El despacho está hecho un desastre, así es muy difícil llevar bien la contabilidad.

—No empieces, ya lo haré.

Para Claire oír hablar de tareas administrativas era sinónimo de una despavorida huída, a lo loco, dónde fuera. Detestaba llevar la economía de la casa y el negocio; encabezaban un lugar de honor en su lista de tareas tediosas. Perdía el tiempo encantada en mil actividades, pero diez minutos entre pilas de papeles y números la desquiciaban de forma incomprensible, igual que el caos del despacho de su madre. Con la misma rapidez que de manera voluntariosa pensaba dedicarle varias horas, en cuanto entraba en aquella habitación deseaba salir; era una reacción automática en su cerebro.

Esa misma noche Gabriel cenó solo, llevó la copa de vino al salón y la apoyó en el reposabrazos de uno de los sofás. Se dejó caer de espaldas, estiró las piernas y se abstrajo contemplando el fuego. Una comfortable calidez, un baile de brillantes amarillos y una sedación inmediata cerraron sus párpados en pocos minutos.

Un rato después, Claire bajó a por un libro nuevo y se extrañó al ver la luz encendida. Escuchó un ligero ronquido y se acercó viéndolo dormir profundamente. Sin pretenderlo, sumó otra excelente cualidad para la comparativa de Ethel; otro punto en común entre Mike y el señor Drake.

—Gabriel —susurró; nada—. Gabriel. —Elevó el tono y ni por esas.

Con fuerza, sacudió su hombro y consiguió que gimiera con una sonrisilla pícaro, parecía disfrutar de un buen sueño—. Menuda marmota. —Negando con la cabeza, los toques se volvieron más insistentes hasta que Gabriel abrió un ojo y murmuró algo incomprensible—. Te has dormido. Es muy tarde, vete a la cama.

—Ahora voy.

Se despertó, pero no pudo abandonar el sofá.

—No voy a esperar toda la noche —dijo Claire seria—. Si no te vas a la cama, te quedas aquí.

—Déjame, estaba soñando.

—Pues sigue en la cama.

Gabriel inclinó la cabeza, sonriendo con ironía; eso quisiera, salir con un mínimo de dignidad, pero aquella erección era mejor seguir ocultándola. No podía levantarse, notaba cómo presionaba y apuntaba hacia arriba con una intensidad que solo controlaba si tenía los ojos cerrados.

Bastante fastidiada por una actitud infantil, Claire salió y subió la escalera, dándole vueltas al reajuste que sufriría el precio de su alojamiento si dejaba toda la noche las luces encendidas. No había llegado a la buhardilla cuando escuchó el sonido cadente de la muleta. Luego, la oscuridad absoluta. Sonrió al meterse en la solitaria habitación inundada de silencio y se durmió con una mirada gris somnolienta acaparando un sueño placentero. Fue la primera vez desde su llegada que no se presentaron las pesadillas. Esa noche por fin un hombre ocupó su cabeza e inspiró una confianza que le habría sido más útil despierta, pero, incluso así, fue un comienzo para calmar viejos demonios.

Al día siguiente, vestida con un pantalón negro ajustado y un jersey rojo de pico, Claire entró con prisas en la cocina. No quiso fijarse en Gabriel y provocar la suspicacia de Ethel, con olerlo cuando pasó por su lado tuvo suficiente. Se sirvió un café que tomó de pie, a varios metros invariables, casi siempre los mismos, y preguntó centrando la atención en Ethel:

—¿Y Elo?

—Tenía que hacer unas gestiones, debe estar al llegar.

—¿Vas a salir? —preguntó Gabriel.

—Sí —respondió Claire—, llevo varios días queriendo ir a tu banco y no puedo dejarlo más.

—Si tienes algún problema ya sabes dónde encontrarme —dijo

contento—. Primero debo ir al hospital, si no, podríamos ir juntos. Tengo que llamar a un taxi ¿Puedes darme el teléfono? Necesitaré que me lleven y traigan.

—¿A qué hospital vas?

—Al que hay al lado de la universidad. ¿Por qué?

—Por nada —respondió. Podía haberle dicho que conocía a Patrick, aunque no lo hizo. Buscó en la agenda de su móvil el número y, mientras lo encontraba, se le ocurrió ser amable siguiendo los consejos de Ethel—. Si quieres, te llevo.

—¿Me llevas al hospital? —preguntó asombrado.

—Si bromeara no lo habría dicho.

Esa réplica enturbió el ambiente hasta que terminaron y se despidieron de Ethel, no sin un recordatorio para que apremiara a los obreros. Claire cogió el maletín de Gabriel y, tras ponerse un abrigo negro y el gorro rojo, esperó con la puerta abierta a que saliera a su paso de tortuga, ignorando una mirada atenta a su cabeza o una sonrisa feliz algo inquietante.

—Bonito gorro. Te sienta muy bien.

—Gracias. Ten cuidado con la escalera —comentó prudente. Luc todas las mañanas despejaba la entrada, pero Gabriel andaba inseguro y temió por su integridad—. Puede tener algo de hielo.

Ajena a la vigilancia rapaz de los pequeños ojos azules de Alexei, ese día desde su camioneta blanca aparcada frente a la catedral, Claire se adelantó y entró en el Ford Bronco negro con las ruedas enormes, puso la calefacción y se quitó el abrigo, contemplado la duda de Gabriel delante de los ocho escalones; parecía ir superándose poco a poco, aunque no le serviría de nada a ese ritmo; no llegarían a ningún sitio antes del anochecer.

Las miradas de los dos se cruzaron. Al ver que Claire empezó a impacientarse, perdió la concentración y resbaló cayéndose de culo. Se rió de sí mismo y arrancó una carcajada femenina que admitió encantado; si Claire ya era demasiado atractiva seria; alegre se convirtió en una diosa de la belleza. En cuanto se calmó, bajó del vehículo y corrió a ayudarlo sin cambiar el gesto divertido. Gabriel agarró con fuerza su mano sintiendo un contacto suave como la seda; pero en cuestión de segundos se transformó en rígido mármol para cortar de cuajo un humor inesperado y alertar una sospecha preocupante.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona por haberme reído —respondió Claire, tiró de él hacia

atrás. En cuanto se levantó, le soltó la mano con brusquedad—. ¿Te has hecho daño?

—No, y no te disculpes por sonreír, te hace aun más guapa.

Sonrojada, notó otra vez aquel frío excitante recorrerle el cuerpo. Podía achacarlo a la temperatura de la calle, pero volvió a dudarlo; era él. Cuando Claire abrió la puerta del copiloto, Gabriel estuvo tan cerca que, aparte de notar una envergadura rotunda, un olor varonil invadió su olfato con una mezcla explosiva masculina y sutil. Aquel aroma a mandarinas frescas, vainilla y cuero tenía distinción y carácter, también una capacidad asombrosa para trastornarla acelerándole el pulso hasta un límite desconocido; la llevaba a un lugar donde nunca temía nada.

A la cauta distancia que solía mantener, Alexei arrancó la camioneta para regresar a su casa, cavilando en la torpeza del hombre que la acompañaba. El nuevo director financiero del Scotia parecía interesado en ella, por lo que se interesó en él. Bajando la calle hacia el centro, la figura contundente de Eloise Friars captó su atención, levantó la mano saludándola, pero no fue correspondido, como siempre. Esas hermanas eran como perros guardianes para Claire, fieles a otra mujer: Grace Merritt. La misma que no quiso atender a razones y despegó a regañadientes de sus labios una promesa dolorosa bajo una cruel amenaza que no dudó cumpliría. Incluso así, él era un ruso de hierro acostumbrado a perder, a disfrutar de las alegrías ajenas como propias y, sobre todo, a no abandonar lo que consideraba suyo.

Dos horas después de que un médico examinara el tobillo de Gabriel para confirmar la evolución favorable de la fractura, entraron juntos en el Scotia. Durante todo ese tiempo conversaron relajados; prácticamente solo habló Gabriel, sin reparos en parecer un loro por mantener la complicidad. No se dejó casi nada en el tintero: su intención de buscar una casa, cómo se produjo el accidente, anécdotas de su sobrina, todo, excepto algo relevante que prefirió mantener en privado para no quedar por mentiroso.

Esperando a que William le diera el dinero, Claire volvió a sonreír atenta a Gabriel mientras subía la escalera. A ese paso no llegaría al despacho hasta la tarde, pero admiró una férrea voluntad que apuntaba hacia un rasgo esencial para ella: formalidad; parecía un hombre honesto, íntegro y sosegado.

Durante el resto de la mañana Robert estuvo pendiente de Gabriel, como venía haciendo desde la caída, y le facilitó con eficiencia cualquier

cosa que necesitó. Sin embargo, en cuanto Robert salió del despacho, Gabriel intentó concentrarse en los gráficos; sin conseguirlo. No tenía la cabeza para datos sobre los daños catastróficos que un accidente en la nueva plataforma ocasionarían en el medio ambiente, solo recordaba unos ojos verdes impresionantes que si sonreían brillaban como esmeraldas bajo el sol. Pese a no querer complicaciones hasta obtener el divorcio, tenía un problema con su casera; empezaba a interferir en sus planes para debilitar una sólida defensa con golpes suaves e irresistibles. Desde la primera vez que la vio, le gustó; y vivir juntos no ayudaba; al contrario, cada día descubría algo nuevo en ella más atractivo, interesante y deseable; todo a más y a mejor.

A la hora del almuerzo se abrió la puerta y entró Robert con un sándwich envuelto en papel, que dejó a un lado de la mesa.

—Te lo he traído de jamón y queso.

—Gracias.

—¿Has visto el análisis de riesgo?

—Estoy en ello.

En cuanto se quedó solo, cogió el bocadillo y le dio un mordisco, ojeando la ubicación de la *Deep Ocean* en los Grandes Bancos. Era uno de los ecosistemas marinos más importantes del mundo, donde la transferencia del petróleo a los barcos podría ocasionar unas complicaciones irreversibles para esa zona oceánica. De repente, un regusto insípido se apoderó de su boca y, de manera inmediata, vislumbró una sonrisa bonachona que asociaba a manjares exquisitos. Levantó el teléfono, pidió un taxi y realizó otra vez la hazaña de la escalera inconsciente de las miradas extrañadas de algunos empleados.

Salió a la calle y regresó a una casa que por momentos se infiltraba bajo su piel con una potencia imposible de ignorar.

Sorprendida al verlo a esa hora, Eloise le ayudó a quitarse el abrigo y, camino de la cocina, se interesó por la visita al médico. Gabriel respondió amigable, inhalando un envolvente olor a comida casera que despertaba un apetito voraz un tanto vergonzante. Cuando asomaron por la puerta, Ethel y Claire dejaron los cubiertos en los platos y Luc inclinó la cabeza sonriendo.

—Hola —dijo Ethel con un gesto de asombro, levantándose—. No te esperábamos hasta más tarde.

—Siento no haberte avisado, pero no soportaba comer en mi despacho sabiendo que me perdía tu comida.

Vio a Claire arquear las cejas y aguantar una sonrisa apretando los labios.

—Pues no queda nada, llegas tarde. —Ethel habló despreocupada. La expresión feliz de Gabriel se esfumó. No así la de sus acompañantes, que se carcajearon sin pudor durante unos segundos hasta que Ethel se apiadó—. Es broma, anda, siéntate.

—Qué vergüenza.

—No digas tonterías —comentó Luc—, aquí nos reímos todos de todos, ¿quieres vino?

—Sí, por favor —respondió y se sentó junto a él, frente a las mujeres. El hombre le sirvió una copa de vino tinto y siguió comiendo el guiso de legumbres, carne y verduras con una pinta deliciosa que activó sus glándulas salivales. Centrado en Claire, preguntó—. ¿Cómo va la buhardilla?

—Casi, pero no sé si acabarán a tiempo.

—No les metas más prisa si no quieres que la terminen de manera chapucera —dijo Luc severo—. Déjalos tranquilos.

—Vale... —admitió—. Pero después no te quejes cuando te toque recoger sus cosas.

Ethel colocó un plato delante de Gabriel, servido en abundancia, y al instante empezó a comer disfrutando. Claire lo observó y cruzó una mirada divertida con Luc. No habían terminado cuando el teléfono de Gabriel empezó a sonar. Al ver la llamada de Cora, disimuló esbozando una sonrisa breve y se levantó. Luc le acercó la muleta.

—Hola —saludó Gabriel cuando estuvo en el vestíbulo—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió con los ánimos bajo mínimos después de enterarse por casualidad del accidente a los diez días—. ¿Y tú?

—Perfecto.

—¿Seguro? Me han dicho que estás lesionado.

—Sí, no te preocupes, no es grave.

—Menos mal. ¿Quieres que vaya a verte?

—No.

—¿Sigues enfadado?

—No. —Gabriel cerró los ojos y se mordió los labios con fuerza. «Calma, calma, calma»—. ¿Has pensado en lo que hablamos?

—Sí.

—¿Y?

—Nada.

—¿Cómo qué nada? No hay mucho que decidir.

—Para ti es fácil, pero yo estoy hundida.

—Seguro —murmuró.

—¿No me crees? —preguntó despacio—. Tengo que empezar de cero.

—Lo siento por ti.

La tranquilidad de Gabriel exasperó a Cora.

—¿Con quién coño estás?! —preguntó frustrada. No soportaba que hubiese encontrado a otra cuando el hombre a quien amaba tuvo que renunciar yéndose muy lejos para no hacerle daño a él—. ¡Soy tu mujer! ¿Entiendes? ¡Tu-mujer! Así que dile a la puta que esté contigo que se olvide, ¡Soy tu mujer!

—Ya no —dijo Gabriel controlando su furia—. Y no me amenaces porque vas a encontrarme.

—Y tú a mí.

—Muy bien, si eso es lo que quieres, no seré yo quien te lo niegue. Adiós, y no me llames más.

—Vete a la mierda.

—Pues compórtate —siseó—, no seas ordinaria.

—¡Ja! ¡A la mierda, Gabe!

Gabriel cortó la comunicación de un humor irascible y el apetito arruinado. De regreso en la cocina, usó el cansancio como excusa y se encerró en el dormitorio harto de Cora.

—No se ha terminado el plato —dijo Ethel confundida.

—No te preocupes. —Claire sonrió, cavilando en las pocas palabras que escuchó de esa llamada y no supo interpretar: “lo siento por ti”, “amenaces” y “no me llames”. Para quitarle importancia, añadió—: Se lo ha comido casi entero.

—¿Le habrán dado malas noticias? —preguntó Eloise.

—Seguro que alguna mujer —dijo Luc con picardía.

—Nos ha dicho que no está casado —comentó Ethel—. A lo mejor tiene novia.

—Es raro que esté solo —dijo Luc, torció una sonrisa—. Las mujeres no suelen dejar escapar a alguien como él.

—¿Desde cuándo eres un experto? —preguntó Claire irónica.

—No lo soy, pero os he escuchado hablar.

—¿A mí?

Claire frunció el ceño; eso era imposible.

—No.

Luc señaló con el índice a las hermanas Friars, que rieron satisfechas; habían pasado ese punto de madurez que les permitía expresarse libremente sin cortapisas.

—Claire, esta noche os voy a dejar una quiche de espinacas —dijo Ethel—. Pregúntale a Gabriel si le gusta. Si no, le haces otra cosa, por favor.

—Le gustará... Si ha dejado el trabajo por venir a deleitarse con tu maravillosa comida.

—Hazme caso y sé amable.

—Menos mal que la pesada soy yo.

—Sé por qué lo digo.

—Hoy hemos pasado juntos un rato y seguimos vivos.

—Por algo se empieza —dijo Eloise.

—No te hagas ilusiones con ella.

Cansada de oír lo mismo tantas veces, Claire compuso una mueca de fastidio. Luc se levantó, dejó el plato en el fregadero y retomó sus tareas, en ese momento, organizar los muebles de los dormitorios acabados.

—Voy a llevarle la colada a Gabriel —dijo Eloise—. ¿Cuánto vamos a cobrarle? Han sido tres pantalones, tres camisas, dos jerséis, ropa interior, calcetines...

—Para. —Claire la observó elevando las cejas—. Es suficiente, no voy a cobrarle.

—Menos mal —dijo Ethel aliviada—, me muero si después de los quinientos dólares diarios también tiene que pagar la lavandería.

—¿Qué?! —Eloise se levantó de un salto—. ¡¿Está pagando quinientos dólares diarios?! Ahora mismo vas a decirle cuál es nuestra tarifa habitual.

—De eso nada —dijo Claire seria—. Le he dejado mi habitación.

—Da igual —replicó Eloise obstinada—. Le cobras un poco más, pero no más del triple. Tu madre jamás habría hecho algo así.

—Paga el banco y si ellos pueden te sacan hasta los ojos, por una vez que se los saquen a ellos, no va a pasar nada. Ten por seguro que no voy a llevarlos a la ruina.

—No es ético y no es profesional; es una vergüenza —dijo Eloise mientras Ethel se levantó para empezar a fregar los platos—. Estás

aprovechándote de un hombre inválido. No esperaba eso de ti.

—No seas tan remilgada —dijo Claire irónica, cansada de ese sermón—. No es inválido, se ha roto el tobillo.

—Lo que sea, estás aprovechándote y eso no está bien.

Claire resopló.

—Llamaré a Turabian.

—Ahora.

Parada delante de Claire con los brazos cruzados, Eloise no tenía intención de permitir más demora en subsanar tal abuso. Esperó hasta que cogió el móvil y habló:

—Señor Turabian, hola, soy Claire.

—Hola, Claire, ¿algún problema con el señor Drake?

—No. Llamaba para decirle que hemos ajustado nuestras tarifas y por error le di el precio de temporada alta.

Las hermanas Friars negaron suavemente, satisfechas, y Claire sonrió.

—Siempre es una buena noticia que a uno le rebajen el precio. ¿Cuánto sería?

—Trescientos.

Otra vez las Friars volvieron a negar; aunque ya era una cifra más razonable si contaban con los inconvenientes. Algo después, Claire se sentó en su sillón del salón y pasó un rato con el portátil recabando información sobre cursos de fotografía a distancia. Sopesaba apuntarse en alguno para hacerlo a su ritmo.

Esperó en la cocina a Gabriel más de una hora; aunque vio una irreprochable justicia poética cuando no apareció. Antes de regresar a su exilio, oyó la muleta. Aguardó nerviosa hasta que Gabriel llegó. Al verle el aspecto fatigado, preguntó:

—¿Has estado trabajando?

—Un poco —respondió seco—. Me he dormido.

—¿Quieres cenar?

—No, gracias —contestó encogiendo la nariz.

—Muy bien.

—¿Te apetece una copa?

—No.

—No tengo sueño.

—Puedes coger algún libro.

Durante un instante se miraron a los ojos.

—Echaré un vistazo —dijo dando la vuelta.

—Me voy a la cama, buenas noches.

A Claire le extrañó esa inapetencia, el gesto derrotado al dejarse caer en el sofá y un bufido largo cuando cruzó las manos detrás de la nuca. La inquietud por ni siquiera haberse esforzado en conocerlo atrajo otro de sus pensamientos voluntariosos: ser más amable. Tumbada en la cama recordó el rato que habían pasado en el coche y en el hospital. Gabriel fue educado, no paró de darle conversación y tuvo algunos detalles gentiles que no la incomodaron; se sintió bien en su compañía, incluso creyó posible mantener una relación cordial sin temores ni amenazas.

SEIS

*San Juan de Terranova, 24-2-12
Terranova y Labrador, Canadá*

A finales de febrero el invierno azotaba con nevadas interminables, sin embargo, gracias a la calidez de la chimenea, el salón de la casa era acogedor y propiciaba largas charlas nocturnas para descubrirlos con montones de gustos parecidos; conocer historias de los miembros de sus familias, forjar una amistad beneficiosa para convivir y, sobre todo, Claire se acostumbraba a estar tranquila junto a un hombre.

Ethel y Eloise empezaron a notar el cambio de Claire cuando Gabriel estaba presente; ya no se apartaba evitando rozarlo; bromeaban con una complicidad que las llenó de esperanza; y, por fin, vieron resucitar al espíritu alegre que tanto echaban de menos. Las dos creyeron que Grace habría sido feliz con su hija de vuelta. Con un poco de suerte, Gabriel podría cumplir el favor que les pidió insistente en sus ratos de lucidez o intentarlo; por lo pronto, era el único candidato y, al menos, satisfacía con creces todos los requisitos que cualquier mujer exigiría.

Cuando aquella oscura tarde se sentó Claire en el sillón a leer, supuso que Gabriel trabajaba en el dormitorio. Viviendo una vez más las peripecias de Ignatius Reilly, reía metida en la novela sin advertir la observación desde la puerta de unos ojos plateados.

—Hola, ¿qué lees? —Gabriel se acercó descalzo, apoyado solo en una de las dos muletas que debía usar. Vestía el cómodo pantalón azul marino de chándal y una camiseta blanca de mangas cortas. Claire levantó la vista del libro y le enseñó la portada. Con los ojos de par en par, Gabriel preguntó—. *¿La conjura de los necios?*

—Me encanta —dijo risueña—. Es una obra de arte.

—Lo leí hace unos años —comentó, sentándose en el sofá. Dejó la muleta en el reposabrazos, estiró la pierna y se centró en una cara bonita que sonriendo alegre podía iluminar la noche. Para Gabriel esa boca cada día suponía una tentación mayor que se prohibía por su situación, también porque no tenía claro qué sentía Claire y no pretendía dar un mal paso que echara al traste un buen ambiente muy grato. Con humor, añadió—: Es el tipo más hilarante que nunca nadie ha descrito, está como una cabra.

—Sí, pero tiene un punto de vista surrealista que te hace reflexionar sobre la sociedad. Está tan bien escrito que no me extraña que sea una de las mejores novelas de todos los tiempos.

—Sí, aunque la tragedia de su autor es una pena. Vete a saber qué le pasaría por la cabeza para suicidarse.

Al acabar de hablar, Gabriel distinguió una ligera sombra dolorosa en esos ojos que empezaba a conocer bien y no pudieron aguantarle la mirada más de unos segundos.

—Voy a ponerme el pijama.

Claire se puso de pie, dejó el libro en la estantería y pasó por delante de él.

—¿Quedamos en la cocina?

—No es una cita, pero allá tú.

Con una mueca irónica en los labios, Gabriel movió los hombros y se levantó.

—¿Qué ha hecho Ethel de cena? —preguntó antes de entrar en su dormitorio.

—Tengo que hornear una lasaña. ¿Te gusta?

—Mucho.

—Estará lista en una hora.

En cuanto cerró Gabriel la puerta, recordando la cantidad de medias verdades que le había contado, Claire rodeó el magnífico distribuidor con la escalera al fondo, donde destacaba el reluciente suelo de madera oscura y las paredes claras con varios cuadros de diferentes tamaños, y entró en la cocina. Una vez que sacó el molde del frigorífico y tuvo el horno encendido, cogió la botella de vino que Luc abrió al mediodía para servirse una copa. Bebió abstraída entre tormentos y en el único hombre que removía sensaciones impensables en su cuerpo; imaginando cómo sería abrazarlo o besarlo, aun cuando sabía que nunca conseguiría ir más allá de una relación platónica.

Resignada, después de introducir la lasaña y programar el temporizador, apuró la copa y subió a la buhardilla para cambiarse.

Al mismo tiempo, Gabriel respondía un correo de Sean. Le pedía algunos documentos para iniciar el trámite del divorcio, advirtiéndole que no pintaba bien si Cora seguía obstinada en poner dificultades. Como quería cerrar ese capítulo cuanto antes, no dudó en enviarle de inmediato todo lo que necesitaba.

Tras ducharse, buscó desnudo en el armario unos calzoncillos. Al

sacar los primeros que vio, entre las manos se le colaron unas braguitas blancas. Sonrió contemplando la sencillez del algodón, pensando otra vez en su dueña y en el despiste de Eloise al guardarle la ropa. Antes de salir prendió la chimenea; no era necesario porque la casa tenía una buena calefacción, pero le gustaba dormirse embelesado en el fuego. No olvidó doblar las braguitas ni metérselas en el bolsillo de la chaqueta del pijama negro que siempre tenía colocado con primor bajo la almohada.

Llegó a la cocina olfateando un olor dulzón que le estimuló al instante el apetito. Para apaciguarlo en pos de la cortesía, decidió tomarse una copa del vino que encontró en la encimera. No dio con las copas limpias en los armarios y enjuagó una usada que había en el fregadero. Tras servirse, bebió sentado en la mesa disfrutando del intenso sabor.

Ni cinco minutos después, entró Claire en bata, con el horrendo pijama de franela.

—¿Todavía no ha terminado?

—Creo que no —respondió Gabriel, sonrió y bebió pausado un sorbo de vino—, no ha saltado la alarma. —Deslizó en la mesa su íntimo hallazgo, mirándola burlón—. Supongo que son tuyas, ¿no?

Claire no entendió qué quería decirle hasta que vio cómo levantaba la mano y sostenía sus bragas entre los dedos. De golpe, la sorpresa le dilató las pupilas. Empezó a respirar con dificultad de regreso a Central Park, otra vez paralizada por el pasado

—¿Qué te pasa? —preguntó Gabriel al ver la repentina palidez de su rostro.

Claire no medió palabra. Corrió subiendo la escalera para llegar a la buhardilla. Temblorosa, cerró el pestillo de la puerta y se derrumbó en la cama. «Qué poco le había durado la paz». Lloró lágrimas amargas por aquella época donde estuvo rodeada por una oscuridad que llamaba a la muerte como la salida más fácil para un injusto martirio; aunque no tuvo el valor de dejar sola a su madre. La fortaleza de Grace la sacó del pozo para, con el paso de los años, aprender a vivir con un fantasma imborrable. Ese que no podía olvidar y se presentaba a traición cuando se convencía de que estaba superándolo.

Sin comprender el porqué de una desmesurada reacción entre adultos por tal tontería, Gabriel se rellenó la copa de vino y puso la mesa. Sonó el temporizador y se asomó al hueco de la escalera.

—¡Claire, la cena está lista! —gritó—. No sé quién está peor si

Ignatius o ella.

Con el apetito igual de escaso que el optimismo, Claire lo escuchó, cogió la almohada y se cubrió la cabeza; apretó fuerte, rezando para que la olvidara.

Harto de esperar, Gabriel sirvió una porción de lasaña en un plato y empezó a cenar. Por suerte, nada más probarla, la huida de Claire pasó a otro plano, centró la atención en los succulentos y penetrantes sabores de la comida, tan buenos como la experiencia de vivir allí, donde era el amo y señor de la planta baja; igual de solo que en la habitación de cualquier otro hotel.

Al terminar, fregó el plato y la copa. Volvió al salón, se sentó en el sofá y se conformó con una de las películas que ponían en la televisión. Más atento a sus ideas que a otra cosa, poco después, escuchó entrar a Claire en la cocina. Al momento, apareció con los ojos enrojecidos.

—Hola —saludó en un murmullo y se sentó manteniendo la distancia. Gabriel la observó indiferente y volvió a centrarse en la pantalla—. ¿Te ha gustado?

—¿Qué? —Giró rápido la cabeza—. ¿Cenar solo o la comida?

—Lo siento, no me encontraba bien.

—¿Estás resfriada?

—No.

Siguieron en silencio hasta que Gabriel necesitó ir al baño.

—Ahora vuelvo. —Se incorporó, flexionó la rodilla y, con esfuerzo, trató de levantarse, pero estando casi de pie perdió el equilibrio y se dejó caer hacia atrás—. Mierda...

—¿Estás bien? —preguntó, creyendo que había bebido de más.

—No te preocupes por mí, gracias.

Gabriel volvió a intentarlo sin percibir la mirada herida que acababa de provocar con el tono soberbio de esas palabras.

—Espera —dijo Claire, le acercó la muleta, que él sujetó rozándole las manos, y la colocó debajo de su brazo—. ¿Mejor?

Una ligera sonrisa provocó otra tímida de ella. Tardó poco en regresar, pero Claire volvió a sorprenderlo al retirar las piernas que había subido en el sofá para dejarle sitio. Esa vez Gabriel se sentó más cerca, algo que Claire obvió disimulando concentrada en la película mientras luchaba por no bloquearse con el calor de una rotunda seguridad masculina, tan fuerte, tangible e inquietante como agradable, dócil y atrayente.

La apacible intimidad de la noche los envolvió hasta que Claire cerró agotada los ojos y se durmió sin pretenderlo. Gabriel no quiso molestarla, cómodo con su cabeza apoyada en el hombro. Aun así, suavemente le reclinó el cuerpo en su regazo para que descansara bien. Admiró un rostro turbador con un óvalo perfecto, los labios de un sugerente color rosado y unos ojos que, aun cerrados, eran preciosos por las espesas pestañas oscuras muy largas que se rizaban desordenadas. Robándole unas caricias se sintió como un ladrón; en cambio, no se detuvo y recorrió con las yemas de los dedos unas facciones proporcionadas llenas de altivez y sensualidad.

Un buen rato después, Claire se removió y de forma accidental le dio un codazo en los testículos. Apretando los ojos con fuerza, Gabriel echó el cuerpo hacia delante y contuvo la respiración. Pasaron un par de minutos hasta que pudo hablar:

—Joder... —susurró rechinando los dientes—. Claire... —Necesitaba moverse, pero no despertaba y le palmeó el brazo con toquecitos suaves. En cuanto empezó a reaccionar, contrajo el gesto a la espera de otro golpe involuntario, que no llegó—. Claire...

La voz profunda de Gabriel acabó con un sueño agradable.

—¿Qué...? —Abrió los ojos despacio y, al percatarse por la postura, pegó un bote brusco—. ¿Qué ha pasado?

—Te has quedado dormida —respondió calmado—. No ha pasado nada.

—Estaba encima de ti.

—No me has molestado —dijo con una sonrisa, ignoró sus partes íntimas al verla en tensión abrazándose el cuerpo—. No te preocupes.

—Lo siento, no volverá a ocurrir.

—Te repito que no me ha molestado, al contrario. Relájate.

—Vale —murmuró asintiendo, recobró la compostura y añadió sin mirarlo a los ojos—: Buenas noches.

—Buenas noches, Claire, que descanses —dijo Gabriel serio.

La escuchó correr escaleras arriba, dando por finalizada una velada extraña y excitante a partes iguales. Luego, se tumbó en la cama pensando en ella; sabía que algo se le escapaba; era una mujer adulta que a veces tenía reacciones infantiles o vergonzantes nada acordes a su edad. Caviló en las palabras de Robert, recordando el comentario sobre el cambio de Claire, achacado a la muerte de su padre. Sin embargo, no era normal después de tantos años no tenerlo superado.

En la buhardilla, a Claire le costó volver a conciliar el sueño. Fue la primera vez que bajaba la guardia con un hombre desde aquel fatídico encuentro sin que sucediera nada malo. Aliviada, notó caer los primeros barrotes de una cárcel imaginaria que no entendía la comunicación con el tacto entre las personas; un sentido que le aterraba pero nunca temía con Gabriel.

El jueves, después de pasar la tarde trabajando en el dormitorio, Gabriel entró en el salón, contento por la visita del día siguiente al traumatólogo, cuando esperaba deshacerse de la incómoda escayola. Si bien no quería irse de la casa; tampoco compartir a Claire con otros huéspedes ni que al recuperarse perdieran la confianza que tanto esfuerzo le estaba costando conseguir. Apoyó la muleta en el reposabrazos del sofá y se lanzó de espaldas con una sonrisa radiante.

Empezó a leer los primeros párrafos de *La conjura de los necios* para desternillarse en pocos minutos con unas carcajadas que resonaron en todas las paredes. «¿Hasta qué punto podía alguien distorsionar la realidad de esa manera?» «¿Existirían muchos “Ignatius” en el mundo?» «¿Cómo podía parecerle divertido un tipo tan desagradable, egoísta y vago?». Creyendo que no estaba solo, Claire bajó sigilosa, pero en cuanto lo vio se acercó risueña.

—Hola, qué bien te lo estás pasando.

—Ni que lo digas, menudo elemento.

—¿Traigo el vino?

—Por supuesto —respondió rotundo. Ese era su mejor momento del día, el que ansiaba desde que llegaba del banco, el que estaba descentrándolo y ocupaba la mayoría de sus pensamientos. Cuando Claire dejó la botella en una mesa pequeña de madera y le entregó su copa de tinto, comentó casual—. Cuando me quiten la escayola iré a Nueva York para ver a mi familia.

—Es una ciudad impresionante —susurró con una mirada triste—. Diferente.

—Prefiero Quebec, me agota tanta inmensidad. No sé cómo Sean puede soportarlo.

—¿Y Jack?

—Él es Nueva York, la lleva en las venas. No he visto a nadie que se adapte mejor a las circunstancias que Jack.

Claire sonrió y dio un sorbito al vino.

—No creo que vuelva —comentó en voz alta, aunque no fue su

intención.

—¿Por qué? Si hace diez años que no vas, seguro que te volverá a enamorar. O la amas o la odias, eso dicen ¿no?

—Yo la odio.

Sin gestos bruscos, Claire dejó la copa en la mesa y salió con rapidez ajena a las sospechas de Gabriel, que intuyó a Nueva York como la clave para entender esos giros en su comportamiento. Tenía claro que evitaba un contacto físico que él deseaba cada vez con más fuerza y también que debía ir con pies de plomo si quería seguir conociéndola. Desde la puerta de la cocina, Gabriel dijo:

—Tengo hambre.

—Hay ensalada de patatas y pescado al horno.

—Perfecto, me gustan las dos cosas.

Se sentó en la silla que ya se había adjudicado como suya y estiró la pierna mientras Claire ponía la mesa. Cuando sirvió el pescado, para esquivar el pie de Gabriel en mitad del paso, tuvo que dar un saltito con los platos. Con buenos reflejos, por evitarle una caída, Gabriel puso la mano en la cadera femenina. Ese contacto leve duró apenas unos segundos, pero envió a Claire una descarga de calor que no esperaba y lanzó su corazón a una carrera de latidos enloquecidos. Gabriel disimuló observándola, disfrutó viendo una tensión que sufría y camuflaba. Cogió la cuchara, el plato de Claire y, sin preguntar, sirvió una cantidad generosa de ensalada.

—No tengo mucha hambre.

—Estás muy delgada.

—Igual que tú.

—¿Yo? ¿Qué dices? Si viviera con Ethel podría volver a Quebec rodando. Desde el accidente no hago ejercicio y estoy atiborrándome. —Para avalar sus palabras, se levantó la camiseta—. Dentro de poco no me quedará bien la ropa.

Ella solo vio un estómago firme y un poco de vello, demasiado alejados de lo que pretendía mostrarle.

—Creo que quieres enseñarme tu cuerpo —dijo sonriendo.

—¿Estarías dispuesta a verlo?

La mirada de Gabriel llevaba escrita una promesa lujuriosa que le habría encantado aceptar.

—No.

—Tú te lo pierdes.

—Lo sé.

Gabriel advirtió la tristeza reflejada en sus ojos, esa que quería alejar cuando estuviese con él. Acarició con el índice su mano y consiguió la sonrisa preciosa que buscaba.

—Aunque solo nos conocemos desde hace un mes, estoy muy a gusto contigo. Sé que hay algo entre nosotros, puedo sentirlo y creo que a ti te pasa igual.

—Somos amigos.

Gabriel movió despacio la cabeza y negó en silencio.

—Con ninguna amiga me siento así. ¿Y tú?

—Ya no tengo amigos.

—Eso no es cierto. William y Jim te aprecian; Ethel, Eloise, Luc, todos son tus amigos.

Una lágrima recorrió la mejilla de Claire, cerró los párpados y cogió una bocanada de aire al sentir los dedos de Gabriel secándola. Abrió los ojos para topar con un gris brillante observándola con una sonrisa cariñosa.

—Shhh —susurró Gabriel—. No quiero verte así.

—Me gustaba la fotografía.

Por un momento no entendió qué quería decirle.

—¿Ahora no?

Claire encogió los hombros y siguió comiendo. Pasaron el resto de la cena en silencio, cada uno encerrado en sus pensamientos, intentando adivinar qué pasaba por la cabeza del otro. Gabriel deseó cogerla en brazos, acunarla para que se sintiera segura y afrontara lo que estuviese amargándole la vida, pero hasta que no confiara en él no podía ni planteárselo.

—Hay macedonia con zumo de naranja —dijo Claire—. ¿Te apetece?

—Sí —respondió mostrando unos dientes blancos alineados a la perfección. En cuanto tuvo el cuenco del postre delante, animado por la mirada atenta que le dedicó Claire a su boca, metió la cuchara para empezar su espectáculo. Dejando escapar adrede parte del jugo por la comisura de los labios, sin apartar los ojos de los suyos, masticó lentamente un pedazo de fruta, el más grande que encontró entre trozos de manzana, plátano, melocotón y piña en almíbar. Encantada por esa voracidad, Claire no dudó y le limpió con los dedos el rastro anaranjado que le chorreaba hasta el mentón. Gabriel no esperaba el gesto y para prolongarlo sujetó su muñeca—. Está buenísimo —dijo en voz baja, besó el dorso de su mano—, gracias.

—A ti.

—¿Por qué?

—Por muchas cosas —comentó con una leve sonrisa.

—Dime dos.

—Por ser mi amigo y por hacerme reír.

—Creía que ibas a decir por mi cuerpo imperfecto.

—Hoy te has empeñado en él. Si te hace tanta ilusión, enséñamelo.

—¿Y tú me enseñas el tuyo? —preguntó, clavándole una mirada irónica. Claire rió negando con la cabeza—. Pues no hay exhibición.

—Qué pena...

Esa era una de las cualidades que Claire más admiraba de él, no se imponía y siempre procuraba divertirla, consiguiendo que olvidase un veintitrés de abril primaveral que nadie hubiese merecido vivir. En cambio, aquella noche del 2003 existió, formaba parte de ella y desde entonces la condicionaba. Ahí, casi diez años después, creyó seriamente que podía encarar el futuro sin ese lastre. Y todo gracias a Gabriel, su arcángel salvador; un mensajero celestial llegado cuando menos lo esperaba y, quizá, cuando más compañía necesitaba. Mientras hablaba sereno, saltando con fluidez de un tema a otro para captar su atención, fantaseó con la posibilidad de que su madre tuviera algo que ver con esa inesperada aparición; era reconfortante creer que siempre velaría por su bienestar y que todos sus seres queridos estaban juntos protegiéndola. Sin ninguna duda, debía ser una señal divina o un gran golpe de suerte; «¿cómo si no Gabriel Drake estaría sentado en la mesa con ella?»

Por la mañana, Claire llevó y acompañó a Gabriel al traumatólogo. Durante el breve trayecto, él no dejó de recordar la discusión telefónica que mantuvo con su padre a primera hora. John se indignó al enterarse de la suma de dinero que Sean había ofrecido a Cora, sin querer comprender que no cediera en rebajar la cifra, confiando en la sensatez del abogado que la representaba e impaciente por finalizar de una vez. En otra circunstancia habría sido más comedido, sin embargo no midió el sarcasmo ni la prepotencia hartado de escucharlo, ya que no era la persona más indicada para reprochar abusos cuando vivía con una derrochadora y le consentía caprichos que él y sus hermanos tachaban como disparatados.

En uno de los pasillos del hospital coincidieron con Patrick Hamilton. Tenía treinta y pocos años; era alto, con buena forma física; el cabello y la tez morenos; un rostro bien parecido; y con unos ojos azules grandes tan

transparentes como el agua. Cuando les saludó pareció alegrarse de ver a Claire, hasta que rozó amigable su brazo y ella se apartó de manera automática en una reacción nada cordial. No pasó desapercibida para Patrick, que se despidió de inmediato con una expresión contrariada; ni para Gabriel, que a pesar de no querer admitirlo tampoco podía ignorarlo más: a Claire algún hombre le había hecho mucho daño. Seguir escudándola con el sufrimiento por la muerte de su padre era absurdo; si los demás preferían esa versión, allá ellos, él estaba convencido de que esas reacciones exageradas a contactos casuales, cariñosos o accidentales eran debidas a algo más físico y terrenal; un trauma devastador. Cuando pensaba en una tragedia que podía describirse con varias palabras, a cuál peor por inaceptable, solo deseaba compensarla con felicidad; por su sonrisa estaba perdiendo la razón.

Luego, se mostró conformista ante la noticia de llevar una semana más la escayola, consiguiendo desconcertar a Claire, que imaginaba ansiaría verse sin impedimentos. Tras un camino hacia el banco con poca charla, al llegar, la despedida rápida en la puerta fue acorde al desánimo de Gabriel por los frentes abiertos y al prudente distanciamiento habitual de Claire.

Esa misma noche se sentaron después de cenar en el sofá frente a la chimenea, para contemplar el fuego mientras la nieve caía dejando en el jardín un abundante manto blanco. El sol de la mañana, cuando brillara con intensidad, obligaría a contemplarlo entornando los ojos; como un espejismo para distorsionar la realidad. Gabriel reclinó la cabeza en el respaldo y dobló los brazos detrás de la nuca, acompañando el gesto con un largo y ronco gruñido, ajeno a la mirada entre divertida y asombrada de Claire, que se levantó para buscar las bebidas.

Gabriel no supo que lo incitó a coger la muleta, pero lo hizo y la colocó como obstáculo; si quería pasar por delante debía seguir sus reglas absurdas e infantiles.

—Tienes mucha cara —dijo risueña—. Cuando te quiten la escayola te irás y no podré tomarme la revancha, pero si pudiera ibas a estar todo el día botando como un canguro.

—No me importaría —comentó impasible. Realmente era de una desfachatez bárbara porque en vez de estar pendiente de las piernas de Claire desvió la vista a otra parte de su anatomía con más movimiento—. Me encantaría estar todo el día botando contigo.

Claire abrió la boca y los ojos de par en par, alegre por las segundas intenciones de sus palabras; imposibles pero excitantes.

—¿Vino? —preguntó, cogiendo dos copas.

—¿Brandy?

Al momento, volvió con una botella de vino tinto y otra de Joseph Barry de 10 años, donde quedaba poco más de tres dedos. Cuando la vio Gabriel, compuso un gesto de admiración y dijo:

—Menudo nivel, menos mal que es viernes.

—¿Por qué?

Mientras Gabriel abrió el brandy, Claire se sentó a su lado para observar complacida cómo cerraba los ojos y aspiraba el aroma del tapón igual que hacía antes de dar el primer bocado a la comida de Ethel.

—Porque este *culillo* es mío —dijo satisfecho, echando un buen chorro en una copa ancha con una sonrisa maliciosa. Aunque se refería al licor, Gabriel la vio tragar un poco nerviosa. Cogió su barbilla con seguridad y la obligó a mirarlo—. Nunca te haré daño.

—Lo sé —afirmó consciente de que veía en su interior, aunque desconociera ese pasado atroz que la consumía. Gabriel varias veces había hecho alusión a su comportamiento con las mujeres, parecían justificaciones que escuchó en silencio sin confiarle el secreto que ocultaba—. No me intimidas.

—Ni lo pretendo —comentó serio—. ¿Quieres salir conmigo mañana?

—Estoy siempre contigo.

—Fuera, a cenar y, si quieres, al cine.

—No puedes andar bien.

—Voy todos los días al banco. No pongas más excusas. Si no quieres, dímelo claramente.

—Sí quiero.

La sonrisa de Gabriel fue distorsionándose conforme acercó la cabeza a la suya.

—Shhh.

A Claire la respiración se le aceleró en el acto, jugándole otra mala pasada cuando esos labios que deseaba rozaron como una pluma la piel de su mejilla. Gabriel no intentó nada más, se retiró con la misma sonrisa que llegó. Cogió la copa, la rotó con suavidad y dio un trago; se le dilataron las aletas de la nariz y Claire vio con claridad cómo el líquido atravesó su garganta.

—¿Está bueno? —preguntó curiosa.

—Mucho. ¿Quieres probarlo?

—No —respondió negando rápido con la cabeza—. No estaba segura, lleva aquí por lo menos cinco años.

—¿Cuánto? —Gabriel fingió estar horrorizado con una mueca de asco—. ¿Quieres envenenarme?

—Acabas de decirme que te ha gustado —dijo tranquila. Bebió de su copa y comentó—. Aunque tengo una duda, si en la botella pone que es de diez años y ha estado aquí cinco, ¿ahora sería de quince años?

—¿Es una pregunta?

—Por supuesto.

La sonrisa de Gabriel se amplió hasta convertirse en una carcajada, cuando se calmó, a duras penas dijo:

—No, al contrario. —Intentó cerrar la boca y no reírse más, pero estaba haciendo un esfuerzo al verla reflexionar sobre sus palabras—. Los años de la etiqueta indican la maduración en los barriles, que es lo que da carácter a los licores.

—Qué bien te lo pasas a mi costa.

—Es que a veces me sorprendes, no puedo evitarlo.

—Pues nada, intentaré no bajar el listón para no decepcionarte.

—Desde que te conozco nunca lo has hecho.

—Gracias, tú a mí tampoco me has decepcionado.

Bebieron y charlaron de sus intereses. Gabriel contó cómo iban las negociaciones con la petrolera y Claire de la fiesta que pretendía organizar para celebrar la renovación de la casa. Pasaron varias horas hasta que decidieron acostarse para finalizar otra velada donde Claire dio un paso gigante sin venirse abajo.

Al entrar Gabriel en la habitación sintió que le hervía la sangre entre la excitación que llevaba horas soportando, el calor del brandy y el fuego de la chimenea, se desnudó acelerado a su ritmo lento y se metió en la cama sin taparse. Fue eso o morir por asfixia, y no quiso tentar al destino; prefirió dedicarse a la estrella rutilante de ojos verdes que pronto coparía un sueño profundo; no sin antes tener algún detalle consigo mismo, también merecía un pequeño premio de consolación.

SIETE

*San Juan de Terranova, 3-3-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Claire preparó el desayuno como todos los fines de semana. Esos días eran especiales para ella por la convivencia con Gabriel; le resultaba deliciosa y hacía más por su recuperación que tantos años de infructuosa terapia. Ambos tenían sus espacios personales, aunque siempre terminaban en la cocina charlando contentos mientras bebían una copa de vino. En cuanto terminó, viendo la hora, fue al dormitorio para avisarlo. Llamó varias veces a la puerta, pero no escuchó ninguna respuesta y supuso que la marmota seguía hibernando. Abrió con suavidad sin imaginarse que la visión imponente de un cuerpo gloriosamente desnudo, profundamente dormido y completamente perfecto la dejaría inmóvil. Ese hombre era una obra maestra que admiró como si fuese una escultura masculina con proporciones simétricas acordes en todas sus formas: un torso ancho con vello en el pecho, unos músculos marcados en el abdomen y unos genitales bien dotados que no la asustaron; al contrario, lograron que apretara las piernas y se pasara la lengua por los labios deseando saborear algo descartado. Los muslos relajados se movieron para obsequiarla con un plano sugerente de sus firmes glúteos, que le dibujaron una sonrisa tonta en la cara sin darse cuenta de que Gabriel había abierto un ojo y sabía que estaba observándolo.

—Hola —dijo con voz ronca, se desperezó y bostezó somnoliento. Avergonzada, Claire giró la cabeza y dejó de mirarlo mientras se cubrió con el edredón, a pesar de que no le importó ser objeto de un deseo que llevaba semanas provocándole—. Buenos días.

—Hola, he venido a decirte que el desayuno está listo.

—Gracias, ahora voy.

Sin esperar que Claire saliese, apartó el edredón, cogió la muleta y se levantó tan tranquilo, dejándole observar una vez más su cuerpo; el pudor no entraba en sus planes. Cuando terminó el desfile de caracol, se encerró en el baño y, duchándose, pudo reírse a gusto de un encantador bochorno que, de haber durado unos segundos más, le habría causado otra erección con un resultado menos divertido para él.

Ni quince minutos después, apareció en la cocina, sin muletas,

vistiendo el chándal que se ponía cuando estaban solos, prescindiendo del afeitado, y oliendo a gel de baño. Claire dejó la taza en el plato y se levantó para buscar otro servicio, que le colocó delante.

—¿Dónde vas a llevarme esta noche? —preguntó Gabriel, echando un chorrito de leche en la taza. Cogió el cuchillo y untó un poco de mantequilla en una rebanada de pan recién tostada. En cuanto tuvo una superficie lisa con el grosor adecuado, añadió una cucharita de mermelada—. No sé si por aquí hay mucha oferta.

—¿Qué te apetece probar?

—Lo que tú quieras. —Gabriel paró de masticar, tragó sin apartar los ojos de los suyos y se relamió los labios—. Seguro que me gusta.

—Hay un restaurante español —comentó sonriendo, sin inmutarse por unas señales sexuales que cada vez con más frecuencia no perdía ocasión en mostrarle—. ¿Te gusta?

—¿Español? ¿Aquí hay españoles?

—No muchos, pero los hay, vascos, del norte de España. Fueron los primeros en llegar a estas costas.

—Interesante —dijo disimulando una sonrisa—. Creía que habían sido los vikingos. Al final va a resultar que los españoles fueron los primeros en llegar a todas partes.

—Probablemente. Lo cierto es que navegaron por el mundo entero. De hecho, hay cosas de la gastronomía japonesa que son españolas, las llevaron unos monjes, está confirmado.

—No lo dudo —comentó torciendo los labios hacia abajo—, pero ya me habías convencido. Sabes que gracias a la asistenta que tuvieron mis padres siempre ha sido mi comida favorita. ¿Te encargas tú de la reserva?

Un rato más tarde, Claire subió a la primera planta y pasó la mañana poniendo a punto los dormitorios. Luc había tallado unos pequeños rótulos de madera con una rosa de los vientos y el nombre de la habitación en cada uno. La escalera circular estaba rodeada por ocho dormitorios al igual que las puntas de una brújula y, como era el símbolo más característico de la casa, a Claire se le ocurrió llamarlos según la posición que tenían respecto a la escalera. En la habitación Noroeste el zócalo azul grisáceo resaltaba el color oscuro de los muebles y junto a los estores blancos formaba un conjunto sobrio y acogedor, colocó bien mullidos los cojines encima de la almohada y comprobó el cesto del baño con los obsequios. Antes de salir recorrió con ojos satisfechos todos los rincones, abstraída hasta que escuchó unos golpes

rítmicos acompañados por ligeros gemidos. Creyendo que era Gabriel con alguno de los ejercicios de rehabilitación, se asomó al hueco de la escalera. Pero, con gran sorpresa, resultó ser que subía a saltos, agarrado a la barandilla.

—¿Qué haces?

—Intento llegar arriba.

—¿Para qué?

Bajó con rapidez y Gabriel apoyó el brazo en su hombro.

—Llevas toda la mañana desaparecida. Quiero ver cómo han quedado.

—Está bien. —Claire le pasó el brazo por la cintura y a saltitos llegaron al distribuidor. Sin asustarse, sin alejarse, pudo abrazarlo relajada, sabiendo que estaba a salvo. Notaba cómo sus temores con él se alejaban tal y como su psiquiatra tantas veces le repitió—. Ten cuidado, por favor.

Para Gabriel esa perspectiva de la escalera fue extraordinaria; si desde abajo era impresionante, ahí enmudeció ante la belleza del círculo dominante perfecto, rodeado por un pasillo concéntrico, con el suelo de madera espigada oscura, pero colocado formando un patrón diferente al resto. Vio ocho puertas iguales con unos rótulos de tamaño folio en los lados donde, girando el cuerpo, leyó: «NO» «N» «NE» «E» «SE» «S» «SO» «O»

—Es precioso.

—¿Te gusta? —preguntó Claire expectante.

—Mucho. ¿Quién hizo la escalera?

—No lo sé. Y menos mal que no hemos tenido ningún problema, porque el contratista se negaba a tocarla.

—No me extraña, tiene pinta de haberla hecho un artista. La casa entera está llena de joyitas.

La miró con orgullo y sonrió feliz, ajeno a que alegraba un alma atormentada. Ese hombre educado, elegante y paciente estaba consiguiendo llenarla de esperanza en cada roce, palabra o gesto. Entraron en todos los dormitorios y Gabriel mostró curiosidad por algunos de los muebles antiguos. Claire le contó historias de su abuelo Charles y de su padre, despejando cualquier duda en él; si ya tenía claro que la muerte de Chris Merritt no era el motivo de su recelo, oyéndola lo confirmó. Sus palabras fueron cariñosas, propias de una hija que echaba de menos a su familia, no intuyó dolor o amargura.

Después de pasar casi todo el día juntos, a media tarde Claire subió a la buhardilla con intención de dedicarse un buen rato a sí misma, arreglándose para una cita que la ilusionó muchísimo. El viento soplaba con fuerza y lo más sensato habría sido elegir ropa comfortable, pero optó por un vestido entallado blanco de mangas cortas con un cinturón estrecho y el cuello *mao*. Se secó el pelo dejándolo con algunas puntas hacia afuera, que le daban un toque informal; se maquilló destacando los ojos, restó importancia a los labios con un poco de brillo; y, por último, se colocó los zapatos beige de tacón de aguja muy altos que le regaló Eloise en Navidad y no había estrenado.

Vestido con un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata burdeos, Gabriel esperaba en el vestíbulo con el abrigo puesto y una bufanda en la mano. Al escuchar los tacones, se acercó a la escalera, pero no estaba preparado para esa visión e, inmóvil, en vez de mostrar alegría, la siguió con los ojos y el semblante rígido. Un tanto incómoda, Claire apretó las cejas, pero de inmediato sonrió contenta.

—Estás muy guapo.

—¿Vamos? —preguntó brusco.

Ante la falta de cortesía o el mísero detalle de un piropo, cuando a diario yendo con ropa cómoda buscaba siempre alguna ocasión para halagarla, Claire se puso el abrigo en la puerta sin querer martirizarse por esa tensión imprevista.

La noche cerrada atrajo un frío polar que aceleró los pasos de Claire hasta el coche, con toda la rapidez que le permitieron aquellos tacones y el hielo de la acera. Esperó a su tortuga particular sin advertir al detective contratado por Cora, que los fotografió semioculto en un vehículo estacionado muy cerca. En ese momento, tampoco supieron que los siguió al centro, que aparcó a pocos metros del Bronco ni que volvió a centrarse en ellos mientras entraban en el restaurante.

Sentados en la mesa recobraron el calor. El ambiente era tranquilo, en un salón un poco oscuro decorado a la última moda. Pidieron una botella de vino tinto y después de empezar a degustar una variedad de tapas que Gabriel dudó si en España serían parecidas, comentó con un gesto despectivo:

—Por cierto, esto no tiene nada que ver con la comida española.

—Siento tu desilusión —dijo Claire, agobiada por una elección que llevaba fallando desde hacía muchos minutos—. No había venido nunca.

—No es desilusión, no esperaba mucho, pero es una pena que confundan a la gente así. La comida de Blanca era infinitamente mejor, y estoy convencido de que las tapas en España deben serlo también.

—No están tan malas.

—No, pero no deberían usar los mismos nombres, que se inventen unos y así no confunden. —Gabriel no quiso ser borde, pero la comida no merecía mayor consideración. Advirtió el malestar de Claire creyéndose responsable y cambió de tema—: ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El doce de julio. ¿Por qué?

—Por nada.

Claire no salía de su asombro, estaba raro. Probó una vieira gratinada y la saboreó con una sonrisa.

—Eres demasiado exigente.

—Sí, si pago.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Asintió, decepcionada, cogió la copa de vino y bebió un sorbo con los ojos de Gabriel fijos en sus labios.

—No sé para qué querías salir. En casa eres mucho más agradable.

Gabriel frunció el ceño y dejó los cubiertos en el plato.

—¿Estoy siendo desagradable?

—Un poco.

—Explícate, por favor.

—No, vamos a dejarlo.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Eres tú quien está incómodo, no mientas.

—Ahora sí vamos a dejarlo. No vamos a hablar de mentiras.

—Muy bien.

En un silencio denso terminaron de cenar en su primera salida. Claire intuyó que sería también la última. Después de que Gabriel pagara la cuenta, salieron y se metieron en el coche otra vez ajenos al desconocido fotógrafo que los captó cuanto quiso.

—¿Vamos al cine? —preguntó Gabriel, abrochándose el cinturón de seguridad.

—Por mí, no.

—Estupendo.

Gabriel, que no asimilaba la falta de pretensiones de la mujer hermosa

que lo acompañaba, se sintió herido y no volvió a abrir la boca.

Minutos después, Claire aparcó y entró sin esperarlo. En el vestíbulo se quitó los zapatos y colgó el abrigo. Cuando Gabriel se desprendía de la bufanda, Claire cerró la puerta con llave y pasó por su lado, ignorándolo.

—Hasta mañana.

—Claire, espera —dijo molesto. Se acercó e inclinó el cuerpo hacia delante, pero desistió viendo su reacción al echar la cabeza para atrás—. Siento que no te lo hayas pasado bien.

—No pasa nada, que descanses.

Ni de lejos esperaba Claire ese comportamiento indiferente, pero forzó una sonrisa y subió a la buhardilla sin mirar atrás, consciente de que Gabriel seguía inmóvil y probablemente la observaba. Era cierto que tenía las expectativas muy altas; sin embargo, ni en un mal sueño imaginó que sería un desastre de cita.

Enfadado consigo mismo, consciente de que al verla inalcanzable desde que apareció en la escalera no actuó con su cortesía habitual y estropeó la velada que necesitaba para saber si eran capaces de salir y de seguir conociéndose fuera de la protección de esas cuatro paredes, se quitó la chaqueta, la corbata, y fue a la cocina, donde se sirvió una copa de vino que llevó con la botella al salón.

Luego, frente a la chimenea contempló pensativo unas llamas por momentos más pequeñas. Tras varias copas se decidió a avivar el fuego, pero al levantarse notó el efecto del alcohol y balanceó el cuerpo. Sin querer tiró al suelo las tres figuras de madera con siluetas indefinibles que había en la mesita rinconera junto al sofá. Comprobó que seguían intactas y las volvió a colocar en su sitio. Prescindió de la muleta y, apoyando el pie que ya apenas le dolía, cogió el atizador.

Claire escuchó el ruido y bajó rápido la escalera.

—¿Qué estás haciendo?

Gabriel se giró y la observó sin ocultar el malhumor.

—Lo que ves.

—No sé qué veo.

—¿Ah, no?

—No. —Claire se acercó, pero la mirada de Gabriel alertó su prudencia para mantener unos metros de seguridad—. No sé qué te pasa.

—Déjame tranquilo.

—¿Te he hecho algo?

Gabriel empezó a reírse, dejó caer el atizador al suelo y anduvo cojeando hacia ella.

—No. Ese es mi problema, nunca haces nada.

—No sé de qué hablas —susurró, sintiendo el peligro, incapaz de moverse al verlo acortar una distancia escasa—. Es mejor que lo dejemos.

Aún más cerca.

—Sabes perfectamente de qué hablo.

Con un movimiento casi invisible, la pegó a su cuerpo más fuerte de lo que pretendía. El contacto arrancó la carrera desbocada del corazón de Claire y también enmudeció su garganta unos segundos hasta que pudo murmurar:

—Suéltame, por favor.

Gabriel inclinó la cabeza sobre ella. Moría por besar esos labios y no quería esperar. En cuanto se rozaron, cerró los ojos para disfrutar de un sabor que había soñado muchas noches.

Rígida como una tabla, Claire no correspondió, no podía permitirlo. Cuando sintió que frotaba una erección abultada contra su cuerpo, levantó con rapidez la rodilla golpeándole los testículos. La reacción fue automática, Gabriel la soltó y cayó de rodillas con el cuerpo hacia delante. Se llevó las manos a la entrepierna con la cabeza despejada de un plumazo por la intensidad del dolor mientras escuchó a Claire subir corriendo la escalera y dar un portazo al encerrarse en la buhardilla.

—Joder...

No pudo moverse durante varios minutos, luego, consiguió levantarse y llegar al dormitorio. Sacó la maleta del armario y empezó a guardar la ropa dando por finalizada su estancia allí. Cuando recogió, se tumbó en la cama con el propósito de esfumarse al día siguiente sin fuerzas para enfrentarse a Claire. Aunque creyera que compartían algo más que una simple amistad, acababa de dejarle bien claras las cosas; se había desengañado. Estaba enamorándose y, por desgracia, no era correspondido; y contra eso no podía luchar.

El día amaneció igual de gris que los pensamientos de Claire, con unas nubes oscuras anticipando otra nevada para enfriarle un poco más el corazón. No durmió saturada con Gabriel y su reacción violenta, convencida de que a esas alturas la odiaba, pero era preferible a explicarle que se asustó

al percibir que descontrolaba su fuerza. Sin ganas de nada, solo quiso cobijarse bajo el calor del edredón, sentirse a salvo y seguir sin verlo; en cambio, después de una ducha, se vistió con unos vaqueros y una camisa, se preparó mentalmente y bajó a la cocina. Antes de llegar, suspiró hondo y entró decidida.

—Hola —saludó Claire con un vistazo rápido. Gabriel estaba sentado tomando café, vestía un jersey negro de cuello alto, unos vaqueros, sin afeitarse, con cara de pocos amigos y unas ojeras que sugerían poco o ningún sueño—. Buenos días.

—Buenos días.

Claire se sirvió un café y colocó dos tostadas en el grill sin saber que los ojos grisáceos no se apartaban de su espalda.

—Cuando puedas, prepárame la cuenta, por favor.

—Muy bien.

—Te pido disculpas por lo de anoche.

—Aceptadas.

La tristeza inundó de lágrimas los ojos de Claire porque volvía a quedarse sola, otra vez el destino la engañaba y no pudo más que poner el desayuno en una bandeja y salir hacia su refugio para llorar tranquila.

—Claire, no te vayas —dijo en un tono frío. Ella se detuvo, cerró los párpados un segundo y se giró limpiándose las lágrimas. En aquel preciso momento, la observó arrepentido mientras se levantaba despacio—. No quería asustarte, perdóname, por favor —susurró con ternura. Con la cabeza baja, Claire asintió y sorbió por la nariz. Gabriel percibió el miedo y le pateó el estómago, no podía consentir que tuviera esa impresión; dolía demasiado. Alzó con el pulgar su barbilla, obligándola a mirarlo, y susurró—. No volverá a ocurrir.

—Lo siento. Yo...

Con mucha suavidad Gabriel cogió la bandeja y la puso en la encimera. Colocó la mano en su cintura y la abrazó cariñoso, dejando que confiara en él. Acarició su sedoso cabello castaño, meciéndola despacio. Escuchaba su corazón descontrolado y trató de sosegarlo. Claire se sintió protegida, relajada, y le rodeó la cintura con los brazos, necesitó apretarlo contra ella. No fue un contacto lascivo, buscó el calor del único hombre que podía tocar sin temor. Durante unos minutos lloró abrazada a la suavidad de un cuerpo sólido que la sostenía con fuerza.

—Perdóname tú también —murmuró Claire levantando la cabeza—.

No quería hacerte daño.

—No te preocupes —dijo sonriendo condescendiente. A pesar de que se propuso olvidarla, era verla y perdía el juicio. Se había metido en su mente, apoderándose de sus actos. Gabriel sabía que no sería una relación fácil, su divorcio estaba por resolver, vivían en ciudades diferentes y prácticamente lo tenían todo en contra; pero con ella era feliz, quería seguir siéndolo y que sintiera lo mismo por él. La besó en la frente y comentó—. ¿Confías en mí?

—Sí.

—Gracias.

—No quiero que te vayas —dijo Claire.

—Por ahora no me iré, pero sabes que tengo intención de alquilarme algo.

—Ya, ¿pero estás buscando?

—No.

Poco después, se sentaron en la mesa y retomaron el desayuno en silencio hasta que Claire habló animada:

—¿Quieres ayudarme a organizar la fiesta?

—¿Qué día habías pensado hacerla?

—El viernes que viene. Tengo que invitar a algunos responsables comerciales de los bancos, a los de las petroleras, y a un par de empresas forestales; son quienes nos mandan a sus empleados. ¿Invito a alguien del Scotia?

«Gracias» pensó Gabriel, que la observó atentamente sin rastro de enfado, la complicidad había vuelto y era su mejor recompensa.

—Jim es el comercial, tú verás.

—No sé, al tener alojados al director financiero, supongo que su opinión será más importante que la de un simple comercial.

—Como sigas pegándole patadas en los huevos —dijo Gabriel disimulando una sonrisa—, no sé si va a recomendarte.

—¿Te hice mucho daño? —sonó preocupada—. Te prometo que no habrá una segunda.

—Dirás tercera.

—Segunda ¿no? —Claire se extrañó y frunció el ceño, mientras Gabriel elevó las cejas, negaba con la cabeza y aguantaba reír—. ¿Cuándo?

—La noche que te quedaste dormida encima de mí, me diste un buen codazo.

—Pero no cuenta, fue sin querer.

—No contará para ti, a mí vas a dejarme impotente.

—Hazte a la idea de que es un control de natalidad, es por tu bien. Seguro que no te faltan mujeres.

—Seguro... —dijo Gabriel, apuró una taza donde no quedaba café desde hacía minutos, agobiado por no haber sido capaz de hablarle de Cora. Se levantó, cogió la muleta y llevó al fregadero su servicio—. Voy a hacer unas llamadas, si me necesitas, avísame.

—Vale. —Claire sonrió—. Pero no te preocupes, no tengo intención de hacer mucho.

Gabriel volvió al dormitorio, sacó algunas prendas de la maleta, que colocó en el armario, y se sentó en el sillón a contemplar pensativo la danza de los copos de nieve que el viento arremolinaba en las ramas de los árboles. Se escuchaba el ulular, silbando entrecortado, moviéndolo todo con poder y frialdad; lo mismo que él debía hacer con su matrimonio. Cogió el móvil, llamó a Sean y le ordenó otra cantidad. Teniendo en cuenta que Cora no había aportado nada cuando se casaron, no tenían hijos, nunca trabajó y tampoco lo intentó, con esa cifra debería conformarse; era generosa y solo buscaba acabar cuanto antes con esa situación. Quería a Claire en su vida, ya pensaría cómo, pero no iba a iniciar algo con ella sin haber aclarado esa parte; si supiera la verdad, probablemente sufriría otro duro revés que no tenía intención de provocar; bastante se flagelaba a sí mismo al ocultársela, incluso no sintiéndose casado desde mucho tiempo atrás.

Cuando llegó el viernes que Boreal Róis abría otra vez oficialmente sus puertas como residencia, Alexei no resistió la tentación de observar desde la distancia a los invitados que Claire iba recibiendo en la escalera de entrada. Admiró su belleza, destacada con un vestido negro de escote redondo sugerente y unos zapatos beige de tacón. Recordó a Charles y a Chris; se habrían sentido tan orgullosos como él en ese momento después de estar semanas inquieto por una renovación que podía haber supuesto el fin al secreto mejor guardado de su gran amigo. Aquel que le encomió suplicante en 1953 y acató como deferencia a la gratitud y lealtad que le debía; nadie lo supo jamás, y pretendía morir con él.

En el interior de la casa, las Friars y Luc de vez en cuando asumían el papel de Claire para que pudiera ir enseñando las habitaciones de manera individual.

Entrada la tarde, Gabriel todavía no había aparecido.

—¿A qué hora dijo que llegaría? —preguntó Ethel.

—Sobre las cinco —respondió Claire—, tenía que ir al hospital.

—Son las seis y tengo que sacar los canapés.

—¿A qué esperas?

Ethel asintió de manera repetitiva, parecía preocupada porque los invitados quedasen contentos, y entró en la cocina. Poco después, recorrió el salón con una bandeja llena de exquisiteces que todos alabaron con palabras, gestos amables y la bandeja agotada. Como buena cocinera, tenía previstas varias más que dosificó según su criterio, sin olvidar al cliente estrella. Ese que llamó al timbre justo en aquel instante y esperaba observándose los dos zapatos; un placer para los ojos que fue superado en cuanto vio a Claire enfrente.

—Hola. —Claire sonrió feliz y lo besó en la mejilla—. Llegas tarde.

El contacto logró que tragara nervioso, no acostumbrado a esa naturalidad ni al roce de sus pechos suaves en el torso.

—Estás muy guapa.

—Tú también. —Recorrió con la mirada un traje negro, una camisa blanca, una corbata gris, y dos zapatos de piel marrón con hebillas en los lados y un punteado en las costuras. Con una expresión alegre, alzó la cabeza y le rodeó el cuello con los brazos, ignorando que, si Gabriel ya estaba bloqueado, acabó de noquearlo—. Enhorabuena. Qué bien ¿Te ha dolido?

—No.

Con mucha suavidad la despegó de su cuerpo y la besó en la mejilla. Debía controlarse tanto que cuando Claire entró en el salón, fue a la cocina para beber agua y dejar de tener la garganta inutilizada.

—Vaya. —Ethel sonrió al verlo y palmeó su brazo con cariño—. Creía que ibas a escaquearte, pero parece que el retraso ha sido por una buena causa.

—He tenido que esperar en el hospital un rato. ¿Hay mucha gente?

—No, unos veinte. Claire ya les ha enseñado la casa. Mira lo que te he guardado.

Ethel trajo un plato de la encimera, quitó la servilleta de papel que lo cubría y le enseñó la selección de canapés. Gabriel sonrió agradecido, cogió uno y, cerrando como siempre los ojos, lo saboreó con atención. En cuanto se lo tragó, se inclinó y la besó en la mejilla.

—Te superas por días, muchas gracias.

—Han sido un éxito.

—¿Lo dudabas? Estoy pensando en montar un restaurante y contratarte de cocinera.

—No podría dejar a Claire, lo siento, pero gracias.

—Un restaurante aquí no es tan descabellado, háblalo con Claire.

—Hazlo tú mejor, te hace más caso.

—Seguro —replicó con ironía.

Después de que Ethel le sirviera una copa de vino tinto, siguieron charlando mientras se terminaba uno tras otro todos los canapés; no tenía hambre, pero estaban tan buenos que era difícil rechazarlos.

—¿Qué haces aquí?

Extrañada Claire entró buscando a Gabriel.

—Estoy probando las delicias de Ethel.

De repente, iluminados por el mismo pensamiento, Gabriel y Ethel sonrieron divertidos.

—Sí —dijo Ethel contenta—. Me gusta, Gabriel, “Las delicias de Ethel”. Suena muy bien.

—Pues sí.

—¿De qué habláis? —preguntó Claire intrigada.

—Voy a sacar otra bandeja.

Ethel observó un instante a Gabriel, de reojo a Claire y dio la vuelta para seguir mostrando sus dotes culinarias.

—Después te lo cuento —dijo Gabriel, gentil le ofreció el brazo, que ella sujetó sin reticencias, y se inclinó para hablarle susurrando en el oído—. Eres perfecta.

Al escucharlo, Claire sonrió con toda la piel erizada, bajó la vista y se centró en los invitados, pensando constantemente en él, consciente de que cada vez estaban más cerca. En pocos minutos se separaron; aunque se controlaron sin disimular mucho. Para Gabriel, acostumbrado a la indiferencia de Cora, no era un problema no mantener relaciones sexuales; o eso creía hasta empezar a dudar de su capacidad de aguante. El deseo que flotaba entre ellos o el impulso irracional, que debía dominar, empezaban a exigir más contacto y no sabía si Claire podría soportarlo.

Mientras hablaba con varios hombres, Claire lo buscó con la mirada; le gustó el papel de anfitrión encantador que asumió explicando detalles de la renovación y curiosidades de algunos muebles que ella había ido contándole. Dentro del salón, Gabriel brilló como una misteriosa aurora boreal,

llenándolo todo de colores; resplandeció anulando un negro enquistado e hizo que solo deseara amarlo para olvidar.

Más tarde, agradeciendo el silencio, Claire se quitó los zapatos y se sentó en el sofá. Gabriel, que volvió del dormitorio sin la chaqueta ni la corbata, se dejó caer a su lado y cruzó la pierna derecha en la izquierda, balanceando el pie.

—Se han ido muy contentos —dijo Claire, ofreciéndole una copa de vino—. Gracias, has estado genial.

—De nada, pero tenían sus motivos. La casa ha quedado espectacular y la comida ha ayudado.

—¿Qué me ibas a contar luego?

—Se nos ha ocurrido que en los meses más flojos podíais explotar el salón como restaurante.

—¿A ti y a Ethel?

—Sí, se llamaría *Las Delicias de Ethel*.

—No sé, es mucho follón, pero gracias por la sugerencia.

—Piénsalo, no siempre vas a tener clientes que te paguen trescientos dólares diarios.

Claire abrió los ojos como platos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hoy. Imagínate mi cara cuando Samuel me lo ha dicho. Si me entero antes, tú y yo habríamos tenido unas palabras.

—Es la ley de la oferta y la demanda. Tú estabas desesperado y yo era tu única opción.

—Te has aprovechado de mí —dijo antes de beber.

Claire encogió los hombros y se rió sin pudor; no estaba arrepentida, había acertado de pleno. Contento, estiró las piernas y empezó a hacer círculos en el aire con el pie derecho.

—¿Italianos? —preguntó Claire

Dejó el movimiento e inclinó la cabeza mirándola.

—¿No te gustan? Son mis favoritos.

—Sí. Clásicos, elegantes, hechos por artesanos pacientes, muy tú; te pegan.

Gabriel se sintió abrumado, llevaba muchas horas deseando besarla y escucharla lo animó a intentarlo. Dejó la copa en la mesa, cogió la de Claire observándola atento, y también la quitó de en medio. No quiso tocarla, se limitó a inclinar la cabeza hacia ella acercando despacio sus bocas. Fue un

beso inseguro tanteando el recibimiento. Esa caricia delicada detuvo a Claire en el tiempo, pero fue tan breve que la echó de menos en cuanto dejó de notarla. Gabriel se retiró para recorrer con la mirada un rostro bello expectante, se detuvo en unos labios voluptuosos, como hechos de un rojo coral salvaje, y volvió a besarla en otro roce indeciso. Al notar la tímida mano de Claire acariciando su mejilla, le abrió la boca y lentamente dejó que un sabor sublime para su paladar se apoderara de su lengua. Aceptando esa ternura, Claire rozó su cuello con las manos y movió poco a poco la lengua arrastrada por el mismo placer; Gabriel sabía bien y la llenaba de sensaciones agradables. Cuando Gabriel abrió los ojos se bañó en un mar esmeralda tan brillante que deslumbraba, se separó sin ganas, consciente de una creciente lujuria y del cuidado que quería tener.

—¿Estás bien? —susurró antes de darle un beso rápido.

—Sí —dijo tragando despacio. Gabriel la notó temblar, la abrazó compartiendo su emoción y le acarició el cabello con mimo—. Nunca me habían besado así.

—Siempre te besaré así, y si avanzamos siempre será porque los dos lo deseemos, confía en mí.

La intimidad de otro beso y la soledad de la noche fueron testigos de una despedida en la puerta de la buhardilla, un templo que Claire aún no podía profanar, pero sí dejó con el pestillo abierto. Gabriel Drake era el hombre que la hacía sentirse preparada para el sexo; completándola como mujer. Con aquellos labios suaves borró cualquier temor, dejó únicamente un sabor excitante que soñó por todo su cuerpo, deseando y rezando para ser capaz de afrontarlo sin traumas que la frenasen.

OCHO

*San Juan de Terranova, 16-3-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Una semana después, Gabriel salió del baño vestido con un traje gris oscuro, una camisa celeste y una corbata azul y negra. Se sentó en el sillón con los zapatos, sonó su móvil y respondió de manera automática:

—Gabriel Drake.

—Sé quién eres y sabía que me estabas engañando.

El rencor en la voz de Cora lo previno del tono de la conversación y cerró la puerta.

—Qué quieres —dijo con dureza.

—No vas a dejarme.

Gabriel bufó harto de esa voz.

—Firma el divorcio y olvídate.

—¿Por medio millón? Ni en sueños.

Ahí estaba. Llevaba preparado mucho tiempo.

—Tienes también la opción de irte como llegaste. No lo olvides.

—Si crees que me asustas, no sabes hasta dónde puedo llegar. Sé que estás con otra y seguro que tienes planes, o eres más generoso conmigo o sabrás quien soy.

—Hace mucho que tengo claro quién eres. Y no sé de dónde te has sacado que estoy con otra, no estoy con nadie y, si lo estuviera, no es tu problema. Preocúpate por buscarte un empleo porque como sigas en este plan no vas a ver ni el rastro del dinero.

—Eso está por ver. Y por cierto, tengo fotos de ti y tu nueva novia.

—Estás chiflada.

—¿Te suena Tapa's Basque?

Gabriel apretó con fuerza las mandíbulas.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó despacio, no pudo contenerse y explotó—. ¡Contesta!

—Modera tu carácter, cada día estás más ordinario —dijo sonriendo, con el arsenal cargado para irritarlo—. ¿Cómo voy a seguirte? No digas tonterías. He contratado a un detective, me imagino que verás el cargo en la cuenta.

—Acabas de sentenciarte. No pienso pagarte nada, van a tener que obligarme.

—Bueno... Si es lo que quieres...

Cora pasó la mano por una impecable melena rubia con mechas.

—Quiero olvidar que te he conocido, quiero no volver a saber nada de ti.

—Claro, claro, te comprendo. —Cora sonrió satisfecha—. ¿Te parecen bien dos millones?

—Sí, perfectos cuando me lo ordene un juez. Dile a tu abogado que te informe bien porque creo que andas un poco perdida. Es la última vez que voy a proponértelo, coge el medio millón, olvida que existo e intenta ser feliz. Es lo máximo que estoy dispuesto a negociar y, por supuesto, la casa ni se te ocurra pedirla. Lee bien nuestro acuerdo.

—Ponte en mi situación.

—No puedo, no sé qué es no tener escrúpulos.

—No seas arrogante, nos conocemos.

—Por eso, si tan bien me conoces sabes que no estoy mintiéndote.

—Sí lo has hecho. ¿Desde cuándo estás con ella?

—Eres ridícula. ¿Has visto las fotos? Si tu detective te hubiese informado mejor te habría dicho que es la dueña del hotel donde estoy alojado y que entre nosotros no hay nada. Enséñame solo una fotografía comprometida. —Elevando el tono, añadió—. Es imposible porque estaba allí y sé lo que hice.

—Relájate. No sé por qué te alteras.

—¿Por qué? Has estado espiándome. No es normal. —Gabriel suspiró, hizo una pausa y añadió más calmado—: No nos queremos. Joder, Cora, vamos a terminar de otra manera, no te empeñes en sangrarme. Piensa en cómo has vivido hasta ahora. ¿No es suficiente?

—¿Y si estoy embarazada?

—Entonces sí que no vas a ver la pasta.

—Tenía que intentarlo.

—Por favor, Cora, no terminemos así.

Cora sopesó durante unos segundos sus opciones antes de hablar:

—Búscame un empleo y acepto el medio millón.

—¿Qué te busque un empleo?

—No puedo comprar un apartamento y vivir del aire. En Nueva York, por favor.

—No sé qué podrías hacer.

—Invéntate un cargo, me da igual. ¿Lo tomas o lo dejas?

—Hablaré con Jack.

—De acuerdo.

—Adiós, Cordelia.

Unos ojos azules risueños acompañaron el rostro más feliz de Cora en muchos meses. No sintió la despedida, el farol de los dos millones había dado resultado y las fotos lo pusieron de mala leche, pero sabía que sus cabreos eran pasajeros y siempre intentaría dialogar. Volvía a ser libre y en Nueva York sus posibilidades eran infinitas en comparación con Quebec. Fue al dormitorio y entró contenta al baño; con una renovadora ducha empezaba una nueva vida de soltera, una nueva oportunidad para estar más cerca de alguien a quien no había podido olvidar: Jack Drake, el hombre del que llevaba enamorada años; el mismo que no quiso traicionar a su hermano y eligió Nueva York para alejarse de ella.

La siguiente semana para Gabriel fue casi una maratón. Tras reunirse con los consejeros de las compañías que participaban en la explotación de *Hibernia* para concretar la inversión en la *Deep Ocean*, tuvo que cancelar una reunión con Sean en Quebec para terminar el acuerdo de divorcio; sumando a todo, el malhumor que lo acompañaba cada vez que se despedía de Claire en la puerta de su dormitorio y una negativa obstinada en acompañarlo a Nueva York.

Antes de salir hacia el aeropuerto el viernes, llamó a Claire desde el despacho en una última intentona.

—Hola —saludó contenta—. Creía que ya te habrías ido.

—¿De verdad no quieres venirte? —preguntó casi rogándole.

—No, pero gracias por invitarme.

—De acuerdo —replicó con frialdad—. Nos vemos el domingo.

—Hasta luego, que te diviertas.

—Seguro. Hasta luego.

Gabriel resopló enfadado y cansado. Compartían charlas, besos y dulces caricias, pero para él era importante que se enfrentara a sus miedos, con esconder la cabeza no iba a superarlos, llevaba haciéndolo tanto tiempo que le era difícil avanzar. Recordó una noche reciente, cuando Claire rozó con timidez su pene, no más de unos pocos segundos; sin embargo, estuvo tan cerca de arder perdiendo el control que saltó del sofá y se encerró en el

baño a riesgo de parecer un perturbado mental; asumía que Claire estaba volviéndolo loco.

Llegó al aeropuerto en el coche de empresa y, después de una escala de dos horas en Toronto, aterrizó por la tarde en Nueva York. Jack estaba esperándolo, se le veía feliz con buena cara para su ritmo de vida despreocupado: unos ojos azules alegres aumentados por unas gafas con la montura de pasta negra, una barba de varios días, que solo se afeitaba si asistía a alguna reunión, y una sonrisa alegre que mostraba unos dientes blancos perfectos, su sello personal. Tenían la misma altura y todos decían que mucho parecido. Vestía vaqueros, un jersey de lana oscuro y una chaqueta sport. Se saludaron con un abrazo y se dirigieron al aparcamiento.

—¿Cómo estás? —preguntó Jack.

—Muy bien. ¿Y tú?

—De lujo. Ya sabes, a mi rollo. ¿Vas bien con el pie?

—Sí. He hecho bastante reposo, solo iba al banco por la mañana.

—¿Qué tal en la residencia? ¿Hay muchos ancianos?

—Te dije residencia porque es más parecido que un hotel, pero no es de ancianos, idiota. Es para clientes de larga estancia y soy el único. Tiene concertadas algunas plazas con empresas de la zona. Está muy bien y la casa es increíble, te gustaría.

—No sé cómo aguantas. —Jack activó el control remoto de su Aston Martin DB9 negro, uno de sus escasos caprichos que mantenía con mimo y del que se sentía orgulloso—. ¿Hay algún club?

—Y yo qué sé, no salgo.

—¿Y qué haces de noche?

—Dormir.

—Drako, ahora que vuelves a estar en circulación voy a tener que enseñarte un par de cosas, te ayudarán. La primera es saber dónde está la marcha, es básico. La otra depende de ti, pero no creo que tengas muchos problemas; mírame, con la ley del mínimo esfuerzo sobrevivo bastante bien.

Con la sabiduría adquirida en una vida dedicada al placer, llegaron al apartamento en TriBeCa. Estaba en un edificio de cristal y hormigón que había sido una fábrica de vidrio en los años cincuenta y ahora se había convertido en morada de gente adinerada, simplemente variopinta o artistas en potencia.

El salón era enorme, tenía las paredes llenas de cuadros a cual más

impactante, por sorprendentes algunos y por incomprensibles otros. Se sentaron en un sofá de piel negra de seis plazas y compartieron unas cervezas que Jack sacó del frigorífico, en una cocina de diseño integrada en un rincón, con una barra de ladrillo y una encimera de acero que llamaba la atención por unas tuberías de plomo que pendían del techo con cuatro pequeñas lámparas metálicas.

—Tienes que hacerme un favor —dijo Gabriel.

—Lo que quieras.

Jack hizo un gesto automático con los hombros y le dio un trago a la cerveza.

—Necesito que le des un trabajo a Cora aquí.

—¿Qué?

El rostro de Jack se tensó con rapidez.

—Es la única condición que me ha puesto. Búscales cualquier cosa en administración, sabrá hacer algo.

—¿Quiere trabajar aquí?

—Sí. Cuanto antes se lo des, antes firmamos, así que no tardes, por favor.

—Lo siento, Gabe, pero no puedo.

—¿Cómo que no puedes? —preguntó empezando a irritarse—. Déjate de gilipolleces.

—No ha trabajado nunca. No insistas. ¿Tiene que ser en el banco?

—No, pero es lo más rápido y no quiero recurrir a papá. Vamos... ¿qué te pasa? —preguntó extrañado por una negativa totalmente inesperada—. Es diplomada en empresariales.

—No funcionaría y no quiero tener que aguantarla.

—No creo que te moleste, no te soporta.

Jack elevó las cejas.

—Ni yo a ella —comentó desdeñoso—. Por eso, cuanto más lejos estemos, mejor. Habla con Sean, a lo mejor la necesita en el despacho.

—No —dijo enfadado—. Estoy pidiéndote el favor a ti.

Tras unos segundos mirándolo incómodo, Jack dejó de apretar los labios y habló con frialdad:

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias —dijo sonriendo, dándole una palmada en el hombro—. Te debo una.

—Ya me lo cobraré.

Mientras Gabriel se puso cómodo en uno de los tres dormitorios que tenía a su disposición, Jack no dejó de pensar en la idea de ver a Cora a diario. Había cambiado de ciudad por ella y la había superado. No era justo que el viejo fantasma de un amor imposible se colara de nuevo en su vida; aunque en ese momento su mente se dividiera entre la curiosidad por verla después de varios años y el temor a no ser capaz de resistirse sabiendo que ahora no tenían obstáculos.

Al día siguiente Gabriel fue a la Avenida Ámsterdam en un taxi, donde esperó a su madre para cenar en casa de Sean. En cuanto lo tuvo cerca, Elizabeth Durham Drake intentó fundirse en sus brazos; echaba mucho de menos a su hijo y durante el último mes no pudo quitárselo de la cabeza sabiendo que estaba solo y que la ruptura con Cora no tenía solución.

Durante el trayecto, Gabriel observó una belleza madura, serena después de sufrir demasiado por su padre, se la veía bien, parecía haber recobrado la vitalidad con la niña. Tenía la piel bronceada gracias a los baños de sol que le gustaba tomar en la terraza de su ático, el pelo cortado por la nuca, plagado de unas canas que la distinguían con la elegancia de saber asumir el paso del tiempo, y unos modales suaves que rara vez cambiaba. Sus ojos grises, heredados por él y Sean, brillaban igual que la plata e, incluso vestida con vaqueros y un jersey blanco de cuello alto, destilaba una clase que la ropa informal no ahuyentaba. Sin ninguna duda, su madre era una señora y siempre se comportó como tal, siempre; pese a unos años en los que John Drake no se lo puso nada fácil.

Después de una cena casera donde Elaine se lució como otra consumada cocinera, mientras llevó a Ophie a la habitación acompañada por Elizabeth, Gabriel y Sean hablaron de Claire. Su hermano mediano, dos años menor, era su mejor amigo, un consejero sensato y un excepcional abogado. Compartían algunos rasgos, el color de ojos y el del cabello, aunque Sean era un pelín más bajo, más corpulento, más informal y mucho más sociable. Ni algunas opiniones diferentes sobre su padre, en la época más triste que vivieron, que los posicionó enfrentados, hicieron mella en una unión forjada a base de amor incondicional y compañerismo, también compartido con Jack; algo que los tres hermanos llevaban a gala.

—Me alegro mucho por ti —dijo Sean con una sonrisa ligera, cogió una botella de whisky y sirvió dos vasos. Gabriel bebió un sorbo cuando su hermano añadió reflexivo—: Es curioso, pero, a veces, donde menos espera

uno encuentra lo que necesita.

—Te gustará.

—Tráela para el cumpleaños de Ophie.

—Vivió aquí hace tiempo. —Gabriel habló bajando el tono—. Pero no quiere volver.

—¿Por qué?, todo el mundo quiere volver.

—Tuvo una mala experiencia.

La frialdad de esa voz intrigó al curioso abogado en derecho penal.

—¿Quieres contármelo?

—La violaron —susurró.

De repente la conversación se convirtió en un murmullo que garantizaba la confidencia.

—¿Aquí?

—Sí, hace diez años más o menos. No sé más. Ella no quiere hablar del tema ni volver, claro.

—Tiene que ser una pesadilla pasar por una experiencia así.

—Aún lo es. Me ha costado varias patadas en los huevos acercarme un poco.

Gabriel intentó bromear y no incidir en un tema que envenenaba su sangre.

—¿No os acostáis?

—No. Soy el primer hombre que la toca después de aquello. No sabes lo mal que llego a pasarlo, a veces es insoportable. No sé cómo hacer para controlarme. Cada vez que estamos cerca me ve como el violador y me hundo. —Gabriel se detuvo y bufó agobiado—. Lo llevo fatal.

—Deja que se acostumbre a ti. Ponte en su lugar, eso es una tortura.

—Lo sé —admitió sonriendo ligeramente—. Quiero estar con ella, Sean, me siento tranquilo. Es hogareña, divertida y tenemos los mismos gustos, pero a veces no sé si avanzamos o retrocedemos.

—Te has vuelto a enamorar.

—No —dijo serio—. Me he enamorado. Esto no es comparable a lo que viví con Cora. Claire es inteligente, muy guapa, he conocido poco a poco a una mujer que me hace sentir vivo, y no hemos tenido sexo hasta hace dos semanas.

—¿No dices que no?

—Hablo de besos y caricias; es amor, Sean.

—Estás muy colgado.

—Hemos estado juntos muchas horas, nos han dado para conocernos bien, aunque no sabe que no estoy divorciado.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—Porque no sabía que iba a enamorarme de ella. El día que llegué me preguntaron si estaba casado y, de manera automática, dije que no. Luego ya no he encontrado el momento de explicárselo.

—Supongo que no le sentará bien si se entera antes de que lo estés.

—Me siento mal por no habérselo dicho.

—Tengo curiosidad por conocerla. ¿Cómo se apellida?

—Merritt.

Sean pensó en consultar la causa y veredicto del juicio que supuso vivió. Tenía buena memoria y no quería dejar pasar la oportunidad de saber más sobre la mujer que había elegido su hermano. Elizabeth y Elaine llegaron hablando sonrientes y se sentaron frente a ellos. Su cuñada también vestía vaqueros, pero aparte de un físico estilizado, una cabellera morena y ondulada que acaparaba la atención, uno de los rasgos más destacados de su carácter era la capacidad de comunicación, sin distinción, con todo tipo de personas y, sobre todo, con Sean; al que tenía más calado que una sandía.

—¿Por qué cuchicheáis? —preguntó Elaine.

—No queríamos hacer ruido —replicó Sean.

Sonriente, Elaine lo miró alzando las cejas, escudriñándolo con aquellos ojos oscuros que parecían adivinarlo todo y advertían la intención de someterlo pronto a un interrogatorio.

—He pensado hacerte una visita cuando estés en tu nueva casa —dijo Elizabeth.

—Como quieras. —Gabriel compartió una mirada cómplice con Sean, y Elaine controló todos los ojos grises que vio, tenía el salón lleno; sin embargo, había dos que conocía y no sabían mentir. Ajeno a las pesquisas de su cuñada, habló centrado en su madre—. No hay mucho que hacer, te lo advierto.

—Haré lo mismo que tú, no te preocupes por mí.

El gesto burlón de Sean no pasó inadvertido para Elaine, manejaba más información que ella; lo sabía.

—Estás con alguien —dijo convencida, mirando a Gabriel.

No quiso ocultarlo y sonrió contento.

—He conocido a una mujer, estamos en ello.

—¿En Terranova? —preguntó Elizabeth confundida.

—Sí, es la dueña de la residencia —dijo tranquilo, bebió de su vaso—. Se llama Claire.

—Creía que ibas a estar un tiempo solo, por eso quería ir a visitarte. Será mejor que no vaya.

—Haz lo que quieras, pero ya te lo he dicho, no hay mucho que ver. Ven mejor en mayo, Claire dice que la primavera es un espectáculo.

—Claire... —repitió Elizabeth—. No sé si aguantaré hasta mayo.

—Déjalos en paz, mamá —dijo Sean, guiñó un ojo a Gabriel y otra vez su gesto incrementó la curiosidad de Elaine—. Aquí estás mejor.

En cuanto se quedaron a solas, todos los intentos de Elaine cayeron en saco roto. Sean no salió de lo que ya sabía sobre la nueva novia de Gabriel, sin traicionar su confianza; era una tumba guardando secretos.

Tras salir de la catedral el domingo por la mañana, donde Alexei pasó varias horas sentado en un banco abstraído en la contemplación de una arquitectura gótica incomparable a la majestuosidad que vio durante su juventud en Europa, caminó por la acera del Boreal pendiente a cualquier movimiento en alguna de las ventanas. Las mismas que diseñó basándose en el gusto de Charles por el art-nouveau. Esa casa tenía tanto de él que llegaba a considerarla suya. Dobló la esquina sin dejar de pensar en que Claire estaría sola hasta el regreso del director del banco o hasta que sus guardianas entraran al día siguiente a trabajar. Se montó en la camioneta, pero no arrancó el motor. Detestaba que esa mujer joven y preciosa no tuviera la apacible vida que Charles pretendió para sus descendientes, sin contar con el odio visceral que sentía cuando recordaba la tragedia de Nueva York, que por fortuna no acabó en otra desgracia, aunque le supuso aceptar una condición con la capacidad de partirle el alma por tercera vez en sus más de ochenta años vividos.

Por la noche, en el sillón de su habitación en la planta baja, Claire leía, desconcentrada a menudo imaginando a Gabriel recorrer esos íntimos rincones. Lo vio trabajando en el secretaire, buscando ropa en el armario o durmiendo desnudo en su cama. Con ese pensamiento cerró el libro y subió las piernas al sillón. A esa hora no se veía el jardín por los ventanales, solo la magia blanca de unos copos que llegaban, se arremolinaban en sinuosas estelas y desaparecían por el fuerte viento que azotaba sin tregua. Esa observación, estando bajo el cálido cobijo del fuego de la chimenea, la adormeció relajada.

De repente, el sonido del timbre la sobresaltó, se colocó la bata y atravesó rápido el pasillo hasta el vestíbulo. Con el corazón latiendo acelerado, llegó impaciente a la puerta y, al abrirla, casi se le para delante del hombre que llenaba su vida de ilusión.

—Hola —dijo Gabriel con una sonrisa radiante, un gesto divertido y la cabeza llena de nieve. Estrechó en sus brazos a Claire, la besó despacio y, entusiasmado por el recibimiento, exploró con cautela una boca que parecía tener más apetito del que recordaba. Después de dejar la trolley en un rincón y colgar el abrigo en el perchero, fueron al salón de la mano—. Te he echado mucho de menos. Me he acostumbrado a nuestras charlas y no soy capaz de dormir.

Sintiendo confianza, Claire le acarició el rostro y lo besó con más devoción que pericia. Saboreó a Gabriel, necesitaba ese aroma y a él.

—¿Quieres cenar?

—No.

—¿Una copa?

—Sí, por favor.

Se sentaron donde siempre, y, como era normal, Gabriel atizó el fuego antes de servir el vino. Claire cogió la copa y colocó las piernas bajo las nalgas.

—¿Cómo está tu familia?

—Muy bien, tienen ganas de conocerte.

—¿Les has hablado de mí?

—No mucho, pero saben que estamos saliendo. —Acarició su muslo, mirándola con la cabeza inclinada—. Mi madre quiere venir. No te extraña que cualquier día se presente sin avisar, está intrigada y eso no es bueno.

—Seguro que me gustará. —Con una sonrisa tibia, Claire puso la mano encima de la suya—. Debió ser duro para ella el divorcio, ¿no? Supongo que ver a tu padre con una mujer mucho más joven sería un mal trago.

—Sí, lo pasó fatal.

—¿En estos años no ha conocido a nadie?

—No. A veces creo que no ha olvidado a mi padre.

—Es una lástima. ¿Cuándo quería venir?

—Ya, pero lo ha aplazado.

—Si quieres se puede alojar aquí, seguimos solos.

—¿Mi madre y tú juntas? Ni loco.

Gabriel bebió sonriendo, observándola, esperando.

—No seas mal pensado. ¿Qué va a contarme de ti que no sepa? Me has contado toda tu vida —comentó jocosa. Gabriel tensó las mandíbulas, incómodo con la incertidumbre rondando por su cabeza. Claire notó el cambio y preguntó—. ¿Qué pasa?

De pronto la cara de Gabriel se acercó a la suya y la besó abriéndole la boca con seguridad. Por instinto, Claire le devolvió el beso descubriendo y explorando para emborracharse en una adictiva fragancia. Llenó el olfato de ese olor masculino igual que las manos no se cansaban de calmar al tacto con su piel. Todo el cuerpo le pedía más fuerza e intensidad mientras el beso los consumía. Dejaron las sutilezas y abandonaron el tiempo; ahí eran las dos únicas personas del mundo; ahí no hubo terror ni gritos; ahí solo existió el mayor placer que un hombre y una mujer podían compartir entre breves gemidos y unas caricias de todo menos dolorosas. Gabriel se volvió más audaz y exigente, le sujetó la cara y solo pensó en fundirse con ella hasta que regresó a la realidad.

—Tenemos que parar —susurró ronco—, y no me apetece...

Hipnotizada por sus ojos, que la conocían y la recorrían amorosamente, Claire parpadeó y sonrió al levantarse con la mano extendida.

—Vamos al dormitorio.

—¿Estás segura?

Un frenético hormigueo recorría su sangre para que ardiera; estaba muy segura. En cuanto Gabriel le cedió el paso y cerró la puerta, Claire entró en el baño con parte del arrojado perdido, en cambio, se mentalizó para intentarlo; si no era con él jamás conseguiría saber qué era el sexo consentido y con sentimientos; aunque se desnudó sin saber cómo comportarse, incluso se amargó por no tener experiencia; no quería que se arrepintiera.

Tras avivar la chimenea, pensando en no asustarla, Gabriel se quitó toda la ropa menos los bóxers. No pudo moverse cuando salió y la contempló iluminada solo por las tenues llamas.

—Ven —susurró Gabriel—. Eres lo más bonito que he visto nunca.

Avanzó nerviosa, muy despacio.

—Tú eres perfecto.

Gabriel le acarició la cara, el cuello y se detuvo en los senos con suavidad, sin apabullar. Para Claire era un dulce tormento incomparable con nada; la hacía feliz. Más viva que nunca respirando su aliento, le tocó el pecho salpicado de vello, contenta por fin al sentirlo bajo los dedos.

—Deja que te haga el amor.

Claire sintió el tono de esa voz grave resonando en la piel y se aferró a su cuello con ansia. En cuanto dejó libre la erección, que saltó vibrante para rozarse contra ella, solo quiso continuar; más, con Gabriel siempre a más. La tumbó en la mullida alfombra frente a un fuego cálido y abrasador, quemando por fin una sarta de nefastos recuerdos. Allí delante, Claire esparcía el dolor como cenizas diluidas por un viento huracanado. Eran deseo puro y se entrelazaron con violencia, sin miedo. Unas piernas largas se confundieron entre las suyas, sin dolor, unos brazos musculosos la apretaban y una lengua juguetona lamía sus pezones, sin prisas; todo llenándola de excitante masculinidad, deseable y, sobre todo, aceptada.

Gabriel deslizó la mano por el sexo de Claire, pero notó cómo se paralizó conteniendo la respiración.

—Claire, cariño, mírame —susurró. No quería ni por un instante que reviviera aquella humillación—. Estoy temblando por ti. Te necesito, por favor.

El amor que sentía por él brotó instantáneo, abrió los ojos y se iluminó con esa magia invernal que la había enamorado noche tras noche. Se aferró a sus hombros, y Gabriel sucumbió en el acto intentando no dejarse arrastrar por la velocidad que necesitaba. La besó despacio, siendo tierno, pero los días de abstinencia y un deseo primitivo borraron su acostumbrado control. Acarició unos pechos voluptuosos con el tamaño apropiado a sus manos, los besó y amó rendido. Luego, sacó la lengua y volvió a saborear un pezón para soplarle encima y contemplarlo embelesado. Repartió besitos por toda la cara de Claire, despistándola mientras alineaba sus cuerpos. Le separó las piernas, sintió sus muslos rodeándole las caderas y dejó escapar un profundo gemido cuando la penetró despacio, empujó con suavidad.

—¿Estás bien?

No pudo responder, Claire se limitó a apretarle las nalgas, animándolo a continuar. Confiado, se movió sobre ella cada vez más profundo, con potentes embestidas que la mecían entre susurros entrecortados y apasionados besos. Fue una comunión perfecta, acoplados en una exhibición de ternura con unas sensaciones totalmente opuestas a la turbia agonía que la martirizó durante años.

Las lágrimas quemaron los párpados de Claire y chorrearon por sus mejillas tras un viaje desde el miedo a la fascinación. Ese hombre estaba llevándola al cielo; volando con ella, siendo generoso y murmurándole

constantemente palabras cariñosas.

—Claire, te hago daño —dijo Gabriel preocupado por esas lágrimas—. Voy a parar.

—No, por favor —rogó entrecortada, sonrió—. Sigue, no me duele.

Con esa confirmación se abandonaron al placer, al éxtasis de una noche boreal donde estallaron entre verdes brillantes, violetas y unos azules pálidos que inundaron aquel cielo oscuro e infinito.

—¡Gabriel!

—Cariño, no llores —susurró mientras recorrió con la vista un rastro húmedo que se deslizaba hasta su boca y enjugó con la lengua. Claire cerró los ojos y notó sus labios en un roce suave. Gabriel se apartó, la movió girándola hacia él y acarició su espalda, indefenso ante la magnitud de una pasión desconocida—. No sabes lo que significa para mí, por favor, no más lágrimas.

—Gracias. —Claire levantó las cortinas oscuras que ocultaban dos esmeraldas relucientes, mirándolo satisfecha—. Ha sido maravilloso.

—Como tú. No te vayas a la buhardilla, duerme conmigo.

—¿Quieres que me quede?

Una sonrisa se abrió feliz en la cara de Gabriel y sus manos le hicieron cosquillas en la cintura, provocando unas sonoras carcajadas que amplificaron la alegría de un momento muy ansiado por los dos. Entre arrumacos juguetones pasaron varios minutos frente al fuego, llegaron a la cama y, sin timidez, Claire le recorrió el cuerpo hasta que Gabriel guió una mano aventurera a sus genitales. Le mostró con descaro cómo tocarlo, dándole seguridad con los movimientos. Se resarcieron del tiempo perdido convertidos en fantasía, practicando con fervor un acto que a ella la convertía en una curiosa hada que había encontrado el elixir mágico contra sus malditos temores.

Cuando se durmió Claire, Gabriel pasó un rato deslumbrado por su belleza, sintiendo que la amaba profundamente. Le recorrió un escalofrío imaginándola a merced de su agresor; no iba a permitir que nadie volviera a asustarla; merecía ese descanso relajado libre de pesadillas, cobijada entre sus brazos. Se encargaría de hacerla olvidar, estaría a su lado para verla soñar y amanecer junto a él. Si tenía que trasladarse ahí de manera definitiva, estaba dispuesto a hacerlo; todo por esa mujer que iba a formar parte de su vida.

El día siguiente amaneció celeste y despejado, igual que Claire

cuando abrió los ojos con el aliento cálido de Gabriel en el cuello, empezaba otra etapa tan brillante y clara como las emociones que él consiguió destaparle. Se levantó cuidadosa, sin querer despertarlo. Aunque sabía que debía ir a trabajar; era más interesante verlo dormir con ese cuerpo desnudo y dominante que la sacó de un letargo al que no pensaba volver. Después de ponerse un camisón blanco, se sentó en el sillón y lo contempló sereno. Su pecho, que no se cansó de tocar por la noche, se movía con un ritmo sosegado, se giró y uno de sus brazos la buscó en sueños. Claire sonrió muy feliz, rodeándose las piernas con los brazos; amaba a ese hombre.

Gabriel abrió un ojo manteniéndolo entrecerrado, un molesto rayo de luz blanca no le dejó otra opción para ver delante del ventanal el cuerpo de una mujer acurrucada sobre las piernas, la misma persona con quien había pasado la mejor noche de su vida, esa que sonrió radiante al verlo y demostró con su presencia que no seguía soñando.

—Hola.

La voz de Gabriel fue un murmullo ronco, una invitación para Claire. Se levantó y el camisón filtró la claridad, dejando visible el contorno de unas curvas sinuosas que endurecieron a Gabriel de forma automática. Sentado en la cama mientras Claire miraba sonriendo una erección matutina nada desdeñable, cogió el edredón estirándolo entre las piernas para mantener algo de decoro; aunque de todos modos la elevación se veía.

—Buenos días.

—Acércate más.

Con un brillo alegre en la mirada, se subió en la cama y se arrodilló a su lado. Gabriel la recorrió con ojos adormilados y fue perdiendo nitidez cuando Claire inclinó la cabeza y lo besó en los labios. Tenían que comprobar si la magia seguía funcionando. Dos lenguas satisfechas se desearon e iniciaron un movimiento lento que los llevó a abrazarse con fuerza. Claire terminó sentada encima de él, recibiendo caricias y más ternura de la que podía imaginar.

—¿Estás bien? —preguntó Gabriel, sujetándole la barbilla.

—Sí —susurró sin apartar los ojos de los suyos—. Me gustaría estar todo el día así.

—Hecho.

Claire rió encantada.

—Me temo, señor Drake, que no va a ser posible. Eloise y Ethel han llegado.

—¿Salgo de aquí como si nada?

—Ni idea, pero va a ser difícil pasar inadvertidos.

Cómo si supiera que estaban hablando de ella, Eloise llamó a la puerta del dormitorio. Claire se mordió el labio mirando atentamente a Gabriel, que saltó de la cama y se encerró en el baño.

—Buenos días, ¿no piensas desayunar? —Eloise entró decidida, pero al instante se detuvo con los ojos abiertos de par en par; no supo mantener la boca cerrada para prevenir que las mandíbulas casi llegaran al suelo—. Tú por aquí... —dijo con sorna, sonriendo cruzó los brazos y se acercó a la cama—. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—¿El usuario habitual de este dormitorio? —preguntó con ironía.

—Es el mío —admitió sonriendo—, no lo olvides, y creo que está en la ducha.

—¿Y va a volver a ponerse esa ropa?

Eloise giró la cabeza hacia un montón de prendas apiladas en el suelo y se fijó con atención en una camisa azul y unos vaqueros CK, viejos conocidos suyos.

—Supongo.

—Tiene que estar muy mal.

Claire hizo un gesto despreocupado y Eloise salió del dormitorio con la impaciencia de llegar a la cocina y contarle a Ethel ese gran descubrimiento.

Minutos después, Gabriel reapareció con una toalla en las caderas y, cómo había adivinado Eloise, encogió la nariz mientras recogía la ropa.

Cuando estuvieron presentables fueron juntos a la cocina. Ethel mantuvo un discreto silencio, no acompañado por el seguimiento constante de sus ojos. Más tarde, Gabriel se fue al banco y las dos mujeres empezaron a alabarlo sin tregua, ignorando que a Claire ya nada podía influenciarla porque había claudicado a su amor.

NUEVE

*San Juan de Terranova, 16-4-12
Terranova y Labrador, Canadá*

A mediados de abril Gabriel atravesaba uno de los peores momentos desde que llegó por el estancamiento en las negociaciones a la espera de dos informes vitales para el banco; uno, sobre las conclusiones de una empresa especializada en geología marina que les había advertido de las consecuencias negativas para el entorno; y el otro, sobre la solvencia de los inversores extranjeros que participarían en la explotación. Pasó horas reunido con Robert atendiendo videoconferencias con los compañeros de Toronto y se vio obligado a volver a cancelar el divorcio, a pesar de que Jack le asignó a Cora un puesto como asesora junior en la sede del Scotia en Nueva York, y de que ella lo llamaba a diario apremiándolo; no imaginó en ningún momento que estaba tan desesperada como él por conseguir una soltería ansiada.

Aquella mañana de lunes, Ethel y Claire comprobaban en la cocina las facturas de la compra y Eloise estaba con Luc en el jardín cuando sonó el timbre.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Ethel, poniéndose de pie.

—No.

Ethel fue hacia la puerta principal y abrió para encontrarse frente a frente con una mujer rubia de apariencia sofisticada y una edad parecida a la de Claire.

—Hola, estoy buscando a Gabriel Drake. Me han dicho que vive aquí.

—Sí, pero no está.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

Hablando con mucha corrección y una sonrisa amable, Cora aparentaba una seguridad que no tenía. Podía intuirse en unos ojos azules expectantes y unas manos que se reconfortaban animosas.

—Supongo que en su trabajo. Llámelo al móvil.

—Lo he intentado y no hay manera. He ido al banco antes de venir aquí.

Cora contrajo el gesto.

—Pues no sabría decirle. Estará en alguna reunión. ¿Quiere que le deje algún recado?

—Voy a seguir buscándolo, pero si lo ve, dígame que Cora ha venido a verlo.

—Cora —repitió Ethel.

—Sí, Cordelia. Espero que se acuerde de mí —dijo sonriendo—, soy su mujer.

Inmóvil, Ethel palideció al escucharla. Reaccionó moviendo la cabeza con un mudo “sí” y, en cuanto Cora dio la vuelta, parpadeó varias veces muy despacio, controlando la respiración. Luego, se apoyó en el interior de la puerta para toparse con una imagen que habría preferido no ver nunca, al menos no tan pronto: la decepción inundando de lágrimas unos ojos verdes desolados.

Al momento, subió Claire corriendo a la buhardilla y se tiró en la cama sin latidos en el corazón mientras su castillo de cristal se desmoronaba encima de ella, en mil pedazos, destrozados en un solo segundo. Ethel entró detrás y se sentó en el borde, como hubiese hecho Grace. Le acarició el pelo y le dejó el desahogo de llorar unos minutos.

—Seguro que hay una explicación.

Claire tenía la respiración entrecortada, sorbió por la nariz y se incorporó dejando que la tristeza se convirtiera en furia.

—Ha llegado y ha querido vivir sin ataduras.

—No parece ese tipo de hombre.

—No sé qué parece, lo único que sé es que me ha mentado.

—Deja que se explique.

—Por supuesto. Me debe una gran explicación y va a tener que ser muy convincente porque no estoy predispuesta a creerlo.

—No te cierres en banda. A veces las personas decimos cosas sin tener en cuenta las consecuencias.

—Defiéndelo si quieres, pero creo que ha venido aquí a trabajar unos meses y estando soltero lo tenía más fácil para aprovechar la coyuntura.

—No creo que lo tenga difícil de ninguna manera. Habla con él antes de darle más vueltas.

—Claro, ¿qué vueltas voy a darle? —preguntó llena de ironía—. Soy la imbécil que se ha enamorado de un hombre casado. Imbécil no, gilipollas.

—No te calientes, por favor. No quiero verte así. No sé por qué nos dijo que no estaba casado y quiero confiar en él. Me extraña mucho, parece un hombre serio.

—Te lo he dicho muchas veces, no deberíamos habernos fiados de él;

las apariencias engañan. Encima hemos sido idiotas, nos hemos volcado. Debe haberse reído a gusto.

—No empieces, Claire —dijo con paciencia y una mirada seria—. Sabes que tratamos a todos los clientes igual, no íbamos a hacer una excepción con él; recuerda lo que está pagando.

—Yo sí he hecho una excepción.

—Lo sé. Anímate, seguro que tiene una buena explicación.

—¿Tú crees? Me da igual, no voy a confiar en él.

—Inténtalo, Claire, te he visto feliz. Me he acordado de tu madre, le habría gustado Gabriel.

Ante esa verdad, Claire volvió a sollozar desconsolada, pese a saber, al igual que Ethel, que Grace jamás habría tolerado una relación con un hombre casado. Mientras se compadecía de sí misma, Ethel revivió al matrimonio Merritt charlando en la cocina, bromeando, como hacían ellos. Comprendía que no era una situación justa para Claire, aunque confiaba en la explicación que necesitaban oír de Gabriel, ya que lo tenía en muy alta consideración y no contemplaba ese engaño.

Poco después, Gabriel llegó al banco tras una reunión con varios directivos de ExxonMobil, emocionados por los resultados halagüeños en los pozos efectuados para el proyecto de la *Deep Ocean*. No parecía importarles los sesenta millones de dólares que costó cada uno de los cinco pozos. Solo le bombardearon con cifras aún por confirmar para generarle interés. Al entrar en el despacho se vio abordado por Cora, que le colocó los papeles en la mesa, un bolígrafo en la mano y, esperando que leyera concentrado, impaciente, se mordió los labios a escasos segundos de acabar su calvario. Firmaron el acuerdo y luego la acompañó al Sheraton. La actitud cordial de Cora consiguió impresionarlo, pero no se dejó llevar por la felicidad y no le contó nada de Claire.

Entraron en la cafetería y se sentaron en una mesa apartada de los pocos clientes que esperaban el almuerzo. Pidieron dos cervezas y hablaron como nunca lo habían hecho durante los cinco años que estuvieron casados.

—Espero que seas feliz en Nueva York.

—Lo intentaré. Lo mismo te digo, donde decidas instalarte —comentó Cora radiante. Tenía un brillo azul en la mirada que no podía controlar desde la llamada de Jack para ofrecerle el trabajo. Escucharlo guardándole rencor dolió bastante, pero intuyó que tampoco la habría

olvidado si aún no había perdonado que no dejara a su hermano por él. Cora necesitaba la oportunidad que por no herir a Gabriel ni ella ni Jack, por muy agraviado que se sintiera, quisieron afrontar; era su momento. Jack Drake iba a verse obligado a mentirle en la cara, ya no valía huir. Manteniendo el tono amigable, intrigada por su vida en una ciudad pequeña con pocos alicientes, preguntó—. ¿No te aburres?

—No tengo tiempo.

—¿Hasta cuándo estarás aquí?

—No lo sé, a lo mejor me quedo.

—¿En serio? —Cora frunció el ceño y preguntó con ironía—. ¿Dónde vas a comprarte la ropa?

—Viajo, no es problema.

—Estás raro. Hacía tiempo que no te veía sonreír.

Recordando a Claire, Gabriel bajó la mirada, cogió la jarra y bebió.

—Tú también.

—Ahora, si llegas a verme antes de encontrarte te aseguro que no pensarías lo mismo. Por cierto, la casa es preciosa.

—¿La casa? —preguntó torciendo el gesto—. ¿Qué casa?

—Donde vives, es muy bonita.

—¿Cuándo has estado?

La mente analítica de Gabriel empezó a procesar y a evaluar riesgos.

—Después de ir a primera hora al banco.

—¿Quién te ha abierto?

—Una señora muy agradable.

—¿Ojos azules, con gafas?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada. —El latido de Gabriel mejoró el ritmo y respiró aliviado; Ethel no se lo diría a Claire, estaba convencido, nunca le haría daño y esa visita tenía muchas probabilidades de hacérselo—. ¿Le dijiste quien eras?

—Claro.

Disimulando la inquietud, Gabriel preguntó:

—¿Qué hay en Nueva York?

—No lo sé. —Cora movió los hombros despreocupada, sin intención de decirle la verdad, sonrió—. Pero siento que debo ir.

—Prefiero esta calma. No sé cómo Jack soporta estar todo el día de fiesta y luego trabajar diez horas. No hay cuerpo que lo resista mucho tiempo.

—Él sabrá.

A Cora no le interesaba esa parte de la vida de Jack.

—Espero que no tengáis problemas. Recuerda que te ha dado un empleo. Mantén la boca cerrada porque no quería hacerme el favor.

—Descuida —dijo sonriendo un poco cínica—. No creo que estemos cerca.

—No sé por qué siempre os habéis llevado tan mal. Es algo que nunca entenderé.

Con una mueca indiferente, Cora trató de obviarlo y no añadió nada. ¿Qué podía decirle?, ¿que se enamoraron un año después de casarse con él?, no; era preferible que siguiera en la ignorancia. No se podía explicar que personas sin nada en común tuvieran una conexión tan inmediata. No entendería que esa animadversión escondía una pasión arrolladora que un día probaron para luego arder en un infierno de remordimientos. Jack huyó sin mirar atrás y la dejó viviendo una mentira que la convirtió en la persona frívola que todos veían, sin llegar a ver a la mujer frustrada que vivía con el hombre equivocado, igual de infeliz que ella.

De pronto el rostro de Gabriel se endureció cuando vio entrar a Cybill con un hombre, los dos con ropa formal y unos maletines en las manos, indicando el carácter laboral del encuentro. Cybill sonrió al verlo, intercambió unas palabras con el hombre y se acercó sola. Correspondeó a la mano que Gabriel le tendió de pie, junto a la mesa, bajo la observadora mirada de Cora, que no perdía detalle de los movimientos coquetos de esa desconocida.

—Me alegro de verte —dijo Cybill—. Ya no estás alojado aquí, pregunté por ti cuando llegué.

—No, hace varios meses que me fui por mi cuenta.

—Estaré hasta el viernes. Si quieres, llámame.

—Disculpa —dijo Cora, se levantó y dejó la servilleta con parsimonia en la mesa—. Hola, soy Cordelia Drake, encantada.

Le dio la mano apretando con más fuerza de la necesaria.

—Igualmente, Cybill Parker.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Cora.

—No, de vez en cuando por motivos profesionales.

—Yo es la primera vez que vengo y si no es por mi marido, no creo que me hubiese planteado venir.

Cora cumplió su objetivo al ver la palidez repentina en la cara de Cybill Parker o la pérdida fulminante de una expresión demasiado alegre.

—Tengo que irme —dijo Cybill, impresionada y enfadada por la ilusión absurda que imaginó si volvían a encontrarse, encima, no podía reprocharle nada—. Ha sido un placer conocerte, Cordelia —Mostró una sonrisa tibia a Gabriel y añadió—: Cuídate, adiós.

En cuanto Cybill desapareció, Cora sonrió sin pizca de arrepentimiento.

—Creo que te he fastidiado el plan con esa.

—No, me has hecho un favor, gracias.

—¿Cómo lo aguantas?

—¿Qué?

—La soledad.

—¿Y tú? —preguntó risueño.

—¿Quién ha dicho que estoy sola? —dijo de buen humor.

—¿Estás con alguien?

—No —respondió rápido—. Tú sí. Y no lo niegues, te conozco —dijo Cora insinuando una sonrisa comprensiva. Gabriel alzó la vista con lentitud y no le hicieron falta palabras. La plata estaba apesando en una esfera brillante a unos azules oscuros tan profundos como el océano de esas costas alejadas y salvajes—. Vamos..., Gabe, ya estamos divorciados, podemos ser amigos.

—Estamos conociéndonos.

—¿Es la de las fotos?

—No. —Al ver una mirada incrédula, añadió—: Bueno, sí, pero cuando se hicieron las fotos no había nada entre nosotros.

—No me importa, tú y yo llevábamos separados mucho tiempo.

—Gracias por entrar en razón, no quería terminar odiándote.

—Ni yo. —Cora le tocó la mano con cariño. Tenía razón, merecían acabar con elegancia y tratar de mantener una relación cordial. Otra cosa sería su reacción si Jack y ella conseguían resolver sus diferencias o lo que hubiese entre ellos—. Tuvimos un año muy bueno. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Gracias por el empleo, intentaré hacerlo lo mejor posible.

—Más te vale.

Minutos más tarde, Gabriel cogió la trolley de Cora y salieron hacia el Mercedes todoterreno que el banco puso a su disposición cuando le quitaron la escayola. Guardando el equipaje en el maletero, vio aproximarse a Claire con Luc en el Bronco. Desconocía que ella salió de la casa para preservar una

integridad mental bajo mínimos, para seguir con la rutina y concederle tiempo a un cabreo que si no controlaba mostraría la peor versión de un carácter tan volátil como un gas tóxico. Gabriel la saludó con la mano, pero Claire giró la cabeza al fijarse en Cora sentada en el asiento del copiloto; una pésima señal.

Aparcó junto a la entrada del banco y permaneció quieta en la acera mientras ellos circularon por delante. Verlo con otra fue un revulsivo para la indignación que dominaba su mente; la misma que se cebó mandándole todas las imágenes que recordaba de los dos felices.

Cuando entró Claire en la sucursal con Luc, William los recibió con un entusiasmo incrementado por el jolgorio local ante el encuentro de hockey que podía posicionar al *St. John's Team* en los lugares más altos de la liga.

—¿Vais a ir al partido?

—Si nos regalas las entradas, sí —replicó Claire.

—Estáis de suerte, nos han dado unas cuantas.

—Con dos tenemos suficiente —comentó Luc.

—¿Qué os trae por aquí?

—Tengo que hablar con Jim. Estoy pensando en crear una sociedad independiente de la residencia.

—El señor Drake te podría asesorar mejor.

William y todos conocían la relación que mantenían. Pese a su discreción, en San Juan ella era conocida por ser la nieta de Charles Merritt y Gabriel por ser la novedad que no pasaba desapercibida.

—Está muy liado para estas pequeñeces, dile a Jim que me llame cuando pueda.

—Vale. Nos vemos luego, a las seis en la puerta principal.

Antes de la hora, Claire y Luc aparcaron en los alrededores del estadio donde iban a jugar contra los *Electric Blades*, unas fieras difíciles de batir. Los minutos que tardaron en encontrar un hueco habrían sido inauditos en cualquier otro encuentro, pero ese evento deportivo nadie quiso perderselo.

Sin éxito, Gabriel durante el transcurso del día la llamó varias veces. Luego, cuando se enteró por William de que iría al partido, le insistió a Robert para que lo acompañara.

Entraron tras un gol del SJT, con una muestra de euforia ensordecedora por parte del público, localizaron rápido a William sentado

con Jim, Luc y Claire, pero Gabriel andaba concentrado en una mirada verde despectiva que sugería el descubrimiento de su matrimonio, y se dispersó sin reparar en que Cybill estaba en la misma fila.

—Gabriel, qué sorpresa —dijo Cybill alegre, se levantó bloqueándole el paso y le dio dos besos en las mejillas. Al verlo sin Cordelia, creyó que la visita conyugal había finalizado—. No me has llamado.

—He estado muy liado —dijo seco. Robert le tocó el hombro sonriendo y se hicieron a un lado para que pudiera sentarse con sus compañeros. Gabriel, que notaba varios pares de ojos clavados en ellos, se molestó porque Cybill llamaba demasiado la atención con un vestido negro ceñido y los labios pintados de rojo sangre, incluida la de Claire, que los vigilaba disimuladamente. No pretendía aumentar un enfado innegable y cortó por lo sano—. Nos vemos, adiós.

Cybill volvió a besarlo en la mejilla y susurró en su oído:

—No te arrepentirás.

Con una sonrisa forzada, Gabriel se alejó y se sentó en el asiento que Robert había dejado libre entre el suyo y el de Claire.

—Hola a todos —dijo Gabriel, giró la cabeza para besar a Claire en la mejilla, pero lo esquivó con un gesto brusco y una mirada tormentosa. Sin ninguna escena, obvió ese genio y preguntó casual—. ¿Cómo vais?

—Perdiendo —respondió Claire, atenta al juego—. Como siempre.

—Queda mucho —comentó pensativo, inclinó el cuerpo hacia delante y apoyó los codos en las piernas.

—¿Quién era esa?

—Una chica que conocí en el hotel. Cenamos juntos una noche.

—Es muy guapa.

—Tú más.

—¿Y la del coche?

—Una compañera. La he llevado al aeropuerto.

—Parecíais amigos —dijo con cinismo.

—Nos conocemos desde hace mucho.

—Mentiroso —murmuró.

Con las mandíbulas a punto de estallar, Gabriel, consciente de un público cercano más atento a esa conversación que al partido, fijó la vista en un vendedor de refrescos y se volvió hacia Claire:

—¿Quieres tomar algo?

—No.

—Después hablamos.

Apenas se esforzó Claire en concentrar los ojos en la pista cuando su mente empezó a martirizarla con unas ideas frustrantes. «Si estaba casado y no era capaz de reconocerlo, ¿quién era ella en su vida?» Le había dicho bonitas palabras, siempre en el momento adecuado, pero no la verdad y no podía hacer nada porque tampoco había sido del todo sincera. Supuso que las mujeres no le pondrían ningún obstáculo y con ella todo serían problemas, más si cabe cuando supiera que aquel desastroso día fue la víctima, pero no quien más perdió.

Con los ánimos exaltados por la euforia del resultado, sus amigos trataron de arrastrarlos a una improvisada celebración sin entender las expresiones amargadas de sus rostros. Claire se despidió de Luc y no esperó a nadie para montarse en el coche. En cuanto llegó Gabriel corriendo, pisó el acelerador y lo dejó plantado en mitad del aparcamiento.

Pocos minutos después, la adelantó con el Mercedes y la esperó en la puerta de la casa, aguantando un humor de perros que intentó suavizar al verla otra vez.

—Tengo que decirte algo.

—No quiero hablar. —Introdujo la llave en la cerradura—. Estoy muy cansada.

—Me da igual —replicó obstinado, la sujetó de la mano y la guió a su sitio en el salón, el sillón que nunca le dejaba—. Vamos a hablar quieras o no —dijo rotundo. Gabriel se apartó y salió rápido para coger de la cocina una botella de vino tinto y dos copas limpias. De malos modos las sirvió al volver. Claire sujetó la suya, pero no bebió; a diferencia de él, que le dio un buen trago, se metió una mano en el bolsillo del pantalón y, mirándola de frente, dijo—: Cuando nos conocimos, te mentí, estaba casado —explicó observando la tristeza de unos ojos sin brillo. Claire se levantó dejando la copa en la mesa, pero Gabriel no quiso permitirle huir y la sujetó por la cintura sorteando unos manotazos agresivos para zafarse de sus brazos—. Escúchame, por favor, estaba.

Claire lo miró con rabia y levantó la mano con intención de abofetearlo, aunque no llegó a hacerlo gracias a los reflejos de Gabriel para agarrarle con fuerza la muñeca.

—¡Suéltame! —Volvió a moverse nerviosa—. ¡Ahora mismo!

Gabriel se limitó a contenerla.

—Escúchame primero.

Sin poder controlar el ritmo infernal de la respiración, Claire exclamó:

—¡Déjame!

—Vas a escucharme quieras o no.

Las palabras lentas de Gabriel sonaron a amenaza, sin gritos pero igual de atemorizantes. Tiró con brusquedad de su brazo y se sentó con ella en las piernas. Los ojos de Claire perdieron la visión, dejó de estar encima de Gabriel y jadeó buscando aire, necesitaba llenar los pulmones, no podía respirar. Volvió a sentir aquel peso encima del cuerpo, el sudor bañándola y un olor repulsivo que creía haber olvidado. Escuchó susurros cada vez más lejanos mientras un telón negro le tapaba la visión hasta dejarla inconsciente sobre el pecho de Gabriel, que se levantó de un brinco y la llevó corriendo a la cama donde la tumbó, desesperado por ser el responsable de esa reacción. Cogió del baño una toalla y, después de empaparla en agua fría, se la pasó por la cara.

—Cariño, por favor, despierta —rogó nervioso, dándole rápidos toquitos con la toalla. Claire movió la cabeza al sentir la incómoda humedad—. Cariño, ¿cómo estás?

—No sé qué me ha pasado.

—Te has desmayado, lo siento mucho —dijo lleno de amargura. Se tendió junto a ella y la abrazó con fuerza, percibiendo con claridad cómo tiritaba contra su cuerpo—. He firmado el divorcio esta mañana. La mujer del coche era Cora, mi exmujer, cuando llegué ya estábamos negociando el acuerdo.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque cada vez se me hacía más complicado. No quería que nos enfadásemos. Perdóname.

—He estado saliendo con un hombre casado...

—No.

—Sí, legalmente, sí.

—Me da igual. Ya no lo estoy y nunca me he sentido casado estando contigo. Solo estoy contigo ¿entiendes? No vuelvas a asustarme de esta manera.

—Me siento tonta. —A Claire le falló la voz, no el sostén firme de los brazos de Gabriel. Necesitaba creer en un futuro tranquilo, disfrutando de ese amor inesperado capaz de romper las cadenas que la habían atado a un árbol viejo, oscuro, que el tiempo no derribaba—. No sé qué pensar.

Viendo la lágrima solitaria que Claire no pudo reprimir, Gabriel tomó una decisión, creyendo que sería positivo para ella.

—Piensa en nosotros, por favor —dijo, secándole la cara con las manos—. No quiero agobiarte, me iré mañana.

—¿Adónde? —susurró.

—No lo sé, ya encontraré algo. Vamos a tomarnos las cosas con calma.

—Como quieras —admitió con docilidad.

Agotada por el cansancio, sintiendo unas ligeras caricias en la espalda que la tranquilizaron, Claire se durmió abrazada a Gabriel, que intentó protegerla de las pesadillas mientras contempló durante horas el techo. El remolino de pensamientos que machacó su cerebro consiguió provocarle un dolor de cabeza punzante. Hasta que no se levantó para tomarse una pastilla no pudo conciliar un sueño tan plácido como el de su novia.

DIEZ

*San Juan de Terranova, 17-4-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Gabriel se despertó al día siguiente tarde, sin compañía en la cama. Después de ducharse, sacó las prendas del armario, las colocó en la maleta y, al terminar, pasó un rato sentado en el sillón ensimismado en ese lugar acogedor y femenino, donde ya no se veía la nieve tras el ventanal, solo verde y los colores que traía la primavera. Se vistió con un traje oscuro, cogió el equipaje, que llevó al vestíbulo, y entró en la cocina. Echaría de menos las comidas de Ethel, los aromas que despertaban el placer de algunos de sus sentidos, pero, sobre todo, echaría de menos a las personas que lo acogieron, con quienes se sentía en familia. Con las manos en los bolsillos se apoyó en la mesa, observándola con una sonrisa.

Ethel, que sabía por su olor que estaba con ella, cogió una cuchara, la metió en la olla y, como solía hacer a veces, le dio a probar la sopa.

—Buenos días, ¿dónde está Claire? —dijo al verla acercarse con la cuchara de madera en una mano y la otra debajo como una barrera anti goteo. Abrió la boca y fue el primero en apreciar uno de los sabores que conseguía con maestría—. Perfecta.

Sonrió agradecida, se quitó las gafas y las limpió con la tela del delantal.

—Arriba con Elo, estaba esperándote para desayunar. ¿Dónde vas a comer ahora?

—En el banco.

—Vente aquí. Por lo que has pagado tienes comidas gratis durante años.

Gabriel esbozó una sonrisilla.

—Pensaríais que era imbécil.

—Más bien loco —dijo cariñosa, le tocó el brazo y añadió—, pero ha sido un placer tenerte aquí.

—Lo mismo digo, voy a echaros de menos.

Desde la puerta Claire los escuchó y entró de manera casual con el buen propósito de no hacer un drama de esa despedida.

—Buenos días.

Con Ethel delante, Claire no quiso saludar a Gabriel con otro beso de los muchos que soñó darle. Se dirigió a la cafetera, cogió una taza y se giró hacia él:

—¿Café?

—Sí, por favor —dijo muy quieto sin quitar los ojos de un cuerpo lleno de vida con unas curvas que necesitaba tocar. Vestía unos leggins negros, una camiseta blanca y unas chanclas, sencilla y preciosa. Al momento, le colocó una taza delante y se sentó con la suya—. Gracias.

Desayunaron en un silencio que interrumpió Eloise cuando entró con dos camisas colgadas en perchas.

—Esto es lo último que quedaba.

—No te preocupes, me las llevaré otro día.

—¿Quién va a hacerte la colada?

Claire lo miró fijamente alzando las cejas.

—No sé —respondió despreocupado—. ¿Quieres seguir haciéndola tú? Un pajarito me ha dicho que debería tener la comida gratis, también se podría incluir la lavandería.

—¿Un pajarito? —preguntó Claire alternando una mirada burlona entre él y Ethel, que mantenía un gesto sorprendido mientras sonreía a su hermana—. Más bien será un búho curioso y metomentodo ¿verdad?

—No. —Gabriel sonrió con ironía—. Es alguien muy sensato a quien no le gustan los abusos.

—No sé de qué hablas —replicó torciendo los labios—. ¿Abusos?

—Sí —afirmó Gabriel, percibiendo el apoyo de las Friars, que no perdían compás del rifirrafe—. Y además con premeditación. ¿No vas a invitarme a la comida y a la lavandería?

—No, si te independizas tienes que hacerte cargo de tus cosas. ¿No te lo enseñó tu madre?

—Sí, claro, igual que me dijo que no me fiara nunca de una cara bonita.

—Gracias, pero no vas a convencerme. Si quieres comer y tener la ropa limpia, tendrás que pagar. Lo siento, son las normas de la casa.

—También podrías quedarte —añadió Eloise.

—No, prefiero el apartamento.

Claire endureció el rostro y no volvió a alzar los ojos hasta terminar, sin entender esa cabezonería por vivir solo; se sintió rechazada, aún sabiendo que era una decisión tomada antes de llegar y pospuesta por ella.

—Voy a ponerme el abrigo —dijo incómoda, levantándose—, y te acompaño.

Tras unos minutos, Gabriel guardó el equipaje en el maletero del coche y salieron hacia el centro del pueblo.

—Algún fin de semana podrías llevarme a hacer turismo, me han dicho que la zona de la Bahía Norte es muy bonita.

—En verano. Ahora es mejor no aventurarse mucho.

Gabriel la escuchó, pero no prestó atención concentrado en su próxima pregunta:

—El viernes tengo una reunión en Nueva York. Aprovecharé para ver a mi familia, estaré fuera una semana. ¿Quieres venirte conmigo?

—No.

Sonó dura; no volvería allí, era su límite infranqueable.

—Piénsatelo.

—De acuerdo.

No iba a empezar una discusión ni a entrar en aclaraciones dolorosas, su objetivo era olvidar y ahora que estaba haciéndolo no podía retroceder yendo al lugar testigo mudo de una vejación, humillación, violencia, agresión y..., su recuerdo seguía anulando la peor parte, pero pronto debería afrontar con Gabriel una explicación que no estaba preparada para dar. El día se vislumbraba largo y todavía quedaban muchas horas para que terminase; demasiado tiempo para la tristeza.

A pocos metros de la entrada del Scotia, Gabriel aparcó el todoterreno. Claire cogió las camisetas y él acarreó el resto del equipaje. Se detuvo en la puerta del edificio Gainst, uno de los últimos que habían construido. Era moderno; tenía una sobria fachada de ladrillo, plagada de ventanas alineadas en varias plantas de apartamentos; y un bajo comercial, con un corredor entre una hilera de pilares circulares de hormigón, donde, pese a aportar colorida alegría, desentonaban unas macetas llenas de flores rojas colgadas a no mucha altura del suelo.

Subieron a la cuarta planta y atravesaron un corredor similar al de cualquier hotel. En cuanto Gabriel encontró la llave, abrió y le cedió el paso a Claire, que recorrió con ojos curiosos un salón amplio con cuatro ventanas, un rincón con dos sofás, una chimenea eléctrica, una barra americana y una cocina moderna equipada con lo básico; funcional.

—¿Qué te parece? —preguntó Gabriel.

—Está bien. Lo has encontrado muy pronto.

—Tenía enchufe —admitió sin decirle que era uno de los inmuebles embargados por el banco—. Ven, te enseñaré el resto. —Gabriel la cogió de la mano y tiró de ella hacia un pequeño pasillo separado del salón por una puerta corredera. Vieron el baño, que también cumplía su expectativa, y entraron en el dormitorio. Tenía casi el mismo tamaño del salón, con un vestidor, otro baño completo y un mobiliario escaso; solo una cama grande y un escritorio con una silla giratoria; sin mesitas de noche, alfombras, cuadros ni cualquier otra cosa que le diera calidez—. ¿Te gusta?

—No mucho, no tiene nada especial —dijo con un mohín de desaprobación—. Estoy acostumbrada al mío.

Sonriendo feliz, Gabriel le acarició la mejilla.

—Es muy especial —susurró cerca de sus labios—: Estás en él conmigo.

La besó despacio, intentando frenar un impulso cavernícola. Claire se apretó a su cuerpo, igual que las otras veces buscaba su protección y también fundirse en ese sabor maravilloso que le había robado el sueño. Leves tanteos, pequeñas caricias y un gemido suave que desató a Gabriel. Inició un ataque despiadado con la lengua que la dejó sin respiración. Trató de apartarse, pero Gabriel no resistió dejarla. La agarró con seguridad por las nalgas moviendo las caderas para frotarse contra ella, olvidando la calma que se prometió a sí mismo.

—Para, por favor.

—No puedo.

Volvió a besarla enloquecido, buscando en cada rincón de una boca que adoraba, sin saciarse, cada vez necesitaba tocarla con más presión. Acarició un seno y Claire ya no pudo soportar ese arrebatado apasionado; empezó a asustarse notando que no controlaba la fuerza de sus poderosos brazos; la mantenían presa sin darle la oportunidad de escapar; parecía una marioneta movida por tanto deseo que le dolían los pechos mientras se le clavaba en el estómago la punzante erección con ganas de guerra.

—Por favor, Gabriel.

Esa súplica devolvió la cordura a Gabriel. Con las pupilas dilatadas, sujetó su cara entre las manos. De inmediato se arrepintió al verle los ojos convertidos en lagos verdes desbordados por el pánico. Ese que se había propuesto evitar después de un incidente que aturdió sus pensamientos y le remordió la conciencia.

—Lo siento, no quería asustarte —dijo jadeando. Pegó la frente a la

suya y relajó la respiración con el latido ensordecedor de su corazón igualando en velocidad al de Claire. Preocupado por el silencio, rogó susurrando—. Háblame. —Con suavidad se separó, mirándola con tristeza, sujetó unos brazos temblorosos—. No voy a hacerte daño, por favor, mírame. —Dos pares de ojos coincidieron, reflejando un dolor que no sabían disimular. A partir de ese momento Gabriel fue todo ternura, ya había visto suficiente—. No es una justificación, pero me he dejado llevar, no quería asustarte. No quiero que estés asustada de mí, no puedo soportarlo. No quieres contármelo y no quiero saberlo, con imaginármelo tengo bastante. — Claire abrió más los ojos y fue a hablar, pero le colocó un dedo en los labios—. No me lo niegues, Claire, sé que te violaron.

En ese preciso instante, Claire bajó la cabeza y apretó los ojos con fuerza, sin poder articular ninguna palabra. Volvió a quedarse petrificada como aquel día que un chico se acercó a ella en Central Park cuando regresaba a su casa tras salir de la escuela de arte a la que asistía con ilusión, tras convencer a su madre de que era capaz de vivir sola. Confió en una apariencia agradable y en unos buenos modales hasta que perdió el control.

Unos brazos seguros le rodearon la cintura. Se dejó caer contra un pecho cálido que la arropó con un suave murmullo cariñoso mientras lloraba atormentada.

—Lo siento, yo...

—He sido yo, no tú —dijo bajito, la besó en la frente y le cogió la mano—. No te disculpes por algo que no has provocado.

Luego, más tranquila, Claire le ayudó a hacer una lista con algunos artículos que necesitaba comprar. No volvieron a hacer referencias al pasado, recobraron la complicidad y, unos minutos después, se despidieron en la puerta del banco con un casto beso en la mejilla.

—Que pases un buen día.

—Tú también. —Sin ganas de trabajar y deprimido ante el panorama que le esperaba a base de bocadillos y carreras a la tintorería, preguntó con una ligera sonrisa—. ¿Por cuánto me saldría la comida y la colada?

—¿Me lo preguntas en serio?

—Por supuesto; aunque espero que seas más competitiva.

—Déjame que piense. ¿Incluidas las cenas?

—Sí, menú completo.

Disimulando una sonrisa, Claire frunció los labios moviéndolos con burla.

—¿Doscientos?

—¿Al mes o a la semana?

—¿Estás loco? Al día.

—Estás pirada —dijo sonriendo—. Hasta luego.

Gabriel entró en el banco negando con la cabeza sin dejar de sonreír. Durante unos segundos, Claire se quedó en la puerta inundada por un arcoíris de felicidad contemplándolo andar con decisión., sacó el móvil del bolso y le mandó un mensaje: «*Te invito a cenar y negociamos*», la respuesta, al minuto: «*A las 5, llevo el vino*»

Tras una semana sin verse, cuando Gabriel regresó de Nueva York retomaron el viejo hábito de pasar largas horas charlando en el salón sin echar de menos estar rodeados por nadie más. Sin embargo, ese primer sábado de mayo quisieron aprovechar una cálida noche y, como cualquier pareja joven, fueron al Club V; el que, según Jack, debió conocer Gabriel el primer día y era de las pocas alternativas en San Juan. Para la salida él eligió un elegante traje oscuro, una camisa beige y una corbata celeste rayada, y ella un vestido verde vaporoso que combinó con una fina rebeca de hilo y unos tacones negros. Esa vez no se privó Gabriel de piroppearla a conciencia; siendo sincero ante una mujer hermosa que —agradecida por sus palabras— le dio la mano y un beso breve en los labios tan cariñoso como conmovedor.

El local estaba cerca de la zona portuaria y ocupaba entero un edificio antiguo de ladrillo oscuro, con el acceso protegido por un cordón de seguridad, que un amable portero abrió para dejarlos subir a la primera planta por una empinada escalera. Los peldaños eran de cemento, iluminados con luces azules de neón. Al llegar arriba, a Claire la engulló la música electrónica. Impresionada por el tamaño de la sala y un ambiente divertido, dejó a Gabriel para perderse en la pista de baile.

Apoyado en la barra, se tomaba un whisky con hielo sin quitarle los ojos de encima, disfrutando al verla feliz y encantado de que por fin lo pasara bien saliendo con él fuera de las cuatro paredes que siempre los protegían. Tras varias canciones, volvió risueña, con las mejillas sonrosadas y una vitalidad contagiosa. Gabriel quería tocarla y la cogió por la cintura.

—¿Qué quieres tomar?

Claire le rodeó el cuello con los brazos, despacio acarició su nuca y habló muy cerca de sus labios:

—A ti.

Satisfecho, emocionado y bastante excitado, Gabriel cedió de inmediato, se inclinó hacia delante y la besó en la boca.

—Cuando me digas, nos vamos.

Sonrió con picardía y apuró la copa. Claire se puso de puntillas y añadió en su oído:

—Ya, tenemos una noche muy larga por delante.

En cuanto llegaron al Boreal, donde Gabriel dormía a diario, entraron bromeando en el salón. Claire encendió una lámpara de pie y se sentó en el sofá con las piernas cruzadas para quitarse los zapatos. Ni vio la mirada metálica de Gabriel clavada en sus muslos, visibles por las sugerentes aberturas laterales de la falda, ni supo que el vestido lo traía de cabeza desde hacía un buen rato; aunque tenía intención de alargar la velada antes de desnudarla. Cuando se deshizo el nudo de la corbata, sirvió dos copas de vino y de propina puso a Edith Piaf a un volumen agradable.

—Me gusta esta casa —dijo después de sentarse a su lado.

—Y a mí. —Claire contempló el salón con un rastro de nostalgia en los ojos—. Pero es demasiado grande, por eso mi madre quiso hacerla residencia.

—Este es nuestro sitio.

—Sí. —Claire se volvió y le besó los labios—. Aquí me enamoré de ti.

—Vamos a bailar —dijo contento. No añadió que probablemente el primer día que la vio en el banco sintió un flechazo instantáneo—. Nunca lo hemos hecho.

Gabriel tiró de ella y bailaron abrazados *La vie en rose*, aumentando la intimidad de un momento romántico en su lugar favorito, donde se descubrieron poco a poco.

—Bailas muy bien —comentó Claire, moviéndose con una elegancia que desconocía poseer gracias al ritmo de su flamante banquero—. Eres casi Baryshnikov.

—Ya quisiera él. —Gabriel sonrió arrogante—. Menos rollo, solo siento la música.

—Me gusta bailar contigo.

Con confianza, Claire besó y recorrió una boca hambrienta. Explotó en esa humedad cuando Gabriel apretó sus nalgas, rozándola con la erección que le abultaba la entrepierna. Luego, la cogió de la mano y en pocas

zancadas entraron en el dormitorio donde rayó la desesperación. Intentó no ser brusco, pero, al apresarla entre la pared y su cuerpo, Claire se sobresaltó. Siguió amasándole los pechos con fuerza y asediándole la boca sin contemplaciones ajeno a la tensión de Claire, que enfocó los ojos en los suyos para solo verlo a él, sin querer admitir otro cataclismo por una postura demasiado agresiva con unas connotaciones que atraían unos recuerdos muy desagradables.

No calibró la velocidad de sus movimientos; Gabriel no pensó en nada cuando metió una mano bajo el vestido y empezó a tirarle de las bragas. En cuanto Claire notó esos dedos buscando su sexo, se quedó paralizada y retrocedió en el tiempo; ya no tenía salvación. Se vio andando por la tarde en Central Park, había oscurecido e iba rápido para coger el metro cuando aquel chico le preguntó dónde estaba la estación de Army Square. Se detuvo con cortesía, le explicó cómo llegar pero, de repente, le tapó la boca y la arrastró hasta una zona frondosa. Se vio inmovilizada entre un tronco enorme y un cuerpo alto, violento, que no admitió la negativa histérica que brotaba de su boca. Ahí empezó todo, de pie, aplastada contra aquel viejo árbol que le ensombreció la vida.

Rígida en los brazos de Gabriel, se negó a besarlo, hasta que él percibió el rechazo y se apartó.

—Cuando te quedas así, me pone tan furioso que lo mataría —dijo atento a la tristeza de sus ojos; fue otra dolorosa patada en los testículos—. Me tienes miedo.

—Lo siento.

La llevó a la cama y dejó que se desnudara sola mientras entró frustrado en el baño, abrió el grifo del lavabo y se mojó la cara tratando de calmarse. Se quitó la ropa con brusquedad, sintiéndose responsable al no ser capaz de controlar su instinto. Salió con unos bóxers negros, se sentó en el borde de la cama y, observándola vestida con un camisón, se tumbó junto a ella, de lado. Con una mano le acarició la cadera y ascendió hasta detenerse en la curva de un pecho pálido y suave.

—Sabes que nunca te haría daño.

Le dio un beso en el hombro tan ligero como el susurro de su voz.

—Estudiaba Fotografía en Nueva York —dijo con una sonrisa triste—. Mi madre no quería que fuera, pero era mi sueño y la convencí. Faltaban unos meses para que cumpliera diecinueve años —murmuró Claire, cogió aire y continuó con los ojos cerrados—. Me acorraló contra un árbol y me

violó, muchas veces. Creo que a ratos perdí el conocimiento, solo recuerdo el miedo y la sangre. —Claire levantó despacio los párpados y lo miró atormentada—. Me hizo desgarrar en los genitales. Necesité dos meses para curarme físicamente, años para volver a dormir con la luz apagada y hasta que te he conocido no he sido capaz de volver a estar con un hombre. Sé que para ti debe ser difícil soportarme, pero no doy más de sí —admitió resignada, suspiró y, emocionada, susurró—: Creo que nos estaba yendo bien.

—Nos va muy bien —dijo rotundo—. ¿Quieres hablar?

—He pasado tantas horas pensando por qué me pasó a mí, que ya me quedan pocas palabras. No quise vivir —dijo muy bajito, mirándolo ausente—. Me deprimí mucho. Tenía ansiedad si salía a la calle. Mi madre me empujó y conseguí acostumbrarme a hacer las cosas de manera casi mecánica.

Ver otra vez esas lagunas verdes anegadas por el sufrimiento de viejos recuerdos imperecederos, cuando felices brillaban con magia, consiguió que Gabriel expusiera las cartas boca arriba; no le ocultaría más tiempo su verdad.

—Escúchame, estoy aquí contigo, porque quiero, porque te amo. — Le acarició la cara y se emocionó con ella—. No puedo cambiarlo; solo amarte. Eres la mujer más encantadora que he conocido y es un placer estar a tu lado. Nunca pienses que me molestas o creas que necesito más; tú eres a quien necesito y juntos haremos que esto funcione.

—Te quiero. Eres lo mejor que tengo.

Las lentas y delicadas manos de Gabriel empezaron a agitarla desde el interior. La habitación necesitaba calentarse, Claire temblaba, pero poco a poco se fundió en unas llamas de movimientos sensuales entre eróticos y serenos. No había prisa, esa noche Gabriel tenía todo el tiempo del mundo para amarla, conocía todos los rincones de su cuerpo, y sabía tocarla para excitarla hasta provocarle desearlo tanto como él la necesitaba a ella. Quería verla feliz, con la sonrisa radiante que le gustaba y alegraba su vida. Habló y bromeó, le contó tonterías para hacerla reír, cosquillas que la retorcieron en sus brazos; cualquier cosa por esa mujer; todo lo que quisiera se lo daría, incluido manejar su cuerpo como se le antojara.

—¿Quieres ponerte encima?

Tenían enredadas las piernas y con un giro rápido la cogió por la cintura para subirla encima de él. Claire echó la espalda hacia atrás cuando

Gabriel se incorporó y le lamió los pezones.

—Tu sabor es lo mejor que he probado nunca.

—Si Ethel te escuchara, no sé qué pensaría.

—Que tengo un paladar exquisito.

Claire le empujó hasta que pegó la espalda al colchón, recorrió con las manos sus hombros, el pecho, los firmes músculos del estómago y se detuvo en el vello de los genitales.

—Cariño, móntame —jadeó Gabriel inmóvil cuando le acarició el pene.

Con un brillo lascivo en los ojos, Claire sonrió y se dejó caer lentamente sobre una columna sólida que resbaló en su interior acompañada por unos lamentos placenteros. Cuando cogió su ritmo, Gabriel pensó que no podía ser solo algo físico; aquella sensación era sublime. En unos minutos llenaron el dormitorio de gemidos roncós o escandalosos por momentos, hasta que un estallido del color más vibrante que ninguno había sentido jamás lo superó todo; ni siquiera las auroras tenían esa intensidad. En esa cama resurgieron con la fuerza de la esperanzadora primavera, flotaron como estrellas detenidas en el tiempo, alejando el frío invierno de sus corazones para abrazar el futuro sin recuerdos horribles ni lastres pesados; solo ellos, un amor inmenso y un mutuo respeto.

ONCE

*San Juan de Terranova, 10-5-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Poco después de detener el coche en su edificio y subir al apartamento para recoger la ropa del día siguiente, Gabriel regresó apurando el paso con una trolley que colocó en el maletero.

—Creo que deberías volver —dijo Claire paciente—. Esto es absurdo.

—La culpa la tienes tú.

Arrancó el coche y miró por el retrovisor antes de incorporarse al escaso tráfico.

—No seas ridículo. Llevas dos días sin querer venir a comer y sé que mandas a tu secretaria a la tintorería.

—No he ido porque no he tenido tiempo, y no es cierto que mi secretaria vaya a ningún sitio para mí, dile a William que te informe mejor.

—Me lo ha dicho Robert, es más fiable ¿verdad?

—Solo le he pedido el favor un par de veces, siempre voy yo.

—Porque quieres, lo sabes.

—No, no lo sé. ¿Qué me ofreces?

—Tienes la cena a diario por tu cara bonita, no creo que por ampliarte los beneficios vaya a arruinarme; debo tener en cuenta que tienes hecho un pago adelantado por varios meses.

—Más bien, años —matizó irónico—. Estoy barajando la idea de que le des clases a Jim, contigo en el banco nos iría mejor.

—Eres el único con quien me ha funcionado.

—Gracias, es un honor ser el único imbécil que has conocido.

—Por algo se empieza, señor Drake, no protestes.

—No lo hago, ya te he dicho que es un honor.

Por la noche, con mucha voluntad, Gabriel ayudó en las pequeñas tareas que le encomendó en calidad de pinche forzoso. Cortó con precisión dados de patata, aros de cebolla, con los ojos entrecerrados, y ajos, en un tiempo récord de una hora. Al borde de la desesperación, Claire retiró varias veces el pollo de la cocina. El banquero no se dejó azuzar y le sirvió una copa de vino mientras estaba sentada observándolo.

—¿En serio crees que esto funcionaría cómo restaurante?

—Conmigo como chef, no, pero es cuestión de hacer números.

—¿Quieres ayudarme a hacerlos? Jim me ha explicado cómo crear otra sociedad.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Gabriel apretó el ceño.

—Porque sé que estás liado con cosas más urgentes.

—No me importa. Si quieres hacemos un estudio de mercado.

—No sé si es lo que quiero. No me gustaría ver mi casa llena de extraños diferentes todos los días, pero necesito una fuente de ingresos durante cuatro o cinco meses si no quiero cortar los contratos.

—Deja que piense algo. A mí tampoco me gustaría verla llena de gente, te lo he dicho ya.

—¿Estudiantes de intercambio?

—¿Estás loca? En dos días tendrías la casa hecha una pocilga, y no creo que haya mucho intercambio por aquí. Prefiero comprártela.

—¿Tú? ¿Y donde viviría yo? No está en venta.

—Aquí, conmigo.

—¿Estás bromeando?

Claire no quería hacerse ilusiones, era tarde, pero acababa de oír en palabras su mayor deseo.

—No. Me gusta esto, me impresionó desde el primer día la casa. — Gabriel sonrió y añadió confidencial—. Ya estaba enamorado de ti y ahora tengo muy claro que no podré irme.

—¿Hablas en serio? —Claire se levantó mirándolo emocionada. Cumplía con los sueños de cualquier mujer. Ese hombre alto, que la sostenía y amaba, atractivo, sin problemas, acababa de confesarle que se había enamorado antes de conocerla, mientras ella llevaba esperándolo toda su vida. La sorprendía con ternura, otras veces con caricias y siempre con palabras que la llenaban de esperanza. Se abrazó a él y apoyó la cabeza en un pecho donde latía un corazón sereno que daba estabilidad al suyo—. ¿No te irás cuando termines?

—No —respondió, acariciando su cabello—. Te quiero y necesito estar a tu lado más de lo que imaginas. ¿Quieres vivir conmigo?

Dos días después, Gabriel Drake volvió a tomar posesión de la casa. Esa vez ya no fue el amo y señor de la planta baja; asumía el cargo de

propietario honorífico consorte y empezó a interesarse por las cuentas del negocio. Le pidió a Claire todas las facturas mensuales, relaciones de gastos indirectos, balances anuales, cualquier entrada y salida de dinero; pretendía tomar el control financiero, sin comprender que ella funcionaba de una manera más prosaica.

Guardaba Claire la compra en la cocina cuando llegó el banquero inquisidor en busca de más datos. Entró en la despensa armándose de paciencia, se apoyó en la puerta con las manos en los bolsillos y los ojos entrecerrados.

—No encuentro las facturas de la luz ni del gas, ¿dónde las tienes?

—Ahora las busco.

—Dime donde están y las cojo.

—¿No puedes esperar cinco minutos?

—No. Llevo toda la mañana perdida y estoy cansado de tener que preguntártelo todo. Dame los papeles y te dejo en paz.

—Si supiera donde están, ya te los habría dado. Eres un poco pesadito con los gastos, y yo no llevo el control como tú, esto es una casa, no una multinacional.

—Es un negocio y tienes que saber con exactitud cómo, cuándo y en qué gastas el dinero.

—Lo sé —replicó con cinismo.

—No estoy muy seguro. No tienes ni idea de cuánto te cuesta esto al mes.

—Gracias por tu opinión, me es muy útil.

—Es la verdad. Estoy intentando ayudarte, pero en vez de agradecérmelo, estás enfadada como si yo fuera tu enemigo.

—Es que me cuesta encontrar algunas cosas que me pides, muchas las llevaba mi madre y todavía no he tenido oportunidad de ponerme al día.

—Tu madre falleció en enero, llevaba tiempo enferma, y estamos en mayo; no sé a qué estabas esperando.

—¿Lo haces adrede? Porque me están cabreando bastante.

—Me da igual. Búscame los papeles y te dejo tranquila.

—Búscalos tú, así te entretienes.

—Muy amable, pero debería estar guardando mis cosas, y no poniendo al día tus cuentas.

—Haz lo que quieras.

—¿Dónde están?

—Cariño, vamos..., no es tan importante.

Gabriel se acercó, le quitó de las manos unos paquetes de harina y sujetó su cara. Con una sonrisilla, inclinó la cabeza hacia abajo y la besó en los labios; un roce rápido y una obstinación:

—¿Dónde crees que están?

Resopló cansada, negó despacio, pero lo cogió de la mano y lo llevó al pequeño despacho dos puertas más allá de la entrada de la cocina, la otra habitación era una biblioteca sin apenas uso. Claire sacó una llave y abrió con un gesto de agobio.

—Lo que busques debe estar por ahí.

Los ojos como platos de Gabriel no salían de su asombro.

—No me extraña que tengas urticaria al pensar en las facturas —comentó, echando un vistazo al caos encima de una mesa antigua, donde varias cajas de cartón rebosaban papeles desordenados, apiladas cerca de una estantería llena de libros y carpetas—. ¿Alguna vez ha estado bien organizado?

Encogió despreocupada los hombros.

—Suelo colocar las facturas fijas en aquella caja.

Fue una visión turbadora para Gabriel, arrugó el rostro entero, mientras, Claire apretó los labios disimulando su diversión.

—Deja de leer *La conjura de los necios*, por favor —comentó negando con la cabeza—. Ignatius lo tendría mejor organizado que tú.

Claire rió y lo miró muy contenta.

—Él habría terminado rápido, quizá pruebe su método en Levy Pants, me gusta, para lo que sirven...

—Es un punto de vista reaccionario.

—Más bien práctico.

—Mejor, anárquico.

—Es una manera de ahorrar costes —añadió burlona.

—Con alguien así colapsaría el mundo en dos días.

—Pero nos lo pasaríamos bomba.

Mirándola irónico, Gabriel le rodeó la cintura con los brazos y la besó despacio, para comprobar con qué facilidad mejoraba su humor con ese sabor que le privaba.

—Te prefiero a ti —susurró al apartarse.

—Hasta dentro de dos horas vas a tener que conformarte con buscar facturas, luego podemos ir al centro comercial; quiero comprarme ropa.

Después de otro beso, Claire lo dejó realizando una tarea que evitaba como la peste y con él había encontrado al aliado perfecto. Era un gran alivio saber que alguien sensato y equilibrado se encargaría de sus finanzas. La gran pregunta de todos los meses, por fin, encontraría respuesta tras decenas de intentos infructuosos para conseguir una cifra exacta; por mucho que intentaba calcularla con Ethel, siempre se le escapaba algo.

El Avalon Mall era el centro comercial de San Juan, lugar indicado para renovar el vestuario, encontrar muebles o curiosear sin más pretensión. De la mano pasearon viendo escaparates, pese al poco interés de Gabriel por las tiendas de ropa masculina; no parecían seducirle lo más mínimo. Paciente, esperó leyendo los carteles que decoraban las paredes de un establecimiento mientras Claire se probaba varios vestidos. Atrajo en especial su atención uno con la fotografía de una mujer embarazada de muchos meses, tenía un brazo tapándose los pechos y el otro colocado bajo el vientre.

—¿Qué haces? —preguntó Claire cuando salió del probador, lo miró sonriendo y se adelantó a la caja.

—Nada, pensaba en la publicidad subliminal.

—¿Qué?

Frunció el ceño, mirándolo sin comprender.

—Tonterías mías.

—Estás muy mal —dijo risueña. Colocó las prendas en el mostrador, sacó del bolso la cartera y, después de entregar una de sus tarjetas, volvió a centrarse en él—. Los números te están perjudicando.

—No sabes de qué manera.

—Tampoco quiero.

—No hace falta que lo jures.

—¿Por qué no te compras algo? Ayuda a relajarse.

Aguardando a que la cajera terminara la operación, Gabriel sujetó por detrás las caderas de Claire. Al sentirlo, se recostó contra su pecho.

—Me relajo más contigo —murmuró Gabriel, acariciando su cuello con la nariz—. Mucho más.

Ella se giró para darle un besito en los labios.

—¿Claire?

Escuchó la voz de la doctora Stamps, ese timbre suave que tantas horas la había reconfortado, y se asomó salvando el cuerpo de Gabriel para volver a ver a su psiquiatra. Era una señora que rondaba los cincuenta años,

desprendía serenidad con un rostro armonioso, una sonrisa amable y unos ojos claros nada fríos.

—Poli, hola —saludó dándole dos besos en las mejillas—. ¿Cómo estás?

—Estupendamente —respondió sonriendo. Poline Stamps apreció el cambio de Claire, y no era la ropa colorida o una imagen más cuidada; fue por la alegría de una actitud y por la compañía, que no se apartó en ningún momento ni observó que ella rehuyera—. Te veo muy bien.

—Gracias. Poli, te presento a Gabriel, es...

—Su novio. —Con una sonrisa cortés, estrechó la mano de la mujer bajita, rubia, que vestía de manera informal un peto vaquero y una camiseta blanca—. Encantado de conocerla.

—Un placer, Gabriel —dijo asintiendo con la cabeza. La duda de Claire quedó anulada para ella viendo la reacción segura y rápida del hombre. Algo le dijo que era el responsable de ese brillo que irradiaba—. ¿De dónde eres?

Aunque Gabriel vestía ropa sport, su apariencia y acento indicaban que no era de la zona, también porque se conocían todos, los foráneos no pasaban inadvertidos y él, “por su trabajo”, fue la comidilla desde que llegó.

—De Quebec.

—Siento la curiosidad, es deformación profesional. —Poli miró a Claire y tocó su brazo con cariño—. No quiero interrumpiros más, me he alegrado mucho de verte.

—Y yo también.

Poli aprovechó que Gabriel no la miraba, guiñó un ojo a Claire con complicidad y gesticuló un *guau* divertido antes de marcharse.

—Le has gustado —dijo Claire, dándole la mano—. Gracias.

—¿Por qué?

Gabriel cogió las bolsas y salieron de la tienda.

—Por ser mi novio.

La besó cariñoso en la mejilla y, poco después, sin un estímulo consumista que lo incitara, Claire se apiadó y regresaron a su casa; la que tenían infravalorada y aun así conseguía impactarles. Apareció majestuosa en la esquina, frente a la catedral, otra belleza que rezumaba carácter. Gabriel aparcó y sacaron las compras del maletero. Subió la escalera de piedra detrás de Claire, se detuvo e inclinó la cabeza hacia arriba, admirando la rosa de los vientos que, incluso de noche, con aquel brillo dorado, marcaba el camino

como la estrella del Norte; invariable, sin equivocarse nunca orientaba los destinos; ese que él encontró en Terranova; el remoto lugar que le había cambiado la vida.

Tras una semana, Claire se adaptaba a la presencia masculina de Gabriel compartiendo dormitorio, pero no podía reprimir curiosear en unos objetos de aseo que abarrotaban el baño sin dejar de sorprenderla. Siempre descubría algo asombroso en Internet y, entre colonias, lociones, cremas o cualquier nuevo antojo, cada vez veía sus cosas más arrinconadas siendo una habitación muy amplia. Cuando terminó de ducharse, se vistió con unos pantalones blancos de algodón muy anchos y una camiseta roja. Camino de la cocina para preparar la cena, lo vio trabajando en el salón con el portátil apoyado en las piernas y una lata de cerveza en el reposabrazos del sofá.

—Cariño, como sigas así vas a invadir la primera planta.

Parpadeó varias veces y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo? —preguntó, advirtiendo que no llevaba sujetador, concentrado en unos pezones marcados que le hicieron la boca agua—. ¿De qué hablas?

—No te hagas el tonto —replicó irónica, de pie frente a él—. Tienes más cremas que yo.

—Me gusta probar —comentó tranquilo, insinuando una sonrisa—. Puedes usarlas cuando quieras.

—Tengo las mías, gracias —dijo Claire suficiente—. Pero, si no te importa, vamos a definir los límites.

—¿Una frontera en el baño?

—Llámalo mejor espacios personales.

Gabriel sonrió con burla y dejó el portátil a un lado. En un instante tuvo a Claire en su regazo, dándole pequeños besos en el cuello.

—¿Te molestan mis cosas?

—No, me gusta verlas. Me gusta que estés aquí.

—¿De verdad? —Gabriel le sujetó la barbilla y no la soltó, unió sus labios a los de ella en un beso lento y romántico. Acarició a través de la tela la delicada redondez de unos pechos que lo dejaban sin neuronas y sentía perfectos bajo sus manos—. Te necesito. ¿Confías en mí?

Con una sonrisa, Claire movió la cabeza afirmando. Gabriel se levantó, se quitó la camiseta y la dejó admirada con unos abdominales sólidos esculpidos con firmes músculos y unos brazos potentes que la sostenían

cuando la amaba o también la arropaban con sus temores. Le empujó los hombros y la tumbó boca arriba. Luego tiró de la camiseta por los lados y fue subiéndola con lentitud, haciendo que su piel se estremeciera bajo esas manos grandes y cálidas, hasta quitársela por la cabeza.

Consciente de que el sexo con Claire debía ser más pausado de lo que a veces preferiría, le abrió las piernas y se sentó sobre las rodillas. Echó el torso hacia delante y recorrió con las manos los pechos, muy despacio, observándola sonriendo cuando le pellizcó los pezones.

—¿Más?

Nunca avanzaba sin su consentimiento, aunque conocía su cuerpo y las reacciones que le provocaba. Claire sabía que era un hombre autoritario, acostumbrado a ordenar, pero con ella era generoso; igual que le concedía llevar las riendas en el sexo, dándole más confianza para tomarlo sin timidez ni vergüenza, la protegía entre cálidos abrazos y consoladoras palabras cuando necesitaba ternura.

Deslizó las manos por los costados, unas caricias ligeras y excitantes mientras sus ojos vagaban fotografiando con todo detalle un cuerpo femenino sedoso que se amoldaba al suyo formando una pieza perfecta. Se inclinó y le lamió los pechos. Bajó dejando una humedad eléctrica por el estómago y se detuvo en el ombligo, concentrado en movimientos sutiles, atacando y retirando sus armas con puntería. Tenía magia en esa boca, era su truco infalible para hacerla desearlo más que a nada en el mundo.

Gabriel levantó la vista, volvió a pedirle permiso y, al verla con los ojos dilatados por él, metió las manos bajo el elástico de los pantalones, los bajó y le dio dulces besos hasta llegar a su sexo. Una lengua que solo regalaba placer la lamió trazando círculos, adentrándose en un clítoris ansioso, devorándolo y penetrándolo; saboreó con la razón perdida, dándole un orgasmo lleno de gemidos carnales, latidos descontrolados y un grito gutural cuando explotó en mil pedazos.

—Me encanta verte así, es un placer —dijo atrayéndola por la cintura. Claire tenía el cuerpo tenso con los pechos a escasos centímetros de sus labios. En el acto lamió un pezón, jugó excitado, pero sin buscarla para liberarse. Las manos de Claire desabrocharon con torpeza su cinturón, consiguió bajarle los pantalones un poco; no suficiente—. Vamos a la cama.

—Estoy bien aquí, ¿tú no?

La miró con deseo, con un brillo claramente lascivo en los ojos, se levantó y terminó de desnudarse. Demasiado cerca de una boca que deseaba;

aunque no podía con él. O eso creía. Claire tenía los ojos fijos en un glande lloroso y por instinto acercó la cabeza. Inmóvil, tan tenso que se podía rebotar en su cuerpo, cerró los ojos y tragó despacio al sentir un tímido beso. Luego, Claire alzó la cara y le mostró una sonrisa inocente que le partió el corazón. No fue la mirada de una mujer de casi treinta años, vio a una adolescente que nunca había experimentado porque alguien le quitó las ganas sin haber empezado a vivir.

Claire percibió el dolor y su inseguridad se disparó.

—No lo he hecho nunca —susurró despacio.

Gabriel se arrodilló delante y la abrazó intentando fundirse para compartir su tragedia.

—No quiero que hagas nada que no te apetezca.

—No lo hago.

Se miraron, y vio al único hombre capaz de sostenerla y también de caer con ella; Gabriel la desalmaba con ternura, recogía sus pedazos y volvía a recomponerla como mujer. En el dormitorio la amó despacio, siempre cariñoso, sin dejar que lo dominara el deseo; no se cansaba de demostrárselo. Cuando llegó al orgasmo, tembló, eyaculó y derramó su cálido espermatozoide; dejándola exhausta y chorreando de vida.

—Te amo —dijo Claire. Debía concentrar un valor bajo mínimos para lo siguiente. Cobijada en el hueco de un brazo cómodo que olía a hombre, a gel y a alguna de sus lociones, dejó pasar unos minutos hasta que se calmó y pudo hablar—. Necesito contarte qué pasó aquel día, hasta que no lo haga no estaré en paz contigo.

—No quiero saberlo, no quiero saber su nombre, por favor, cariño. Olvídalo y déjame demostrarte que no todos los hombres somos así.

—Lo sé —habló con los ojos húmedos y una caricia ligera en la cara de Gabriel. No conocería el final de la historia si se negaba a escucharla—. Pero pasó algo y necesito que lo sepas.

—Claire, otro día, no puedo pensarlo ahora.

—Como quieras —murmuró, suspiró y pospuso una conversación que llevaba diez años callando su conciencia, aunque sentía que no podía demorarla mucho más. Con una sonrisa breve, le besó el pecho y preguntó—. ¿Tienes hambre? Yo sí.

—Sí, pero estoy muy cómodo. —Para corroborarlo se echó el edredón por encima y se arrebujó satisfecho—. No quiero moverme.

—¿Eres capaz de no comer por no moverte?

—Y más cosas —respondió risueño—. Tengo mis prioridades.

Los dos rompieron a reír, Claire se puso la bata cuando pararon y salió de la habitación. Al ver el estado de sus ropas revueltas en el salón, las recogió y llevó al cuarto de la colada. En unos pocos minutos preparó una bandeja con sobras de la nevera: un cuenco con guiso de carne y un trozo de lasaña, que calentó en el microondas, y un plato con ensalada fría de patatas y atún. Cortó varios trozos de queso, colocó una panera con el pan francés que todos los días Ethel compraba para Gabriel; solía tomarlo con aceite de oliva —según él— costumbre inculcada por la asistente española que tuvieron sus padres; y salió cargada hasta el dormitorio.

—Parezco un jeque —dijo, sentándose con la espalda apoyada en el cabecero de madera. Claire sonrió feliz, dejó la bandeja en sus piernas y dio la vuelta decidida—. ¿Adónde vas?

—A traer el vino.

Poco después cenaron charlando en la cama, intercambiaron bocados con los cubiertos, bromeando sobre su discreción y, por encima de todo, aprendiendo a vivir juntos.

El lunes por la mañana Claire desayunaba en la cocina cuando entró Gabriel en todo su esplendor. Vestía un traje oscuro con unos pantalones muy bien planchados, camisa blanca y una corbata negra. Dejó la chaqueta tras la silla y se sentó ajeno a las miradas femeninas, admiradas por una apariencia cuidada enormemente atractiva. Aunque no supo qué había usado, inundó el olfato de Claire con un olor varonil mezclado con sutiles aromas orientales, buscando entrar en todos sus sentidos llenándola de fantasía, sueños y superación.

—Buenos días.

—Estás muy guapo —dijo Ethel, con ironía añadió—: Qué pena que esté casada.

—Tú también, y menos rollo.

—Hueles muy bien —comentó Claire cerrando unos segundos los ojos mientras aspiraba. Curiosa, preguntó—. ¿Qué colonia es?

—Descúbrelo tú solita, sigue indagando.

—¿Perdona? —dijo manteniendo la dignidad—. No sé de qué hablas.

—Lo que tú digas, pero acuérdate de cerrar algunas tapas. Admito que tengo muchas cosas, pero sé cómo las dejo. No te hagas la tonta.

—Desde luego... Menos mal que nunca me han gustado las

matemáticas; no traen nada positivo.

Sin dar crédito a esa desfachatez, Gabriel desorbitó los ojos negando con la cabeza. De pronto sonó su móvil, miró la pantalla intrigado y respondió cambiando el gesto por otro más severo.

—Hola, Lilian ¿Qué pasa?

Claire frunció el ceño. Sabía que era la mujer de John Drake, y se sorprendió por la dureza que advirtió en esa voz profunda que conocía a la perfección.

—Hola, Gabe, tienes que venir, anoche tu padre tuvo un accidente de tráfico —explicó sin ninguna angustia—. No está muy bien.

El rostro de Gabriel palideció.

—¿Cómo está?

—Mal, avisa a tus hermanos. Estamos en el Royal Mercy.

—¿Cómo ha sido?

—Volvía de una cena, había bebido bastante.

—¿Ibas con él? —preguntó a sabiendas de la respuesta.

—No.

Lilian no reprimió su desprecio.

—¿Dónde estabas?

—No te debo ninguna explicación. Si quieres venir a ver a tu padre, hazlo, si no, déjame en paz.

—Has sido tú. Tú lo has provocado.

La frialdad de Lilian lo enfureció y atrajo las miradas preocupadas de Ethel y Claire.

—Conducía él, bebió él y tuvo el accidente él. Piensa lo que quieras. Nunca me habéis aceptado y ahora ya no me importa, voy a tener lo que quiero.

—Aún no está muerto. No vendas la piel antes que el oso.

—No va a salir de esta, estás avisado. Adiós.

Gabriel dejó caer la cabeza hacia atrás, respirando de manera forzada. Claire se levantó y le sujetó la cara, obligándolo a mirarla.

—¿Qué ha pasado?

—Mi padre ha tenido un accidente. Me voy a Quebec.

Se levantó y saliendo por la puerta marcó el teléfono de Jack. Luego llamó a Sean, que no le aseguró su asistencia, y por último a su madre. Estaba recogiendo la ropa, mientras buscaba el cargador, cuando respondió:

—Hola, Gabe, ¿cómo estás?

—Bien, mamá, ¿y tú?

—Muy bien, ¿sigues con Claire?

—Sí. Te llamo porque papá ha tenido un accidente —dijo rápido.

Ignoró que Elizabeth perdió la concentración a la vez que su garganta enmudeció—. Mamá, ven con nosotros, por favor. Jack saldrá dentro de un rato, ve con él.

—¿Tal mal está?

—Lilian dice que no va a salir.

Ese nombre provocó náuseas a Elizabeth.

—Iré con Jack. Gracias por llamarme.

Durante unos minutos Elizabeth no reaccionó, su mente volvió al pasado, recordando cómo caló a Lilian desde el primer día; lo intuyó. No era una secretaria, era una cazadora furtiva con cara de ángel y un corazón envenenado por la ostentación y avaricia. Elizabeth supo el momento exacto en el que John le fue infiel con ella: el día que Jack cumplió veinte años, ese también que ellos cumplían veintiséis de casados. Discutieron por una tontería, suficiente para que Lilian aprovechara la debilidad de John en su beneficio. La humilló delante de todos, John lo consintió y sentenció un amor que había sido correspondido desde que se conocieron en la universidad; aquel día terminó el matrimonio y la relación con el padre de sus tres hijos.

DOCE

Quebec, 21-5-12
Canadá

La espera en el hospital debió agotar a Lilian, no había rastro de ella cuando llegaron por la tarde. Gabriel habló con uno de los médicos, que le advirtió de la gravedad de John. El estado de coma lo protegía del aumento de la presión intracraneal tras el fuerte impacto sufrido en el accidente, y los resultados del último examen indicaban unos valores delicados en la escala Glasgow, donde se medía la respuesta ocular, motora y verbal. Según el médico, si sobrevivía era posible que sufriera alguna alteración en el cerebro, pero hasta que no despertase no sabrían el alcance. Todo el golpe se lo llevó en la cabeza; no tenía ninguna otra lesión; sin embargo, esa era la única capaz de controlar todo el cuerpo.

—Voy a verlo.

—Te espero aquí.

Claire le dio un beso en los labios y lo vio entrar en la habitación. Fue a una máquina de café, sacó un vasito de plástico y apretó el botón de *cappuccino*. Echó un vistazo al pasillo blanco y silencioso, sin familiares, solo el sonido de un carro chirriando con las ruedas delanteras medio locas perturbó el ambiente sosegado. Se sentó en un banco, incómodo, observando una muda televisión. Luego, se distrajo con la enfermera que arrastraba el carro, ajena al ruido con unos auriculares en los oídos. Claire se levantó a tirar el vaso y escuchó murmullos de voces masculinas. Al doblar la esquina, conoció en persona a los hermanos Drake y a Elizabeth. Los dos se parecían a Gabriel. Sean era un poco más bajo, con los ojos de un azul grisáceo familiar, el pelo castaño un poco largo, y un estilo informal con vaqueros, camisa blanca, una chaqueta de piel negra y unas converse negras, corroborando la descripción que Gabriel varias veces hizo sobre él. Jack le impactó; era muy guapo, aunque se escondiera tras una barba descuidada. Tenía los ojos azules como turquesas, unas largas pestañas oscuras, las facciones varoniles pero suaves, en equilibrio con un cuerpo esbelto y fibroso embutido en un traje azul marino, con la chaqueta amoldada a su torso, resultando una apariencia demasiado atractiva.

Los dos la miraron cuando se pararon frente a la puerta mientras su

madre los alcanzaba. Claire percibió con nitidez el estado anímico de Elizabeth, parecía la más afectada. Tenía el rostro marcado por las lágrimas, unos labios curvados con seriedad, y unos andares pesarosos, quizá, sin ganas de vivir ese momento. Vestía vaqueros y un jersey beige de pico, una imagen sencilla en una mujer que no buscaba destacar.

—Hola, soy Claire Merritt, he venido con Gabriel.

Jack inclinó la cabeza y le tendió la mano con una ligera sonrisa.

—Hola, soy Jack.

Sean no esperaba conocerla allí y la observó muy serio.

—Hola, Sean, encantado.

—Hola, Claire —dijo Elizabeth en cuanto terminó de saludar a Sean. La besó en las mejillas y comentó con una sonrisa afligida—. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Lo mismo digo.

Gabriel cerró la puerta con cuidado y se secó las lágrimas antes de abrazar a su madre. Después a sus hermanos, que tras un instante entraron en silencio.

Elizabeth se sentó observando a Claire consolarlo. Un hombre adulto llorando como un niño abrazado a una figura que se perdía dentro de él.

—¿Estás mejor?

Claire secó esas lágrimas impotentes y tiró de su mano hasta las sillas contiguas a Elizabeth. Permanecieron en un largo silencio, ausentes, perdidos en sus pensamientos. Gabriel había visto a su padre desfigurado, apenas una sombra del hombre que era, pero necesitaba aferrarse a ese espíritu combativo que John siempre había mostrado. En cuanto salieron Jack y Sean, su madre entró suspirando profundamente.

—¿Dónde está Lilian? —preguntó Jack.

—Ni idea —murmuró Gabriel—. Cuando hemos llegado estaba solo.

—¿Qué te han dicho los médicos? —preguntó Sean, apoyado en la pared con los brazos cruzados.

—Está muy grave. Si sale, probablemente, le quedarán secuelas —explicó Gabriel apretando la mano de Claire.

—No creo que a su mujer le importe —comentó Sean despectivo.

—Me ha dicho que ella ya tiene lo que quiere. —Gabriel habló atento a Sean—. No tiene escrúpulos.

—Ya te dije lo que intentó.

—No sé si es mejor para él que no sobreviva —comentó Jack

pensativo—. Eso no es vivir.

—No lo mates tú también. —Gabriel advirtió a Jack con sus palabras y una mirada afilada como el acero—. Nunca se sabe. Los médicos no lo tienen claro.

—No quiero que muera, solo digo que vivir enchufado a una máquina no es vida.

—Vamos a dejarlo, Jack.

Los nervios angustiantes, el cansancio por los viajes y la confianza entre ellos no les dejaban medir la intensidad de unas emociones imprevisibles. Aquella tarde, tanto Gabriel como Jack atendieron y agradecieron con una paciencia infinita las numerosas llamadas de amigos y de todo el consejo del banco, mientras, Elizabeth no salió de la habitación en ningún momento, acompañada por Sean, que totalmente abatido por los remordimientos no quiso tampoco separarse de su padre.

Excepto Elizabeth, los demás pasaron la noche sentados en las incómodas sillas de plástico destroza riñones de la sala de espera. Claire tenía la cabeza en el hombro de Gabriel con el brazo de él apoyado en la espalda, abrió los ojos, pero los apretó varias veces con fuerza por la molesta claridad.

—Cariño, despierta.

Gabriel abrió despacio los párpados y bostezó, moviendo el cuerpo dolorido.

—¿Y mi madre?

—Supongo que sigue dentro.

Sus hermanos salieron también del letargo y se estiraron con igual soltura que minutos antes Gabriel, podía interpretarse como mimetismo filial. Elizabeth salió y esbozó una ligera sonrisa al verlos, por su semblante parecía más tranquila.

—Los médicos dicen que el peligro ha pasado.

—¿Va a salir de esta? —preguntó Sean.

—Es posible —dijo Elizabeth—. Es un hombre fuerte y obstinado, tengo fe en él.

Gabriel sonrió y le rodeó los hombros con un brazo.

—Y yo.

De repente se le desencajó la cara y miró con fijación el fondo del pasillo. Soltó a su madre y se dirigió con rapidez hacia una mujer, que Claire identificó como Lilian.

—Jack, ve con él —dijo Elizabeth de inmediato—. Como me vea, va a liarla.

—La va a liar de todas maneras, mamá.

Jack bufó y apresuró el paso hacia Gabriel y Lilian, sus voces empezaban a llamar la atención del personal sanitario.

—Claire, nos vemos luego. —Elizabeth la besó cariñosa en las mejillas—. Vete con Gabe y descansa un poco.

—Tú también.

Elizabeth desapareció con Sean por otro pasillo huyendo de la pandemia rubia que alzaba la voz. La misma que no había llamado en horas interesándose por su marido. Claire observó inquieta a Gabriel, se advertía la tensión en su espalda, en la forma de echarse hacia adelante con gestos agresivos.

Unos minutos después, Lilian Drake pasó a la habitación y miró con desdén a Claire, de arriba abajo, desaprobando unos vaqueros y una camiseta negra como antítesis a un vestido verde perfecto, con un pronunciado escote y unos tacones altos; un modelito de cóctel muy apropiado para esa visita.

—Vamos, Claire.

Gabriel le tendió la mano y salieron dejando a Jack en un turno que prometía ser de todo menos tranquilo. Cogieron un taxi en la puerta del hospital y, tras indicarle al conductor la dirección de su piso, realizaron el trayecto en un cómodo silencio.

Entraron directos al dormitorio y Gabriel se dejó caer en la cama, sin molestarse por los zapatos ni la ropa. Claire necesitaba desentumecer primero su dolorida espalda.

—Voy a ducharme. Desnúdate.

—No puedo.

Extendió los brazos abatido, con un punto de teatralidad.

—Dúchate conmigo.

Gabriel se incorporó apoyado en los codos.

—¿En serio?

—Soy buena dando masajes.

—Me has convencido.

Pasó por delante desabrochándose la camisa, el pantalón lo había tirado antes de llegar a la puerta, y antes de eso, los zapatos con dos movimientos llenos de práctica y efectividad. Poco después, Claire frotaba

con delicadeza todo el cuerpo masculino.

Unas manos llenas de espuma, unos pechos clavados en su torso y unas nalgas excitantes reclamaban a gritos un contacto que Gabriel no podía evitar.

—Te estás lanzando —dijo, enjabonándole el pelo.

—Me gustan tus botecitos. —Gabriel mantenía la cabeza inclinada hacia abajo, esperando poder cazar con la boca unos pezones en movimiento que lo tenían aturdido—. Estás para comerte.

—Prefiero enjuagarme y dormir un rato, no te ofendas.

—No lo hago, por intentarlo no pierdo nada.

—¿No estás cansado?

—Estoy muerto, pero... —Le colocó las manos en los pechos y se los juntó con seguridad—. Para estas siempre tengo tiempo.

Si a su erección no le hacía falta mayor aliciente, con aquellas posesivas caricias consiguió hacerse daño a sí mismo. Claire le rozó la punta del pene con el pulgar y el gemido de Gabriel la animó a ser más atrevida para envolverlo con la mano y deslizarla adelante y atrás guiada por murmullos entrecortados y el movimiento constante de sus caderas mientras aumentaba la suave fricción. Satisfecha por el poder de su mano sobre un cuerpo mucho más pesado y fuerte que, en ese momento, estaba doblegado a su voluntad, Claire se creció aplicada hasta dejarlo exhausto apoyado en los azulejos. Tras unos minutos breves, sonriendo se envolvió el cuerpo en una toalla sin quitarle los ojos de encima al Inquisidor que resollaba buscando aire. En un visto y no visto, Gabriel estaba estirado en la cama. Intentó mantenerse despierto, pero no pudo esperar a que Claire terminara de secarse el cabello, cuando también cayó rendida a su lado y se durmió de inmediato.

Claire se despertó en una habitación desconocida hasta recordar que era el piso de Gabriel, también llegó a su mente la mirada compasiva de Sean y una actitud distante con ella que achacó a la tensión del momento. No podía ser por otra cosa; era imposible que conociera el desenlace de la lejana primavera del 2003. Dejó hibernando a la marmota, se levantó y, tras ducharse, se vistió con unos vaqueros, una camisa blanca y salió a preparar el desayuno. Camino de la cocina, se detuvo en el salón para contemplarlo por primera vez con la luz natural que entraba por un ventanal inmenso. El mobiliario concordaba a la perfección con sus gustos: clásicos sin renunciar a la modernidad del diseño; varias estanterías curvas en rojo oscuro que

resaltaban entre la sobriedad de unas paredes y sofás de piel blancos; un suelo de madera clara; y una mesa de cristal con un pie en el centro de hierro.

Encontró la cafetera en una alacena de madera con unas tallas antiguas en las puertas, aprendió sobre la marcha cómo funcionaba y consiguió un café bastante decente en un tiempo breve. Viendo que no había mucho donde elegir, bajó a la calle y, en un supermercado cercano, compró: leche, huevos, pan y mantequilla, pensando en hacer una compra más grande si alargaban mucho la estancia; algo que dependía de la evolución de John.

A los pocos minutos de regresar, Gabriel entró vestido con unos vaqueros y un jersey negro, recién duchado, con el rostro afeitado y esos olores penetrantes que ella no era capaz de resistir.

—Hola, dormilón.

—Buenos días, cariño —saludó dándole un beso en los labios—. ¿Has salido?

—Sí, no teníamos de nada. Luego deberíamos ir a comprar.

Mientras Gabriel puso la mesa y se encargó del pan, Claire preparó unos huevos revueltos y los sirvió en dos platos. Se sentaron, le colocó por delante una taza como hacía a diario y echó la cantidad justa de café y leche; tal y como solía tomarlo todas las mañanas.

—¿Has descansado? —preguntó Gabriel.

—Sí. ¿Y tú?

—También. Acabo de hablar con mi madre, sigue igual.

—¿Está sola con tu padre?

—No, está con Jack, se ha turnado con Sean, pero ella lleva demasiadas horas sin salir del hospital; quiero llegar pronto.

—No te preocupes, en cuanto terminemos, nos vamos ¿Y Lilian? ¿Dónde está?

—Supongo que durmiendo tranquila en su casa.

—No sé cómo puede ser tan insensible, es su marido quien está en coma.

—Claire, esa mujer no quiere a mi padre. Solo quería el dinero. Ya sabes lo que me dijo por teléfono. Tengo claro que está esperando a que muera.

—Es muy triste, sobre todo para tu madre. Creo que aún lo quiere.

—Lo ha querido siempre. Mi padre cuando comprendió su error intentó hacerse perdonar, pero ella no quiso volver. Supongo que le temía a la soledad, por eso se casó con Lilian.

—No debió ser fácil para ella, la comprendo.

—No lo fue, y menos, porque siempre pensó que Lilian estaba utilizándolo.

—¿Y se ha equivocado? —preguntó Claire, mirándolo atentamente.

—No. Se equivocó mi padre. Me imagino que le hubiese perdonado la infidelidad, pero no debió permitirle a Lilian pavonearse estando mi madre presente; eso fue lo peor. Lilian lo cazó en un momento decisivo en su vida, y creo que le pudo la soberbia de sentirse amado por alguien mucho más joven. Durante estos años he intentado mantener una relación cordial con ella solo por mi padre, pero por mi parte se acabó, debería haber sido más cauta, como mínimo podía haber esperado para exigir nada, se le ha visto demasiado rápido el plumero.

—Evita los enfrentamientos con ella delante de tu madre, no os llevan a nada positivo. Tu padre sigue luchando por vivir, esperemos que lo consiga y él solo resuelva sus problemas personales.

—Ojalá, cariño.

Llegaron al hospital y encontraron a Jack hablando por el móvil en la sala de espera. Gabriel se asomó a la pequeña ventana que tenía la puerta de la habitación y vio a su madre con la mirada abstraída, sentada en una silla al lado de la cama. Abrió despacio y entró esbozando una ligera sonrisa.

—Hola, mamá. ¿Cómo sigue?

—Hola, Gabe, igual.

Elizabeth giró la cabeza hacia John.

—Ve a descansar un poco, Claire y yo nos quedamos con él.

—No quiero irme.

—Por favor, vete. Si hay cualquier cambio, te aviso. No te preocupes.

—No me gustaría que despertara y se viera solo.

—No va a estarlo. Estamos todos con él.

La mirada de Elizabeth a Gabriel fue una ráfaga envenenada. Todos no estaban ahí, faltaba la actual señora Drake, incumpliendo como siempre su palabra.

—Está bien —dijo asintiendo. Se levantó y le tocó a Gabriel el hombro—. Volveré en dos o tres horas, avísame si hay algún cambio.

—Sí, anda, vete ya.

Cuando cogió Elizabeth el bolso y la chaqueta, se acercó a la cama y, sin importarle la presencia de Gabriel, sostuvo entre las manos la que John

tenía sin vías, la besó e inclinó la cabeza para hablarle al oído:

—No puedes irte sin despedirte de mí —susurró emocionada—. Sabes que nunca lo hicimos, no me falles ahora.

Salió con lágrimas en los ojos y recibió un afectuoso abrazo de Claire.

—¿Cómo estás? —preguntó Claire.

—Bien. Le he dicho a Gabe que me llame si pasa algo, por favor, no lo dejéis. No le gusta estar solo.

—No vamos a ir a ningún sitio, vete tranquila.

Claire le acarició el brazo con una sonrisa animosa en los labios, la misma que se congeló de inmediato al ver aproximarse a Lilian. Unos tacones resonando de forma irritante, un cuerpo que se empeñaba en ser más joven, aunque para ello tuviera que martirizarlo, y unos ojos destilando furia hacia Elizabeth eran el saludo que les esperaba.

—Largo de aquí —dijo a unos metros de distancia. Casi encima, espetó centrada en Elizabeth—. ¡Fuera!

Elizabeth, que no vio la necesidad de rebajarse, no replicó, solo tenían en común a John y hasta eso era dudoso. Mientras Elizabeth Durham Drake compartió con él sus mejores años y sus hijos, Lilian se quedó con el maduro amargado que solo conseguía satisfacción matándose en el trabajo; en definitiva, nunca habían conocido al mismo hombre.

Jack dejó la conversación y se levantó muy serio.

—No vuelvas a hablarle así a mi madre.

—Déjalo, cariño —dijo Elizabeth, sujetándose al brazo de Jack—. Vamos.

—¡No aparezcas más por aquí! —exclamó Lilian—. ¡Yo soy su esposa! Métetelo en tu dura cabeza, asume de una puñetera vez que te dejó.

Claire, que no se movió del sitio cuando Jack se encaró con Lilian, detectó una sombra de celos acumulados en la mirada rabiosa de la rubia.

—Nunca has querido a mi padre —dijo Jack en un tono tan frío como el hielo, aguantado las ganas de rugir para no terminar de montar un circo—. No tienes ningún derecho a exigir quién viene a verlo. ¿Dónde coño has estado metida? —preguntó sonriendo cínico—. En vez de tanto grito pasa más tiempo a su lado, ya que como bien dices eres su esposa.

Tratando de suavizar la tensión de Jack, Lilian levantó la mano para acariciarle el rostro. De todos era el que mejor la aceptó en su día y el menos esquivo a unas constantes muestras de afecto que, pese a no ver nunca correspondidas, no se privaba en ofrecerle. Jack sujetó con brusquedad esa

mano que le repugnó, y siseó muy despacio:

—Eres un pedazo de zorra.

—Piensa lo que quieras. ¡Todos sois como él!

Gabriel salió de la habitación alertado por las voces en el pasillo, imaginó la clase de encuentro entre su madre y Lilian, la reacción de una y otra y la defensa feroz de su hermano.

—¿Qué ocurre aquí?

—No pasa nada —dijo Elizabeth, tirando del brazo de Jack. Gabriel desvió los ojos un instante hacia Claire y recordó sus palabras—. Llámame si hay cambios.

Asintiendo, sonrió a su madre. En cuanto se quedó a solas con Lilian, bajo la atenta mirada de Claire, habló con dureza:

—No sé qué ha pasado, pero déjate de tonterías y preocúpate por mi padre.

—Haré lo que crea conveniente, pero no quiero a tu madre cerca.

—¿A qué le tienes miedo?

—A nada —respondió prepotente.

—Entonces no veo el problema para que mi madre pueda estar también con nosotros. Fue su mujer muchos más años que tú y estoy seguro de que mi padre querría tenerla a su lado.

—Lo dudo...

—Yo no.

Con un gesto de indiferencia, la flamante señora Drake dio por finalizada la charla, entró en la habitación y, pocos minutos después, mientras Gabriel y Claire regresaban de servirse unos cafés, abandonó el hospital saliendo a escondidas por otro pasillo con la intención de no ser descubierta.

Durante los días siguientes John se mantuvo estable. Aunque los médicos eran muy cautos, les dejaban vislumbrar esperanza en sus palabras. Claire y Gabriel pasaron todas las tardes con él en la habitación siendo relevados por Sean o Jack y siempre por Elizabeth, que no había vuelto a coincidir con Lilian, igual que los demás.

Desde que la vida de John dejó de estar en peligro, el interés de Lilian decreció ante el futuro cercano que preveía. No tenía pensando cuidar a un sesentón en coma. Harta de frío, vació las únicas dos cuentas bancarias a las que pudo acceder y salió de Quebec rumbo a California buscando calor y vitalidad.

Cuando llegaron esa tarde al hospital, Sean se levantó al verlos y los saludó con una sonrisa forzada, también con un brillo piadoso en los ojos que a Claire le confirmó su sospecha: conocía el resultado de aquel día fatídico.

—¿Alguna novedad? —preguntó Gabriel.

—Respira solo y parece que está teniendo más reflejos —comentó sin mirar a Claire—. Mamá está con él.

—Es una gran noticia —añadió Claire con una sonrisa breve—. Se recuperará.

—Sí, eso parece.

Volvió a percibir la incomodidad de Sean, no quiso alargarla y dijo:

—Voy a entrar para decirle que hemos llegado.

Gabriel colocó el brazo en el hombro de Sean.

—¿Estás bien? —preguntó al no encontrarle el ánimo positivo que esperaba—. Te noto raro.

—¿Podemos hablar un momento?

—Es lo que hacemos ¿no?

Se sentaron en las sillas de plástico blanco, alejados de cualquier público curioso. Sean tardó unos segundos en decir:

—He estado investigando.

—¿Qué?

—A Claire.

—¿Cómo?

Los ojos de Gabriel dejaron de verse convertidos en mechas oscuras a punto de prender varios barriles de pólvora. Se levantó de golpe y fue hacia la habitación para no cabrearse más por la maldita curiosidad de su hermano.

—Gabe, escúchame.

—No —exclamó enfrentado a Sean—. Te conté algo horrible que le sucedió a mi novia y no quiero remover un pasado que nos hace daño a los dos. No sé por qué has investigado nada, lo que pasó es lo que pasó, no puede cambiarse.

—Solo quería decirte que lo siento mucho, tuvo que ser un drama para ella.

—Lo fue y me ha costado muchos meses que saliera de él; a ella años.

—Me lo imagino.

—No, Sean, no tienes ni idea de lo que es querer a alguien y que te tenga miedo porque un desgraciado la violó y la hundió como mujer. Te lo garantizo, no sabes qué es.

—No, tienes razón, no lo sé. Perdóname, no lo he hecho con mala intención.

—Ya lo sé —dijo Gabriel, bufó cansado y sonrió sin ganas—. No le des más vueltas, por favor, olvídalo.

—Vale, pero no te enfades. —Sean le palmeó el hombro y añadió bromista—: Tienes buen gusto, Drako.

—Como tú, hermanito.

Al entrar, Elizabeth los recibió sentada en un pequeño sofá, el mismo que sostenía su cuerpo por las noches; esas horas silenciosas donde lloraba al hombre que la abandonó, aunque nunca dejó su corazón. Ambos la besaron en la mejilla, Gabriel miró a Claire y se sentó junto a ella, le sujetó cariñoso la mano apretándola; le gustaba verla relajada siendo su mejor apoyo.

Hablando con Elizabeth, Claire observó a Sean y a Gabriel. Los ojos del abogado sufrían insistentes desvíos para cazar a los suyos. La hora había llegado, no podía retrasar más una temida conversación esperando comprensión; algo imposible de suponer cuando ni ella misma a veces se la daba.

—Gabe, creo que tú y Claire deberíais volver. Sé que estás muy liado —dijo Elizabeth—. No sabemos cuánto puede durar esta situación.

—No te preocupes por nosotros. Puedo quedarme el tiempo que quiera. Si no soy yo el encargado de las negociaciones, lo hará cualquier otro.

—No seas cabezón. Sean tiene que volver a Nueva York para atender el bufete, Jack también vuelve y tú debes hacer lo mismo. Yo me quedaré aquí hasta que sepamos cómo tendremos que afrontar las cosas.

—¿Dónde? —preguntó intrigado. Aunque les ofreció alojarse en el piso cuando llegaron, los tres prefirieron un hotel cercano al hospital—. ¿En mi casa?

—¿Te importaría?

—Sabes que no. Pero a Lilian no va a gustarle.

—¿Me ves nerviosa por ella? —preguntó con una mirada soberbia—. Intenta controlar las cuentas de tu padre, me da mala espina que no haya vuelto a aparecer.

—No puedo tener acceso a sus cuentas, tendría que hablar con Bill Patterns para bloquearlas y no es legal sin una autorización judicial.

—Me da igual —dijo rígida—. Busca la manera, pero que no tenga acceso al dinero. Cuando tu padre se recupere que decida qué quiere hacer con su vida, pero estando así somos responsables de todo su patrimonio,

incluido el dinero, lo más importante para ella.

—¿Somos? —preguntó Sean, arqueando una ceja.

—Sí, vosotros y yo —respondió sin titubear—. Somos su familia y vamos a comportarnos como tal.

—Me alegro de que lo veas así.

En silencio, Claire compartió ese punto de vista. Desde que se habían ido conociendo, la admiración entre ellas era recíproca y con esa actitud inflexible le recordó a su madre; otra luchadora que supo estar a la altura de las circunstancias en los malos momentos.

Encontraron un vuelo el sábado por la tarde y llegaron a Terranova por la noche, casi a la semana del accidente. Dejaron a Elizabeth contagiados por el optimismo de los médicos ante las señales de un cuerpo hastiado de conformar a un cerebro que poco a poco quería recobrar la vida; dieron por hecho que en pocos días volvería a despertar, al menos, ese fue el pronóstico.

Cenaron en la cocina el guiso de carne favorito de Gabriel, otro detalle más de Ethel, que lo mimaba como a un niño; le consentía cualquier petición; igual que Eloise, otra que había caído en sus redes.

—Cómo te cuidan...

—No tengo queja. —La sonrisa burlona de Gabriel fue lo mejor que hizo por ella, aparte de degustar con su voracidad habitual una comida a la que no podía resistirse—. ¿Tienes envidia?

—No seas infantil, era una observación.

—Si quieres intercedo por ti, no me importa.

—Gracias, eres muy amable.

—A tu servicio.

—Aunque prefiero otra cosa de ti.

—Si está en mi mano, sabes que no tengo problemas.

—Lo sé —afirmó con una sonrisa tibia. Viendo que la conversación estaba conduciéndolos a otra situación más placentera, Claire decidió abordar el tema que no podía quitarse de la cabeza—. Tenemos que hablar.

Al notar el cambio en la voz, Gabriel endureció la mirada.

—¿Qué pasa?

—Necesito contarte algo.

—No sé por qué quieres recordarlo —espetó con más agresividad de la que pretendía, se levantó y no se movió durante unos segundos—. Yo no lo viví y no lo soporto, no quiero oírlo, lo siento. —Salió hacia el dormitorio, se

cambió rápido de ropa con intención de salir a correr para despejar el malhumor. Al pasar otra vez por la cocina, dijo sin pararse—. Me voy un rato.

Sentada en la mesa, mareando la comida, Claire alzó los ojos y asintió despacio. Escuchó la puerta cerrarse y se tapó la cara con las manos sin fuerzas para enfrentarse a una parte de su pasado que Gabriel no estaba dispuesto a escuchar. Esa obstinación volvía a dilatar la explicación de las consecuencias de aquella noche; le gustase o no; tarde o temprano le afectarían de manera negativa.

Ni una hora después, entró Gabriel en el salón. No traía síntomas de fatiga. Observó leyendo a Claire con una apariencia serena, aunque sus sigilosos demonios no quisieran alejarse. Cuando se aproximó, Claire apartó la vista del libro y lo dejó a un lado. Le costó un gran esfuerzo meterse en la lectura, pero lo consiguió; era su manera de evadirse; tenía la facultad de alejar la tristeza, de viajar a otros países o vivir experiencias inalcanzables sin salir de su casa, sin peligro y sin miedo.

Gabriel se sentó en el sofá, estiró las piernas despatarrado con naturalidad, dejándole apreciar una musculatura contundente y unos pantalones cortos que le marcaron los genitales.

—¿Estás cansado?

—No. Perdona por haberme ido así.

—No quiero hablar para recordar, pero es justo que sepas todo lo que ocurrió.

—No quiero saberlo. —Gabriel resopló—. Cariño, no me hagas esto.

—Debo decírtelo —dijo Claire con lágrimas en los ojos—. Es importante.

—No, no lo es. —Gabriel movió la cabeza—. Si no podemos tener hijos, me da igual, los adoptaremos, pero no te atormentes más porque no podré soportarlo.

Atenta a esas palabras y a una confusión sorpresiva, dejó de llorar; aliviada al comprobar que sus sospechas sobre Sean eran infundadas.

—Nunca te he dicho que no pudiera tener hijos —comentó Claire. Gabriel había malinterpretado la peor consecuencia de aquel desastre; que no fue esa, con esa podía vivir; su mente le jugaba malas pasadas con la verdad—. Es una conclusión que has sacado tú solo.

—Repítelo. —Gabriel apretó las cejas, sin comprender o asimilando que el malhumor al saber que nunca tendrían hijos había sido producto de sus

propios miedos. Llevaba convenciéndose de que para él no eran necesarios desde que supo de sus lesiones, pero siempre le quedaba el resquemor de su propio engaño; sí deseaba ser padre—. ¿Puedes tener hijos?

—¿Y tú? —preguntó Claire irónica.

—Supongo, nunca me he hecho ninguna prueba.

—Yo sí, y no tengo ningún problema —dijo con una sonrisa que no le llegó a los ojos. Suficiente añadió—: Aunque viendo tu afición por ahorrar en preservativos no estaría tan segura de tu capacidad procreadora.

—¿No tomas anticonceptivos?

—Cariño, hasta este momento no te ha preocupado mucho ni tu salud ni la mía, ¿qué más da ahora? —Sonrió y en voz alta comentó un deseo que, aparte de ser un imposible antes de conocerlo, cada vez sentía con más intensidad—. No me importaría quedarme embarazada, para mí será un placer porque quiero. Eres el único hombre al que voy a amar y con el único que tendré hijos. No sé si te parecerá bien, pero, como no me habías dicho nada, he asumido que no te importaría.

Unos ojos grisáceos con la mirada rebosante de alegría seguían a su amor, que sonreía radiante. Claire tenía la capacidad de arrastrarlo hasta el infierno para luego enseñarle el cielo azul más despejado que nadie pudiera soñar. Se levantó, extendió la palma de la mano y, en cuanto Claire la agarró, tiró con suavidad. Rodeó su cintura con los brazos y unieron los labios en un beso apasionado, dos lenguas por igual, dos personas comprometidas en una relación que se afianzaba con el paso del tiempo.

—Quiero tener un niño —susurró Claire—, pronto.

—Me has hecho muy feliz y quiero cumplir todos tus deseos.

—Se nota.

Motivado, con la autoestima por las nubes y una erección obediente, a Gabriel no le importó la burla de Claire. La llevó al dormitorio y le demostró una habilidad que cuanto más probaba más necesitaba. Volaron juntos entre tinieblas de lujuria, batieron sus alas elevados por fuertes vientos hasta acabar cayendo en picado, sin red ni fantasmas, totalmente expuestos a ese amor; ese que los salvó dejándolos en tierra, exhaustos, abrazados mientras sus cuerpos palpitaban unidos.

TRECE

*San Juan de Terranova, 27-5-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Cuando el domingo por la mañana Claire entró en la cocina, sonrió viendo la mesa puesta para el desayuno y a Gabriel totalmente concentrado en el pan del tostador, parecía ausente.

—Buenos días —saludó Claire. En cuanto escuchó la voz, giró la cabeza—. Qué detalle, cariño.

Gabriel se acercó despacio y alargó los brazos para atrapar sus caderas.

—Tenía tiempo —dijo, inclinándose para besarle los labios con suavidad—. ¿Has descansado mejor?

—Mucho, echaba de menos nuestra cama —dijo al acariciarle la nuca, se apartó, dejando a Gabriel complacido, y se sentó en la mesa—. ¿Has podido bloquear las cuentas de tu padre?

—He llamado a Patterns y me ha dicho que Lilian ha retirado todo el dinero de dos conjuntas, las otras no puede tocarlas. —Trajo el pan a la panera de mimbre que había en el centro de la mesa y se sentó mientras Claire le servía su taza de café. Tras echarse el azúcar, comentó—. Parece que mi padre no se fiaba mucho y no hay nada más a su nombre. ¿Pero, sabes qué es lo más curioso? —preguntó sonriendo. Ante la negativa de Claire, añadió—: Aún tiene operativa una cuenta con mi madre.

—Qué raro después de diez años.

—Es peor. —Gabriel bebió un sorbo de café—. Es donde tiene la suma más grande de dinero.

—O sea, que si le pasara algo, tu madre podría disponer de él sin necesidad de testamento.

—Sí.

—¿Lo sabe?

—No lo sé, creo que no. Me extrañaría mucho, llevaban varios años sin verse.

—Tendrás que decírselo. Está claro que ella todavía lo quiere y dudo mucho que tu padre no lo haga. Supongo que el odio que le tiene Lilian es porque sabe lo que hay.

—Cuando la llame se lo comentaré. Qué complicadas son las cosas a veces.

Esa reflexión atrajo con la potencia de un rayo la tortura silenciada por Claire. Lo miró un instante, pero no quiso volver a la carga. Continuó masticando, pensativa; apenas entendió algunas frases del discurso sobre la actitud hostil de Lilian con Elizabeth, dándole vueltas siempre a su condena.

En el cementerio de San Francisco de Asís se notaba más que en otros lugares la primavera por el verde luminoso que rodeaba las lápidas, el trasiego de personas con ramos de flores en el camino de tierra que lo rodeaba o por el sol radiante que acompañó a Alexei hasta la tumba de Charles Merritt.

Craig, el hombretón que había tenido de ayudante durante la última etapa de su carrera, le esperaba en la camioneta para ir a Deer Lake Manor, donde viviría a partir de ese momento.

Arrodillado ante la lápida del que fue su mejor amigo, pegada a las de Chris, Grace e Iris, la esposa de Charles; su querida Irina, la mujer que no dudó en sacrificarse por él, pero no tuvo suerte en Terranova; ninguna, falleció un año después de su llegada; Alexei cerró los ojos como despedida.

—Intentaré venir de vez en cuando, no es una residencia —comentó el ruso, recordando que tendría un bungalow propio y que podía salir sin impedimentos—, no la dejo sola. Creo que está en buenas manos, no parece mal tipo y está enamorado de la casa. —Sonrió por una escena que lo llenó de orgullo—. No es capaz de entrar en ella sin admirar la fachada durante unos minutos, lo tengo comprobado. —Se detuvo y echó un vistazo a la camioneta, bajando el tono de voz, dijo—. Me arrepiento de no haberlos quemado, hemos tenido una suerte increíble con la reforma que han hecho, no sé por qué me hiciste caso... —Afligido, se levantó. Pero no como Alec Barn, allí no fue la persona conocida por la mayoría, de aquella tumba se despidió con lágrimas en los ojos Alexei Barinov, Liosha, el hombre maldito por un arte que Charles descubrió en cuanto empezó a trabajar para él, ese amigo leal que nunca traicionaría su memoria, pese a soportar un ingrato olvido—. Cuídate, Charlie, y cuídalos a todos.

No pudo pararse en la tumba de Chris. Su nacimiento cambió la vida de varias personas, por supuesto sin pretenderlo; habían sido ellos quienes tomaron las decisiones. Esas que remordían su vieja conciencia, donde todavía destellaban ráfagas de genialidad para enfurecerlo por su cobardía o

para hacerlo recapacitar alejándose del pasado.

La figura alta de Alexei, con el cabello blanco y todas las arrugas que desgraciaron sus rasgos eslavos tras una vida intensa, anduvo medio encorvada hasta la camioneta. Se perdió en la distancia con la misma sensación que tuvo al salir de Europa en 1953; entonces supo que abandonaba para siempre a la mujer que aún amaba, y en esos pasos consternados, la soledad y el dolor eran exactamente iguales; estaba convencido de que jamás regresaría.

Pasados varios días esperaban que John pronto saliese del coma, ya que su estado mejoraba de forma constante. Gabriel tenía intención de volver a Quebec, pero varias matizaciones en las cláusulas de la propuesta final para la *Deep Ocean* le acarrearán numerosas horas extras sin ver el final.

El lunes llegó casi a medianoche tras otra jornada infame, sin apetito, solo con ganas de meterse en la cama. Era su objetivo desde hacía un buen rato y al tenerlo a mano no se lo pensó. Se desnudó en el baño e intentó no hacer ningún ruido para no despertar a Claire. Luego se tumbó en su lado y encajó el cuerpo a una espalda suave, con un olor calmante para los sentidos, unas nalgas sinuosas que se acoplaban a sus caderas a la perfección y unas piernas que en cada roce ahuyentaban el cansancio sustituyéndolo por deseo. De manera involuntaria, Claire se movió provocando en Gabriel una reacción instantánea, que podía controlar apartándose.

—Abrázame —susurró Claire.

—Lo siento, no quería despertarte.

Con un ronroneo muy sexy, Claire se giró, colocó la mano en su cintura y le recorrió con los labios el cuello hasta unir sus bocas en un beso pausado y tierno.

—¿Cómo ha ido?

—Bien, estamos terminando.

Gabriel la volvió a besar, pero el sonido del móvil lo sacó de un dulce encuentro y saltó fuera de la cama. El corazón empezó a latirle con un ritmo enfurecido, intuyendo una desgracia si su madre llamaba tan tarde. Contestó mirando a Claire, que no apartó los ojos de los suyos.

—Hola, mamá.

—Gabe —dijo Elizabeth llorando—, papá acaba de despertarse.

—Gracias a Dios. —Aliviado, soltó con fuerza el aire que retenía en los pulmones y sonrió a Claire—. ¿Cómo está?

—No recuerda nada, pero los médicos me han dicho que va a recuperarse. Irá despacio, pero la previsión es buena.

—¿Le quedarán secuelas?

—No lo saben. Tienen que hacerle más pruebas, pero parece que su cuerpo responde.

—Qué bien. Me he asustado al ver tu llamada.

—Lo siento, cariño, pero tenía que avisaros.

—No te preocupes, mañana iré a verlo.

—Si no puedes, déjalo para el fin de semana. Yo no voy a moverme de aquí.

—Ya lo sé, pero quiero verlo.

—Muy bien —admitió feliz—. Dale un beso a Claire de mi parte.

—Otro de ella para ti. Un beso, mamá.

Colgó, volvió a la cama, y terminaron un día agotador con la mejor de las noticias, planeando salir hacia Quebec al día siguiente para recibir a John junto al resto de los Drake.

Aunque al día siguiente el vuelo no se prolongó más de cuatro horas, con la obligada escala en Montreal, les fue imposible asomar por el hospital hasta bien entrada la tarde. Saludaron a Sean y a Jack felices por verse con una noticia tan importante y positiva.

—¿Cómo está? —preguntó Gabriel.

—Bastante bien —dijo Jack risueño—. Me ha obligado a afeitarlo en cuanto mamá ha salido a hablar con el médico.

Al escucharlo, Claire disimuló una sonrisa apretando los labios. Creyó haber descubierto el origen presumido de su novio.

—¿Habéis hablado con él? —preguntó Gabriel.

—Sí —respondió Sean tan contento como todos—. Le cuesta encontrar las palabras, está confuso y no recuerda el accidente, pero va a salir de esta.

—¿Ve y oye bien? —preguntó Gabriel interesado.

—Sí. —Sean afirmó con la cabeza—. En diez minutos tenemos que ir a hablar con el médico.

—¿Has venido solo? —preguntó Claire.

—Sí —respondió amagando una sonrisa—. Elaine no quiere dejar a Ophie con nadie y este no es sitio para ella.

—Claro, es normal —admitió Claire atenta a su mirada. No lograba

interpretarla. No entendía el porqué de esa actitud fría, cuando tenía descartado que supiera nada sobre ella y, según Gabriel, era un tío encantador. Trató de no darle importancia y añadió—: Es muy pequeña.

—Cariño, voy a entrar —dijo Gabriel impaciente—. ¿Vienes?

—Entra tú primero, a mí no me conoce. —Claire se sentó acompañada por Jack mientras Sean lo acompañó—. ¿Cómo te va en Nueva York?

—Como siempre —respondió despreocupado. Era mejor no hablar de su pesadilla rubia. Hasta el momento no habían coincidido, también porque delegó en un compañero la dirección del departamento donde Cora trabajaba, pero era una cuestión de tiempo, inevitable; temía y ansiaba ese día por igual. Acostumbrado a ocultarse bajo una fachada divertida, compuso una sonrisa perfecta y preguntó—. ¿Y a ti?

—Muy bien, tranquila en el fin del mundo.

Durante unos minutos Jack se interesó por ella, aunque le pareció tan reacia a hablar de su vida como él.

—Gabe me ha contado maravillas de tu casa. Algún día me gustaría ir.

—Estás invitado. Tenemos espacio suficiente. Si te gusta la naturaleza, es tu sitio.

—Soy más de asfalto, pero cuando vivía aquí me gustaba salir a andar por el campo.

—Pues ya sabes, cuando te apetezca desconectar de la ciudad, llama a tu hermano y nos haces una visita.

—Me lo apunto, luego no te echas para atrás.

Claire rió encantada. Era muy agradable y, a pesar de no conocerse mucho, apreció ese esfuerzo por mantener una charla amistosa. Sus hermanos salieron para hablar con los médicos y Jack fue con ellos. Claire entró con cautela en la habitación, saludó a Elizabeth con dos besos y un abrazo cariñoso. Al instante centraron la atención en el hombre que copó los pensamientos de Elizabeth desde el accidente. Ya no presentaba los hematomas tan oscuros en los ojos ni la inflamación pronunciada de los primeros días; aunque sin la barba plateada se le veían magulladuras y rasguños repartidos por todo el rostro. Tenía un aspecto fatigado, con ojeras y la piel sin brillo; en cambio, aquellos ojos azules, iguales que los de Jack, resplandecieron mirando a Elizabeth.

—John, ella es la novia de Gabe, Claire.

—Hola —saludó suave, fijándose en las facciones del hombre. Tenía parecido con sus tres hijos; aunque claramente el pequeño era quien más había heredado de él—. ¿Cómo se encuentra?

—No sé. —John habló lento, con la voz ronca—. *Gra-cias por ve-nir.*

—No me las dé, lo he hecho con mucho gusto.

En el despacho del neurólogo, los hermanos Drake escuchaban atentamente la explicación, ignorando la manía del médico, que se ponía y quitaba unas gafas de pasta oscura cada vez que leía algún dato correspondiente a los últimos resultados de las pruebas:

—Lleva casi una semana despertando, ha superado el coma y ahora tenemos que resolver los trastornos físicos, cognitivos y emocionales. Pueden ser meses de rehabilitación.

—¿Se recuperará por completo? —preguntó Jack.

—Depende de la gravedad de la lesión. Por lo que hemos observado en su padre, no tiene daños en las áreas prefrontales de la corteza cerebral y solo presenta una alteración de la memoria que normalmente se suele recobrar pasado el tiempo. El estado de coma le ha durado quince días y con una buena rehabilitación tiene muchas probabilidades de no presentar secuelas.

—¿Cómo podemos ayudarle? —preguntó Gabriel.

—La rehabilitación neurológica es primordial cogerla cuanto antes. Les aconsejo que lo lleven a un centro especializado, ya que los seis primeros meses son fundamentales para una buena recuperación.

—Haremos todo lo que sea necesario —afirmó Sean, añadió—: Si es tan amable, nos podría recomendar algún centro aquí.

En la habitación, John se vio vencido por el cansancio y se durmió, dejando a Claire y a Elizabeth hablando sin parar sentadas en el sofá.

—¿Cómo ha reaccionado cuando te ha visto?

—Tan normal —respondió Elizabeth—. Como si nos hubiésemos visto ayer.

—Me imagino que para ti no será fácil estar aquí, quería decirte que te admiro mucho.

—Gracias, Claire, pero he hecho lo que me ha dictado mi corazón. —Miró a John con una sonrisa triste—. Ha sido el amor de mi vida. Nos conocimos siendo muy jóvenes y tuvimos a los niños muy seguidos —dijo con los ojos vidriosos por la melancolía, movió los hombros en un gesto resignado—. Es difícil comprender que por un error, mal entendido o lo que

sea, tu vida puede cambiar en un minuto.

Claire sonrió emocionada, la comprendía a la perfección.

—Lo sé. A veces las cosas se complican sin que podamos hacer nada.

—Me costó mucho aceptar que me dejó por otra —dijo aguantando las lágrimas—. Demasiado.

—*Nun-ca te de-jé*, Beth.

Al escuchar la voz susurrante de John se hizo el silencio, Claire se levantó y salió para darles intimidad; la necesitaban si deseaban aclarar sus sentimientos. Pese a todo, esa pareja madura nunca separó sus vidas aunque las hubiesen vivido a kilómetros de distancia. Elizabeth y John tenían mucho en común, no solo a sus hijos y una nieta, perduraba aquel amor de juventud que los marcó para siempre y jamás quiso abandonarlos.

Con la firma del acuerdo para construir la nueva plataforma, la siguiente semana fue agotadora para Gabriel. El Scotia iba a invertir muchos millones de dólares que no empezarían a recuperar hasta dentro de dos años, cuando estuviese en funcionamiento, en unos meses se iniciaba la construcción y hasta entonces su cometido en Terranova había terminado, pero viajó a la sede central en Toronto y propuso su traslado definitivo bajo la promesa de realizar las acciones necesarias para fomentar el crecimiento de la entidad en Irlanda y el Reino Unido, usando los contactos que tenía de su anterior etapa. No le suponía ningún problema viajar a Europa; aunque decidió no hablarlo con Claire hasta que pasase el verano y evitarle así la inquietud de sentirse sola; algo que ocurrió durante los dos días que habían estado separados. En las largas conversaciones telefónicas que tuvieron a diario, trató de disimular con humor, pero se conocían y sabía que llevaba mal la soledad.

Cuando llegó del aeropuerto por la tarde, se sorprendió al ver a Eloise subiendo la escalera cargada con sábanas. Luego olfateó rastreando un olor delicioso y, sonriendo alegre, entró en la cocina, donde Claire ayudaba a Ethel pelando verduras.

—Hola, cariño —dijo Claire contenta, llevaba impaciente un rato. Rodeó su cuello con los brazos y, de forma discreta, lo besó en los labios con un público escaso y atento—. ¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien. Estáis viendo al nuevo director ejecutivo del Scotia de San Juan.

—¿Cómo? —exclamó Claire—. Ese puesto no está a tu altura. ¿Estás

loco?

—No estoy loco. Es tan válido como cualquier otro —dijo paciente, se acercó a Ethel y cogió la cuchara que le ofreció, después de probarla y darle el visto bueno, añadió—. Perfecto.

Apoyada en la mesa, Claire bebía una copa de vino, los observó elevando las cejas mientras negó despacio. «Ver para creer; sin dudas, era la estrella de la casa».

—¿Por qué? —preguntó seria, dejó la copa y cruzó los brazos.

Gabriel se plantó delante con las manos en los bolsillos.

—¿Qué ocurre?

—Nada, pero no sé en qué estabas pensando.

—Pienso en el futuro y, además, no he dejado el puesto de director financiero, seguiré supervisando las operaciones de América y Europa.

—¿Todo?

—¿En qué quedamos?

—En que estás loco —respondió Claire veloz, intranquila porque asumiera tanta responsabilidad—. Eso es demasiado trabajo y tendrás que estar todo el día viajando. Este acuerdo te ha supuesto meses, te pasará igual con otros, en otros países.

—No voy a estar fuera meses, un par de semanas a lo sumo, y ya veremos cómo lo hacemos. Puedes venirte conmigo y así haces turismo.

—Claro y dejo solos a los clientes.

—¿Qué clientes?

—Los míos —respondió sonriendo irónica.

Gabriel entornó los ojos por algo que Claire no había entendido e iba a tener que explicarle con mucha claridad. Prefirió mantener esa conversación cuando estuvieran a solas. En cuanto Eloise terminó de preparar dos habitaciones, se unió a ellos. Saludó con dos besos cariñosos a Gabriel y empezó a recoger con Ethel.

—Claire, acuérdate de llamar mañana a la agencia, si vienen con niños es mejor la Sur.

—Vale, no te preocupes. De entrada van a estar hasta agosto.

Batiendo las mandíbulas con fuerza, Gabriel las observó en silencio. Antes de calentarse más y saltar por los aires, abandonó la cocina para ir a ducharse.

—¿Qué le pasa? —preguntó Eloise.

—Me parece que no le ha hecho gracia que vayamos a tener clientes

—dijo Ethel.

—Después hablaré con él. ¿Lo has dejado todo listo?

—Sí —respondió Eloise—. Sube a verlo si quieres.

—Ahora iré.

—Se te empiezan a acumular las tareas.

Ethel hizo una mueca burlona.

—No lo sabes tú bien.

Más tarde, Claire comprobó los dormitorios mientras escuchaba a Gabriel hablar con Elizabeth. Habían trasladado a John a una clínica en las afueras de Quebec, especializada en lesiones cerebrales, y desde hacía dos días estaban sometiéndolo a una técnica de estimulación transcraneal a base de energía electromagnética que activaba las funciones de las células nerviosas. Todavía no podía andar, seguía esforzándose por hablar bien y, aunque le aconsejaron mucha paciencia, a veces mostraba cambios de humor repentinos causados por la frustración. Elizabeth soportaba esos arrebatos de ira sin inmutarse, siempre acompañándolo, sin ningún reproche y sin nombrar a Lilian, la gran ausente en el cerebro selectivo de John, que no tenía el recuerdo de haberla conocido; borró esos diez años y para él su esposa estaba a su lado, la única que había tenido.

Tal y como imaginaron, Elizabeth desconocía la existencia de la cuenta que compartían, pero no se sorprendió demasiado. Después del divorcio John intentó volver varias veces, e incluso unos días antes de casarse con Lilian le juró bastante enfadado que ciertas cosas jamás cambiarían.

Cuando se quedaron solos, Claire entró en el salón y vio a Gabriel reclinado en el sofá mirando el techo, vestido con unas bermudas negras y el torso descubierto.

—¿Has terminado ya? —preguntó Claire.

—Sí, ¿y tú?

—También —respondió, dejándose caer en el sillón.

—¿Podemos hablar? —preguntó incorporándose.

—Claro.

—¿Desde cuándo sabes que llegan esos clientes?

Claire suspiró hondo.

—Varios días.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No quería molestarte, con tus cosas tienes bastante.

—Te he dicho que no quiero extraños por aquí, deberías habérmelo

consultado.

—¿Perdona? —preguntó con una mirada cínica—. Esto es un negocio como muy bien me has recordado muchas veces. Sabes que no me apasiona, pero no quiero despedir a Ethel ni a Eloise ni a Luc. Si tienes alguna idea de cómo hacerlo sin tener que alojar a nadie, dímelo, pero no te enfades porque haya admitido clientes, porque para eso renové las habitaciones.

—Eres increíble, teóricamente vivimos juntos, pero no eres capaz de informarme sobre algo que afecta a nuestra convivencia —comentó incómodo—. No pienso vivir rodeado de gente en mi propia casa.

—Es mi casa, y no vivimos juntos teóricamente; vivimos juntos físicamente.

—Muy bien, mañana te pagaré la mitad. Dime cuánto quieres y dejamos este problema resuelto.

—¿Vas a comprar la mitad de mi casa?

—Sí, te dije que lo haría —afirmó serio—. Y quiero que canceles las reservas, que se busquen otro sitio.

—Llegan en dos días, tendré que compensar el trastorno a la agencia.

—Me da igual —replicó, mirándola con dureza—. Piensa en una cifra.

—Imagina que te digo una cantidad y aceptas ¿Qué hacemos con los empleados? ¿Y con toda la primera planta?

—Por ellos no te preocupes, y por las habitaciones tampoco —comentó más relajado. Al oírlo, Claire alzó las cejas, pero Gabriel se creció y añadió impasible—: Vamos a llenarlas de niños.

—¿Ocho? —preguntó horrorizada—. Estás fatal. Intenta apuntar bien para el primero y con suerte un segundo, y no me despistes, ¿qué hago con los empleados?

—Nada, que sigan aquí, vamos a necesitarlos. La casa es muy grande y no voy a poder pasar sin la comida de Ethel. E imagino que Eloise y Luc para ti también serán de ayuda. Creo que podemos seguir así.

—¿Sabes cuánto me cuesta tenerlos contratados?

—Mejor que tú, seguro. —Gabriel sonrió prepotente.

—Por eso, ¿cómo vamos a pagarles?. Solo tendría los ingresos de los alquileres, y se van con los gastos fijos.

—Con mi sueldo —dijo cansado—. De ahí saldrá el dinero.

—No me parece justo. Aportarías más que yo.

—¿Y qué? Gano más que tú.

—Ya lo sé —dijo sonriendo cínica—. No hace falta que me lo recuerdes.

—¿Te molesta?

—Sí, porque me hace sentir dependiente de ti.

—Entonces es un acuerdo muy justo —dijo insinuando una sonrisa—. Porque yo dependo de ti.

—No estoy bromeando.

—¿Estoy riéndome?

La mirada de advertencia de Gabriel no dejó dudas; hablaba muy en serio.

—Cariño, es demasiado.

—No lo es. Voy a poner en venta el piso de Quebec y si voy a vivir contigo necesito saber que esto también es mío y no solo de manera figurada. En cuanto a los salarios de Ethel y Eloise no me importan porque siempre he tenido ayuda en mi casa y siempre la he pagado. Luc es el único más prescindible y quizá le busque algo en el banco; tenemos personal de mantenimiento y podría acoplarlo con ellos. Así que, cómo verás, no necesitamos alojar a nadie para mantener nada.

—Has justificado los empleos, pero sigues siendo tú quien va a pagarlos.

—Dios —exclamó—. Eres una cabezona y pésima para las cuentas.

—Gracias, eres muy amable.

Claire se levantó y pasó por delante, pero Gabriel la cogió de la cintura y la sentó en su regazo.

—Vamos a ver, cariño —dijo condescendiente—. Cuando te compre la casa, será de los dos, ¿vale?, ¿vamos bien? —preguntó sonriendo, ignorando una mirada irritada que le pareció de lo más graciosa—. Si tú pagas los gastos fijos con el dinero de los alquileres y yo pago los sueldos de Ethel y Eloise, es más o menos lo mismo.

—Lo tuyo es más.

Gabriel ya no lo resistió y movió aburrido la cabeza.

—Te quiero, pero cuando te pones así eres insufrible.

—Y tú.

—¿Estamos de acuerdo o no?

—Me da vergüenza llamar a la agencia, voy a quedar fatal.

—Los llamaré yo. ¿Algo más?

Negando en silencio, Claire sonrió. En el fondo estaba aliviada al

saber que otra vez volvía a tener un hogar, igual que cuando su padre vivía y todo era perfecto porque se encargaba de protegerla. Acercó los labios a los suyos y lo besó despacio. Ese sabor la hizo flotar, recorrerlo con la lengua mientras sentía su miembro endurecerse. Prolongó aquel contacto con tanta lentitud que Gabriel creyó morir de gusto. Metió la mano bajo las mallas de Claire y empezó a acariciarle el sexo con dulzura y toques acertados hasta encontrar su punto más placentero. Dejó el asedio y cambió de posición. La tumbó en el sofá y se colocó encima a horcajadas. Atento a su reacción, bajó unas braguitas blancas de algodón, se relamió, y le quitó la camiseta.

Igual que cualquier modelo de algún pintor, desnuda en un diván esperando que captara todos los matices de su cuerpo, Claire aguantó la mirada peligrosa de Gabriel, que se desvistió sin apartar los ojos de ella. Volvió a inclinarse hacia delante. Llegaron más besos en la boca, en el cuello, en los pechos, sin penetrarla, provocando. Sostuvo todo el peso del cuerpo con las manos, dejó que su pene rozara con ligereza el clítoris de Claire, empapado y deseoso de tenerlo. La tentó con embestidas cortas y suaves, como pinceladas eróticas de un placer que se preveía extraordinario. Ansiosa, Claire le sujetó las nalgas y apretó fuerte.

—No tenemos prisa.

—Yo sí.

—De eso nada, hoy controlo yo. —Gabriel la miró a los ojos y sucumbió penetrándola de una sola vez. Se quedó inmóvil sintiendo la conexión de sus cuerpos, bajó la cabeza y pegó la frente a la suya—. Te amo.

Claire le acarició la nuca, pero no podía razonar con cordura; en su mundo, y en ese instante, no cabían palabras, solo física natural y el más grande de los deseos: él. Lo besó recorriéndolo como si el tiempo no existiera, hundió la lengua en su boca acompañándola a la elegante cadencia con la que empujaba, hasta que incrementó el ritmo y estuvo a punto de estallar. Gabriel volvió a los pezones, jugó con ellos entre sus labios a la vez que aumentaba la velocidad de sus caderas con esas últimas acometidas, llevándolos a un orgasmo potente entre gruñidos, suspiros o jadeos entrecortados. Claire deseó vivir así siempre, con aquel peso que no le molestaba, con aquella virilidad por encima de cualquier vejación y, sobre todo, con el amor que sentía por ese hombre.

Abrazados en la cama terminaron el día, Claire acariciaba con suavidad el pecho de Gabriel enredando los dedos en el vello masculino mientras sentía su corazón en la mano, latiendo sereno igual que el suyo; él

era su paz.

—Te quiero, me haces muy feliz y ya no puedo imaginar mi vida sin ti.

—Yo tampoco.

Con la misma ternura que habló, Gabriel le besó el cabello. Estaba dispuesto a alejarse de todo lo que conocía, aislado del mundo en aquel remoto lugar, con la convicción de no estar cometiendo un error después de haber puesto patas arriba su vida por ella.

CATORCE

*San Juan de Terranova, 7-6-12
Terranova y Labrador, Canadá*

La mañana siguiente Gabriel habló con la agencia, canceló las reservas, y redactó una carta donde informaba del cese en la actividad de Boreal Róis como residencia, que envió al resto de empresas con las que habitualmente trabajaba. Cuando Claire se levantó, lo encontró en la cocina, reunido con Ethel, Eloise y Luc. Ninguno parecía descontento. Al contrario, la saludaron sonrientes ante la nueva perspectiva laboral que acababan de escuchar.

—Buenos días.

Tres sonrisas radiantes y una mirada atenta a su gesto preocupado.

—Buenos días —dijo Gabriel, se acercó y la besó en los labios. En voz baja añadió—: Me voy al trabajo. Relájate, está todo resuelto.

Sonriendo, afirmó con la cabeza y volvió a besarla antes de que saliera.

—Gracias, Claire —dijo Luc. Para él fue un nuevo aliciente trabajar en un entorno más activo—. Menuda sorpresa.

—¿No te importa? ¿De verdad?

—No —respondió, tocó cariñoso su hombro—.Vendré cuando me necesitéis, pero me gusta la idea de ser el jefe de mantenimiento del banco y tener personal bajo mi responsabilidad. No esperaba terminar de esta manera y me ha emocionado, en serio.

—Siendo así me quedo más tranquila. El principal motivo para mantener esto abierto eráis vosotros, aunque entiendo que no es la mejor manera de empezar a vivir juntos, no encontraba otra salida.

—Por suerte, Gabriel sí —dijo Ethel.

—Claire. —La voz de Gabriel llegó desde el vestíbulo, esperándola a punto de irse, con una chaqueta oscura y el maletín de piel en la mano—. Se me ha olvidado comentártelo, me ha llamado Jack, quiere celebrar su cumpleaños en Quebec. Sean y Elaine también irán con Ophie.

—¿Cuándo es?

—El quince. He pensando que podríamos irnos el viernes por la mañana y volver el domingo por la tarde.

—¿Qué va a hacer?

—No lo sé, supongo que una comida. No creo que haya nada más. Pero si lo dices por la ropa, llévate algo más formal por si salimos tú y yo.

—Vale. ¿Tengo que llamar a las agencias?

—No —respondió severo—. Ya te lo he dicho, está todo resuelto. A partir de ahora es solo nuestra casa. Llámame después y dime cuánto dinero quieres.

—Estás muy mandón.

Gabriel dejó el maletín en el suelo, le rodeó la cintura con los brazos y la besó en los labios. Quiso despedirse con ternura, pero se vio arrastrado por el deseo y el beso fue apretándolos contra sus cuerpos hasta desconectarlos de la realidad. Luc salió de la cocina para reunirse con él. Al verlos tan entregados, sonrió y carraspeó haciéndose notar. Se soltaron sin ganas, pero se dieron un último beso rápido de compensación, y Claire regresó a la cocina al mismo tiempo que ellos iban al banco para hacer efectivo el nuevo cargo.

—Voy al supermercado —dijo Ethel—. Tengo que comprar algunas cosas.

—Dímelas, si quieres, y voy yo —comentó Claire. Se sentó en la mesa y se sirvió una taza de café—. Tengo que salir.

—Da igual, prefiero ir yo.

—¿Qué quieres comprar? —preguntó intrigada.

—Tonterías.

Claire apretó la frente y la observó concentrada.

—Procura que sea necesario, porque después llega la Inquisición bancaria y me acribilla a preguntas.

—No te preocupes, por esto seguro que no pone pegas.

—Es para él, ¿verdad?

—Más o menos.

—No sé qué os da —dijo con una sonrisilla—. Os maneja como le da la gana.

—Es una buena persona, te quiere, es cariñoso y amable con nosotros. Si puedo facilitarle la vida, voy a hacerlo —razonó convencida Ethel—. Es justo devolver lo que te dan.

—A mí me recuerda a Chris —dijo Eloise—. Se parecen mucho y te trata como él lo hacía con tu madre. Ha sido una bendición que llegara, en todos los sentidos. Nos ha dado ilusión y a ti te ha cambiado; no te enfades si estamos volcadas, lo apreciamos mucho.

—Ni mucho menos estoy enfadada, pero lo tenéis demasiado consentido. No sabe hacer nada y cada día va a peor.

—Cada uno debe dedicarse a lo suyo. Él hace bien su trabajo en el banco, la casa es cosa nuestra, nos pagas por ello y no tiene por qué hacer nada, déjalo tranquilo.

Ethel comprendía a Claire, pero sentía debilidad por Gabriel. La salida era para comprarle el aceite de oliva y el pan francés, además de una sorpresa que le había costado mucho dinero y llevaba más de un mes esperando: jamón curado español, una añorada delicia para él que siempre les traía de España su asistenta cuando volvía de vacaciones.

A la hora del almuerzo, Gabriel apareció puntual cual reloj suizo de máxima precisión. No perdonaba una comida, aunque no esperaba el despliegue que sus ojos vieron en la mesa; un homenaje a Blanca, hecho con mucho cariño por alguien que jamás había cocinado lentejas ni tortilla de patatas. Sus papilas empezaron a segregarse saliva a destajo como un animal hambriento.

Ethel sonrió contenta, era muy agradecido y la halagaba constantemente. Claire entró risueña y se sentó a la mesa con él.

—Hola, te noto feliz —dijo Claire.

—Mucho, es mi comida favorita.

—Otra más ¿no? Porque desde que nos conocemos cada día tienes una.

Gabriel hizo una mueca de indiferencia que cambió en cuanto vio el plato de jamón que Ethel colocó en el centro de la mesa.

—Estoy a punto de llorar. —Risueño, Gabriel cogió un trozo de jamón cortado con el grosor adecuado; pringoso como era necesario; con un sabor que no probaba desde hacía mucho y lo llevó al éxtasis con los ojos cerrados, paladeando unos aromas penetrantes sin comparación—. Buenísimo. Voy a tener que subirte el sueldo. ¿Cómo lo has conseguido?

—Después hablamos —dijo Ethel—. Te tomo la palabra.

Claire rió al verlo igual que un niño pequeño.

—Ya verás a final de mes de dónde ha salido —dijo Claire.

—Pruébalo. —Gabriel le ofreció un trozo—. Se le perdona todo.

Los cuatro alabaron el sabor del jamón, luego la tortilla, que no llegó al nivel de las de Blanca, pero con un poco de más práctica seguro lo alcanzaba.

—Claire me ha sacado las recetas de Internet, no sé si será lo que esperas.

—Está muy buena —dijo amable, sin ser del todo cierto. Cuando Ethel puso la olla encima de un salvamanteles y les sirvió el potaje, vio con claridad que las legumbres fallaban, la textura pastosa indicaba que la cocción había sido excesiva, aunque apreció el esfuerzo y voluntad por complacerle sin tener ninguna referencia. Tras probarlo, comentó—. Perfecto.

—¿En serio? —preguntó Eloise.

—El sabor sí, pero tengo que localizarte las legumbres secas. Dos veces más y te haces una maestra. Qué pena que no hayas conocido a Blanca, a su lado aprenderías en un momento.

Saber incentivar a las personas era otra cualidad de Gabriel que Claire admiraba; siempre trataba de reforzar lo positivo sin ensañarse en los errores, consiguiendo motivarlos para mejorar.

—¿Nunca te enseñó? —preguntó Eloise.

—He sido un negado toda mi vida, pero me enseñó español.

—¿Cuántos años trabajó para vosotros?

—Casi veinte. Desde el 80 hasta que murió en el 97. Mi madre quería a alguien con experiencia y la encontró por casualidad comprando en una tienda. Apenas hablaba francés y el inglés le costaba la vida. En mi casa siempre hemos hablado inglés como lengua materna, mis padres en eso no han perdonado sus orígenes. Fue más fácil para nosotros aprender español. Mi hermano pequeño ni siquiera había nacido, yo tenía tres años —dijo un poco nostálgico—. Éramos unos niños y le cogimos el tranquillo con facilidad. Ten en cuenta que ella tenía más de cincuenta y con nosotros hablando español consiguió adaptarse algo mejor.

—Ahora sois trilingües sin esfuerzo —dijo Ethel.

—Casi, tengo muy desentrenado el español, solo hablaba con ella y hace quince años que murió.

—Pues para eso la solución es bien fácil —comentó Eloise—. Id de vacaciones a España.

Claire negó con la cabeza sonriendo. Esos tres veían la vida de color rosa, desatados por unos sabores agradables y un espíritu alegre contagioso.

—Lo tendré en cuenta.

Gabriel guiñó un ojo a Claire y siguió con la degustación, hablando animado, con confianza, como su estrella del Norte guiándola hacía una luz deslumbrante.

El día del cumpleaños de Jack, llegaron a Quebec casi al mediodía. Tras pasar por el piso de Gabriel para recoger del garaje su BMW negro, fueron directos a la clínica de rehabilitación. Donde empujó al salir la silla de ruedas y ayudó a John cuando intentó montarse solo en el coche. Aunque andaba un poco y tenía una voluntad elogiada, necesitaba más fortaleza en las piernas para volver a caminar por sí mismo. En él se apreciaba con claridad la mejoría en el ánimo y el aspecto: la piel con buen color, algo más de peso y un brillo en los ojos que indicaba la felicidad de un espíritu agradecido por seguir con vida. En cambio, distaba del cansancio en el rostro de Elizabeth. A ella no solo estaban pasándole factura una largas jornadas llenas de frustración, sino también el nerviosismo ante el regreso al que fue su hogar durante más de veinticinco años.

Cuando Gabriel entró en la urbanización, Elizabeth viajó al pasado. Ni siquiera había nuevas construcciones, incluso los árboles parecían los mismos. Vio las residencias de antiguos vecinos, la solitaria carretera escoltada por arbustos alineados directa hacia la casa. Tal y como la recordaba, apareció; grande, con aquel estilo sencillo que exigieron al arquitecto, construida sin ostentación, solo calidad en una fachada blanca, inundada de luz por unos ventanales amplios, que ofrecían una panorámica preciosa de un extenso jardín bien cuidado, plagado de árboles, con una piscina sinuosa rodeada por un suelo de teca oscura y varias hamacas.

Nada más llegar, el resto de la familia los esperaba impacientes en la puerta. Pese a que Elizabeth trató de disimular con un cálido recibimiento, la tristeza de sus ojos no pasó inadvertida para nadie. Todo seguía igual, como si el tiempo estuviera suspendido, como si jamás hubieran existido los últimos diez años: los antiguos muebles de madera que compraron juntos, los objetos curiosos que ella coleccionaba de los lugares que visitaban durante sus vacaciones, los cuadros..., tampoco el personal había cambiado. No se vio con fuerzas y se encerró en la biblioteca con la excusa de realizar una llamada para ahorrarles verla angustiada por malgastar esa parte de su vida.

En el salón, John se emocionó cuando Sean le puso a Ophie en el regazo. La niña era un manojo de nervios, morena, regordeta, con los ojos plateados de los Durham. Se vio envuelto en una risa inocente capaz de transportarlo a otra época, buscó con la mirada a Elizabeth, pero no la encontró.

Cuando se notó recompuesta, regresó tratando de parecer animada. Al

verlo con Ophie, desvió los ojos enrojecidos hacia Sean, sin reprimir más lágrimas goteando por sus mejillas. En ese instante, precisamente ahí, fue cuando John quiso levantarse y abrazarla con fuerza, intuyendo que tenía destrozado el corazón y con seguridad él había sido el causante. Con una tibia sonrisa, Elizabeth se acercó, y Ophie, como siempre, estiró los brazos para irse con ella. Después cambió a los de su padrino que, a los pocos minutos, le dejó el movido honor a su novia, distraída hablando dicharachera con Elaine; no había rastro de incomodidad o temor en sus gestos.

En unos pocos minutos, Gabriel y Sean acompañaron a su padre al dormitorio de matrimonio, donde ni la impactante perspectiva del jardín ni la piscina con forma de ocho lograron distraer sus ojos de la misma foto, ni que obviaran cruzar una mirada rápida; era el momento de poner a cada uno en su sitio. Después de ayudarlo con la ropa que les pidió: un pantalón vaquero y una camisa blanca, se sentaron en los sillones del rincón sin intención de salir.

—¿Qué os pasa?

Sean se levantó, cogió el marco con la foto sin volver a mirar la cara demasiado alegre de Lilian junto a su padre el día de la boda y se lo entregó. A John se le aceleró la respiración al sostenerlo en las manos y cerró los ojos apretando fuerte; ahí tenía el error que le advertía el subconsciente con insistencia.

—Es tu mujer —dijo Gabriel.

—No, mi mujer es tu madre.

—No —dijo Sean con suavidad—. La dejaste por ella.

—No puede ser verdad.

Intentando recordar, John volvió a mirar la foto, pero sus ojos se enturbiaron impotentes.

—Sí lo es, papá —explicó Gabriel—. Ha sido tu mujer estos últimos diez años.

—¿Dónde está?

Observó serio a dos hombres que no iban a mentirle.

—No lo sabemos —comentó Sean en voz baja—. Ha sacado el dinero que teníais juntos y se ha largado. Coincidimos con ella en el hospital y se puso hecha una fiera cuando vio a mamá, después desapareció.

—Papá, deberías tomar una decisión. —Gabriel habló midiendo las palabras, igual que su hermano, siguiendo los consejos del médico para no alterarlo—. Seguíis casados y no es justo para mamá.

—¿Qué he hecho?

—Eso ya da igual, divórciate. —Sean no pudo evitar el rencor en la voz—. Es mala y nunca te ha querido.

—Llama a mi abogado —dijo mirando severo a Gabriel—. Pídele cita y que lo tramite cuanto antes. No entiendo por qué vuestra madre, si la dejé por otra, está portándose así conmigo. No puedo mirarla a la cara, no la merezco.

Gabriel se levantó y se situó en cuclillas delante de él.

—Porque te quiere. Siempre te ha querido y tú a ella también. Es hora de que volvamos a ser una familia unida, nosotros, contigo y mamá juntos.

John cerró los párpados otra vez y sus hijos salieron, orgullosos al advertir un arrepentimiento obligado para honrar un poco más a Elizabeth. En el salón, un gesto casi imperceptible de Sean hacia ella para entenderse de inmediato.

Discretamente, Elizabeth los dejó. Antes de abrir la puerta de su viejo dormitorio, inspiró hondo. Entró sin llamar para toparse con la huella de otras manos y con lo más valioso: un amor inmenso. El mismo bien arraigado en su corazón con sólidas ramas, esas que lo protegieron de los sentimientos corrosivos que durante años intentaron cortarlas.

John no necesitó levantar la cabeza ni los párpados para saber que era ella; ese olor dulce con notas frescas permanecía clavado en lo más profundo de su alma, igual que unos ojos grises luminosos incapaces de disimular el profundo dolor que aquel infame error causó.

—Perdóname. Cuando te dije en el hospital que nunca te dejé, no tenía ni idea de que me había casado con otra —murmuró agobiado. Elizabeth se acercó con una ligera sonrisa, manteniendo el tipo como era habitual en ella. John le cogió la mano y la besó en el dorso, observándola mientras tragaba despacio. Durante unos segundos buscó las palabras para continuar—. No la recuerdo, en cambio de ti lo recuerdo todo. No sé cómo pasó ni qué relación hemos tenido tú y yo estos años, lo único que sé es que te quiero, no recuerdo haber querido a nadie más y no quiero que estemos separados. Ahora no es un buen momento para mí y entenderé que vuelvas a tu vida, pero, cuando esté recuperado, ten por seguro que te buscaré, te encontraré y volveremos a estar juntos. Tú eres mi esposa, lo has sido siempre y siempre lo serás.

—Antes tienes que ponerte bien —comentó Elizabeth. Consciente de que para continuar debía perdonar; era otra rehabilitación; y después del

accidente tenía claro que era la única manera—. Mientras tanto, me gustaría seguir aquí contigo. Nueva York está muy lejos y estaré más tranquila.

John bajó la cabeza con una pregunta inquietante rondándole, apenas encontró la voz:

—¿En estos años no has conocido a otro?

—No, John —dijo en un murmullo. Negó despacio y le acarició el rostro, viendo al joven economista que la enamoró y, a pesar de todo, llevaba con ella desde entonces; cuando se amaron, porque la pasión desmedida les concedió una inmensa felicidad; y cuando lo odió, porque ocupó todos los rincones de su mente durante años hasta claudicar en el desamor. Escarbando en dos turquesas que nunca supieron engañarla, percibió el brillo de una luz cegadora donde vibraron celos posesivos reclamando otra oportunidad. Aquella que le negó hundida en la mayor traición imaginable. Ahí, con esa punzada directa a su corazón, entendió que él tampoco la había olvidado. «¿Era el momento de volver para ellos?». Sin evitar el recuerdo agrio de la actual señora Drake, siempre bien presente; aunque John la tuviera anulada, Elizabeth se inclinó hacia abajo, le besó la mejilla y habló con el sosiego maduro de un carácter tan orgulloso como sensato—. Organiza tu vida y ya veremos qué pasa.

—No me trates como a un niño —habló herido—. No vuelvas a besarme así. No lo soporto.

—Pues ya sabes... —dijo con ironía. Ese genio Drake y esa fuerte autoestima le ayudarían solo por ahorrarle la compasión. Para terminar de darle donde sabía que aún lo incitaría más, añadió—, cuando quieras besarme como te apetezca, te levantas de esa silla y lo haces. Mientras tanto, te trataré como me dé la gana; no estás para exigencias conmigo.

—Muy bien —replicó serio, con unos azules brillando vanidosos—, lo haré.

—Estaré esperando.

—Gracias. —John volvió a besarle la mano, cansado por la cantidad de emociones que viajaban en una montaña rusa—. Hoy soy muy feliz, os tengo a todos juntos y he conocido a mi nieta. No sé por qué a ella es a la única que no recordaba.

—Porque realmente acabas de conocerla —dijo esbozando una sonrisa breve—. Sean y tú no teníais buena relación antes del accidente. Cuando nació la niña te esperó... —Elizabeth no pudo seguir. Si para Sean fue imperdonable, para ella significó soltar el último eslabón de una cadena

rota por la indiferencia. Esa hiriente decepción echaba por tierra una de las virtudes que más admiraba de él, la única que siempre los uniría—. Es su hija y tú su abuelo, entiéndelo.

—¿No la conocía?

—No. —Elizabeth vio cómo se le humedecieron los ojos, le apretó la mano y dijo—. No te angusties, estoy segura de que no lo decidiste tú. Sé que un par de veces intentaste verla, supongo que estarías solo, pero no coincidisteis en Nueva York. Las cosas han ocurrido así; era vuestro destino conoceros hoy.

—Soy un adulto y no tiene justificación.

—Lo sé, pero debemos convencernos de que esto es un nuevo comienzo para todos. Él está aquí con su mujer y la niña, ha estado con Gabe y Jack todos los días en el hospital, te ha perdonado, haz tú lo mismo y perdónate.

—Lo intentaré, Beth —dijo asintiendo, bajó un segundo los párpados y añadió—. Tenemos unos hijos fantásticos.

En ese día importante, donde Jack entraba en la treintena con toda la familia reunida en el salón, comieron divertidos con las travesuras de Ophie o entretenidos con charlas que eludían temas espinosos.

—¿Con quién sales ahora? —preguntó Sean.

—Ahora mismo con nadie —respondió Jack—. Tengo mis rollos.

—Hasta que se cruce la persona indicada —comentó Sean con un guiño a Elaine—. Tú, espera y verás.

Jack se hizo el despistado. Esa persona ya se cruzó en su vida, y no pudo ser, no quería recordarla; sufrió demasiado al enamorarse como un tonto de la mujer de su hermano.

—Nos gustaría que vinieras con Gabe al cumpleaños de Ophie —dijo Elaine a Claire—. Es dentro de quince días.

—No sé si podré, pero lo intentaré.

Regresar a Nueva York, el último escollo. Gabriel sonrió y colocó una mano en la suya.

—Inténtalo, Claire —añadió Elizabeth—. Me gusta tener a mis hijos juntos, y cualquier ocasión es buena.

—Haré lo que pueda.

Al sentir vibrar el móvil en el bolsillo, Jack frunció el ceño. Cuando vio quién era, rechazó la llamada y trató de centrarse en la conversación con

Gabriel y su padre. Poco después, otra vez. Volvió a ignorarlo. Así, tres veces más, hasta que se levantó con brusquedad de la mesa y se encerró en su habitación. Llamó a Cora, que respondió al primer toque.

—No vuelvas a llamarme —espató Jack furioso—. Déjame en paz.

—Quería felicitarte y preguntarte por tu padre.

—Llama a Gabe y pregúntale a él.

—Quiero hablar contigo, te he echado mucho de menos.

—¿Crees que porque te has divorciado voy a volver a caer?

—No, solo quiero saber que entre tú y yo todo ha terminado.

—Sí, te lo confirmo, no hay nada entre tú y yo —dijo lleno de rabia, para rematarla siguió—. Lo que hubo lo olvidé.

—¿De verdad? —preguntó con un hilo de voz—. No te creo. ¿Por qué estás tan enfadado?

—¿Por qué? —exclamó indignado—. Estaba enamorado de ti, eras la mujer de mi hermano. Has esperado a que él te pidiera el divorcio porque por tú no has sido capaz. —Al decirlo, su cabreo se aceleró—. ¿Por qué crees que me fui?! ¡Por ti! Y no voy a consentir que vuelvas a entrar en mi vida, con una vez tuve bastante.

—He pasado mi propio calvario —murmuró, se tragó las lágrimas—. No podía decirle a Gabe que te amaba. Piensa qué habría pasado. No era justo para nadie.

—Lo habría entendido —habló entre dientes—, y los tres nos habríamos ahorrado vivir amargados.

—Jack, por favor, si es verdad que no me quieres, no te molestaré. Pero si hay una posibilidad para nosotros, no huyas porque esta vez estaré para ti.

—Es tarde, Cordelia, me gusta mi vida, sin ti.

—Me alegro —susurró—. Adiós, Jack.

Colgó destrozada por un rechazo inesperado y resentidas palabras. Tumbada de espaldas en la cama, todas las ilusiones soñadas durante años se disolvieron para hundirla en un océano de lágrimas y desgracias.

Pasados unos minutos, Jack se relajó para volver con los suyos. Compuso la versión divertida que nunca le fallaba; sin olvidar ni un instante la voz rota de Cora resonando en su cabeza. La cicatriz del amor que abandonó, mal curada con relaciones esporádicas, se abrió para sangrar otra vez por ella. Nadie había ocupado el lugar que dejó en su corazón, pero se equivocó al elegirla. El temor a la reacción de Gabriel provocó una huida

repentina, no quería revivirlo; imaginarlo le ponía la piel de gallina.

Recibió varios regalos y una tarta que Ophie quiso probar la primera con un dedito intrépido arrasando con la nata. El gesto y la complicidad con la niña distrajeron esos pensamientos sombríos para que disfrutara de su día, donde primó el buen humor, una excelente comida y la alegría por la recuperación de John.

Gabriel salió con Claire al jardín y durante unos minutos anduvieron de la mano alejándose de la casa. Se pararon bajo un sauce llorón, espeso y viejo.

—El día después del cumpleaños de Ophie es la cena del banco. No te lo había dicho para no inquietarte más, pero me haría muy feliz que me acompañaras.

—Nunca he ido a un acto muy formal y no sé si sabré estar a la altura.

—Siempre estás perfecta. —Gabriel le sostuvo las mejillas entre las manos y la besó pausado, escuchando unos gemidos suaves en su boca que lo llenaron de esperanza—: ¿Vendrás a Nueva York?

—Creo que sí. Es hora de intentarlo.

Animados por las copas que tomaron en la comida y la cena, Gabriel y Claire entraron bromeando en una habitación bastante grande, pintada en una tonalidad clara, el suelo de madera como el resto de la casa, una cama de matrimonio con un diseño moderno, una mesa de estudio y una silla giratoria. Tenía un vestidor, un baño completo y una puerta corredera, por donde se salía al jardín, con una sugerente vista de la piscina iluminada.

Claire se desnudó exhibiendo un conjunto de lencería provocativo que dejaba poco a la imaginación y puso como una piedra a Gabriel. Se aproximó sonriendo seductora, con el balanceo de caderas que convertía al banquero en un cavernícola, y preguntó casi rozándole la boca:

—¿Te gusta?

—Me has dejado muerto. —Gabriel colocó las manos en las caderas femeninas, inclinó la cabeza hacia abajo y la besó en los labios. Luego, recorrió con un dedo la tela casi transparente que cubría sus pechos, con la vista clavada en los pezones sonrosados que pedían a gritos atención, y murmuró—. Esto no tiene nada que ver con tus braguitas blancas.

—No es para diario. —Claire se retiró un poco, ajena a la tensión de Gabriel, que necesitaba empezar a saborearla—. Pero hoy es un día especial —dijo con un brillo lujurioso en los ojos. Empezó a desabrocharle los

botones de la camisa, recorrió con las manos un abdomen lleno de músculos insinuados y subió hasta los hombros para quitársela. Besó su pecho y susurró—. Esta noche es para ti.

Después de bajarle los pantalones, acarició el pene por encima de los bóxers. Cuando lo dejó completamente desnudo, rodeó con una mano su miembro y con la otra los testículos.

—No voy a soportarlo —murmuró Gabriel pegando la frente a suya—. No tienes que hacerlo.

—Lo sé. —Claire se arrodilló—. Pero quiero probarte.

El simple roce de sus labios en el glande sobresaltó a Gabriel, que aguantó la respiración; había conseguido sorprenderlo de la mejor manera. Claire levantó la vista, buscó su aprobación. Encontró unos ojos plateados brillando tan excitados que no necesitó palabras. Dejó aflorar su instinto y lamió despacio, satisfecha por unos gemidos que sugerían mucho placer. Se volvió más audaz y lo atrapó en la profundidad de la boca, una vez, otra, y otra más... El movimiento de las caderas masculinas la empujaba a acelerar el ritmo que los dos necesitaban demasiado. Gabriel solo podía sentir unas sensaciones maravillosas con la única opción de perderse en la lujuria.

—Voy a correrme —dijo jadeando.

Claire se retiró, impregnada de un aroma que formaba ya parte de ella mientras notaba cómo se tensaban los músculos de unas recias piernas.

—Joder —exclamó Gabriel resollando.

En cuanto volvió al mundo, se arrodilló y la abrazó con fuerza unos minutos. La llevó en brazos a la cama y le quitó la ropa interior de encaje, necesitando vía libre para otro asalto de pasión inagotable. Le besó los pálidos hombros, el sedoso cuello esbelto y acabó arrasando su boca con la lengua; directo al néctar, al éxtasis de una unión más profunda cuanto más se amaban, conocían y respetaban.

QUINCE

*San Juan de Terranova, 23-6-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Aprovechando el buen tiempo decidieron visitar Spaniard's Bay, una pequeña ciudad que fundaron pescadores vascos en el siglo XVI, situada a una hora de San Juan. Gabriel había alquilado un barco con la intención de navegar y comer por la bahía.

Antes de salir fueron al centro y aparcaron cerca del supermercado para comprar el pan, que por ser sábado les tocaba a ellos. Eloise y Ethel con los nuevos horarios tenían libres los fines de semana completos. Iban andando de la mano cuando Claire vio a la morena que saludó a Gabriel en el partido de hockey. La mujer cruzó la acera a paso rápido y llegó hasta ellos con una sonrisa, que se torció al bajar la vista hacia los dedos entrelazados.

—Hola, Gabriel.

Saludó ignorando por completo a Claire.

—Hola —dijo serio. No se alegró al verla, le molestó en abril, y que, en ese momento, lo besara en las mejillas sin quitarle la mano del pecho delante de Claire tampoco le gustó nada. Para una vez que había tenido un escarceo cada pocos meses la veía para recordárselo. Notó cómo Claire intentó zafarse, pero apretó la mano con más fuerza y no permitió que se moviera. Por cortesía preguntó—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Tenía ganas de verte y charlar un rato contigo.

Claire giró la cabeza más interesada en el tráfico.

—Lo siento, pero estoy muy liado.

—Siempre dices lo mismo.

—Será porque es cierto —dijo Gabriel cortante—. Bueno, que te vaya bien.

—Igualmente —dijo Cybill. Al percibir el despiste de Claire, guiñó un ojo y sin sonidos articuló—. «Llámame».

Gabriel, que se limitó a elevar las cejas, asumió que ese tipo de relaciones no eran lo suyo; llevaba bien sujeta la única que deseaba. Siguieron andando sin mediar palabra, cada uno atosigado por sus pensamientos. Los de Claire eran desalentadores porque concluyó que, aparte de la cena, Gabriel había mantenido relaciones sexuales con Cybill. Se

amargó al suponer el número incontable de mujeres que conocería en sus constantes viajes laborales, todas sin reparos en satisfacerlo. El banquero intuyó por dónde iba la mente de su novia, aunque prefirió no aclararle nada en la calle.

Dentro del supermercado la apatía invadió a Claire, no objetó nada a la compra y contestó con monosílabos todas las preguntas que le hizo; fue un abandono temporal del mundo, se encerró en sí misma y no quiso salir.

Pocos minutos después, Gabriel abrió el maletero del todoterreno y guardó las bolsas, a la vez, Claire se sentó y abrochó el cinturón de seguridad. En cuanto arrancó, por escuchar de nuevo su voz, sin contener la frustración, preguntó:

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Debería?

—No.

—Entonces no, no estoy enfadada contigo.

—La chica que me ha saludado es Cybill.

—No te he preguntado su nombre, no me interesa.

—Nos conocimos en el hotel, cenamos juntos.

Claire lo miró de forma suspicaz, con una sonrisa cínica.

—Es la segunda vez que la veo y la segunda vez que me cuentas lo mismo, y las dos veces has obviado que os habéis acostado. No me interesan los detalles, no quiero oírlos y no quiero saber nada de ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Desde luego...

Resopló y se centró en el paisaje de la costa. Vio pequeñas bahías formando lagunas donde bandadas de patos anidaban, unas zonas de recreo para visitantes con paneles informativos sobre diferentes especies de flora y fauna, y una “uve” ruidosa en el cielo con una formación de gansos recién llegados al punto de reunificación anual antes de buscar sitios más cálidos para pasar el duro invierno.

—No nos conocíamos —dijo Gabriel, harto de silencio—. Fue solo una vez.

—Te lo he dicho, no me lo cuentes.

—Quiero aclararlo, nunca te he sido infiel.

—Muy bien. Ni yo.

Gabriel tenía muy presente esa negación. Tampoco pretendía ensombrecer con desconfianza su comportamiento. Si le había sido fiel a

Cora aun sin amarla, con ella no se planteaba estar con otra; no lo necesitaba y, por supuesto, no lo deseaba.

—Te quiero mucho y me duele que dudes de mí.

—No lo hago, pero me es difícil aceptar que siempre tendrás mujeres a tu disposición sin problemas para darte lo que les pidas.

—Me estás ofendiendo porque das por hecho que para mí es algo habitual, cuando no lo es.

—No soy idiota, he visto cómo te ha mirado. Si te ha puesto la mano en el pecho delante de mí, ¿qué no hará estando a solas contigo?

—No va a hacer nada porque no vamos a estar a solas.

—No con ella, pero habrá otras, en otras ciudades donde yo no estaré.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—En cierto modo, sí. Estarás solo y la soledad puede conllevar a cualquier situación.

—No va a pasar porque no quiero y puedes venirte conmigo para remediarlo. —Gabriel se enfadó y usó un tono más severo—. Pero si estuviera solo y no pudiera resistirlo, cosa que dudo, tengo manos para consolarme. —Sonrió irónico. Claire no esperaba esa declaración de intenciones y apretó los labios, aunque al imaginárselo acabó por soltar una carcajada. Todavía molesto, giró la cabeza y preguntó—. ¿De qué te ríes?

—De ti. Me ha hecho gracia tu confesión.

—Es la verdad. Contigo voy sobrado y no he necesitado masturbarme, pero no lo descarto en mis solitarias noches de hotel, aunque para tu información te diré que serías la protagonista de las tórridas imágenes de mi pervertida mente.

—No sabía que eras un pervertido, te tenía por un banquero educado.

—Puedo ser las dos cosas.

Bromeando se relajaron y volvieron a centrarse en ellos, dejando a un lado presencias inútiles que no les aportaban nada. Cuando llegaron a Spaniard's Bay se dirigieron al pequeño puerto donde los esperaba el patrón del barco. Con un saludo cordial, el hombre los guió por el muelle hasta un velero blanco de veinte metros de eslora, antiguo pero reluciente.

El viento no se presentó y no quedó otro remedio que navegar con el ruido estridente y artificial del motor, compensado con un sol agradable, acompañado de una temperatura cálida. Conocieron la historia de Bernard Drake, un capitán de la reina Isabel I que llegó a esas costas y quizá fue pariente de *sir* Francis Drake, posiblemente uno de los mejores marinos del

mundo, comparable a Colón o Magallanes. De hecho, llevaba su apellido el paso más tormentoso del planeta, entre Tierra del Fuego y la Antártida, limitando al este con el mar del Scotia. Fueron solo nombres, pero producían vértigo por tanta coincidencia. Escucharon con curiosidad las explicaciones del patrón, ya que ambos navegantes procedían de Devon, al igual que la familia de John, pero como los recuerdos de Gabriel se perdían en sus bisabuelos se conformó con sentirse orgullo por llamarse como ellos.

Después de observar a pocos metros algunos icebergs vagando arrastrados por las corrientes, fondearon en una cala rodeada de una playa con una colonia de focas. El patrón se despidió con la promesa de regresar en unas horas, se subió en la moto acuática que había sobre una plataforma en la popa y volvió al pequeño puerto pesquero de Spaniard's Bay.

Sin darse cuenta, cuando Claire dejó visible un biquini negro minúsculo y se colocó un sombrero de paja, provocó un ligero traspies en Gabriel, que preparaba la mesa para comer en la cubierta.

—¿No has traído el bañador?

—Sí, lo llevo puesto.

—¿Y a qué esperas?

Carraspeó y bajó la vista hacia la bragueta de sus vaqueros.

—Vamos a comer primero.

Atenta a ese punto, Claire sonrió al notar un abultamiento excesivo.

—No tienes aguante.

—Eres muy observadora, después te demuestro lo que resisto.

—¿Aquí? ¿Y si vuelve y no lo oímos?

—Viene en moto, seguro que nos damos cuenta.

—No apostaré, pero tú verás.

—Vamos a comer. —Gabriel sirvió el vino y abordó el tema que más le preocupaba e intuía Claire trataba de ignorar: el viaje a Nueva York, del que no había vuelto a mencionar nada—. He estado mirando vuelos, hay uno el viernes a las doce y otro el sábado a las ocho, ¿cuál prefieres?

Claire cogió la copa y bebió mirándolo a los ojos. Quería ir con él; en cambio, era incapaz de controlar la ansiedad.

—El viernes.

—Vale —admitió, percibiendo sus nervios—. Todo va a ir bien, no le des muchas vueltas. ¿Quieres que reserve hotel o nos quedamos en casa de mi madre?

—Me da igual.

—Recuerda llevarte un vestido de noche, la cena es de etiqueta.

—Lo tenía presente, no te preocupes. ¿Irás tu exmujer?

—Supongo. Vienen ejecutivos de todos los países donde tenemos sucursales. Será el primer año que mi padre no asista desde que fue nombrado presidente.

—Tiene un motivo de peso —comentó seria.

—Claire, quiero que vengas porque te necesito a mi lado y porque sé que necesitas volver; es la única manera de olvidar. Tienes que enfrentarte a tus miedos.

—Es fácil decirlo, pero cada vez que lo pienso se me paraliza el cuerpo —comentó sin conseguir alejar los gritos y el dolor de su recuerdo. No solo regresó allí, también empezó a machacarse con los remordimientos y la parte de aquel día que Gabriel todavía no conocía. Pensó en sacar otra vez el tema, pero estaban tranquilos y solo conseguiría arruinarle una salida planeada con mucha ilusión. Claire sonrió despacio—. Lo siento, cariño, pero me aterra esa ciudad, no puedo evitarlo.

—Lo sé. Te prometo que no voy a dejarte sola en ningún momento.

Asintió con una mirada ausente, sopesando acudir a Poline para que le diera algunas pautas que la ayudasen antes de volver. Ajeno a ese lío mental, Gabriel se explayó hablando de compras o con anécdotas divertidas de la infancia, nunca se cansaba de hacerla reír; era una máxima que procuraba cumplir a rajatabla.

Luego, cuando terminaron, buscó en una de las bolsas las copas de plástico y sacó una botella de champán, que dentro de la limitada oferta del supermercado fue la menos mala.

—No esperes mucho —dijo, descorchándola—. A ver si en Nueva York me acuerdo y compro algunas para tenerlas en casa, porque si no voy a morirme de asco.

—Tienes unos gustos muy exquisitos.

—No es eso, pero para dos veces al año que bebo champán me gusta que esté en condiciones.

—Haz lo mismo que con el vino y tus chorradas, cómpralo por Internet.

Claire lo observó sonriendo y bebió; llegados a un punto no distinguía esa excelencia tan importante para él.

—Ríete, pero bien que las usas.

—Porque me gusta el olor y es una forma de tenerte conmigo todo el

día.

El ego de Gabriel alcanzó una altura que indicaba un gran golpe que no deseaba darse solo, con ese biquini llevaba mucho rato empalmado y había llegado el momento de ver qué ocultaba. Se levantó y se bajó el pantalón, enseñando un bañador azul marino con rayas blancas que disparó las ganas de Claire por acariciar ese abultamiento. Se mojó los labios con la lengua e intentó disimular bebiendo, pero al levantar los ojos vio la lujuria brillando impaciente en Gabriel.

—Ven.

Le tendió la mano y la llevó a una de las dos hamacas de lona que había en la proa, donde se confundían los azules en unas vistas frías aunque el sol calentase. Gabriel se sentó en el borde, con Claire en el regazo, la besó en los labios despacio, lleno de ternura y sensualidad hasta detener el tiempo en otro instante precioso que los desconectó del mundo. Deslizó las manos con unas palmas seguras por su vientre, bajándole las braguitas del biquini para poder acariciarla con comodidad.

—Espero que no vuelva antes de la hora que nos ha dicho.

Claire habló tensa.

—No lo pienses.

Mientras volvió a besarla, le desabrochó el sujetador e introdujo una mano entre sus muslos; con la otra apresó un seno, alternando fuerza con suavidad; siempre con el toque adecuado para que anhelara el miembro rígido que empujaba bajo sus nalgas.

En unos minutos, Claire se encontró aislada en un gélido océano, rodeada por la excitación de un cuerpo ardiente igual de necesitado que el de ella.

—Por favor, cariño —susurró respirando alterada—, bájate el bañador.

—Primero quiero probarte —dijo, dándole besos cortos en la barbilla, moviendo la mano con precisión en el núcleo nervioso que conocía y adoraba—. Me pierde tu sabor. —Gabriel la bajó de su regazo, a sabiendas que estaba dejándola a medias. Sonrió de forma perversa al verla pudorosa cubrirse los pechos y la entrepierna—. No hay nadie, relájate.

—Tú estás con el bañador.

—Y tú estás preciosa.

La abrazó, colocó las manos en sus nalgas y se frotó con descaro. Le besó la boca, el cuello y acabó turnándose los senos con una lengua que la

devoraba inagotable y mordía con suavidad los pezones tirando de ellos. Tras saciarse unos minutos, la tumbó en la hamaca y, arrodillado delante sentado en los talones, la deslizó hasta colocarla a pocos centímetros de él. Incluyó el cuerpo hacia delante y hundió la cabeza en su sexo, dejando una oleada de humedad que aturdió a Claire entre gemidos involuntarios. Allí expuesta, olvidó molestas interrupciones y todo quedó relegado al hombre que, dedicado a darle un orgasmo en aquella cubierta y con todo en contra, había conseguido revivirla.

—Te quiero —jadeó Claire.

Gabriel apenas la escuchó, sabía que estaba muy cerca. Poco después, en cuanto sintió vibrar el anillo de músculos que quería apresar, se retiró para contemplar inmóvil el arco perfecto entre la cabeza y los pies que había esculpido en su novia. La admiró, sin palabras; no hacían falta cuando uno tenía delante la belleza de una obra de arte.

Con la respiración acelerada, cayó Claire abatida en la hamaca, no notó la mirada cargada de sensualidad de unos ojos plateados fijos en sus pezones porque todo su campo de visión quedó colapsado por el cuerpo grande y viril de Gabriel. Se deslizó sobre ella, recorriendo sosegado sus costados; otra vez usando la magia de unas manos tan grandes como sutiles. Impaciente, Claire le tiró hacia abajo del bañador para acariciar las curvas firmes de unas nalgas que incitaban la urgencia por tenerlo dentro. En un segundo la solidez entre ellos; dulces roces y embates constantes en una lenta cadencia, que volvió a enseñarles la satisfacción de un placer inmenso envueltos en el ruido disperso de las olas, susurros y una brisa fresca. En aquel barco, traspasó Claire otro límite imposible: hacer el amor a plena luz del día, pudiendo ser descubiertos, poniendo toda su confianza en Gabriel mientras empujaba con fuerza. Aparte de sentirse más viva que nunca, le dio el coraje necesario para enfrentarse a su última gran barrera. Volvería a la ciudad que odiaba y temía a partes iguales, siempre presente en esas horribles pesadillas que gracias a él parecían olvidarse de sus sueños.

Dos días después acordaron el precio por la casa. Gabriel pagó un millón y medio de dólares a Claire ante el notario de San Juan que solía trabajar con el banco y Boreal Róis pasó oficialmente a ser de los dos. La alegría de Claire quedó eclipsada por el desasosiego irracional que conforme se acercaba el fin de semana se apoderó de su mente. Pese a que durante algunos días creyó que no la necesitaría, concertó una cita con la doctora

Stamps sin comentárselo a nadie.

Por la tarde llegó Gabriel del trabajo y no sospechó nada cuando Ethel y Eloise le dijeron que estaba comprando un vestido para la fiesta. Tras una ducha revitalizante, se vistió con el chándal azul. Reapareció en la cocina, abrió la nevera y sacó uno de los envases al vacío con jamón serrano. Formando una espiral, colocó un buen número de lonchas. Satisfecho con su creación artística, lo llevó a la mesa. Ethel, que sacó una botella de vino tinto, cortó varias rebanadas de pan para agilizarle un momento de gloria que no perdonaba ningún día. Relajado, masticando un bocado exquisito, preguntó:

—¿Ha ido al Avalon?

—Supongo —dijo Ethel—, aquí no hay más oferta.

—¿La veis bien?

—Está un poco nerviosa. —Eloise habló llevando al cuarto de la colada la tabla de planchar, que sacaba a la cocina para realizar la tarea viendo la televisión o charlando con su hermana—. Hoy ha salido corriendo y ha vuelto dos veces; creo que esa cena la tiene desquiciada.

—Espero que haya encontrado algo —dijo Ethel con una sonrisilla—. Porque como se ponga exigente y vuelva con las manos vacías no va haber quien la aguante, y tú serás el damnificado.

Gabriel afirmó con la boca impregnada de un sabor agradable que le ayudó a no pensar; las dos creían que la gala anual era el motivo de esa ansiedad y no las sacó del error.

Una vez se quedó solo, trabajó durante un par de horas en la habitación urticante de Claire, un lugar cómodo desde que él empezó a llevar la contabilidad, y, luego, mientras la esperaba, subió a la primera planta, donde se entretuvo soñando con una biblioteca dentro de un gran despacho, una habitación de juegos, una sala de estar, y una sorpresa: un estudio de fotografía. Hizo fotos con el móvil a todos los dormitorios para enviárselas al equipo de diseño que remodelaba las sucursales del banco. Tenía amistad con Daniel Larson, uno de los arquitectos, y quería encargarle un proyecto para adaptar la casa al nuevo y exclusivo uso que querían darle. Aunque debía hablarlo con Claire, escribió un e-mail adjuntando las fotografías para que tuviera una idea de los espacios.

Extrañado por la hora, echó un vistazo al reloj y volvió a la cocina. El comportamiento de Claire no animaba a la confianza. La llamó al móvil, pero desistió al tercer intento. Se sentó en la mesa y rellenó la copa de vino, pensando en el dolor que los actos de algunas personas podían acarrear a

otras e incluso condicionarlas de por vida. Cuando escuchó la puerta unos minutos más tarde, se levantó veloz y salió al vestíbulo.

Claire mostró una débil sonrisa acercándose, pero sus ojos no le engañaron; sabía cuando aquellos verdes brillaban de alegría y también, como en ese instante, de tristeza.

—Hola, cariño. —Gabriel la besó en los labios y la rodeó en un abrazo protector—. ¿Dónde estabas?

Claire apoyó la cabeza en su pecho.

—He ido a ver a Poli.

—¿Estás bien? —preguntó separándola de su cuerpo. La sujetó por los hombros y, mirándola con ternura, dijo—. ¿Quieres que hablemos?

—¿Me invitas a tu jamón?

—Por supuesto, vamos a tener que destinar un gasto fijo para tener siempre.

Claire sonrió, entró en la cocina cogida a su mano y esperó sentada en la mesa que le sirviera una copa de vino.

—La verdad es que está muy bueno —comentó tras comer jamón.

—Dímelo a mí. —Risueño, Gabriel se tocó el estómago, se sentó enfrente y más serio preguntó—. ¿Qué te ha dicho?

—Bueno, sobre todo que no lo vea como un regreso. Cree que debo enfocarlo como si fuese la primera vez. Dice que me centre en ti.

Gabriel bebió sonriente, aprobando las palabras de la doctora Stamps.

—Esa mujer sabe de qué habla. —Con una sonrisa seductora, añadió—: Podías empezar a centrarte en mí ahora, no me importa.

—Lo imagino. —Claire rió contenta, él tenía el poder de alejar el miedo, no así el cansancio por la falta de sueño—. Pero necesito tomar un baño caliente, estoy agotada.

—Intenta no agobiarte. No voy a dejar que te suceda nada malo ¿de acuerdo? —Gabriel levantó su mano, besó el dorso y amable comentó—. Prepararé la cena. Ethel ha dejado pescado en salsa. Si quieres, hago también una ensalada.

—Perfecto —dijo, bromeó—. Ten cuidado al calentarlo si vas a usar el microondas.

—Gracias por la advertencia —replicó sonriendo, sin molestarse—. ¿Has encontrado algún vestido?

—Sí, tienen que arreglármelo, pero se han comprometido a tenerlo listo mañana por la tarde. Espero haber elegido bien.

—Confío plenamente en ti.

Con una conversación amena terminaron entero el plato y las copas de vino. Claire fue al dormitorio, entró en el baño y abrió el grifo de la bañera ajustando la temperatura. Se quitó la falda, la camisa y los zapatos. En ropa interior, se sentó en el borde de la bañera y metió con suavidad una mano en el agua, un leve movimiento, sintiendo cómo se escapaba entre los dedos.

Gabriel, que necesitaba una tirita, abrió la puerta y se quedó inmóvil delante de un cuerpo semidesnudo precioso incluso con esas sencillas prendas de algodón blanco. Una visión perfecta con una reacción automática.

—¿Aún no has empezado?

—No. ¿Qué te ha pasado?

Ocultaba la mano izquierda de manera sospechosa.

—Nada, no te preocupes.

—Enséñamela.

—No. —Gabriel tenía un orgullo marcado, pero, aun así admitía su torpeza en la cocina; aunque reconocer casi a diario un percance estaba haciendo mella en una autoestima casera que no ofrecía garantías—. Es una chorrada.

—¿Quieres meterte conmigo?

Sin apartar los ojos de los suyos, Claire se levantó, acarició los músculos de un torso que nunca se cansaba de tocar y unió sus labios en un beso suave. Lentas incursiones de dos lenguas mientras unas manos grandes y posesivas aferraban sus cuerpos; encajándolos con naturalidad. Minutos después, Gabriel se sentó en la bañera con Claire entre las piernas. Ella dejó caer la cabeza en el pecho masculino, relajada por el sinuoso camino mojado de espuma que trazaban las yemas de unos dedos suaves en sus brazos, costados o cualquier otro rincón de su cuerpo; los conocía todos. Sin prisas, tomándose su tiempo, Gabriel la enjabonó distrayéndose con unos senos que lavó a conciencia. Con tiernas caricias consiguió que olvidara inquietudes bajo la calma de unas manos que sabían confortarla con mimos igual que excitarla con pasión.

Salieron cuando el agua empezó a enfriarse. Gabriel se vistió con la parte baja de un pijama negro y Claire con un camisón corto de color blanco. Luego cenaron, sin volver a hablar del viaje, comentando las nuevas reformas que significaban un despilfarro de dinero y también el principio de la creación del hogar que los dos soñaban. Tendrían sus espacios individuales, otros que llenarían con las visitas de los Drake y el que más ilusión les hacía:

la habitación Sur, la que sería de su hijo; ese proyecto en común deseado y buscado con entusiasmo que estaba haciéndose de rogar.

El viernes por la tarde aterrizaron en Nueva York rodeados por un tumulto de personas perfecto para distraer la mente de Claire, que percibió más reservado de lo que acostumbraba a Jack cuando los saludó al recogerlos en el aeropuerto. En el trayecto hasta el ático, atendió a la conversación de Jack con Gabriel. No se fijó en la ciudad; había sido una larga ausencia y era el incumplimiento de una promesa. ¿Sería un error?, ¿o al fin se liberaría de su culpa?

Al llegar a la Avenida Ámsterdam, sacaron el equipaje y se despidieron hasta el día siguiente. Atravesaron un vestíbulo lujoso con un suelo impoluto de mármol blanco, dos lámparas de cristal en unos techos altísimos con luces indirectas, unas plantas naturales en los rincones, y un mostrador de madera donde había dos conserjes uniformados. Tras un breve saludo, anunciaron a Gabriel la llegada unas horas antes de sus padres. A los pocos minutos subieron en el ascensor.

—Qué raro, mi madre me dijo que no iban a venir.

—Mírale el lado positivo, si están aquí es porque tu padre se encuentra mucho mejor.

—Supongo, ya te dije que nunca se había perdido esta cena.

—La verdad es que está recuperándose muy rápido. Creo que estar con tu madre es su mejor incentivo. Me da que pronto os van a dar una sorpresa.

—¿Otro hermanito? —preguntó risueño.

—Lo dudo, pero nunca se sabe. Cosas más increíbles se han visto.

—Mírate a ti, estás aquí.

—Gracias. —Claire se acercó y le dio un besito en los labios—. Sin ti no habría vuelto jamás. Aunque he de reconocer que apenas he mirado por la ventanilla.

—Poco a poco. —Gabriel sujetó su cara entre las manos y volvió a besarla, en la frente—. Luego podemos dar una vuelta.

—Estoy segura de que serías capaz de convencerme para ir al fin del mundo.

—Cariño, vivimos en él.

—¿Echas de menos Quebec?

—Algunas cosas —respondió sonriendo, Gabriel dejó los brazos en la

cintura de Claire y balanceó las caderas—, pero soy muy feliz contigo y me encanta nuestra casa.

—Y a mí —dijo risueña—. Además, el contratista va a hacernos la ola, somos sus mejores clientes, y la pena es que nadie ha podido disfrutar de ese trabajo.

—No te preocupes, mis padres tienen ganas de venir, y Sean también, como mínimo tres de los dormitorios sí van a usarse.

En el rellano del ático solo había otra puerta aparte de la de Elizabeth. Al momento de tocar al timbre, una señora de mediana edad abrió. Tenía unas marcadas facciones latinas, llevaba el pelo recogido en un moño y un uniforme rosa pálido con un delantal blanco. Gabriel no la conocía, se presentó, e inmediatamente la mujer se apartó, y entraron.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

Claire abrió los ojos de par en par al escucharlo.

—Dos semanas —dijo con una sonrisa simpática—. Habla muy bien español.

—Me alegro de tener a alguien con quien poder practicar.

—Será un placer para mí —reconoció contenta—. A su madre también le gusta.

—¿Cómo te llamas?

—Amelia Medina, señor.

—Por favor, llámame Gabriel y de tú. ¿De dónde eres?

—De Medellín, Colombia.

—No he estado, pero creo que es un país precioso.

—Sí, muy bonito, tenemos de todo.

Claire no entendía una palabra y los dejó para buscar a Elizabeth. El salón era grande, tenía el suelo de madera oscura, las altas paredes pintadas en un tono claro, unos muebles clásicos, y unos ventanales, que daban a la terraza, por donde se colaba la luz anaranjada de la tarde con diferentes ángulos, creando un circuito de rayos luminosos como si fuera un bosque mágico.

En el dormitorio de matrimonio, después de que Elizabeth lo ayudó a vestirse, John esperaba sentado en la cama que terminara de ducharse. Solo le dejó la tarea de abrocharse los cordones de los zapatos. Fue un gran esfuerzo inclinarse y llegar a los pies; pero lo consiguió y recibió una punzada de satisfacción por sus progresos. Se levantó y, tras un instante de duda, se dirigió inseguro al baño. Quería compartirlo con ella, aun sabiendo que se

enfadaría por no estar presente y arriesgarse a una caída.

—Beth —dijo John, abriendo la puerta. De repente olvidó la facultad del habla, se quedó parado sin entrar mientras Elizabeth, envuelta en una toalla ocultando una pequeña porción de su cuerpo, se peinaba frente al espejo. A los cincuenta y seis años seguía siendo muy bella, estaba en tan buena forma física que parecía mucho más joven. Tenía los muslos delgados, la piel bronceada, y un cuello esbelto que, acorde a su edad, mostraba el paso del tiempo; ese que para él se había detenido contemplando por primera vez la madurez real de una mujer: Elizabeth Drake, su esposa—. Eres preciosa. Siempre lo has sido, pero ahora estás insuperable.

—Estoy terminando —dijo echándole un vistazo rápido, disimulando al peinarse. También seguía siendo muy atractivo, tenía el pelo plagado de canas, pocas arrugas gracias a una buena genética, y recuperaba por días la musculatura, que con el polo negro que vestía marcaba bíceps, insinuando que pronto volvería a tener la robustez heredada por sus hijos. Ahí estaban. Había llegado andando, conocía esos ojos que la recorrieron con lentitud, y la nitidez que vio en ellos era tan clara como las intenciones que traía. Era ridículo, ya que estuvieron casados más de veinticinco años, pero en ese momento retrocedió a la primera vez con él, el único hombre que la había visto desnuda, con quien perdió la virginidad siendo muy joven y el único que había amado con locura, sin complejos ni límites. Trató de sonar severa para no dar pie a una situación que la intimidaba—. Hazme el favor de no volver a andar si no hay nadie contigo.

John no se dejó influenciar por esas palabras, le sujetó por detrás las caderas y la miró a través del espejo, percibiendo el escalofrío de su piel supo que estaba nerviosa; la conocía; de los dos, siempre fue él quien llevó la iniciativa en el sexo y al parecer debía seguir haciéndolo.

—Mi amor —susurró besándole el hombro—. Vuelve conmigo.

—Divórciate primero.

—Firmaré los papeles la semana que viene.

Ascendió con sus caricias hasta el borde de la toalla.

—Por favor, John, no.

Elizabeth se sentía insegura, no podía competir con el cuerpo de Lilian, no quería decepcionarlo y no contaba con su impaciencia.

—¿Qué te preocupa?

—Todo. Ha pasado mucho tiempo y no sé si será lo que esperas.

John la cogió de la mano y se sentó en una silla antigua que formaba

parte de un tocador del siglo XVIII. Tuvo que tirar de ella; estaba peor de lo que supuso. Volver a sentirla en el regazo, olerla y abrazarla, hizo más por su cuerpo que las semanas de rehabilitación; siempre tuvo la cualidad de empujarlo para que mejorara y no se detuviera ante los retos, cuando alcanzaba uno, lo motivaba para buscar el siguiente; gracias a ella consiguió sobresalir en el banco, por ella tenía la presidencia y a ella le debía ser quien era. Esa mujer que conoció a los veintidós, que abandonó una carrera brillante para tener a Gabriel y con quien lo había compartido todo, temblaba en sus brazos sin ser consciente del poder que tenía sobre él—. Me dijiste que cuando quisiera besarte como me apeteciera estarías esperando.

—Lo sé.

Tragó despacio, como una quinceañera ante un primer beso.

—¿Puedo?

John recorrió con un dedo el perfil de sus labios, sin apartar los ojos de los suyos.

—Nunca me habías pedido permiso.

—He cambiado, ahora soy infinitamente mejor.

Elizabeth sonrió por esa arrogancia, que derrochaba cuando estaban a solas con la única intención de hacerla reír; nunca había sido soberbio; al contrario, con ella y sus hijos siempre fue cariñoso, sin demostrar la autoridad que exhibía en el trabajo.

Cuando sus labios volvieron a rozarse, los dos cerraron los ojos dejando que las sensaciones que nunca olvidaron recordaran de inmediato el placer de sentir sus lenguas; sin edad ni pasado; otra vez John y Beth, una pareja que unía sus destinos. Con ternura se impregnó de su mujer, aumentando las ganas de ella, haciéndolo reaccionar como nadie; nunca tuvo rival, y ahí, cobijada entre sus brazos, John deseó terminar la vida a su lado; no podía ser de otra manera; sin ella dejaba de existir.

En la sala de estar, Gabriel encontró a Claire con un marco de fotos en la mano.

—¿Y mis padres?

—Ni idea —respondió con un gesto despreocupado—. Me encanta esta foto —dijo mostrándole la foto donde estaban él y sus hermanos de niños, con unos monos de esquiar amarillos tumbados en la nieve, los tres reían felices formando una estrella con los cuerpos—. Voy a decirle a tu madre que me haga una copia.

—Nos la hizo mi padre en Stoneham, íbamos todos los fines de

semana, yo tendría nueve o diez años.

—Estáis muy graciosos, menudas caras de pillos.

—Nosotros y mi padre sí —comentó sonriendo—, pero mi madre tenía un cabreo enorme porque llevábamos tirados en la nieve más de una hora.

Gabriel la agarró de la mano y la guió hacia el dormitorio de Elizabeth. Llamó a la puerta, pero al no obtener ninguna respuesta, con un gesto extrañado, abrió y entraron. Un ligero gemido los dejó inmóviles a unos metros de la puerta entreabierta del baño, cruzaron unas miradas risueñas viendo lo mismo. Dos sonrisas avergonzadas acompañaron sus pasos hacia atrás sin hacer ruido. No quisieron interrumpir un apasionado beso que no esperaban presenciar, aunque a ninguno sorprendió; sabían que seguían amándose.

—¿Nos habrán visto? —preguntó Claire al entrar en el dormitorio de invitados.

—Imposible. —Gabriel imitó a su padre y se sentó en la cama con Claire en las piernas—. Estaban demasiado ocupados.

—¿Te alegras?

—Sí —dijo Gabriel con un beso en los labios—. Mucho.

—A ver si resuelven sus problemas y Lilian no se entromete entre ellos.

—Mi padre firma el acuerdo la semana que viene. Lilian se conforma con un millón de dólares. Le exigió la mitad de su patrimonio, pero la maniobra de sacar el dinero del banco le ha hecho perder cualquier opción para negociar algo más beneficioso.

—¿Vendrá a firmar?

—Si quiere el dinero, lo hará. No te preocupes, ese día será puntual.

—Me dan pena las personas así. No sé cómo alguien puede estar con otra solo por un interés económico, es denigrante.

—Cariño, no todas las mujeres piensan como tú.

—Lo sé, pero por suerte sí la mayoría.

—Menos mal —replicó con un beso más largo, más lento y excitante—. Si no paramos ahora no vamos a salir de aquí.

—No creo que a tus padres les importe mucho —añadió con ironía.

—Déjalos que disfruten. ¿Quieres que vayamos de compras?

—¿Para mí o para ti?

Claire no reprimió la burla, sabía que Nueva York era un paraíso de

consumo para él.

—Para los dos.

Pasaron el resto de la tarde recorriendo zapaterías. Aunque Gabriel se probó varios pares de zapatos solo compró unos mocasines negros y unas deportivas para correr. Sin embargo, renovó todo el calzado de Claire. Unos modelos le gustaron, otros los aceptó para darle el gusto, viendo el entusiasmo que mostró cuando se los fue probando, también porque gracias a él disfrutaba de una situación económica desahogada y no le pesaron los miles de dólares que se esfumaron como ceniza en el aire después de quemar la tarjeta de crédito.

Entraron también en una tienda infantil y eligieron una osa de peluche con las pestañas larguísimas y una sonrisa contagiosa. Ellos mismos rellenaron el cuerpo con unas perlitas blancas como copos de nieve en una máquina de aire mientras rieron divertidos, le añadieron en el interior un pequeño corazón rojo que latía al apretar un botón colocado en su pecho y la vistieron con un traje de ballet en color rosa. También le compraron varios collares con olor a fresa y, por último, la bautizaron con el nombre de Sophie antes de introducirla en su nueva casa de cartón. Todo quedó avalado en un certificado colorido donde se acreditaba a Ophelia Drake como su propietaria.

Esa noche cenaron con Elizabeth y John, que no pudieron ocultar ciertas miradas cómplices, comportándose amigables, sin dar más muestras de afecto; aunque Gabriel las buscó constantemente, mientras Claire se limitó a responder cuando alguno se dirigió a ella; el resto del tiempo que compartieron, estuvo inmersa en sus cavilaciones.

Con la ilusión del primer cumpleaños de Ophie, Sean y Elaine decoraron la casa con globos de colores, corazones brillantes y golosinas enormes colgando de largas cintas rosas de lámparas y paredes. En cuanto Gabriel y Claire entraron con Elizabeth y John, los padres de Elaine se aproximaron para saludarlos. Derrochando buenos modales, al ver a John apoyado en el bastón, que sostenía por la obstinación de Elizabeth a cambio de la silla de ruedas, durante unos minutos se interesaron por su salud, sin rastro de rencor, siendo la primera vez que coincidían después de los años que Elaine y Sean llevaban casados.

Mientras esperaban a Jack, un “abu” balbuceado por Ophelia

emocionó a John. Atenta a él, sentada a su lado en el reposabrazos del sofá, Elizabeth le acarició el cuello con suavidad y, sin pretenderlo, provocó un poco más el genio que John intentaba mantener cabizbajo, cansado de condescendencia cuando aspiraba a sentirla bajo su cuerpo sin caricias leves, en un amor más carnal y apasionado.

En su condición de padrino, Gabriel sostuvo en brazos a la niña y la ayudó a soplar la vela de la tarta cuando Jack hizo acto de presencia. Alrededor de una mesa rectangular, Ophelia Drake tenía a sus cuatro abuelos y a sus familiares más directos cantando felices; aunque uno de ellos sonriera disimulando y delatara amargura en sus preciosos ojos; esas turquesas donde Elizabeth interpretaba todos los matices sin equivocarse. Rauda, en cuanto vio la soledad temporal de su hijo menor, se acercó ofreciéndole una copa de champán.

—¿Qué te pasa?

—Nada —respondió incómodo—: No me des la paliza.

El tono indiferente no convenció a Elizabeth.

—¿Quién es?

—Nadie. —Jack tensó las mandíbulas y apuró la copa entera—.

Déjame tranquilo.

Hablando de tonterías con sus hermanos, se escabulló de su perceptiva madre. Intentaba no dejarse llevar por el desasosiego, pero faltaban horas para volver a verla. No podría evitarla más y la gran mentira que no dudó en decirle por teléfono le explotaría en la cara si no era capaz de enmascarar unos sentimientos que lo agobiaban; volvería a caer y estaría perdido, algo que anhelaba y rechazaba con la misma intensidad; Cordelia era su castigo, capaz de arrasar con todo.

DIECISÉIS

*Nueva York, 1-7-12
Estados Unidos*

A diferencia de San Juan, Nueva York nunca descansaba, y Gabriel aprovechó esa ventaja al coger un taxi hasta la Avenida Madison mientras Claire y su madre fueron a un salón de belleza. El destino era una conocida joyería para elegir el anillo de compromiso que tenía previsto regalarle el día de su veintiocho cumpleaños, en la celebración sorpresa que empezó a organizarle. Llegaba con el tiempo justo, pero al pasar por el escaparate de Oscar de la Renta se detuvo unos segundos contemplando un vestido espectacular, sonrió al dejarlo atrás y apuró el paso.

A muchas calles de allí Cora estaba hecha un flan por el cúmulo de sensaciones amargas que la martirizaban. Siempre había acudido a esa gala con Gabriel, tendría oportunidad de ver a Jack con libertad y sabía que la evitaba rehuyendo las reuniones, delegando en otro compañero la supervisión de su departamento a raíz de que ella se incorporó. Sin embargo, a pesar de que Gabriel estaría presente con su novia y de que Jack iría acompañado de alguna de sus muchas amigas, quería despejar su duda de una maldita vez. Si después de esa noche se desengañaba, intentaría olvidar a Jack para rehacer su vida. No podía culparlo, ella metió la pata; aunque no terminara corriendo despavorida. Lo que sí hizo, fue rechazar el ofrecimiento a ser la pareja de Andrew Bassler, uno de sus compañeros, amigo de Jack. No quiso implicarlo en un acto donde los Drake eran el centro de atención; iría sola, el estado que tanto había ansiado y tanto sufrimiento estaba ocasionándole.

En cuanto regresó Gabriel, dejó el portatrajes encima de la cama y fue a la cocina, donde encontró a John sentado en la mesa leyendo unos documentos con unas gafas de elegante montura de pasta negra similares a las que usaba Jack, aumentando el parecido entre los dos.

—Hola, ¿mamá y Claire no han vuelto?

—No —respondió, quitándose las gafas—, comen fuera.

Gabriel se sirvió una copa de vino tinto y se sentó enfrente.

—¿Hasta cuando tienes que ir a la rehabilitación?

—En un principio hasta noviembre, pero depende de la próxima

revisión.

—En pocas semanas has mejorado mucho.

—Sí —afirmó con un vistazo rápido—. Estoy pensando en que cuando me den el alta también voy a pedir la jubilación.

—Aún no has cumplido sesenta, pero, si es lo que quieres, lo veo bien. Puedes dedicarte a viajar con mamá.

—Estoy harto de viajar, quiero estar tranquilo, no madrugar, no hacer nada. Me estoy acostumbrando muy rápido a la buena vida y no quiero dejarla.

—Si es así, felicidades. Te quedan un montón de años para disfrutar.

—Eso espero —dijo con tristeza.

—¿Cómo te va con mamá? Supongo que no te pierde de vista un segundo.

John se rió con una sonrisa sincera.

—Nos va bien.

—Me alegro. ¿Quieres que me quede hasta que firmes el divorcio?

—¿Puedes?

—Sí. Quiero pasar unos días aquí con Claire.

—¿Cuándo os vais?

—El próximo fin de semana. ¿Vais a venir al cumpleaños?

—Supongo que sí, mamá manda. Pero me apetece mucho ir a Terranova, hace años que no voy y, por lo que me ha contado, ella también tiene ganas de conocer la casa que le has comprado a Claire.

—Era suya —matizó rápido—. He comprado la mitad.

—Ahora es de los dos. —John entornó los ojos—. ¿Has encontrado el anillo?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó extrañado, al instante, se respondió—. No me lo digas, mamá.

—¿Era un secreto?

—No, pero al final vais a estropearme la sorpresa.

—¿Y qué quieres?, estamos juntos todo el día, de algo tendremos que hablar.

—Haced otras cosas.

Gabriel apretó los labios y lo miró con un destello burlón que desorientó a John.

—Qué más quisiera yo —admitió resignado.

—¿Tienes problemas?

—No —dijo con rotundidad y una mirada asesina que hizo a su hijo desorbitar los ojos—. Tengo que estar divorciado y estoy hasta las narices.

Sin poder resistir más, Gabriel se rió con ganas, contagiándolo. Hablaron sin tapujos de mujeres, de sexo y de sueños, hasta que viendo la hora John se duchó mientras Gabriel se quedó esperando en el dormitorio de matrimonio por precaución, desoyendo su reiterada protesta alegando una mejoría visible que no solo se reflejaba en un aspecto saludable y el vigor recuperado en los movimientos, sino también afectaba a los trozos de una vida, a esos pequeños retazos que se recomponían para confirmarle la corazonada que tuvo cuando vio aquella foto de boda tras el accidente: fue su gran error. Aquel polvo rápido en el despacho, después de una discusión absurda con Elizabeth, tras muchas copas de whisky, de escuchar y sentir a su joven secretaria ofreciéndole consuelo, definió los siguientes diez años, acabó con un matrimonio que siempre fue feliz y comenzó un calvario al darse cuenta de que no amaba ni amaría a Lilian. Elizabeth abandonó Quebec para no volver a verlo; no quiso perdonarlo ni enfrentarse a un agravio que se le fue de las manos sin darse cuenta. Nunca más cometería otro error de ese calibre; jamás ofendería un amor incondicional que no debió terminar de esa manera. Ansiaba que llegara la siguiente semana para cerrar por completo esa página de su vida. Desde el beso del viernes no habían repetido, solo tibias caricias que resultaban insuficientes tras volver a saborear unos labios añorados demasiado tiempo. Estar junto a ella sin poder demostrarle la profundidad de sus sentimientos era una prueba demasiado dura que agotaba por minutos una escasa resistencia mal camuflada con cortesía.

Después de que Gabriel terminó de vestirse, dejó la chaqueta en el salón y ayudó a su padre con el esmoquin. Ajustándole la pajarita, las escucharon llegar. Al momento, se abrió la puerta del dormitorio y los cuatro enmudecieron contemplándose. Unas no esperaban encontrarlos ya vestidos y ambos tenían percha suficiente para lucir los trajes con elegancia y naturalidad; los otros, sencillamente, porque no estaban acostumbrados a verlas maquilladas y peinadas por profesionales; tras diez años con una *Barbie*, John se bloqueó delante de una mujer real. La belleza madura de Elizabeth y esos ojos grisáceos que siempre lo desalmaron con una mirada turbadora volvieron a cautivarlo, sin darle más opción que acercarse imantado a la intensidad misteriosa que irradiaban. Con una sonrisa de oreja a oreja, Gabriel miró a su padre y salió detrás de Claire. Al entrar en la habitación que compartían, susurró en su oído:

—Estás guapísima.

—Tú también.

Se puso de puntillas y le dio un beso rápido en los labios; solo llevaba brillo, pero si empezaban no pararían.

—Te he comprado un regalo —dijo Gabriel, añadió—: Sé que has perdido mucho tiempo. —Hizo una mueca de disgusto sonriendo, no parecía afectado—. Pero no he podido resistirme.

Claire siguió un rápido desvío de sus ojos hacia la cama. En cuanto topó con el vestido, abrió la boca y se acercó despacio, admirando la seda negra que lo cubría todo con una lluvia de detalles blancos, un escote palabra de honor y una falda con varias capas superpuestas más corta por delante, formando una elegante y llamativa cola.

—Es precioso.

—Póntelo, estoy impaciente por vértelo desde que lo he visto.

—Dame un minuto.

—Los que quieras.

Gabriel se sentó en un sillón cerca de la cama, presenció un desnudo sugerente y se quedó como una estatua de mármol, apenas pudo mover los brazos para cruzarlos y protegerse de esa mujer que no tenía ni idea del estrago en su cuerpo, colapsado, mirándola en un obligado silencio.

—¿Tan feo era mi vestido? —Claire se giró, ofreciéndole la espalda, pero Gabriel no se movió—. ¿Qué te pasa?

Tardó unos segundos en reaccionar hasta asimilar que debía levantarse para abrocharle la cremallera. Carraspeó, buscando las palabras; aunque no encontró más de una.

—Nada.

—Estás un poco raro.

—¿Tú crees? —preguntó poniéndose detrás. Subió la cremallera muy despacio, dándole suaves besitos antes de ocultarle la espalda—. Me encanta tu olor.

—Y a mí el tuyo. —Claire notó cómo contenía la excitación al enmascararla con ternura. Ese esfuerzo la llenó de calidez y le traspasó la piel para llegar hasta los rincones más íntimos. Se giró y le rodeó el cuello con los brazos. Aspiró profundamente con los ojos cerrados y habló sonriendo, a escasos milímetros de su boca—. Te amo.

—Y yo, mi amor.

Con un besito en la punta de la nariz Gabriel concluyó el

romanticismo, se reunieron con John y Elizabeth en el vestíbulo, notando una tensión inesperada que los descuadró. No imaginaron que unos minutos antes habían tenido unas palabras agriadas, ya que Elizabeth no comprendió la cabezonería de John en asistir sin muleta ni bastón.

—Estás muy guapa, mamá —comentó Gabriel admirando un vestido negro, largo y elegante, que solo aumentaba la distinción y la belleza de Elizabeth—. ¿Verdad, papá?

—Sí, como siempre. —Pese a que John ya había observado el cuerpo de Elizabeth, no se privó en volver a repasarlo, ignorando una mirada altiva que no se apartó de él mientras duró el examen—. Es un placer recrear la vista en una mujer bella.

Realizaron el trayecto en silencio, roto varias veces por Gabriel y Claire que intentaron sacarlos del mutismo, sin lograrlo. Llegaron al vestíbulo del hotel Plaza y, al momento, los rodearon algunos compañeros y accionistas, interesados por la salud de John. Claire, que se mantuvo en un discreto segundo plano, creyó percibir satisfacción en casi todos cuando vieron a Elizabeth del brazo de su exmarido. Tras los saludos, ella y Elizabeth los dejaron solos para entrar en el salón engalanado de fiesta, con mesas redondas para diez comensales, pequeñas lámparas y flores en los centros. Cogieron unas copas de vino blanco mientras hablaban con varias mujeres cuando Elizabeth siguió con los ojos los pasos de Cora, acercándose a ellas, con un sobrio vestido rojo oscuro entallado.

Cora sonrió, la besó en las mejillas y preguntó interesada por John. Saludó con amabilidad al resto hasta llegar a Claire, le recorrió el cuerpo de arriba abajo e hizo un gesto de aprobación con los labios.

—Hola, soy Cordelia Hosborn, Cora. No nos conocíamos, pero supongo que habrás escuchado hablar de mí. —Le tendió la mano y añadió —: De la Renta, es precioso.

—Gracias, Claire Merritt. El tuyo también.

—Estuve en tu casa, me gustó mucho —comentó con una sonrisa—. Al menos, la fachada llama la atención.

—Sí, es impactante. Algunos la llaman la casa roja, otros la casa de la rosa de los vientos, pero casi nadie por su nombre.

—¿Tienes muchos clientes?

—Hemos dejado la residencia.

—Bueno, otra etapa, ¿no?

—Sí, es tiempo de cambios para todos.

—Casi para todos —dijo Cora con un gesto triste.

Claire no notó ningún rencor y sí ganas de mantener una conversación cordial, algo que agradeció con una ligera sonrisa. Las mujeres que las acompañaban se retiraron discretamente, Claire bebió un sorbito de vino y se atrevió a decir:

—Para ti habrá supuesto un gran cambio.

—Sí —afirmó Cora desviando la vista hacia Elizabeth, hizo una breve pausa y continuó—. Pero nuestro matrimonio no existía, ha sido la mejor decisión que hemos tomado. A veces no se hacen las cosas por comodidad y, ahora, viéndolo con distancia, creo que nos equivocamos; ni Gabe ni yo éramos felices. Deseo de corazón que os vaya bien.

Elizabeth las observó expectante, no esperaba esa deferencia de Cora, sabía por Gabriel que tenían buena relación, pero, de todas formas, no es plato de gusto encontrar a tu sustituta en un acto público al que es la primera vez que asistes sin tu marido.

—¿Estás bien aquí? —preguntó Elizabeth.

—Sí, es lo que quería.

—Me alegro.

Cariñosa, Elizabeth le tocó el brazo. Por alguna razón que se escapaba a su entendimiento, el carácter simpático de la chica que conoció cuando se casó con Gabriel fue cambiando y distanciándola. Si el divorcio y el traslado de ciudad ayudaban a recuperar aquella alegría solo podía desearle lo mejor.

Entre un grupo de personas, Cora descubrió unos ojos azules mirándola con un rastro de desprecio que se le clavó en el corazón. Esa visión empezó a retirar el telón de sus sueños. No iba a aguantar ahí, no le era posible mantener la compostura a la vez que era asesinada sin piedad. Fue al cuarto de baño y pasó cerca del grupo de Jack, no lo miró ni una sola vez; ya había visto el odio y no quiso repetir. Se encerró durante minutos hasta escuchar el aviso del comienzo de la cena. Se retocó los labios y se infundió confianza para las dos o tres horas siguientes. No pensaba quedarse más tiempo, cenaría y, a la mínima ocasión, volvería a su casa, esa vez con el propósito de no volver a pensar jamás en Jack Drake.

De regreso coincidió con Gabriel y John. La saludaron con afecto, halagaron el vestido y se preocuparon por su incorporación laboral.

—Si tienes algún problema háblalo con Jack —dijo John.

—No te preocupes, estoy bien. Me gusta el trabajo.

—Me alegro, pero recuerda que Jack puede echarte una mano.

Cora asintió, pese a que no entraba dentro de sus planes pedirle nada, antes hablaría con cualquiera, y no tuvo intención de que John o Gabriel la notaran incómoda.

A pocos metros, las personas que hablaban con Jack se dispersaron para sentarse en las mesas, miró a su padre rogándole para que abreviase la conversación, pero no quiso entenderlo y le hizo un gesto con la mano, apremiándolo a reunirse con ellos. «Había llegado la hora». Desde que entró no pudo apartar los ojos de la imagen sofisticada de Cora más de dos minutos seguidos, lo dejó sin opciones. Con la mirada reflejando el ánimo pesimista que era incapaz de disimular, sonriendo sin ganas, Jack se acercó. No hizo ningún esfuerzo por saludarla y casi anuló el impacto de Cora al estar otra vez delante de una presencia masculina imposible de ignorar. Vestido de manera impecable con un esmoquin negro, una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo una copa de vino, tenía un porte que causaba estragos en las mujeres; algo que él descubrió muy joven y no tenía reparos en explotar. Para ella siempre había sido el más atractivo de los tres hermanos, sus ojos brillaban tan azules que alegraban a quien los mirase y su sonrisa, blanca y limpia, captaba la atención en unos labios sensuales que una vez probó y no había podido alejar de su recuerdo; fueron su perdición.

—Hola, Jack.

Cora se limitó a hablar en voz baja

—Hola —dijo rápido, al instante se centró en John—. ¿Vamos?

A Gabriel no le extrañó la frialdad de Jack, teniendo en cuenta la hostilidad que siempre mostró hacia su exmujer, y agradeció que cortase el encuentro antes de que ninguno volviese a las andadas.

—¿Has venido acompañada? —preguntó Gabriel cuando se fueron.

—No. —Movió la cabeza con una ligera sonrisa—. Tú sí.

—Sí, he venido con Claire.

—¿Eres feliz? —preguntó sonriendo. El gesto de Gabriel no admitía dudas; aquella apariencia no podía ocultar que estaba enamorado. Cora le acarició el rostro, palpó la suavidad de su piel y le dio un beso en la mejilla —. Me alegro por ti. Antes la he saludado, me parece un encanto de mujer.

—Gracias, tú también lo eres. Supongo que algún día encontrarás a alguien.

—Supongo.

—¿En qué mesa estás?

—No lo sé, es la primera vez que vengo sola.

—Seguro que por eso hoy te lo pasarás bien.

—No seas tonto, siempre me lo he pasado bien contigo.

—Anda, vamos —dijo Gabriel, la cogió del codo y se dirigieron a las mesas.

Convenciéndose de que era normal y saludable que hablasen con cordialidad, Claire llevaba un rato observándolos, sin poder reprimir que un extraño escalofrío la recorriera. En cuanto Gabriel llegó a la mesa, saludó amable al resto de personas que la componían y se sentó junto a Claire.

—A Cora le has gustado —dijo Gabriel hablando casi en un susurro.

—Y ella a mí —murmuró Claire más tranquila, reflexionando añadió—. Si para mí es un poco violento estar aquí, imagino que para ella tampoco debe ser fácil.

—No te preocupes, cuando quiere es muy sociable.

—No estoy preocupada por ella.

—Lo sé, cariño. Estoy muy orgulloso de ti —dijo Gabriel, apretándole con ternura la mano—. Mañana me gustaría ir a comprar algunas cosas para Ethel.

—¿Para Ethel? —Claire enarcó una ceja—. ¿Seguro?

Gabriel no pudo contestar al atender otra pregunta del hombre sentado a su izquierda, pero a ella no le hizo falta, sabía que cualquier cosa que comprase luego la disfrutaban juntos. Minutos después, empezaron a cenar entre conversaciones triviales y un menú creativo que hizo las delicias de muchos asistentes, no así del banquero incondicional de la comida casera.

En la mesa principal John se encontró con los compañeros de siempre, ni uno solo preguntó por Lilian dando por sentado que quien lo acompañaba era su esposa, aunque seguía enfadada y mantenía una actitud distante con él, ignorándolo mientras charlaba animada con los demás.

En cuanto finalizaron las intervenciones del vicepresidente y dos consejeros internacionales, algunos siguieron la velada sentados, otros de pie hablando en corrillos y el resto ocupando la pista de baile. Una orquesta había empezado a tocar suaves melodías y la voz del cantante los transportó muchos años atrás con canciones tan tristes como románticas.

—Liz, ¿quieres bailar?

Al escuchar a James Atkins, uno de sus mejores amigos y también el peor de sus azotes cuando se casó con Lilian, John sintió una hiriente punzada de celos y concentró la atención en la respuesta de Elizabeth.

—Claro.

El gesto de John se tensó por completo, los vio alejarse, siguiéndolos con una mirada enfurecida. En ese mismo momento, en la barra, Jack se tomaba un whisky con dos compañeros y una amiga, que, no siendo una de sus habituales, podría servirle si quería mantenerse alejado de Cora. Cuando la vio pasar del brazo de Andrew Bassler, se le revolvió el estómago sabiendo cómo terminarían la noche. Iba a tener que tragarse toda la frustración si no quería arder otra vez por ella; y no tenía claro si lo conseguiría. Había compartido salidas con Andy, conocía sus gustos y Cora cumplía con todos sus requisitos.

Sobrado de orgullo, Gabriel atravesó el salón con Claire sujeta del brazo, dejando que se apreciase una belleza espectacular que lo tenía absorto y, con ese vestido, era una fiesta para la libido de cualquier hombre. Prefirió disfrutarla en solitario y salieron a la terraza. Se impresionaron por las vistas brillantes de las luces que dibujaban la silueta de la ciudad entre edificios y sombras, reveladoras para Claire. Se sintió ridícula por los años que pasó odiándola, quizá porque estaba con Gabriel, quizá porque se había perdonado, no sabía el porqué, pero no sentía el pánico que siempre imaginó. No estaba cómoda, aunque podía sobrellevarlo sin temer al pasado y al remordimiento de un accidente que salvó su vida y se atrevió a recordar, pese a dejarle una cicatriz demasiado profunda.

Gabriel sacó el móvil, no podía dejar escapar la mejor de las visiones después de cruzar un arduo camino hasta encontrarla; Claire sería su esposa, la última y definitiva.

—Ponte ahí.

Un rostro altivo, una sonrisa seductora y un vistazo rápido a su bragueta mientras posaba delante de las jardineras que recorrían el borde de la terraza fueron más que suficientes para reafirmar la decisión de repetir con el matrimonio. Esa bella mujer había conquistado todas y cada una de sus células. Gabriel rió feliz cuando divertida lanzó un beso al aire, captado con nitidez por la cámara. Se hicieron varias juntos, bailaron en solitario las débiles notas de *Something Changed* de Pulp, sintiéndola propia, y más tarde dejaron la fiesta para regresar al piso de Elizabeth y sucumbir al deseo que el roce constante desató en sus cuerpos.

La orquesta recibió una petición inusual, que alegró al cantante, y de manera perfecta empezó a sonar *Jealous Guy*. John se acercó a James y a Elizabeth consciente de una mirada plateada desafiante fija en sus ojos,

bajando hacia las piernas para mantenerse ahí, hasta que estuvieron a pocos centímetros y ascendió lentamente.

—¿Te importa?

James negó con la cabeza esbozando una sonrisa.

—Sé feliz —susurró, se inclinó y la besó a en la mejilla.

—Y tú —dijo agradecida. Elizabeth sonrió a su buen amigo, de los pocos que reprochó el comportamiento de John y la apoyó en los momentos difíciles. Era un hombre solitario, casado con el trabajo y amigo de ambos desde que se conocieron en la universidad—. Cuídate.

Los sólidos brazos de John la rodearon y se movieron despacio al ritmo de John Lennon, acompasando dos cuerpos en un suave vaivén como tantas veces habían hecho cuando estuvieron casados.

—Háblame, Beth, por favor.

—No me haces caso, no estás bien y sigues forzándote. No sabemos cuáles pueden ser las consecuencias, no voy a perder el tiempo con explicaciones, somos adultos, John.

—Me encuentro bien y no quiero una enfermera.

—Sé lo que quieres —comentó molesta con la vista clavada en la chaqueta del esmoquin, incapaz de enfocarla en unos ojos que contenían olas rabiosas. Seguía creyendo que su rechazo era por no tener todavía el divorcio de Lilian, ajeno al verdadero terremoto que sentía Elizabeth cuando volvía a la vida en sus brazos y asaltaban su mente realista toda la variedad de inseguridades que se pueden acumular durante diez años sin sexo con ningún hombre—. No me lo repitas más, por favor.

John no volvió a abrir la boca, le haría caso. Al acabar la canción, la cogió con decisión de la mano y habló muy serio:

—Nos vamos.

—No nos hemos despedido de los niños.

—Lo entenderán.

Sonrió cínico. Podía nombrar a quien se le antojara; no tenía escapatoria, esa noche era de ellos y en poco tiempo se lo demostraría. Saliendo, John saludó a varias personas sin detenerse, luego, hizo una señal a un taxi. Tras abrir la puerta para que Elizabeth entrara, se sentó junto a ella y le dio al chófer la dirección del ático.

Cansada de charlas tontas, de medir las palabras, de no poder reírse a gusto de algunos modelitos y, sobre todo, de aguantar entre las mismas paredes que Jack viéndolo flirtear con una rubia atractiva que no se separó de

él en toda la velada y lo manoseaba descarada, Cora dejó su copa medio vacía en una esquina de la barra y salió sin perder ni un minuto más.

Esperó impaciente que trajesen su nuevo coche, un Volvo C30 blanco y negro, y le faltó tiempo para sacar un billete del bolso, entregárselo al chico en cuanto se sentó y perderse en una noche donde tenía que dejar atrás el pasado, por muy doloroso que resultase.

Cuando Cora llegó a su modesto piso, no quiso mirarse en el espejo del vestíbulo, probablemente se asustaría. Le bastó con sentir las lágrimas y desnudarse impotente en el dormitorio; necesitaba huir un rato y descansar de sus pensamientos. Se ajustó una bata de raso y se dejó caer en el sofá del salón para mirar durante unos segundos al vacío. Localizó una botella de tequila, que encontró al hacer la mudanza y había colocado en un rincón de la barra de la cocina, y se levantó con el objetivo bien claro: hacer reventar la cabeza con el alcohol.

En el ático de Elizabeth la tensión fue palpable desde que se bajaron del taxi. John no la soltó, sujetándola con firmeza de la cintura, apuntando sus intenciones.

Entraron en el dormitorio, cerró la puerta y, mientras Elizabeth se sentó en el borde de la cama para quitarse los zapatos, John dejó la chaqueta encima de un sillón, se giró con las manos en los bolsillos del pantalón y habló en un tono frío:

—Quiero verte desnuda.

Elizabeth levantó la vista y toda la inseguridad llegó alta y clara a su exmarido. John frunció los labios y sonrió con los ojos, aliviado al comprender que no era rechazo, sino timidez por mostrarle el cuerpo.

—Ha pasado mucho tiempo.

Esa voz sedosa, el movimiento de la garganta cuando tragó despacio, el endurecimiento de los pezones cuando estuvo frente a ella y la piel de gallina en los brazos cuando la cogió de las manos y la obligó a levantarse fueron excitantes para él; parecía una adolescente encantadora y la mujer más deseable que había conocido.

—Mi amor, nunca me decepcionas —dijo con la cabeza inclinada hacia delante, acarició con ternura su cara—. Te quiero, conozco tu cuerpo, lo he amado toda mi vida y necesito seguir haciéndolo, sé mi mujer, Beth, para siempre.

—Tengo cincuenta y seis años, no soy una niña, y estás acostumbrado a algo que no puedo darte.

John estaba perdiendo la paciencia.

—No estoy acostumbrado a nada —dijo con un matiz irónico—. Eres tres años más joven que yo, no espero a la chica que conocí, quiero a la mujer que amo, no hagas que te lo repita.

Se vio obligado a moderarse cuando le vio una triste lágrima en el rostro, se la secó con la mano y la besó en los labios despacio. Los dos se necesitaban y se recibieron con la pasión de los viejos conocidos que al instante de un reencuentro inesperado retoman su relación en el mismo punto donde la dejaron.

Aunque Cora solo recordaba haber tomado un chupito, perdió la noción del tiempo. Pudo cerrar los ojos en un sueño nada placentero. Distinguió el sonido distorsionado del *riff* de Billy Corgan en *Behold! The Nightmare* y trató de recordar cuándo había puesto a los Smashing Pumpkins. Todo se movía descontrolado, un insistente ruido le hizo abrir los ojos. Moviéndose aturdida la cabeza, intentando prestar atención a su pesadilla. Debería haberla abandonado ya, en cambio, ese ruido invadió sus tímpanos molestándola hasta comprender que alguien aporreaba la puerta. Atosigada por un eco machacón se dirigió al vestíbulo y abrió decidida. Unas horas atrás ver a Jack en su casa habría sido un deseo, pero ahí, frente a ella, se convirtió en un revulsivo con toda la ira que le fluía alcoholizada por las venas. Ese hombre estaba castigándola con una presencia demoledora, recién salido de un polvo rapidito con la rubia de turno, sin la pajarita ni la chaqueta, con la camisa entreabierta y el pelo revuelto.

Sin embargo, Cora no dio una. Jack dudó durante muchos minutos, pero se desvió de la dirección que debía tomar para aparcar en ese edificio tras dejar a sus acompañantes en un club del Bronx. Pasó otro rato decidiendo si subir o no. Su pelo ya no aguantaba más tirones cuando se bajó del coche. A los pocos minutos llamó al timbre y perdió los papeles y las escasas ideas que aún le quedaban en la cabeza a punto de estallarle. No estaba preparado para ese abatimiento; pudo con toda la frustración que lo había carcomido durante los años que llevaba sin verla. Unos ríos cristalinos de aguas bravas brotaban de esos ojos azules que ya no lucían perfilados con unas líneas negras continuas, surcaban un rostro delicado con turbias sombras y se derramaban en un camino sinuoso donde no existía un final.

—Necesito hablar contigo —murmuró Jack.

—Déjame. No sé qué haces aquí.

—Tenía que verte.

—No has querido verme en toda la noche. —Cora rió con amargura—. Vete, por favor.

—Déjame entrar.

—No —exclamó rotunda, haciendo el esfuerzo por mantener el cuerpo erguido; si no se iba pronto, le notaría la embriaguez—. Largo. No soy una marioneta, vete con alguna de tus amigas.

Jack se anticipó a una intención clara de cerrar la puerta y la sujetó con la palma de la mano.

—Estoy aquí y quiero entrar.

—Me da igual, me desprecias y no quiero volver a verte.

—No tienes ni idea —siseó muy serio, inclinándose sobre ella. Cora perdió el equilibrio y se balanceó. Jack entrecerró los ojos y la miró atentamente: las lágrimas no le dilataron los ojos, tampoco le sonrojaron las mejillas ni la tambalearon—. ¿Has estado bebiendo sola?

—Déjame. Tengo sueño.

—No. Borracha eres un peligro. Recuerdo palabra por palabra todo lo que me decías cuando le dabas al tequila.

—A lo mejor bebía para no tener que soportarte. Largo de mi casa. — Cora se limpió la cara a manotazos, hasta las narices de unos ojos despiadados que parecían ver en su interior. Sin esfuerzo, Jack empujó la puerta y entró. Sujetándola del brazo, cerró de una patada y la arrastró por el pasillo. La casa tenía dos dormitorios, acababa de abrir un pequeño despacho y solo quedaba el suyo; donde no quería estar con él—. ¿Dónde crees que vas?

—A darte una ducha.

De un codazo, Cora se soltó y se encaró.

—Si crees que vas a ponerme una mano encima estás muy equivocado.

Para no cabrearla más, Jack intentó disimular una sonrisa, pero cada minuto era más difícil contenerse. Un pelo rubio oscuro, espeso y vetado de mechuras más claras, unos ojos celestes asombrosos y un cuerpo que echó de menos cada puñetero día desde que huyó de Quebec volvían a tener el poder de la locura irracional que ocupaba todos los rincones de su cabeza, con un ímpetu indeleble al paso del tiempo o la distancia. Fue su primer amor, la

única mujer de la que se había enamorado y ese lugar era demasiado importante como para negarlo más. Necesitaba sentirla sin preocuparse por las consecuencias. La sujetó por la cintura con una mano, le levantó la barbilla con la otra y aplastó los labios contra los suyos. Abrió la boca y las compuertas del deseo, movió la lengua buscando la de Cora, acariciándola como húmedo terciopelo mientras sus cuerpos se pegaban y volvían a amoldarse los valles contra las escarpadas montañas. Regresó el torbellino de sensaciones y volvieron a ser amantes sin trabas para afrontar un futuro; podían ser quienes realmente eran.

—Sabía que si te veía no podría resistirme.

Con una caricia suave en el cuello, Cora sonrió y, palpando un rostro atractivo, le besó los labios controlando la intensidad.

—Voy a ducharme —dijo Cora bajito, al ver un brillo malicioso en los ojos de Jack, añadió—: Sola. Prepara algo de comer. Tenemos que hablar.

Jack no tenía ganas de hablar, pero reconoció que era necesario y solo aumentaba la expectación ante un sexo que lo volvió medio loco la única vez que sucumbieron.

—No tardes.

De vuelta en el salón, Jack abrió la nevera de la pequeña cocina que tenía integrada y buscó algo comestible. Cora siempre había sentido predilección por la comida vegetariana y la japonesa, y sus gustos seguían intactos. Sacó una bandeja de sushi y una ensalada con diferentes tipos de lechugas. Cogió dos vasos de un armario, dos botellas de cerveza y lo llevó a una mesita de cristal frente al sofá, donde la esperó bebiendo contemplando el salón. Sonrió ante varios cuadros de pintura abstracta, viendo el espacio de Cordelia Hosborn sin artificios.

No la escuchó entrar con los pies descalzos, se deslizaron con el mismo sigilo que tuvo cuando llegó a su vida. Jack la observó arrepentido, quería tener esa oportunidad que le suplicó y por orgullo no quiso intentar; era el momento para aclararse y saber adónde querían ir juntos.

—¿Estás más despejada?

—Sí —dijo al sentarse a su lado. Notó esos penetrantes ojos inmóviles en sus muslos y tiró de la tela de la bata ocultándolos—. Veo que no has tenido problemas para encontrar la comida.

—Ninguno, lo tienes todo a mano.

—Es pequeño, pero no tengo deudas y para mí está bien.

—Es bonito y es tuyo, me gusta.

Jack sonrió complaciente, había esperado mucho para estar así con ella; tranquilo, sin sentirse como un vulgar delincuente traicionando a una persona muy importante para los dos.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—Verte. Por eso desde que has llegado te he evitado como la peste. Perdóname, me jodió mucho saber que Gabe te había pedido el divorcio. Esperé como un gilipollas a que lo hicieras tú.

—Lo siento —susurró—. Cuando te fuiste me quedé perdida, creí que te olvidaría y que podría volver a amarlo, pero me equivoqué. Luego solo escuchaba hablar de lo bien que te iba aquí, de lo feliz que eras, y pensé que ya daba igual. Tenía que resignarme y aceptar que había sido algo pasajero, pero hay cosas que se escapan de nuestro control.

—Tú siempre has estado fuera del mío. Si estás cerca me quedo sin voluntad. He estado un rato en el coche convenciéndome para no subir —dijo con una sonrisa apagada—. Cuando te he visto con Andy me ha tocado los huevos, creía que ibais a terminar juntos.

—¿Por eso has venido?

—Sabía que estabas sola, lo he visto salir con una chica de recursos humanos.

—¿Quieres quedarte esta noche?

—No —dijo moviendo la cabeza—. Voy a quedarme todas las noches, vamos a hacer el amor todos los días e iremos poco a poco porque no tenemos prisa, no tenemos ningún impedimento ni estamos engañando a nadie.

Embrujada por el mar de unos ojos felices, al oírlo admitir que deseaban lo mismo, le falló la voz; muy cerca de cumplir un sueño. Jack pensó que se la veía preciosa al natural; una mujer totalmente desnuda cubierta por una tela fina que marcaba la silueta de un cuerpo añorado por sus manos, con una boca que besaría hasta hincharle los labios, y una piel sedosa invitándolo a acariciarla. Inclino la cabeza, la besó en la sien y susurró:

—Nena, quiero intentarlo.

—Y yo, aunque tengo miedo.

Vagó con la boca por el cuello de Cora, sonriendo para sus adentros al sentirla estremecerse.

—¿De qué?

—De la reacción de tu familia. —Cora bajó la vista y cerró los ojos mientras negaba lentamente—. No va a gustarles.

—Lo aceptarán —dijo Jack, besó con suavidad sus párpados—. Gabe es el único que puede tomárselo peor y no creo que ya le importe mucho; no te preocupes, yo me encargo de él.

Olvidó la comida con hambre atrasada de unos labios que oprimió a los suyos. La besó explorando tranquilo con la lengua, estrechándola más contra su cuerpo tenso. En cuanto Cora apretó los senos contra él, perdió la poca cordura que todavía controlaba. Respirando agitado, la sujetó por las mejillas con las manos y pegó sus frentes. Tiró despacio del cinturón de la bata, consciente de que recordaba todos los recodos de ese cuerpo esbelto, sedoso y tierno que llegó a asombrarlo en una noche épica. Ansioso por recorrerlos, se levantó y fueron al dormitorio con los dedos entrelazados.

Por esa mujer estaba dispuesto a enfrentarse a cualquier obstáculo, se llamase como se llamase. Después de cuatro años, desde que se vieron por última vez en la boda de Sean, iban a hacer el amor sabiendo que los unía un sentimiento profundo que podía salir y ver la luz, que era libre para poder expresarse sin disimulos o falsa hostilidad enmascarando una frustración dolorosa.

Jack quería sentirla sin prisas, la desnudó tomándose su tiempo, deteniéndolo. Luego, en la cama, movía la lengua dentro de la boca femenina que sabía a dulce fruta fresca y a fuego vibrante, con un calor arrollador. Sudorosos, acompasaron sus cuerpos. Rozó con los nudillos unos pechos tentadores, que cubrió en un gesto posesivo con las palmas de las manos abiertas, y sucumbió a la lucha que mantenía contra sí mismo.

—Esto es una locura —susurró ronco.

DIECISIETE

Nueva York, 2-7-12
Estados Unidos

El lunes Cora llegó a la oficina con unos minutos de retraso. No solía pasar, pero ese día tenían en su departamento una reunión a primera hora con su jefe; un tipo agradable a quien evitaba motivos de queja debido a la suspicacia que despertó su contratación en algunos compañeros. Entró en la sala de reuniones, esperando verlos sirviéndose café, sin embargo, se encontró a Jack recorriéndola con los ojos de arriba abajo, poniéndola nerviosa, al lado de Trevor Kennet, uno de sus íntimos amigos, el tipo agradable.

Cora saludó sin querer detenerse en la apariencia cuidada de Jack. Afeitado, vestía un traje gris con una camisa azul y una corbata rayada en tonos marrones, alejando de su mente el cuerpo fibroso acoplado al de ella durante horas hasta que se despidieron de madrugada. Cuando pasó por delante, Jack se impregnó de su olor. Se sentó tras la mesa y no perdió detalle observando una imagen pletórica en una camisa blanca, insinuando unos pechos que él definía como perfectos, una falda oscura entallada en las caderas dejándole los movimientos apropiados para andar con sensualidad y unos zapatos negros de tacón que remataban con feminidad unas piernas torneadas suaves y pálidas, que se amoldaban a su cuerpo con firmeza mientras la penetraba. Esos pensamientos lo dispersaron, pero se controló y observó uno a uno al equipo: cinco hombres y tres mujeres. Le preocupaban Bassler y Michael Lumis. De Andy ya había advertido el interés por Cora, y estaba ahí para no dejarle la más remota opción. De Michael el afán de progreso, tenía el objetivo bien claro y trataba de alcanzarlo acaparando unos méritos que no siempre eran suyos.

—Si estamos todos, vamos a empezar, por favor —dijo Trevor con seriedad. Las ocho personas cruzaron las miradas y prestaron atención a la figura regordeta de Trevor, que se ajustó las gafas de pasta negra, se peinó algún cabello invisible solo detectable a su mano y carraspeó antes de hablar—. Buenos días a todos, aparte de tratar los temas semanales, tengo que comunicaros que el señor Drake vuelve a hacerse cargo de este departamento. Ha sido un placer trabajar estas semanas con vosotros.

Si era duro para Cora seguir el ritmo de los compañeros, tener a Jack alrededor aumentaría sin ninguna duda su desconcentración, pese a ser un aliciente en otro aspecto.

—Me gustaría hablar de los proyectos pendientes —dijo Jack—. Andy, Jake y Louise, estáis con hogar y vida ¿no?

—Sí —respondió Andy, actuando de portavoz, le entregó dos portafolios—. Hemos ajustado algunos baremos, pero teníamos que hablarlo contigo.

—Vamos a hacer una cosa, venid a mi despacho y vemos los informes. Luego veo con July, Tim y Philip los planes de pensiones, y por último, Michael y Cordelia, supongo que estáis con las tarjetas, ¿no?

—Sí, Jack —dijo Michael—. Pero tengo otra reunión en Nueva Jersey a las doce, si no te importa, lo vemos mañana.

Cora frunció los labios, sin mirar a su compañero. Se concentró en el tapón de un bolígrafo que giraba entre los dedos. No podía igualarlo en experiencia, pero tampoco era de recibo ignorar el trabajo que hacía y subestimar su capacidad para informar al director comercial.

—Cordelia, en cuanto termine con los planes de pensiones, tráeme el proyecto de las tarjetas, como lo tengáis.

—Jack, prefiero exponerlo yo —comentó Michael—. Es mi proyecto.

—Es un proyecto del banco y Cordelia debe controlarlo igual que tú, no puedo esperar a mañana.

Podía esperar años, pero no quiso aumentar la soberbia de Michael, eran un equipo y no iba a relegar a Cora a una posición segundona porque estaba convencido de su capacidad intelectual y, sobre todo, porque no quería volver a verla con una mirada ausente tragándose su orgullo.

La alarma chillona del móvil sesgó de golpe el sueño placentero de Claire. Navegaba bajo un sol radiante con unas manos seguras extendiéndole un aceitoso bronceador. Perezosa, remoloneó por la cama. Supuso que Gabriel estaría corriendo o desayunando, aunque se decantó por el deporte al entrar en el cuarto de baño y comprobar el orden. Después de ducharse se vistió con una falda vaquera, una camiseta roja y unas cómodas deportivas de lona, que facilitarían las caminatas, asumiendo que Gabriel no había acabado con un afán consumista agotador.

Se sentó en la mesa de la cocina y, siguiendo su petición, Amelia le sirvió una taza de café y dos tostadas, sin una ínfima parte de la charla que

solía compartir con Gabriel; no hablar español fue determinante.

En otra zona de la casa, John amaneció abrazado a una espalda cálida y a unas nalgas que lo rozaban para despertar otra vez un deseo insaciable. No contemplaba agotarse; tampoco su cuerpo, que respondía de forma sorprendente inflando más un ego ya de por sí bastante grande. Elizabeth Durham Drake había vuelto con honores a un lugar del que nunca debió salir, ese que iba a proponerle por segunda vez en cuanto firmase el divorcio.

—Hola —susurró John, le besó un hombro y recorrió su cuello acariciándolo con una rasposa mejilla gris. A base de excitantes cosquillas, Elizabeth se giró y rió contoneándose contra él—, buenos días. ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondió a la voz profunda que amó desde el primer día, junto a unos labios suaves pero firmes en sus embates que dispararon su deseo. Alucinada, no creyó posible tal aguante a su edad sin ayuda química—. ¿Y tú?

—Esperándote.

—¿No estás cansado?

—No —afirmó con una sonrisa—. ¿Tú sí?

—Un poco. Anoche me hiciste muy feliz.

—Siempre intentaré hacerte feliz —dijo, acariciándole un pecho—. He perdido diez años y voy a recuperarlos, día a día, minuto a minuto.

—¿No quieres volver al banco? —preguntó asombrada.

—No —respondió con un beso en la boca—, te prefiero a ti. Estoy harto de trabajo. Me gustaría disfrutar de la niña.

—¿En serio? No sé si serás capaz de desligarte con tanta facilidad.

—Te lo demostraré.

—Tenemos tiempo —dijo contenta. John podía tener muchos defectos, pero su mejor virtud era una voluntad que se crecía ante los retos. Elizabeth acarició un pecho teñido de madurez, atenta a la pulsación acelerada de su corazón—. Demuéstrame otra cosa.

—Las que quieras. —John se dejó convencer rápido; fascinado consigo mismo. Mientras sus piernas se confundieron, deleitaron sus bocas en besos pausados, hasta desesperarse en otro arrebató por no dejar nunca de pertenecerse. Un excitado miembro se abrió paso por un conocido sendero—. Hemos ganado con los años.

—No abuses de las pastillas. —Elizabeth no podía aislarse si creía que estaba haciendo alguna tontería para no defraudarla. Lo frenó sosteniéndole la cara entre las manos—. Por mí no tienes que tomarlas.

—Solo son tres al día —dijo sonriendo.

—¿Tres? —exclamó dándole un empujón en el pecho, se incorporó acelerada sujetando la sábana por encima de los senos—. ¿Estás loco? Así no vamos a llegar al mes que viene.

—¿De qué pastillas hablas? —John alzó las cejas, percibió burla plateada y comprendió al instante la advertencia; sonrió engréido y, con ese poderío que aún le sobra, comentó—. Siento decepcionarte, no estoy dopado. Si lo estuviera, no saldrías de la cama en semanas.

—¿En serio?

—Totalmente.

Atravesando el pasillo, Claire escuchó las voces de John y Elizabeth en lo que creyó eran gemidos y risas; pasándolo en grande. Apretando los labios con la alegría y la vergüenza a la par, entró en el baño del dormitorio. Después de cepillarse los dientes, se contempló durante unos minutos en el espejo, observando el brillo alegre en unos verdes esperanzados, el bronceado de su piel, por el sol que no rehuía encerrada, y las curvas más pronunciadas en su silueta, donde la escualidez dio paso a una esplendorosa sensualidad femenina. A gusto, estando en Nueva York; algo inimaginable unos meses atrás, se preocupó por el responsable de ese cambio. Como caído del cielo, dio un pequeño repullo al verlo.

—¿De dónde sales?

—Vengo del despacho del abogado de mi padre —mintió tan tranquilo con un beso en los labios. Perdió varias horas entre ir a correr, volver, ducharse, recoger, visitar la joyería y regresar antes de que se despertara—. ¿Has desayunado?

—Sí. Creía que estabas corriendo.

—Ya he ido. ¿Nos vamos?

—Espero que no me marees mucho con tus exigencias.

—No seas mala, bien que las disfrutas. Voy a llevarte a un paraíso español para el paladar, te va a encantar, llevan más de cuarenta años aquí; son a quienes compro por Internet.

—No lo dudo.

Minutos después cogieron un taxi que los llevó al Nothern Boulevard. Los trataron con una exagerada y cálida amabilidad latina, probaron algunos productos de cerdo ibérico y Gabriel habló en español, decidiendo con un

empleado qué jamón era mejor en función de la procedencia. Como buen canadiense, no quiso arriesgar con otro que no fuese su conocido del sur de España. Hizo un pedido que Claire supuso duraría varios meses o tendrían una seria conversación sobre los conceptos de gastos que el Inquisidor no veía según su conveniencia.

—¿Dónde quieres comer? —preguntó contento al salir.

—Me da igual, elige tú. Eres el entendido.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Seguro. No me subestimes.

—Por supuesto. Pero recuerda guardar todos los tickets, porque contigo llevarás el mismo control que conmigo, ¿no?

—¿Te has enfadado porque he comprado comida?

Gabriel intentó no sonreír mucho, pero se quedó en eso; un intento.

—No has comprado comida. Yo compro comida.

—¿Ah, no? ¿Y qué he comprado?

—Aperitivos —dijo remarcando la palabra—. Eso es lo que has comprado; otra de tus chorradas.

—Llamar aperitivo al jamón ibérico de bellota es igual a decir que un Ferrari es un coche; por supuesto lo es, pero es también mucho más; es sublime.

—¿De bellota? —preguntó, apretando la frente—. ¿Sabes qué es eso?

—Mejor que tú, seguro.

—Yo no lo sé, pero debe ser importantísimo.

—Lo que más —afirmó con suficiencia—. Decide donde quieres comer y te lo cuento.

Durante el tiempo que estuvieron sentados solos en el despacho, Jack confirmó que era brillante para llenarlo de orgullo y que lo volvía loco. Se recordó un ciento de veces que debía mantener la bragueta cerrada aunque muriera en el intento y se sintiera como un cavernícola en celo; era profesional, no se liaba con compañeras, nunca; o serían la comidilla de toda la oficina o, mejor dicho, del banco entero. Sin embargo, rozó varias veces el delirio imaginando a Cora desnuda encima de la mesa a su merced, ¿estaba enfermo?

En esa reunión Cora no descubrió nada nuevo, estaba enamorada de él, incluso así, verlo trabajar sin comprender la mediocridad, igual de

exigente con los demás como consigo mismo, con un carácter perfeccionista, impaciente y obsesivo, fue instructivo y excitante. Prudente ante una avalancha de imágenes poco recomendables en aquel momento formal, se levantó y recogió los documentos de la mesa, impaciente pero sabiendo que más tarde podría resarcirse cuando apareciera por su apartamento. Al inclinarse, los ojos de Jack quedaron hipnotizados en un escote profundo, más ruina para su control. Tragó inmóvil sin apartar la vista de un suave cuello, de unas solapas blancas y de la tela de su camisa rozándole los pechos.

—Si no necesitas nada más, me voy.

Jack parpadeó varias veces, movió la cabeza y se quitó las gafas de manera descuidada. Cora dio la vuelta y un dolor en los testículos se adueñó de su razón. Había estado a punto de conseguirlo, pero esa maldita falda marcándole el culo y unas caderas excitantes, provocaron un salto de sus piernas, atrapándola antes de salir. Le sujetó un brazo, la giró y aplastó la boca contra la suya.

—Casi —jadeó en sus labios. Se inclinó hacia delante y cerró la puerta con llave—. ¿Mesa, sofá o pared?

Cora tardó unos segundos en procesar la pregunta, sonrió apretándose a su cuerpo y le acarició la mejilla, pensando en que era un hombre guapísimo, más con la cara bien afeitada como ese día. Incapaz de negarle nada; era su momento; solo tenía una respuesta—. Tú.

Un murmullo lleno de matices sexuales, una sílaba y Jack entró en combustión. La pegó contra la pared y de un tirón le arrancó los botones de la camisa. Cora abrió los ojos como platos, pero perdió el enfoque a medida que el rostro de Jack invadía su campo de visión. Con las manos en todas partes, le subió la falda y metió dos dedos bajo las braguitas. Los mismos que movía con suavidad mientras libraba en su boca una encarnizada lucha con la lengua; conquistaba y se rendía equilibrando el ataque. Resollaban al apartarse. Cora le desabrochó el cinturón de los pantalones, acarició su acerado pene bien dotado y, sonriendo, fue bajándole los calzoncillos. Jack no era capaz de resistir ni un minuto tras levantarla a pulso. Se hundió en ella con la mejor de las sensaciones. Unos besos, despiadados, y la fuerza de sus potentes músculos para mover las caderas hacia un orgasmo maravilloso, olvidando que podían escucharlos.

De varios golpes certeros, Jack se convirtió en un preso incondicional. Cuando se dejaron caer en el sofá, Cora tenía el pelo hecho un

desastre, el maquillaje corrido y los labios hinchados sin opción de mejorar en breve. Jack la miró sonriendo; estaba preciosa y no podía salir de ahí.

—¿Te apetece japonés?

—No puedo pensar.

Bajándose la falda, buscó con la mirada los botones de la camisa.

—Lo siento, me he dejado llevar.

—No sé cómo voy a volver a mi despacho.

—Por eso te decía lo de la comida, no vas a salir.

—¿Qué? —preguntó agobiada.

—Nena, estás para comerte, pero con esa pinta de recién follada no va a verte nadie. No te preocupes, comemos tranquilos y cuando se hayan ido nos vamos.

—No he traído chaqueta.

—Tengo algunas camisas para cambiarme, te presto la que quieras.

—Vale, pero no me gustaría que aquí sepan que estamos liados. Llevo poco tiempo y todos saben quién soy. Vamos a ir despacio, por favor.

—Vamos a ir a nuestro ritmo —dijo incómodo.

Cora se sentó en sus piernas y le peinó unos mechones castaños un poco largos y rebeldes, igual que una mirada turquesa tan limpia como sincera.

—¿Por qué te has enfadado?

—No estoy enfadado, más bien jodido.

—Si es porque he dicho que prefiero que no lo sepan, no ha sido para molestarte. —Cora habló con ternura, por nada del mundo quería que volviera a sufrir por ella, no se lo merecía y no iba a permitirlo—. Es porque van a hablar de nosotros y no quiero que nos hagan daño.

—Hablarán. Tú eres quien eres y yo quien soy, es inevitable.

—Lo sé, pero antes debemos hablar con Gabe. No es justo tampoco para él, no va a salir muy bien parado.

—No sé qué decirte, lo verán como la víctima.

—Ya. Y yo seré la zorra que se tira al hermano.

Jack tensó el rostro y le alzó la barbilla.

—Que yo sepa las zorras no siguen con sus maridos para no hacerles daño, y no te has tirado a su hermano; su hermano se enamoró de ti y no supo mantenerse alejado. No vuelvas a hablar así de ti misma delante de mí, nunca más, por favor.

—Te quiero. —Cora apoyó la cabeza en el hueco de su hombro y

lloró por los años perdidos, por su cobardía, por su perdón. Haría frente a cualquier obstáculo, aunque el miedo a perderlo otra vez le reclamase una cautela que a él le dolía—. Más de lo que imaginas.

Gabriel paró un taxi en la puerta del restaurante de Queens donde comieron en aquella calurosa tarde de verano, aunque dentro del vehículo sopesó dar un paseo con Claire por el parque y llegar caminando al ático.

—¿Te apetece andar un poco?

—Sí, me encanta mi bronceado. He pensando poner unas hamacas en el jardín, hasta septiembre puedo aprovechar para tomar el sol, si no, voy a echar de menos la terraza de tu madre.

—Por mí perfecto, pero vete haciendo a la idea de que vas a tomar el sol desnuda —dijo convencido, hizo una pausa y comentó pensativo—. Voy a tener que poner algo en la verja, hablaré con Luc.

—No van a dejarte. La casa tiene protección arquitectónica del Ayuntamiento.

—Entonces olvida tomar el sol. Además, es malo para la piel.

—Pero me gusta. —Se levantó un poco la falda y le enseñó parte de los muslos—. ¿A ti no?

Miró una piel tersa con un atractivo color dorado.

—Perfecta —susurró Gabriel en su oído.

Desvió con rapidez los ojos hacia el retrovisor interior del coche y pescó al taxista admirando también esas piernas. Elevó las cejas con una mirada severa y el hombre apartó la vista de inmediato. Gabriel apretó los labios, cogió el borde de la falda y se la colocó bien para evitar distracciones innecesarias.

—¿A dónde quieres ir?

—Central Park nos viene de camino.

Gabriel habló de manera despreocupada, sin intención de presionarla, pero expectante ante la respuesta. Claire respiró hondo, volvió la cabeza hacia la ventanilla y fue asumiendo la cercanía del parque. Estaban en una intersección, ahí empezaba el carril bici, los deportistas corriendo, el sendero bordeando la carretera, todo igual. Solo cambiaba la luz, en ese momento era cegadora con un sol radiante alejando la oscuridad.

—¿Puede parar por favor? Queremos seguir a pie.

Al escucharla, Gabriel inclinó la cabeza, esbozó una sonrisa breve y le dio un beso rápido en la mejilla. Sacó la cartera, pagó al taxista y la cogió de

la mano.

—No voy a soltarte.

—Lo sé.

Más que un paseo fue un viaje a través del tiempo. Salieron de la carretera y bajaron al camino peatonal para dirigirse a uno de los lagos: *The Pool*. Claire se sentó en un banco y admitió de buen grado la fotografía que Gabriel le hizo con el móvil.

—Así cuando la veas te acordarás de tu bronceado.

—Muy gracioso. Ya veremos cómo tomo el sol en casa.

—Me gusta saber que es nuestra casa. —Gabriel se sentó y entrelazó una mano con la suya—. Cuando llegemos podríamos poner en marcha la reforma, si quieres quedamos con el arquitecto.

—No me apetece empezar ya, no tenemos prisa.

—Es una pena tener esa planta así. Cuando venga mi familia solo ocuparán cuatro dormitorios.

—¿Ophie dormiría sola? —preguntó extrañada.

—No, ¿por qué?

—Por nada, no había entendido tus cálculos —comentó sonriendo—. Acabo de darme cuenta de que no estás al tanto de las andanzas de tus padres.

—¿Qué me he perdido?

—No lo tengo del todo claro porque no he visto nada, pero apostaría el cuello a que estaban pasándose bastante bien.

—¿Qué hacían?

—Imagínatelo.

La miró con la boca abierta y acabaron a carcajadas.

—Tengo ganas de que firme el divorcio y se jubile. Está muy ilusionado.

—Se les ve bien juntos, y se ha recuperado de una forma rapidísima.

—Aún tiene pequeñas lagunas y la rehabilitación no termina hasta noviembre, pero, es verdad, a los dos se les ve felices. Había perdido la esperanza para ellos. Tenía claro que Lilian tarde o temprano lo dejaría, pero ni en mis mejores sueños imaginaba que mis padres volverían, te lo prometo.

—No sé cómo lo vivisteis tus hermanos y tú, pero al menos no erais unos críos cuando se divorciaron.

—Fue un palo muy gordo. Desde entonces no habíamos vuelto a estar los cinco juntos. Para mi madre la boda de Sean fue uno de los peores momentos, me dolió mucho verla sola. Y encima, Jack al día siguiente se

vino aquí y me quedé solo en Quebec con Cora.

—¿Por qué la boda de Sean? Cora y tú os casasteis antes que él.

—Porque a nuestra boda no vino Lilian. Le pedí a mi padre que viniera solo y lo hizo. Creo que la mandó a París, no me interesé mucho; cumplió conmigo y se mantuvo correcto con mi madre. En esa época no le dirigía la palabra y él aguantó el tipo como pudo sin amilanarse, ahí me di cuenta de que aún la quería y hace cinco años.

—Con él no he hablado, pero tu madre nunca ha dejado de quererlo.

—Él tampoco. Se dio cuenta de su error antes de casarse.

—¿Por qué lo haría?

—No lo sé, pero no me extrañaría que Lilian le dijera que se había quedado embarazada; por engancharlo estoy seguro de que lo pondría contra la espada y la pared.

—¿Lo veías mucho?

—Trabajábamos juntos, si no estaba fuera, todos los días.

—Dentro de lo que cabe has tenido suerte, te has podido relacionar con los dos. Supongo que para Sean ha sido más difícil.

—Bastante, no quiso comprenderlo. Y ya sabes qué pasó cuando nació Ophie. Pero a pesar de todo si coincidían siempre se ha mantenido correcto y nunca ha intentado influenciarnos ni a Jack ni a mí. Al contrario, nosotros hemos tratado durante años de convencerlo para que se acercara a él.

—Al final el accidente ha puesto las cosas en su sitio. Ante situaciones trágicas afloran los verdaderos sentimientos de las personas, y tu madre ha demostrado ser una señora. La admiré desde que la vi en el hospital por primera vez, me recordó la misma fortaleza que tenía la mía.

—He echado mucho de menos estar reunido con mi familia. Cuando conozcas más a mi madre, lo entenderás. —Gabriel inclinó la cabeza y sonriendo le dio un beso corto en la cara—. Nuestra casa era un hogar. Ni mi padre con Lilian, ni Cora conmigo nos acercamos de lejos a lo que mis hermanos y yo vivimos de niños con ellos; eso es lo que quiero conseguir contigo.

—Es lo que vamos a tener porque los míos fueron la pareja perfecta y solo he tenido ese referente. Tú eres lo mejor de mí y algún día lo tendremos, estoy segura.

—Y yo.

—Me lo he pensado mejor —dijo risueña—. Habla con Daniel.

—¿En serio?

—¿Estoy riéndome?

Al verla cambiar el gesto, Gabriel enarcó una ceja y la observó divertido. Poco después siguieron con el paseo por un camino de tierra, recorrieron los bosques del *Loch* plagado de rincones ocultos, con un pequeño arroyo circulando paralelo a arbustos, matorrales y muchos árboles.

Pasaban bajo un puente de piedra cuando de repente los adelantaron un grupo de ciclistas. Sobresaltaron a Claire, que regresó de una dispersión opresiva por los malditos árboles, siempre presentes en las pesadillas; engañándola en la mortecina realidad.

—Falta poco —dijo Gabriel. Sintió el nerviosismo, palpó el sudor de su mano, y le rodeó el hombro con el brazo. Intuyendo que podían perderse, y no sería adecuado tentar a Claire, buscó con la mirada posibles rutas de escape, pero no confiaba en su sentido de la orientación—. Creo que deberíamos salir por la calle 100 Oeste, es lo más corto.

—No tienes ni idea ¿verdad?

Encogió los hombros con una sonrisilla.

—Cuando vengo a correr siempre cojo los caminos asfaltados. Pero no tiene pérdida, como mucho unos minutos más.

—Es mejor la 97, hazme caso.

Con un punto de suficiencia que aumentó su autoestima, Claire giró a la izquierda. A unos cientos de metros divisaron varios carriles rodeados de montículos verdes con diferentes árboles, algunos doblados con una violencia dramática y otra vez esas detestables ramas. Inspiró tratando de relajarse, sintiendo el calor de Gabriel en el cuerpo y también una firme protección. En ese momento lo tenía todo para borrar sus recuerdos, hasta que apareció majestuoso un tronco robusto, mucho más grande que el resto, con miles de hojas copando las ramas, dando la mejor sombra; la más fría y oscura. Claire detuvo los pies incapaz de continuar, el negro estaba adueñándose de la luz y su equilibrio falló. Gabriel la sostuvo por la cintura, ya había pasado por otro episodio parecido y no perdió la calma, pese a verse impotente porque estaban muy cerca de la salida. Se arrepintió al haberla metido de lleno en una situación tan delicada. Le cogió la barbilla y empezó a soplarle un hilo fresco de brisa cariñosa en la cara, meciéndola en sus brazos. Acarició su cabello; comprendiendo el trauma que debía olvidar para alejar ese fantasma invisible, si no lo hacía, podría interrumpir sus vidas cuando quisiera. La sintió temblar y suplicó:

—Cariño, vamos..., estoy contigo...

«Por favor, abre los ojos, déjame verlos»

—Me he mareado. —Claire abrió los párpados despacio.

—Sí —dijo tratando de parecer tranquilo; aunque esas pérdidas de conocimiento eran exageradas—. ¿Estás mejor?

—Te he asustado otra vez.

—No te preocupes por mí.

Gabriel la besó en la cabeza y con el brazo en su cintura retomaron el camino.

—Algún día me gustaría que hablásemos para poder descargar mi conciencia.

—Tú no tuviste la culpa. —Se situó delante y le sujetó los hombros—. Tu conciencia debe estar tan limpia como la de un niño. No pienses en ningún momento que fuiste responsable porque no es así.

—No es solo eso y es lo que más pesa.

—No, Claire, lo peor es que no puedes dejarlo atrás y no sé qué hacer. Creía que viniendo aquí te ayudaría, pero me he equivocado.

—Eres quien más y mejor me ha ayudado —dijo con tristeza. Empezó a pensar que quizá lo mejor para ellos era enterrar de una vez algo que a cualquier persona hubiese enloquecido. Gabriel no quería saberlo, incluso ella creyó que intuía la gravedad de un hecho involuntario, que tenía más presente que la propia violación. Su instinto de supervivencia la protegió de un hombre con unos ojos marrones mentirosos y un nombre que jamás había vuelto a pronunciar: Stanley Goldener. Acercó los labios a los suyos, lo besó y al separarse tocó su mejilla—: Gracias por devolverme a la vida. Te quiero.

Gabriel, que sucumbía a cualquier muestra de ternura, amagando una sonrisa, entrelazó sus manos e inició el paso con intención de encontrar rápido la salida más cercana y también en consultar con un psiquiatra la manera de poner fin a ese pánico que no quería abandonarla; Claire tenía derecho a una vida sin temores en Nueva York, Quebec o en cualquier otra ciudad, de hecho, en todas, con la misma libertad que alguien sin un trauma tan execrable; ya se había perdido demasiadas cosas y no perdería más si él podía remediarlo.

DIECIOCHO

*San Juan de Terranova, 9-7-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Gabriel llegó a su casa con un dolor de cabeza considerable, entre la preocupación por John, la organización del cumpleaños, la venta del piso, los constantes cambios en las reformas de la primera planta, que le suponían conversaciones diarias con el arquitecto para luego discutirlo con Claire, los proyectos internacionales que supervisaba y la gestión propia de la sucursal, tenía encima un cúmulo de obligaciones cargantes como sacos de oscuro plomo. Dejó las llaves en un mueble antiguo en la entrada, el maletín en el suelo y fue a la cocina siguiendo el aroma de un guiso apetecible. Se extrañó por la ausencia de Ethel y, para saciar la curiosidad, abrió la olla e inclinó la cabeza, aspiró un olor penetrante que lo alivió de inmediato.

—Hola, cariño ¿qué haces? —Claire sonrió al verlo. Notó un gesto cansado, un abrazo demasiado suave, sin apenas presión, y unos gemidos involuntarios mientras hundió la cabeza entre su cabello. Se apartó y le sujetó la cara con las manos—. ¿Te encuentras mal?

—Me va a reventar la cabeza. He tenido una mañana de locos. Quiero comer, tomarme una pastilla y dormir un rato.

—¿Te duele mucho?

—Sí. No puedo oír más palabras por hoy.

—Lo siento, si puedo hacer algo por ti, dímelo.

—No te preocupes. ¿Dónde está Ethel?

—Ha terminado y le he dado el resto del día libre. Se fue a las doce con Eloise. Por cierto, las dos me han dicho que te agradeciera la compra y te preguntara cuando llegará.

—Supongo que mañana o pasado. Antes de tu cumpleaños, seguro. Diles que no desesperen.

—De tu parte. —Cuando salió Gabriel hacia el dormitorio, Claire recordó la llamada de Elizabeth y la inquietud que advirtió en su voz al hablarle de John—. Cariño, tu madre llamó esta mañana. Está preocupada por tu padre.

—Luego la llamaré —dijo resignado. No quiso darle vueltas a la reunión en el despacho del abogado ni la llegada apoteósica de Lilian, que en

cuanto fue conociendo los pormenores del divorcio no tuvo escrúpulos al intentar que su padre volviera con ella; sin defraudarlo. Intentó sonreír, pero torció la boca—. Voy a cambiarme.

Minutos después comían en silencio. Gabriel agradeció esa tranquilidad o pequeña tregua. Al terminar, buscó en el baño la caja con las pastillas y, tras tomarse una, se tumbó en el sofá, mientras Claire puso música clásica a un volumen muy bajo, se sentó en su sillón y cogió un libro. Ni dos minutos de paz con el sonido del móvil irrumpiendo. Cuando Gabriel se incorporó tratando de ver la pantalla, Claire entrecerró los ojos observándolo preocupada; tenía ftofobia y, si no descansaba un rato, no podría levantar la cabeza.

—Hola, mamá.

—Hola, Gabe, ¿cómo estás?

—Hoy regular, pero dime, ¿qué te pasa?

—Ayer volvimos a Quebec, fuimos a la clínica para una revisión y tramitar el traslado al Monte Sinaí. Mañana por la tarde regresamos a Nueva York otra vez para llevarle los informes médicos al neurólogo, pero estoy preocupada por papá y no sé si tanto viaje es bueno para él. No sé qué ha podido ocurrir, pero está muy deprimido. No ha querido contarme cómo os fue en la firma. ¿Qué pasó?

—No pasó nada que no esperásemos. Hablaré con él.

—Estaba ilusionado con el cumpleaños de Claire y ha perdido las ganas de ir; creo que hay algo que no sabemos.

Gabriel cerró los ojos un momento y se frotó las sienes.

—Voy a llamarlo.

—Gracias, nos vemos el jueves.

En cuanto colgó, inclinó la cabeza hacia delante.

—¿Le pasa algo? —preguntó Claire interesada.

—Está preocupada por mi padre. Voy a llamarlo y ahora hablamos.

—¿Estás mejor? No has descansado nada.

—Un poco.

La tranquilizó con una sonrisa mientras esperó que su padre cogiera el móvil.

—Hola, Gabe.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Qué tal la rehabilitación?

—Bien.

—¿Qué te pasa?, mamá está preocupada por ti.

—Nada —dijo brusco. No se atrevía a contarle el contenido de la conversación que mantuvo con su nueva exmujer cuando, aprovechando el despiste de Elizabeth, apareció por la casa para recoger la poca ropa que todavía tenía allí y algunos objetos personales; lo único que podía llevarse; aunque una vez más estaba dispuesta a amargarle la vida, algo que no quería tolerar—. No me apetece hablar.

—Déjate de gilipolleces —replicó enfadado, despacio, en un tono autoritario, dijo—. Qué pasa.

—No me hables así. —John no se amilanó—. Y ya te lo he dicho, nada.

—Muy bien, pero has pasado de estar eufórico a depresivo, mamá está pasándolo mal, solo quiere ayudarte.

—¿Crees que no lo sé?!

Gabriel apartó el móvil de la oreja; el rugido fue atronador.

—Papá, como no me cuentes qué pasa, llamo a Lilian. Estoy seguro de que ella tiene algo que ver. ¿Qué quiere ahora? Estuvo de acuerdo en todo.

—Está embarazada.

—¿Qué?! ¡Eso no puede ser! ¡Dime que no es verdad!

Los gritos de Gabriel desesperaron a Claire; nunca lo había visto tan irritado.

—¡No lo sé! ¡No sé si es verdad o no! ¡No lo recuerdo!

—Está bien, vamos a tranquilizarnos. Sabemos que es capaz de cualquier cosa y está claro que su objetivo es sacarte la mayor cantidad de dinero posible. Con el acuerdo ha tenido que conformarse con una pequeña parte de lo que quería, estoy convencido de que es mentira. ¿Papá?

—No lo sé, Gabe. No recuerdo si manteníamos relaciones, solo sé que va a ser un palo para mamá y no puedo soportarlo; ya no. Se lo debo todo y no tengo ni idea de cómo decírselo.

—No te agobies, quizá no es tuyo.

—No estoy agobiado por mí. Es fácil demostrarlo, pero me supera contárselo a tu madre. En este momento no tengo valor, no puedo.

—Nunca te lo he preguntado porque me parecía de muy mal gusto, pero a veces pensé que cuando te casaste con ella no la querías y lo habías hecho por algún motivo que no nos contaste.

—Me gustaba, pero no estaba enamorado de ella. Me dijo que estaba embarazada, y luego resultó una falsa alarma.

—Si entonces te pilló, ahora está intentando hacer lo mismo.

—No quiero decírselo a mamá sin saber qué voy a hacer.

—No sé qué tienes que decidir. Habla con tu abogado, dile que exija alguna medida probatoria o esperarás a que haya nacido para llegar a otro acuerdo con ella. Pero yo que tú la investigarías. Sean puede aconsejarte.

—Lo había pensado.

—Hazlo, quizá encuentres una solución antes de que se complique más.

—Gracias, Gabe.

—Intenta tranquilizar a mamá.

Cortó la comunicación y dejó caer la cabeza en el reposabrazos del sofá. Atenta a un gesto abatido, Claire se sentó en el filo para masajearle el cabello.

—No estoy segura de lo que he escuchado.

—No íbamos descaminados con lo del hermanito —respondió irónico—. Pero nos equivocamos de madre.

—¿Es cierto?

—¿Sinceramente? No. Dudo mucho que sea el padre, pero lo ha desquiciado.

—No me extraña, pobrecillo.

—¿Pobrecillo? Con sesenta años iba a tener su cuarto hijo, a mí me habría dado un subidón —afirmó sonriendo. La actitud de Gabriel mejoró igual que el dolor de cabeza se disipaba. Romántico y relajado, la besó en los labios hasta terminar encajando sus cuerpos en una postura que rebeló osado a un miembro con ganas de iniciar otra guerra apasionada—. Espero tenerlos antes, por practicar que no quede.

Cuando regresó Gabriel al día siguiente del banco, aparcó en la puerta de la casa y miró alrededor buscando el coche de Claire. Al no encontrarlo, vio la oportunidad idónea para comentarle a Ethel el aumento en la lista de invitados, gracias a la inclusión por parte de William de varios compañeros del instituto, o la organización de los detalles para conseguir la noche inolvidable que deseaba antes de la petición de mano.

Impaciente, entró lanzando hasta la cocina.

—Hola, tenemos que hablar. —Gabriel se acercó, probó el guiso de lentejas y tuvo que reconocer la maestría de la mujer; había igualado a Blanca—. Eres la mejor.

—Gracias. —Ethel distinguía cuando hablaba con el corazón o con

cortesía, y supo que esas palabras eran sinceras—. He controlado el tiempo y tenías razón, no tienen nada que ver con las que usábamos.

—Tu facilidad para aprender me llena de orgullo.

—Y de algo más.

Ethel le dio una palmada cariñosa en el estómago.

—No me lo recuerdes. Tengo que proponerme salir a correr todos los días, me estás cebando.

—No lo niego, aunque a ti no te hace falta mucho más. Todo lo que has comprado en Nueva York está buenísimo, pero engorda bastante.

—Hablando de eso, ¿han llegado unas botellas de champán?

—No. El vino sí. Elo y yo hemos estado aquí toda la mañana y no ha venido nadie.

—No sé si esperar o comprar alguna alternativa.

Gabriel se sentó en la mesa y soltó cansado el aire de los pulmones.

—Si quieres, mañana la mando a comprar el que le digas.

—La oferta del supermercado es una mierda, llamaré a mi madre para que lo traiga ella, pero no sé si podrá venir con tantas botellas.

—Ya te he dicho que el vino sí ha llegado. ¿Cuántas botellas quieres comprar?

—Unas diez. Seremos casi treinta.

—¿Tantos?

—Sí, lo siento. Se me ha ido un poco de las manos. Vendrán algunos compañeros de Claire, mi familia y vosotros.

—Vale, solo tengo que aumentar los ingredientes —añadió Ethel, cavilando en una nueva lista de la compra—. ¿Quieres algo en particular?

—No. Haz una selección parecida a la que hiciste en la inauguración.

—Iba a hacerlos, también la tarta; a Claire le gusta la de chocolate y nueces. He pensado que como estará tu familia debería preparar algo más consistente para cenar.

—Vale y si haces alguna comida española te los ganas seguro.

—Lo tendré en cuenta.

—Por cierto —dijo Gabriel, extrañado miró el reloj redondo colgado en la pared—, ¿a qué hora llegará Claire para comer?

—No lo sé.

Mientras, Claire llegó sonriente al Scotia, con ganas de sorprender a su novio. Se sentó en la mesa de William y esperó a que terminara una

conversación telefónica observando entretenida al público. La relajación en su gesto sufrió un cambio brusco cuando entró Cybill repiqueteando con unas sandalias de tacón. Llevaba la melena oscura suelta y vestía una falda corta de color blanco con una camisa roja sin mangas, captando de inmediato la atención de algunas miradas masculinas nadando en deseo. Durante unos segundos las dos se observaron. Claire no expresó ninguna tensión, aunque su mente libraba una batalla contra la suspicacia; volvió la cara hacia William e intentó alejar la inquietud que vio en los ojos de Cybill.

—He venido a buscar a Gabriel, pero primero quería pedirte un favor.

—Tú dirás —dijo William, desviando un momento la vista hacia Cybill—. Y no está, hace un rato salió corriendo.

—Ah, creía que cerrabais a las dos.

—Claire, es el jefe, entra y sale cuando le da la gana.

Asintió con un ojo entrecerrado, no le hizo falta suponer mucho para concluir dónde estaría.

—Me he acordado de que tu hermana trabaja en las cabañas de Portaux-Basques y como el jueves es mi cumpleaños había pensando ir con Gabriel el fin de semana. ¿Sigue allí?

—Sí, claro. —William debía disuadirla, sabía que la fiesta era una sorpresa. Conociendo su carácter tranquilo, excepto cuando solicitaba dinero al banco, decidió usar la excusa de aludir al exceso de turismo; con ella funcionaba, al menos hasta que el señor Drake estuviera al corriente de esos planes y la piedra estuviese en su tejado—. No sé si habrá algo libre, es temporada alta y se pone a reventar de gente —comentó con una mueca despectiva—; es un agobio.

—No te preocupes, dame el teléfono de tu hermana.

—No lo tengo aquí.

—¿Y el móvil? —preguntó irónica, señaládoselo encima de la mesa.

Mostrando un asombro exagerado, William sonrió y cogió el teléfono. Alteró el orden de los dos últimos números dictádoselos; no fue algo que lo enorgulleciera, rozó la ruindad, pero sería fácil admitir un error involuntario.

Se despidieron hasta otra indefinida próxima vez y Claire salió ignorando a Cybill. Se montó en el Bronco y marcó el número. Al darse cuenta del error y, estar aún en la puerta, se bajó y volvió a entrar.

Sin entender la cara de idiota que tenía William por muy sexy que la morena pudiera parecerle, de reojo Claire los observó, hablando a unos metros de la zona de cajas.

Con la intención de entretenerse dándole tiempo a Gabriel para inventar una excusa tras una breve llamada suya de advertencia, con una ligera reverencia, sonriente, William pasó por delante de Claire con Cybill. A modo de saludo, Cybill inclinó la cabeza consciente de la hostilidad de unos rayos verdes que empezaron a acribillarla.

Harta de verlos sentados en la mesa presenciando un despliegue de seducción nada creíble; aunque William parecía encantado, Claire se centró en buscar el móvil dentro del bolso para llamar a Gabriel, sin intención de moderarse y a costa de que la tildara de loca.

—Hola, mi amor —dijo Claire en cuanto Gabriel respondió.

—Hola, cariño.

—Gabe, cielo, he venido a buscarte, pero no sabía que estabas tan ansioso.

Nada más oírla, una alarma interior puso en guardia al Inquisidor.

—¿Qué?

—Nada, tonterías mías —dijo con una sonrisa coqueta—. En cuanto llegue te compenso.

—Por mí perfecto. —Gabriel no salía de su asombro y empezó a cavilar en la discreción de William; un concepto que no terminaba de captar—. ¿Te ocurre algo? Nunca me llamas Gabe.

—Sí, llegaré en cinco minutos. Espérame con el vino —dijo mirando a William y a Cybill, en un tono más bajo, añadió—: Desnudo, por favor.

En ese punto, Gabriel se bloqueó; pasaba algo raro. Siempre era lo mismo, perdía la facultad del habla cuando se mostraba tan explícita.

Colgando con una alegría que paralizó la cara de Cybill, Claire guiñó un ojo a William y salió hacia su casa sin saber qué encontraría, pero con la satisfacción de haberle aclarado de manera indirecta la clase de relación que mantenía con Gabriel; por si le quedaban dudas.

Gabriel escuchó la puerta y se asomó desde la cocina con una botella de vino en la mano, un abridor y el torso desnudo.

—Hola, cariño, de haber sabido que ibas a buscarme, te habría esperado.

—Pasaba por allí —dijo Claire con una sonrisa seductora. Se acercó con los ojos fijos en su pecho y, frunciendo los labios, bajó la vista y le recorrió el resto del cuerpo, vestido con unas bermudas de color camel, eso era todo. Sujetó su cintura y, en cuanto la atraparon unos aromas que no

saciaban el hambre, lo besó en la boca. Acarició subiendo las manos por unos abdominales muy duros, también suaves; el vello corto con un tacto excitante y unos pezones pequeños que reaccionaron convirtiéndose en piedras de hielo—. No has cumplido.

Claire se apartó, le dio la mano y entraron en la cocina, donde un plato de jamón y dos copas vacías los esperaban. Gabriel abrió la botella, sirvió el vino y se quedó apoyado en la encimera observándola beber con las expectativas algo confusas.

—¿Te gusta?

—Sí, muy bueno —dijo Claire, relamiéndose—. Estarás contento.

—Sí, pero tenía pensado estarlo más.

—Me lo imagino. —Sonrió—. Pero estaba bromeando. Además, no estás desnudo.

—Menos mal, porque no me gusta que me vaciles.

—Lo siento; no me ha quedado más remedio.

Gabriel estiró la frente, procesando esa información.

—¿Por?

—Porque me he encontrado a tu amiguita y me ha tocado la moral.

—¿Perdona? —Gabriel intuyó la identidad de esa “amiguita”, pero preguntó—. ¿De quién hablas?

—No recuerdo el nombre —mintió y bebió tranquila.

—¿Te ha dicho algo?

—No, pero no me gusta y estoy convencida de que ha ido a verte.

—¿Al banco?

—Sí, allí mismo. Quizá está buscando la soledad de la que hablamos.

—No ha venido nunca.

—Siempre hay una primera vez —replicó con sarcasmo.

Gabriel sonrió al dejar la copa en la encimera, se aproximó y la sujetó por la cintura.

—¿Estás celosa?

—Puede.

—No te doy motivos.

—Lo sé, pero me ha molestado verla. Quería darme ese gustazo.

—Me alegro de que lo hayas hecho, pero, si no te importa, vamos a darnos juntos el gustazo.

La besó pausado en una cálida bienvenida. Esos besos tiernos y cariñosos les sabían a gloria y los conducían a desear amarse sin más demora,

olvidando la comida por otro tipo de alimento que saciaba el hambre con lujuria.

—Estaría todo el día así —dijo Claire, acariciándole el pecho.

—Podemos comer más tarde —añadió con picardía—. Me has dicho que ibas a compensarme.

Claire no tuvo mucho que decidir, aunque el sonido del teléfono de Gabriel ayudó a que regresaran a una realidad que posponía otro apasionado encuentro. Empezó a poner la mesa, mientras Gabriel salió buscando intimidad, entró en el despacho pequeño y cerró la puerta.

—Hola —saludó Sean—. ¿Cómo estás?

—Hola, bien —respondió, sentándose en una silla giratoria que parecía tener muchos años encima—. ¿Y vosotros?

—Bien, con ganas de salir ya de aquí. Elaine quería preguntarle algo a Claire, no sé qué.

—Ni idea. ¿Has hablado con papá?

—Sí, y también con el abogado de Lilian. Creo que vamos a tener suerte, porque en cuanto le he dicho que es la segunda vez que hace lo mismo se ha indignado con ella. Es el primer interesado en no dilatarlo mucho y menos en hacer el tonto.

—Yo había pensado en ponerle un detective.

—No va a hacer falta. Vamos a esperar unos días, estoy seguro de que el abogado va a ponerle las cosas claras.

—Eso espero, porque papá está hecho polvo.

—Ya —afirmó Sean, suspiró—. Es una putada para él.

—Más que para él, para mamá. Como se entere no sé cuál va a ser su reacción.

—Imagínatelo, asumir que después de todo vuelves con tu marido y que va a tener un hijo con otra. No sé, Gabe, mamá está en su derecho de hacer con su vida lo que quiera, pero no me gustaría volverla a ver sufrir por papá. Con diez años ha tenido suficiente.

—Lo sé, aunque los dos han aprendido la lección, vamos a darles un voto de confianza.

—Claro. Cambiando de tema, ¿te ha dicho Jack cuando llegará?

—El doce, sobre las cinco. Mamá y papá tienen que volver a Nueva York y viene con ellos ¿Por qué?

—Porque lo he llamado varias veces y siempre está muy liado. La última vez, hace dos días, me dio la impresión de que estaba con una mujer.

Creo que sale con alguien.

—No lo sé, pero si quiere traer pareja sabe que no hay problema.

—Si consigo hablar con él se lo diré. Nosotros llegaremos más tarde, no he podido cancelar las reuniones que tenía por la mañana, supongo que os dará igual ¿no?

—Sí, no te preocupes. Ethel está preparándolo todo y Claire sigue sin saberlo.

—Perfecto, nos vemos en dos días.

Una vez finalizaron la conversación, fue al dormitorio y, tras ponerse una camiseta, volvió a la cocina, donde Claire estaba sirviendo los platos. Aunque la cabeza de Gabriel bullía otra vez por la actividad, comió tranquilo, reflexionando en esa segunda petición de matrimonio responsable de su nerviosismo.

Solo en la cocina, con el ánimo tan enérgico como el sol brillante de aquella mañana, después de dedicarle una hora a sus músculos corriendo por San Juan, Gabriel desayunó famélico. Luego, llegó al banco con el propósito de resolver el último fleco suelto de la fiesta sorpresa. Comprobó el correo electrónico, despachó con una de las secretarias algunos temas laborales y llamó a su padre.

—Hola, ¿estás más tranquilo?

—Mucho —dijo John alegre—. Gracias por tu apoyo.

—De nada. Sean me ha dicho que el abogado de Lilian no quiere verse envuelto en sus trapicheos, menos mal que le ha parado los pies. Olvídala, es lo mejor que puedes hacer.

—Eso es lo triste, que apenas la recuerdo.

—¿Triste? Que se joda, bastante daño nos ha hecho ya.

John pasó unos segundos pensativo.

—Siento mucho todo el dolor que os he causado; no tengo palabras para pedir os disculpas.

—Déjate de tonterías ahora, termina de recuperarte y sé feliz con mamá; eso es lo que puedes hacer por nosotros, por ti y por ella; no vuelvas a disculparte, al menos, conmigo.

—Gracias, lo intentaré, es lo que me motiva.

—Puedo imaginármelo —dijo con sorna—. Aparte de saber cómo te va, quería pedir os un favor a mamá y a ti. Necesito varias botellas de champán, que esté bien, pero sin pasarte, aquí la oferta es nula. ¿Sabes

cuántas podíais traer?

El trasiego de gente era habitual en Nueva York a esa temprana hora. Como en la sede del Scotia, donde el bullicio en uno de los ascensores ocultaba a un ensimismado ejecutivo en un rincón. Vestía un traje oscuro, siempre con una imagen impecable; aunque, cuando se despertó, relegó un buen afeitado por una visión estupenda; ahí se le fue el tiempo.

Saludó a su secretaria, concertó varias reuniones y mantuvo una charla informal con Andy. Más tarde recibió una llamada de Gabriel y esos remordimientos que tanto le habían costado alejar volvieron sin piedad al escucharlo hablarle confiado.

—Vamos, Jack, no seas así... Si estás saliendo con alguien tráela.

—No —replicó rotundo—. Llevamos poco tiempo y no quiero darle esperanzas. Cuando le presentas a una tía a la familia ya creen que vas en serio.

—Algún día tendrás que presentarnos a alguna.

—Sí, claro, tú lo has dicho, algún día.

—Haz lo que te dé la gana, pero el día que caigas me voy a revolcar por el suelo de la risa.

Jack movió la cabeza negando, sabiendo que si llegaba ese día y Cora era esa mujer, cualquier reacción de su hermano sería posible excepto morir de risa, en ese punto estaba seguro.

—Mamá me ha pedido que te guarde dos botellas de champán ¿En el fin del mundo no hay?

—Sí, pero no destacan por calidad. Bueno, hermanito, nos vemos mañana y, ya sabes, piénsate lo de tu chica, nos harías muy felices a todos, además de darnos motivo de conversación.

—No tengo claro el tono de esa conversación —comentó con frialdad.

—No tienes mucha fe en nosotros.

—Ninguna.

—Gracias, eres muy amable.

—De nada, a tu servicio. ¿Le has dicho a Claire que vamos?

—No me ha quedado más remedio, pretendía alquilar una cabaña para que nos fuésemos los dos solos. Cree que será una celebración familiar.

—¿Le ha parecido bien?

—Sí, está encantada. ¿Qué te pasa? Pareces preocupado por lo que piense.

—No es eso, pero vamos a invadir su casa.

—Es de los dos, y se ha alegrado mucho.

—Está bien, nos vemos mañana si no nos detienen en el aeropuerto.

—No creo, solo traéis mamá y tú.

—Siempre es bueno que quede alguien para pagar la fianza.

—No te quejes, piensa en lo tranquilo que vas a estar estos días.

—Sí, estoy a punto de llorar por la emoción, pero antes de hacerlo debo trabajar un rato, siempre que el pelmazo del director de una sucursal minúscula deje de contarme tonterías.

—No importa la cantidad, sino la calidad. Adiós, señor ejecutivo neoyorquino.

En cuanto colgó Jack, respiró aliviado, comprobó la siguiente reunión (faltaba una hora) y llamó a su secretaria, Martha. Una atractiva morena, casada con un médico argentino con la que a veces bromeaba en español y tenía mucha confianza. Ella actualizaba la agenda mientras Jack entró en el baño, se quitó la camisa y empezó a afeitarse. Terminando escuchó varios golpes seguidos en la puerta y salió metiéndose los faldones de la camisa en el pantalón.

—Adelante.

Cora se quedó parada en el umbral, paseando la mirada entre ellos; advirtió que Jack se había afeitado y no quiso llegar a una conclusión errónea.

—Lo siento, no quería molestar.

—Hemos acabado —dijo Martha. Se levantó, sonrió a Jack y le habló en español—. Si te hace falta algo más, dímelo.

—Gracias, por ahora vamos bien.

Pasó por delante y salió despreocupada; sin advertir la falsedad en la sonrisa de Cora.

—Te voy a interrumpir solo un momento —dijo Cora.

Jack se acercó lentamente y mantuvo la distancia; un paso más y tendría que enterrarse en ella, sin medida, hasta el fondo; uno de sus mayores placeres.

—Dime.

—Michael no puede ir mañana a la reunión de Nueva Jersey. A ese cliente siempre lo ha llevado él, pero me ha dejado hacerme cargo, siempre y cuando tú lo apruebas.

—Si a él no le importa, a mí tampoco.

—Gracias.

—Vente conmigo a Terranova —dijo en un susurro, cerca de su boca.

—No, por favor, cariño, no me lo pidas más.

—Quiero que vengas. Hoy Gabe me ha dicho que lleve a mi pareja, y eres tú.

—Sabes que no espera que sea yo. Es el cumpleaños de su novia, es mejor no ir para no amargarle la fiesta a nadie.

—Creo que lo entenderá.

—Yo también, pero no de sopetón.

Jack comprendía esa inquietud, incluso la compartía, pero estaba harto de ir con pies de plomo con su familia; cansándose de disimular cuando la veía allí y hasta las narices de no poder gritar con libertad que la mujer de la que sus hermanos se empeñaban en hablarle era Cordelia Hosborn Drake.

DIECINUEVE

Nueva York, 12-7-12
Estados Unidos

John salió del Monte Sinaí acompañado por uno de los neurólogos que llevaba su rehabilitación, se despidió del médico con un apretón de manos y, recorriendo con la mirada a las personas que andaban por la calle, buscó a Elizabeth. Se extrañó al no encontrarla. A punto de llamarla, la vio llegar apurada. Traía las mejillas sonrosadas, la respiración entrecortada y el chándal blanco y rojo que usaba para las marchas por el parque.

—Hola, ¿llevas esperando mucho?

—No. —John inclinó la cabeza y la besó en los labios—. ¿Has venido corriendo?

—Sí, voy a estar una semana sin hacer ejercicio y lo necesito. ¿Qué te han dicho?

—Nada que no supiera, pero me ha sorprendido que me aconsejen hacer mucho el amor con mi mujer.

Elizabeth sonrió al percibir la mejoría en su humor, aunque llevaba varios días navegando en un mar de incertidumbre. Salieron del complejo hospitalario de la mano, doblaron la esquina hacia la parte oeste del parque y atravesaron la carretera para pasear hasta el ático en un agradable recorrido por senderos tapizados de color.

—Te noto raro. ¿Es por el viaje?

—No —respondió rápido. De inmediato se retractó. No sabía si con la verdad conseguiría algo beneficioso, pero nunca tuvieron secretos estando casados y para evitar posibles sorpresas desagradables debía seguir esa línea—. No te lo he dicho porque estaba enfadado y no he querido preocuparte.

—Sabía que te pasaba algo, he hablado con los niños.

—Me han llamado los tres —dijo sonriendo, siempre serían sus niños—. Menuda presión me han hecho.

—Nos preocupamos por ti.

—Ya lo sé...

Pasaban por las pistas de tenis, con pocos jugadores, mientras Elizabeth seguía esperando una explicación. Cuando percibió la ausencia mental de John, decidió apremiarlo:

—¿Por qué no querías preocuparme?

John se detuvo y suspiró cansado.

—¿Tenemos tiempo?

—No mucho, Jack nos espera a las diez, pero podemos perder unos minutos.

Se sentaron en un banco frente a la valla de las pistas, mirando a dos mujeres que jugaban o lo intentaban riendo divertidas.

—Firmé el divorcio el día cuatro y no hubo ningún problema. Tenía un acuerdo prematrimonial y me ha facilitado mucho las cosas. Cuando estuvimos en Quebec, la mañana que fuiste de compras, Lilian vino a casa. —John notó cómo la sola mención del nombre agrió el rostro de Elizabeth—. Me contó algo que podía cambiarlo todo —dijo bajando la voz. Con la vista en un punto fijo al frente, Elizabeth alzó la cabeza, incapaz de mirarlo. Pero John quería ver un metal precioso, con un color indefinido que necesitaba luz para mostrar una gama tan amplia como reveladora, colocó la mano en su barbilla y la obligó a girarse antes de continuar—. Me dijo que está embarazada —comentó en un murmullo, sin dejar la sujeción de su cara, con una ligera sonrisa que la desorientó—. No es verdad. O, si lo está, no soy el padre. Cuando me lo dijo no estaba seguro de nada y no podía hablar contigo hasta resolverlo.

—¿No sabías si eras el padre?

—No. Apenas tengo recuerdos de ella.

—¿Cómo lo has resuelto?

—Con ayuda de Sean. Hablé con su abogado; el hombre parece que tiene algo de ética, y no ha jugado a su favor intentar lo mismo dos veces.

—¿Qué quieres decir con dos veces? —preguntó seria.

John inspiró hondo, expulsó el aire de los pulmones con lentitud y la miró con un azul rabioso, tanto como la intensidad de su arrepentimiento.

—Es la segunda vez que intenta usar un embarazo para engancharme. Lo hizo hace diez años y lo intentó hace una semana.

—¿Me estás diciendo que te casaste con ella porque te engañó? —preguntó lentamente, conteniendo una frustración que asustó a John. Elizabeth no pudo con la furia y se levantó indignada. Por esa mentirosa sufrió una solitaria condena, se sintió insegura, cambió su vida y, en ese momento, ser consciente de que por la maldad, avaricia y egoísmo de quien le producía repulsión había perdido diez años, y que la ingenuidad de su marido contribuyó, y mucho, abrió las compuertas de una mala leche que

corrió enloquecida por su sangre—. ¿Me estás diciendo eso?

Llena de desprecio salió andando con rapidez.

—¡Espérame!

—No.

No hizo caso al rugido de John; no era ninguna sumisa jovencita que se amedrentara por un tono autoritario. Si quería estar a su lado, era tan simple como aligerar el paso, incluso correr un poco; las dos cosas podía hacerlas sin impedimentos, no los tenía para realizar otro tipo de esfuerzos.

—Te he dicho que me esperes —dijo, alcanzándola al sujetarla por el brazo con firmeza.

—Déjame en paz. —Se zafó de su agarre y volvió a acelerarse—. No me toques.

—No sé por qué te has puesto así. Te he contado la verdad.

—¿La verdad? —repitió cínica. No se detuvo con el objetivo de llegar al ático, terminar la maleta y esperar a Jack—. Yo no miento. Me parece que no estás acostumbrado a eso.

—Déjalo, Beth, por favor.

—¡No, John! —exclamó delante de él, frenándolo—. Esa mujer te manipuló, a mí me ha hecho mucho daño. Has vuelto a dudar, y eso no puede ser. No entiendo cómo eres tan inocente cuando se la ve venir de lejos. Ese tipo de mujeres me asquean, pero más me asquean los hombres que están con ellas.

La rigidez en el rostro de John fue comparable a las piedras que bordeaban el camino, también se dio asco durante años, pero escucharla era una humillación que no estaba dispuesto a admitir.

Elizabeth sabía que Jack los esperaba en una hora, reanudó unos andares rápidos y no se preocupó porque John la siguiera; volvía a dejar en sus manos la elección del camino que quería tomar.

En cuanto entró en la casa, fue directa al dormitorio que compartían, cogió tres botellas de champán guardadas en un envase cilíndrico de cartón y las metió en los laterales de la maleta. Se abrió la puerta y John, sin mirarla ni hablarle, desapareció en el baño. Al momento se metió bajo la ducha para despejarse, luego se afeitó y salió con una toalla en las caderas. Siguiendo con la actitud distante, la ignoró mientras se vestía con un traje azul marino y, en cuanto terminó el equipaje, salió del dormitorio. En la cocina Amelia le sirvió un café y tuvo unos minutos para reflexionar sobre la tensión con la que iban a llegar a Terranova.

Un rato después, Jack avisó desde un taxi en doble fila, esperándolos en la puerta. Nada más verlos aparecer, notó la tirantez en un gesto brusco de Elizabeth rechazando la galantería de John, que tensó las mandíbulas sin privarse de enviarle a él una mirada envenenada cuando cogió las maletas. Hasta el aeropuerto, Jack estuvo en medio de un fuego cruzado. Aprovechó esa guerra silenciosa mandándole tonterías con el móvil a Cora.

Facturaron las maletas sin ningún problema y se dirigieron a la cafetería, aliviados por la ligera duda que sobrevoló sus mentes cuando al pasarlas por el scanner una azafata preguntó qué tipo de alcohol contenían los envases. Jack y John se sentaron en una mesa y Elizabeth, yendo hacia el pasillo de los aseos, llamó a Elaine.

—¿Qué coño os pasa? —preguntó Jack harto de una actitud absurda.

—Hemos discutido.

—¿Por qué?

—Soy tu padre, no voy a darte explicaciones.

—Haz lo que te dé la gana.

Jack ignoró que todavía lo tratara como al pequeño, pidió una cerveza y volvió a centrar su interés en el teléfono. John se sintió culpable, pero no estaba cómodo hablando con él de ciertos temas que sí tocaba con más naturalidad con sus hermanos.

—Tu madre me ha dicho que le doy asco.

—¿Qué? —Jack inclinó la cabeza y apretó tanto las cejas que ocultó los ojos detrás del aumento de las gafas—. ¿Qué coño dices?

—Lo que has oído.

—No será literal.

—No sé qué decirte.

Jack se carcajeó en su cara.

—Venga, papá, que no soy gilipollas, ya será menos asco. ¿Por qué te lo ha dicho?

—Porque estábamos hablando de Lilian y su comportamiento.

—Debes entender que a mamá no le haga mucha gracia. No te lo tomes a la tremenda.

—Entiendo el enfado, pero me ha dolido el desprecio; con recordármelo a mí mismo tengo bastante.

—Mamá te quiere, se le pasará.

—Y yo a ella, pero a veces será inevitable hacer referencia al tiempo

que hemos estado separados y no tengo aguante para ciertas apreciaciones.

—Todos tenemos que aguantar cosas que no quisiéramos.

—¿Tú también? —Se vio en el espejo de Jack y percibió una rabia que no esperaba—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Puedes confiar en mí. Si yo lo he hecho, haz lo mismo. ¿Es por la mujer con la que sales?

—Más o menos.

—¿Qué te preocupa? —John sonrió con lentitud, lo conocía, era el que más se parecía a él, físicamente y en el carácter—. Nunca te las tomas a pecho.

—No es lo mismo.

—¿En serio? —preguntó sonriendo—. *¿Habemus Papam?*

—Estoy enamorado de ella. Nos conocemos desde hace cinco años.

—Lo has disimulado muy bien.

Jack sonrió con amargura.

—Es Cora.

—¿Cora? —preguntó conmovido—. ¿Cora? ¿Cora?

—Joder, sí —dijo a la defensiva—. Deja de repetirlo.

Se miraron, sintiéndose los tíos más desgraciados del planeta; hasta eso tenían en común.

—¿Desde cuándo estáis juntos?

—Quince días. Eres el único que lo sabe.

—¿Por qué te preocupa? Si ha ocurrido hace nada. —A John le sobraron las palabras en cuanto Jack tragó nervioso, lo fulminó y empezó a irritarse—. No puedo creérmelo. Era la mujer de tu hermano.

—¿Por qué coño crees que me largué?

—Menudo lío, Jack, tendrás que hablar con él.

—Gracias, eres muy perspicaz. Pero que te quede clara una cosa, solo nos acostamos una vez mientras estuvo casada con Gabe.

—Si os consuela pensar que por ser solo una vez es más justificable una infidelidad, allá vosotros. A mí una puñetera vez me fastidió diez años y lo que queda.

—Tengo que hablar con él, pero no sé cómo enfocarlo.

—Tu hermano es razonable, está enamorado de otra persona, pero no le sentará bien; ponte en su situación.

—Lo sé, y también me gustaría que se pusiera en la mía.

—Tendrás que darle tiempo.

—No tengo mucho tiempo, trabajamos juntos.

—Es lo único que te faltaba. Procura mantener la bragueta cerrada en el trabajo, te lo digo por experiencia.

—Eres un pesado.

Tras un trayecto que para Jack fue mejor olvidar, llegaron al pequeño aeropuerto de Terranova donde los esperaba Gabriel. Fijándose en el desvío rápido que hizo Jack con los ojos mirando a sus padres, entendió que el ambiente estaba otra vez cargado.

—¿Y Claire? —preguntó Elizabeth.

—Organizando vuestros dormitorios, está un poco nerviosa.

—No me extraña —dijo Jack—. ¿No sospecha nada?

—No lo sé, apenas nos estamos viendo. Llevo unos días de locos, necesito terminar ya, esto me está superando.

—A todos nos superan a veces las cosas —sentenció John.

No vio la mirada de reojo de Elizabeth, la percibió; era la destinataria de esas palabras. Gabriel colocó una mano en el hombro de Jack mientras se dirigieron al coche y dijo:

—Al final no ha habido manera ¿no?

—¿De qué hablas?

—Vamos... ¿cuándo vas a presentárnosla?

El tono bromista de Gabriel molestó a Jack, que presionó todos los dientes para mantener la boca cerrada.

—Seguro que cuando lo hayan dejado. —John trató de echarle un cable—. No sé tú —dijo enfocado en Gabriel—, pero yo no le he conocido ninguna más de tres veces.

—¿Tres veces? —dudó Gabriel riendo.

—¿Por qué no habláis de vosotros? —preguntó Jack con ironía.

—Tu vida es infinitamente más interesante —dijo Gabriel.

—No lo digas muy alto —comentó Elizabeth—, más de uno puede escribir varios libros.

Al oír esa voz, John frunció los labios. Regresó a su estado pensativo, centrando la atención en el pueblo, en un parque lleno de árboles con grandes sombras resguardando del sol veraniego a grupitos de jóvenes, en las casas que dejaban atrás, que no eran especiales; aunque se veían similares y flamantes por la cuidada madera de las fachadas y por los ventanales que

sobresalían en todas, con tejadillos rojos, azules y verdes, hasta que llegaron a un cruce. A partir de ahí admiró la catedral de enfrente. Era una estructura gótica con poco más de cien años, formada por miles de piedras oscuras en una nave y dos torres; resplandecían bajo unos arcos apuntados una fila de elegantes vidrieras; un rosetón; y la rodeaba una legión de contrafuertes para darle robustez. Delante tenía un recinto de aparcamiento y una plazoleta con jardines, donde vio dos estatuas de mármol blanco; una, de San Juan Bautista, encima de un arco de granito; la otra, de la Inmaculada Concepción, sobre un pedestal. No acabó con el gratificante repaso, cuando Gabriel maniobró y detuvo el coche.

—Es esa.

Señaló la casa de la esquina y fue cuando varios pares de ojos maravillados se abrieron de par en par. Ninguna palabra escuchada para describirla le hizo justicia. Era impactante por el rojo del ladrillo y el verde que adornaba todos los detalles de la madera; también porque insinuaba un pasado que, posiblemente, compartió en soledad con la Iglesia, alrededor tenía un muro de piedra para compensar el desnivel pronunciado de la calle, y la elevaban varios tramos cortos de escaleras sin darle la posibilidad de pasar desapercibida. Acercándose a la puerta, Gabriel levantó la cabeza y, mirando la rosa de los vientos, sonrió con orgullo. Ese caserón inspiraba una oleada de emociones contradictorias: romanticismo por la profusa decoración de la carpintería en las ventanas, extravagancia en la inconfundible influencia art-déco de las formas geométricas de los tejados escalonados, atrevimiento con tintes de vanguardia en la arriesgada elección del material de la fachada o, en definitiva, exigencia y rendición ante una arquitectura perfectamente ejecutada.

—Me he quedado mudo —dijo John—. Es preciosa.

—Me encanta, Gabe —dijo Elizabeth, tocándole cariñosa el brazo mientras subían las escaleras—. Te has quedado corto describiéndola.

—No me extraña que la hayas comprado —comentó Jack.

—No ha sido por la casa.

Cuando dejaron las maletas en el vestíbulo, repitieron halagos. Ethel salió de la cocina, saludó cordial, incluso comedida, y al momento se les unieron Claire y Eloise, tan sonrientes como Gabriel ejerciendo de anfitrión.

—Hola, Claire. —Elizabeth la abrazó y la besó en las mejillas con cariño—. Felicidades.

—Muchas gracias por venir. Me he llevado una sorpresa muy

agradable.

Luego, Jack y su padre también la saludaron antes de acompañarlos a la primera planta. Por supuesto, la escalera y la lámpara del hueco volvieron a impresionarlos.

Tras dejar a Jack en la habitación Suroeste, pintada de azul grisáceo, abrieron la Norte para Elizabeth y John.

—Espero que os guste —dijo Claire confiada.

—Es muy bonita —dijo John—. Pero prefiero la otra parte. ¿Te importa?

—No. —Claire los miró a los tres, sin saber cómo interpretar esos gestos. Elizabeth tenía una máscara fría que no inmutó, Gabriel miraba hacia el suelo con las manos en los bolsillos del pantalón, y John disimulaba con una sonrisa incómoda—. Lo siento, creía que...

—No te preocupes —comentó Elizabeth—. También yo me he equivocado alguna vez.

Claire se apresuró a quitarse de en medio con Gabriel, y fueron a la Sureste. A John le gustó la sobriedad gris de las paredes, un calco al derrotismo que sentía, la calidez de la luz blanca atrapada en el estor y la cama antigua, parecía poco usada. No tardó en bajar a la cocina, donde comprobó que tampoco fue exacta la información sobre las dotes culinarias de Ethel. Aquel aroma que no olía desde hacía años atrajo nostalgia en John y un flechazo instantáneo; hubo química entre el hombre mundano y la simpática mujer de pueblo. Elizabeth no se sorprendió al escucharlos hablar divertidos, el humor era otro rasgo notable de la sociabilidad e inteligencia de John; en cambio, no supo interpretar una punzada de celos. ¿Por qué no podía quitarse del pensamiento la soberbia de sus palabras? ¿Sería porque, a pesar de todo, soñaba con su amor incondicional?

Un par de horas después, cuando Gabriel recogió del aeropuerto a Sean, Elaine y Ophie, contó con la complicidad de su cuñada y su madre, que se llevaron de compras a Claire, para terminar de organizar el jardín con tiempo necesario y recibir a los invitados. Colocaron una mesa larga y pusieron un bufet con todos los platos que Ethel había preparado en su casa, unas guirnaldas de colores en los árboles, y velas flotando en cuencos con agua alineadas a los lados del camino que rodeaba la parte trasera del Boreal. Los integrantes del complot, durante unos minutos, admiraron el escenario antes de huir en estampida para cambiarse de ropa.

Al regresar charlando, Claire no reparó en los coches de sus amigos

aparcados en las inmediaciones ni en el nerviosismo de Gabriel. La recibió sin dejarla ir al dormitorio, donde la extensa panorámica del jardín ahuyentaría el perseguido factor sorpresa.

—Quiero cambiarme para cenar. —Claire no salía de su asombro, guiada por una mano firme en la cintura a través del pasillo—. ¿Qué te pasa?

—No hace falta que te cambies, todos vamos informales.

—Es verdad, Claire —dijo Elaine. Acusó una falta de credibilidad evidente en la justificación de su cuñado, ya que precisamente él vestía un traje oscuro clásico, e intentó ayudarlo—. No hace falta, nosotras tampoco vamos a cambiarnos.

—¿En serio?

—Muy en serio —dijo Gabriel, moviéndose incómodo.

Claire buscó con la mirada la opinión de Elizabeth. Observando cómo asintió, admitía ese nuevo capricho del consentido. El Inquisidor aquella mañana consiguió sorprenderla con un tórrido despertar y un regalo fantástico para complacerse a sí mismo, que pensaba usar más tarde; siempre y cuando no tuviera que chantajearlo para saber qué le preocupaba.

Ajeno a la noche que se jugaba, Gabriel sujetó su mano y entraron en el salón. Siguiendo el plan, los Drake al completo volvieron a saludarla y aguardaron a que saliese al jardín con la excusa de que viera el menú.

—¡Sorpresa!

La cara de Claire se desencajó ante algunos de sus compañeros del instituto y las familias de Eloise, Ethel y Luc. Al instante, miró emocionada a Gabriel; no pudo articular ninguna palabra.

—Felicidades —susurró Gabriel, secó las lágrimas de sus ojos y la besó en los labios—. Te quiero.

Un rato después, Claire charlaba contenta con amigos a los que no veía desde hacía demasiado mientras disfrutaron de una comida hecha con cariño y bailaron exaltados canciones de todos los tiempos sin reparos ni vergüenza. La fiesta estaba en su apogeo cuando Claire, apremiada por Jim, empezó a abrir regalos. La imaginación de algunos no tuvo límites con ciertos objetos de uso dudoso, la de otros fue más conservadora con prendas de ropa, libros, colonias o, incluso, los tres cárteles negros de chapa con unas divertidas frases lapidarias de Jack.

Con otra música se animó Gabriel a bailar. Pegado a Claire al ritmo lánguido de *When I look in your eyes* de Diana Krall, no vio a su padre acercándose a su madre, en ese momento entretenida con Ethel.

—¿Quieres bailar? —preguntó John serio.

—No, gracias —respondió Elizabeth, sonrió incómoda.

John elevó una ceja.

—Ethel, ¿nos disculpas un momento?, por favor.

Ese tono seguro dejó la sutileza, derrochando autoridad no dio opciones. Sujetó el codo de Elizabeth y la llevó hasta la parte menos concurrida del jardín.

—Te he dicho que no quería bailar.

—Me has dicho demasiadas cosas en las últimas horas, pero no soporto que me ignores.

—Me da igual. Creía que algo había cambiado entre nosotros, pero me temo que no ha sido así. Has estado a punto de volver a dejarte manipular por una persona que detesto y yo tampoco lo soporto. Siento que te hayas molestado, ponte en mi situación y me comprenderás.

—No quieres olvidar y no puedo luchar contra eso. —John la observó y negó levemente con la cabeza, no quería entenderla, solo necesitaba su perdón—. Sabes lo que siento por ti, te lo he dicho con palabras y te lo he demostrado, pero todavía sigues echándomelo en cara. No sé cómo podríamos seguir si no dejamos atrás el pasado.

—Eres increíble —murmuró, hizo acopio de dignidad para no ceder ni un milímetro y continuó hablando—. Eres tú quien se mezcla con indeseables dando pasos hacia atrás. Lo siento, pero no puedo admitir que alguien como esa mujer maneje mi vida. No lo consentí hace diez años y no pienso hacerlo ahora. Te quiero, siempre te he querido, y siempre lo haré, pero prefiero vivir sin ti a arriesgarme contigo para que nos tenga a su merced. Lo siento, John.

A Elizabeth le pareció abatido cuando lo dejó. Volvió al centro de la fiesta unos pocos minutos, se despidió de sus hijos y corrió para encerrarse en el dormitorio. Tras un llanto liberador, se durmió. No escuchó ni la puerta ni a John entrar.

A las dos de la madrugada los invitados abandonaron la casa y llegó la hora de despejar la incógnita de Gabriel. En la habitación dejó que Claire se tomara su tiempo en el baño, se sirvió un whisky y la esperó sentado en el sillón delante del ventanal. Cuando la vio salir con su regalo puesto, estuvo a punto de atragantarse o romperse por la tensión de algunos músculos. Se levantó y la recorrió con una mirada lenta llena de deseo, anticipando el placer. El pequeño camisón de seda translucía su cuerpo con una sensualidad

que le robó la respiración: unas curvas proporcionadas se pegaban suavemente a la tela, unos pezones que tenía intención de besar mucho se marcaban en una invitación innecesaria y, por encima de todo, la sonrisa con el poder de alegrarle el alma. La cogió de la mano, la estrechó a su cuerpo, que sintió cálido, y la besó despacio recorriéndole la boca con una lengua anhelante de un sabor sublime.

Con Claire en las piernas, Gabriel volvió a sentarse en el sillón. Vagó con los pulgares por sus costados y frotó unos pezones sólidos antes de inclinarse y besarle la punta de la nariz.

—Te amo.

—Y yo. Gracias por hacer de este día algo inolvidable para mí. Me ha hecho mucha ilusión tener a mis amigos reunidos.

—De nada. Sabes que por ti haría cualquier cosa. —Le dio un besito casto en los labios, ordenando sus ideas; incluso se arrepintió por no haber preparado ninguna declaración; debía improvisar—. Conocerte ha sido una sorpresa que me ha cambiado la vida —dijo, acariciándole la cara—. Quiero estar siempre a tu lado, que seas mi mujer, la madre de mis hijos, mi todo. Cásate conmigo.

A Gabriel no le dio tiempo a sacar el anillo cuando Claire, conteniendo el llanto, asintió sonriendo. Otra vez vio a la aurora, brillando dentro de unos ojos metálicos que ya formaban parte de su vida. Gabriel la movió de las piernas y buscó en el bolsillo del pantalón. Con una alegría amplificada al saber de antemano la respuesta, le ofreció un anillo de compromiso que rebasó cualquier expectativa de Claire. Era un diamante con una talla ovalada, rodeado por veinticuatro pequeños brillantes y otros tantos en un aro donde no se apreciaba el oro blanco, únicamente la luz transparente que las piedras reflejaban.

—Es demasiado —confesó Claire con timidez.

—No, cariño. Nada será nunca suficiente para demostrarte cuánto te amo.

La versión más tierna y romántica de Gabriel fue para ella en ese instante. Detuvo el tiempo y la acarició con la suavidad de unas palabras que definían sus mismos sentimientos hacia él.

—Me casaré contigo. No podría ser con otra persona. Te quiero.

Gabriel le colocó el anillo en el dedo anular, besó su mano y la llevó a la cama para dedicarse lentamente a amarla. Merecía toda la calma que consiguiera darle antes de que la brisa amorosa se convirtiera en un violento

ciclón donde no se cansaban de girar enredados, siempre arrastrados por un deseo turbulento y un placer absoluto.

VEINTE

*San Juan de Terranova, 13-7-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Mientras el calor veraniego despertaba los cuerpos que amanecían abrazados, dos hombres parecidos se sentían más solos que nunca. Jack remoloneó en la cama y su padre no apartó los ojos de quien no admitía separarse de nuevo. Cuando Elizabeth abrió los párpados, se quedó petrificada al verlo sentado en el sillón con la misma ropa de la noche anterior. No le gustó saber que la anteponeía a su propia salud. Otra vez el carácter de John le jugaba malas pasadas y no quería sentirse responsable, pese a que le partiera el corazón la tristeza de sus ojos.

—¿Qué haces ahí sentado?

—Esperándote. —John se levantó y contrajo el gesto echando los hombros hacia atrás. Se sentó en el borde de la cama, tragó despacio y empezó a hablar—. El mismo día que me lié con Lilian me arrepentí, y aunque te asquee estar a mi lado no voy a dejarte más. Entiéndelo y asúmelo porque es lo que hay te guste o no. Si no quieres mantener relaciones conmigo lo aceptaré, si no quieres volver a hablarme también. Lo aceptaré todo, pero a tu lado. Eres mi mujer y vas a serlo hasta que me muera.

Elizabeth no pudo aguantar con los ojos abiertos. Quiso herirlo cuando opinó de ciertos hombres, pero no calibró la profundidad del dolor que causaría.

Despacio, John se puso de pie. La observó durante unos segundos y dio la vuelta para marcharse.

—John —murmuró. Al escuchar su voz, John se detuvo. Elizabeth salió de la cama y fue a su encuentro, tendiéndole la mano, trató de esbozar una sonrisa—. No te vayas.

Todas las lágrimas que John Drake se había tragado brotaron libres y corrieron por sus mejillas al abrazarla con fuerza; necesitaba ese perdón y a ella. Elizabeth acarició su rostro áspero por la espesa barba y unió sus labios en un beso lento, disipando nombres malignos para sellar un nuevo principio al amor imperecedero que los unió siendo jóvenes. Ahí los dos compartieron la convicción de que nada los detendría, cumplirían hasta que la muerte los separase los votos que se prometieron.

A las diez de la mañana, Jack terminó de ducharse en la habitación Suroeste. No se afeitó, por andar con la moral escasa, y se vistió con unos vaqueros, una camiseta blanca y unas deportivas de lona. Se sirvió un café en la solitaria cocina, donde no había ni rastro de la celebración, y leyó un mensaje recién llegado de Cora preguntándole por la fiesta. La llamó y contestó de inmediato.

—Hola, cariño —saludó contenta—. ¿Cómo estás?

—Hola, nena, bien, ¿y tú?

—Echándote de menos. ¿Le ha gustado a Claire la sorpresa?

—Sí, se quedó alucinada cuando vio a tanta gente.

—Qué bien.

—No soporto estar sin ti —confesó Jack tristón—. He pasado una noche horrible.

—Y yo, pero piensa que en tres días estaremos juntos.

—Lo sé. Me gustaría hablar con mi hermano antes de volver, no quiero seguir así. Me siento como un gusano que está traicionándolo.

Justo es ese momento, al escuchar esas palabras, Gabriel, que había bajado a desayunar, se detuvo en la puerta y centró la atención con el ceño fruncido.

—No estamos haciendo nada malo —dijo Cora.

—Lo sé, Cora, pero necesito hablar con él.

La cara de Gabriel perdió el color.

—No te agobies, busca el momento adecuado, si no, lo haré yo cuando pueda.

—No. Hablaré con él. Supongo que lo entenderá.

—Vale. Avísame antes de salir para que vaya al aeropuerto a recogerte. Te quiero.

—Te quiero, cuídate.

Jack colgó, cogió otra vez la taza de café y sonrió sorprendido cuando Gabriel entró en la cocina.

—Hola, ¿le has dado el anillo? —preguntó casual.

Intentando dominarse, Gabriel se movió despacio.

—Espero que esa Cora no sea quien creo que es —siseó con el rostro tenso por la rabia.

Jack se levantó sin apartar los ojos de los suyos.

—Estamos saliendo.

La sonrisa amargada de Gabriel distrajo a Jack, que no advirtió las

dos zancadas de su hermano hasta que lo tuvo encima.

—¿Desde cuándo?

—Desde la fiesta anual.

—¿De no soportaros habéis pasado a salir juntos en quince días? ¡¿En serio?! ¡Contéstame!

Jack apretó las mandíbulas, pero no se amilanó por esa ira desatada.

—Sí.

Gabriel no se lo pensó y le lanzó un puñetazo en la barbilla que le giró la cabeza.

—¡Eres un cabronazo! ¡¿Crees que soy gilipollas?! ¡¿Desde cuándo te la tiras?!

—No hables así de Cora.

—¿Por qué? Hablaré como me dé la gana. Tú eres un cabrón y ella es un pedazo de zorra.

Con la misma mala leche de esas palabras, terminó el control de Jack. Se desató con un golpe certero en la mejilla de Gabriel, con una sucesión de insultos, zarandeos y más golpes, acompañados por el ruido estrepitoso de los objetos que se estampaban contra el suelo. Sean y John coincidieron en la escalera y bajaron alarmados. Claire se anudó la bata a la cintura y llegó corriendo cuando Sean trataba de separarlos.

—¡Basta! —El rugido de John los frenó en seco—. ¿Qué estáis haciendo?

—Pregúntale a tu hijo —dijo Gabriel con el labio ensangrentado.

Claire intentó tocarle la cara, pero Gabriel se escabulló con malos modales. Lo siguió hasta que entró en el baño de su dormitorio y se inclinó sobre el lavabo para limpiarse la sangre.

—¿Qué ha pasado?

—Mi hermano y Cora están juntos.

Claire desorbitó los ojos y no supo qué decir. Pasados unos segundos, preguntó:

—¿Desde cuándo?

—No lo sé, pero me los han puesto bien.

Sean no salía de su asombro, jamás se habían pegado, ni de niños. Observó a Jack mientras su padre le ponía hielo en la cara y preguntó:

—¿Qué hemos visto?

John alzó las cejas e intercambió una mirada rápida con Jack, esperando que hablara.

—Cora y yo somos pareja.

De nuevo, el impacto de la noticia palideció el rostro de otra persona. Jack debía armarse de paciencia hasta que lo asimularan y aceptaran.

—Eres un capullo. —Sean, como siempre, se puso del lado de quien creyó merecía la razón—. Nunca pensé que me decepcionarías tanto.

Salió a paso rápido, se cruzó en la escalera con su madre, que lo miró extrañada, y con Elaine y Ophie, a quienes arrastró con él sin mediar una palabra. No fue necesario para la astuta morena. Así como Elizabeth tampoco las usó cuando entró en la cocina y vio a John intentando aliviar las heridas de su hijo pequeño. Se acercó incrédula para sentarse en la mesa. Escuchó una explicación de John, tan breve como confusa, tratando de entender el alcance del encontronazo.

—Pero si no os soportabais —dijo Elizabeth en un murmullo, escondió el rostro entre las manos. John bufó cansado y sirvió dos tazas de café. Le colocó una delante y tocó cariñoso su hombro—. No lo entiendo, Jack.

—Estoy enamorado de ella desde que nos conocimos. Me fui por ella. Solo nos acostamos una vez cuando estaban casados.

—Debes entender a tu hermano.

—Me fui por él, pero no sé por qué se ha puesto así. No la quería, no la quiere, ¿por qué no es capaz de comprender que no se puede elegir a quien uno ama?

—Dale tiempo. —Elizabeth sonrió apenada y acarició su mano, hilando flecos sueltos de él que siempre le intrigaron—. Ha sido una sorpresa tremenda.

—Me voy a mi casa. —Jack se levantó, recibió una palmada en el hombro de John—. No puedo seguir aquí.

Salió rápido, en cambio, sus padres se tomaron aquellos cafés pensando sosegados en el nuevo escollo que su familia debía salvar.

En pocos minutos recogió Jack el equipaje, llamó a un taxi y dejó el Boreal Róis sin despedirse de nadie. Prefirió ocultar las contusiones en soledad, aunque por momentos —aparte de la inflamación— el dolor le invadía toda la cara.

Gabriel consiguió disipar la nube de furia de su cabeza metido un rato en la ducha, ignorando que Claire esperaba sentada en la cama con una duda rondándole; no podía ser cierta, pero fue inevitable. Cuando salió, la observó serio. Ya tenía varios hematomas en el rostro y el puño de la mano derecha

inflamado. Se quitó la toalla, se colocó unos calzoncillos, un pantalón corto, y buscó una camiseta, que se puso en el acto.

—¿Estás mejor?

—Siento el espectáculo —dijo sentándose a su lado.

Inclinó el cuerpo hacia delante para calzarse las nuevas zapatillas deportivas.

—¿Ahora vas a correr?

—No tengo ganas de hablar, discúlpame.

—Cariño —dijo Claire, le puso una mano en la pierna. Gabriel no se movió—, sé que estás enfadado y te entiendo, pero no sabes qué ha pasado entre ellos y estás dando por hecho algo que desconoces.

—Claire, mi hermano y Cora se odiaban. No podían estar juntos en la misma habitación y ahora empiezo a ver claro que no era odio. Me han engañado como a un gilipollas. He estado casado con ella cinco años, de los cuales cuatro han sido una tortura, si hubiesen sido más valientes podría habérmelos ahorrado, y ellos podrían haberse dedicado a lo que les diera la gana sin joderme a mí y sin hacerme quedar como un cornudo cuando estaba hasta las narices de mi matrimonio.

—No te martirices. Piensa que sin esos años quizá no nos habríamos conocido. Mírale el lado bueno.

—Ahora mismo no puedo.

—Inténtalo, por favor. No creo que para ellos haya sido fácil. No sé, cariño, pero a veces las cosas no son lo que parecen y tampoco tan simples. Si Jack lleva años viviendo en Nueva York, no pueden haber mantenido ninguna relación. Piénsalo, pero no te encabezones con que te han traicionado, a lo mejor no lo han hecho.

—Eres muy inocente. Si los hubieras visto juntos entenderías por qué pienso que sí llevan liados mucho más tiempo del que Jack me ha dicho. Es imposible que en quince días, él, precisamente, admita que son pareja cuando las ha tenido cómo ha querido y jamás las ha considerado sus parejas. ¿Voy a creerme que de la noche a la mañana a Cora sí? Ni de coña. Lo siento, pero no.

—No sé cómo se comportaban mientras Cora y tú estabais casados, solo te digo que quizá no es que no se soportaran, quizá es que no sabían soportarse porque estaban frustrados o asustados, y de eso sí que puedo hablarte sabiendo lo que me digo.

—No es lo mismo. —Gabriel suspiró con fuerza—. Tú no elegiste lo

que te ocurrió; ellos sí.

—A lo mejor tampoco tuvieron opción de elegir. Hay cosas que están por encima de nosotros. Tú a mí no me dejaste otra opción que amarte, y te prometo que intenté resistirme todo lo que pude.

En ese instante, Claire seguía mostrando tristeza en la mirada, Gabriel esbozó una sonrisa lenta y con una caricia llena de ternura le recorrió el perfil de los labios.

—Yo tampoco tuve ninguna opción contigo.

Le dio un beso en la boca para dejarse seducir por una calma que solo Claire sabía transmitirle. Ella también le acarició la cara, pero se apartó en cuanto sintió en las yemas las heridas. Desalmándolo con la suavidad de unos verdes que brillaban cálidos, habló:

—No vas a salir así y no deberías ir a trabajar hasta que se te quiten las marcas. Os habéis destrozado la cara —comentó afligida—. ¿En qué estabais pensando?

—He empezado yo. —Bajó la cabeza y cerró los ojos—. Nunca le había puesto una mano encima.

—Pídele disculpas —dijo, alzándole la barbilla—. No lo dejes mucho.

—Ahora hablaré con él. No piensen ni por un instante que puedo comportarme así contigo.

—No lo he pensado, pero, ya que lo dices, espero no volver a verte así nunca. No justifico la violencia bajo ningún concepto.

—Yo tampoco, lo siento.

Claire se levantó, le tendió la mano y lo instó a sentarse en el baño. Sacó un botiquín, untó una crema antiinflamatoria en los nudillos, yodo en los arañazos que tenía repartidos por las mejillas y, para finalizar, igual que a un niño le besó los ojos, donde se apreciaban dos sombras oscuras hinchadas. Poco después, salió con Elizabeth y Elaine para enseñarles el mercado ambulante de pescado del puerto y de paso dar algunas horas a la facción masculina para que se aclarasen; aunque Gabriel, con la nueva desertión de Jack, no podría disculparse, añadiendo un tiempo que a ninguno beneficiaría.

Una vez que John le contó la conversación con Jack del aeropuerto, en una tensa cena familiar, con mucho tacto, Elizabeth intentó que Gabriel viera las cosas desde otro punto de vista:

—No voy a defender a tu hermano porque sabes lo que opino de la infidelidad. —Al decir esto, advirtió que John dejó de comer y la miró

apretando la mandíbula; aunque se sintiera aludido, no era el destinatario de esas palabras. Sonrió, le acarició la mano y continuó centrada en su hijo mayor—. Pero a veces las cosas surgen y uno no puede controlarlo. Cora cambió cuando Jack se fue. Sabes que antes era una chica encantadora, y él desde que llegó a Nueva York no ha mantenido ninguna relación estable. Ahora he entendido el porqué. Supongo que te dolerá oírlo, pero me da pena tu hermano. Se fue para no enfrentarse contigo. Perdónalo, Gabe, inténtalo, por favor.

—Me disculparía si no hubiese salido huyendo otra vez.

—No le has dejado otra —comentó seria.

—Espero que no se repita más. —John lo miró enfadado—. Y espero que habléis y solucionéis este problema. Tu madre tiene razón, deja que se explique y mantén las manos quietas.

—No me lo digas más, lo he entendido a la primera.

Tanto él como Sean ya le reprocharon la agresividad sin cortarse. Tras esa charla, Gabriel sopesó el temor de Jack a su reacción y que se escondiera en Nueva York; sin embargo, aparte de los cuernos, no digería los años perdidos soportando un matrimonio roto, viviendo amargado en una mentira creyendo que con el tiempo podía mejorar engañándose a sí mismo.

Esa noche Jack cogió un taxi nada más aterrizar. Llegó a TriBeCa sin decirle a Cora que había vuelto con intención de pasar el resto del fin de semana solo, atiborrado a pastillas, en la cama. Ignorando el sonido insistente del móvil, consiguió dormir hasta el domingo. No se preocupó por cargarlo cuando se quedó sin batería, no tenía ningún plan mejor que seguir encerrado.

El lunes por la mañana Cora se vistió con una falda gris, una camiseta roja y unas sandalias de tacón, desayunó un café de pie en la barra del apartamento, pensando en el silencio de Jack desde el viernes. Llegó puntual a la oficina, organizó el trabajo de ese día y, en cuanto se sirvió otro café, marcó el número sin muchas esperanzas; en cambio, tras varios tonos, respondió:

—Hola, Cora —saludó en un tono apagado, con pocas ganas de verla para ahorrarse la explicación que no pensaba darle por teléfono—. Estaba dormido. Hoy no voy a ir a la oficina.

—¿Por qué no me has llamado? Te dije que iría a buscarte.

—He llegado de madrugada —dijo para evitar suspicacias—. No te preocupes, mañana nos vemos.

—Puedo ir cuando termine.

—No —replicó rotundo—. Estoy muy cansado. Hasta luego, nena.

—Jack, ¿te encuentras bien?

—Quiero descansar, estoy muerto.

—¿Ha pasado algo?

—No.

—Vamos, cariño, no mientas. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada, no seas más pesada. Hasta luego.

—Jack...

La velocidad por colgar todavía mosqueó más a Cora, que decidió averiguar qué estaba ocultando sin intención de volver a pasar la noche en vela preocupada por él.

Tras una jornada agobiante, antes de salir, Cora llamó a un restaurante para encargarse de la cena, repasó la agenda y anotó la nueva cita acordada con un cliente después de hablarlo con Michael. Luego cogió el bolso y salió del edificio, impaciente por llegar al aparcamiento, montarse en el coche y despejar la incertidumbre. En cuanto llegó a TriBeCa el ambiente alegre animó su humor con vivos colores. Casi todos los comercios tenían maceteros en las entradas, los cafés y restaurantes los ponían entre las mesas y la acera y, justo debajo del edificio de Jack, una floristería plagaba de verde toda la esquina, de tal manera que parecía una jungla tropical. Cora entró en el portal sin llamar, aprovechando la salida de un vecino. Atravesó el vestíbulo y cogió el montacargas hasta la tercera planta. Llamó al timbre. Nada. Otra vez. Controlando la ansiedad, incrementada por una tardanza alarmante, volvió a tocar el timbre, sin quitar el dedo. Escuchó un golpe, seguido por una sucesión de tacos. De pronto, Jack abrió la puerta con una cara que consiguió asustarla; no pudo cerrar la boca viéndole los ojos y la nariz hinchados.

—¿Qué te ha pasado?

—Te he dicho que no vinieras —espetó molesto. Cora dejó la bolsa en el suelo y le tocó la mejilla. Jack bufó agobiado, se apartó y regresó al dormitorio. Sentado en la cama, con los brazos en las rodillas, la observó rígido—. Gabe y yo nos hemos peleado.

—¿Qué? —exclamó nerviosa. Se arrodilló delante y le sujetó el

mentón—. ¿Esto te lo ha hecho él?

—Sí.

—No puede ser... —susurró, reteniendo unas lágrimas indeseadas—. Hablaré con él, lo entenderá. Tú y yo vamos a estar juntos, le guste o no. — Cora acarició las piernas fuertes de Jack, vestido con unos bóxers blancos—. Nos ha costado mucho llegar aquí, te prometo que Gabe lo entenderá.

—No —dijo inflexible—. No vamos a darle más explicaciones. Estoy hasta las narices. Cuando quiera entenderlo, que lo haga; mientras tanto, que se olvide de nosotros; igual que Sean o mi madre; paso de todos.

—Cariño, no puedes renunciar a tu familia. Estáis muy unidos y ahora con la reconciliación de tus padres es cuando deberíais estarlo más.

—No he sido yo quien ha pegado primero. Que Gabe me pida disculpas y me lo pensaré.

—Nunca creí que llegaríais a las manos.

—Los cuernos no le sientan bien. Cree que hemos estado enrollados todos estos años.

—¿Por qué? Si solo fue una vez.

—No me dejó hablar.

—A mí me escuchará. También él se ha liado con su novia mientras hemos estado casados, no es el más indicado para indignarse, y dudo mucho que en sus viajes nunca me haya sido infiel.

—No sé qué habrá hecho, pero esto es algo entre él y yo.

—De eso nada, es entre los tres.

—No —añadió Jack con dureza—. No te metas.

—De acuerdo —dijo seria. No quiso discutir. Cuando se obstinaba, era preferible seguirle la corriente. Se levantó y al salir, añadió—: He traído la cena.

En pocos minutos, Jack entró en el salón. Olía muy bien y aspiró con un apetito canino. Cora tenía encima de la mesa una botella de agua, otra de zumo, una lasaña, queso y dos platos. Se sentó junto a ella en el sofá, cogió los cubiertos que le ofreció y durante unos segundos sintió una repentina emoción. Hubo algo en ese detalle que atrapó su atención, pero no supo definir claramente qué era. Cenaron en silencio, terminaron y fueron al dormitorio, donde Cora se desnudó despacio sin que desde la cama unos ojos tristes se apartaran de su cuerpo. Luego, se tumbó. Unas caricias suaves fueron convirtiendo el aire fresco en una brisa densa; unos besos cuidadosos y tiernos en una profunda tormenta de gemidos, jadeos o palabras

incomprensibles murmuradas por unos labios buscándose para respirar. Los dos necesitaban ese amor que no merecía seguir en secreto por más tiempo. En aquella cama decidieron que no volverían a ocultarlo, rebajándolo de forma humillante; gritarían con orgullo que estaban enamorados; nunca más esconderían la magnitud que los unió hacía cuatro años.

En Terranova, la estancia para los Drake finalizó la tarde del martes sin que la sucursal del Scotia se librara de la visita de John acompañado por Gabriel, camuflando la hinchazón del rostro con una barba semiespesa y las ojeras con un resfriado oportuno para que nadie imaginara una trifulca filial.

Cuando regresó Gabriel de dejarlos en el aeropuerto, entró cansado en la cocina por la conversación que no podía posponer más con Claire, se sorprendió al ver a Ethel y preguntó:

—¿No te vas?

—Estoy esperando a Mike.

Gabriel sirvió una copa de vino y se la ofreció a Claire, que la rechazó con una sonrisa. Tenía un retraso en el periodo y una cita el viernes con su ginecóloga; pero no quiso darle esperanzas hasta confirmar una noticia que los dos deseaban.

—¿Podemos hablar?

—Claro —respondió Claire intrigada.

Se dirigieron al salón y cada uno ocupó sus sitios: Gabriel el sofá de tres plazas y Claire el sillón junto a la lámpara de pie.

—Mañana por la tarde tengo que ir a Quebec, volveré el viernes por la noche.

—¿Tienes alguna reunión?

—Sí, un par. ¿Quieres venirte conmigo?

—Mejor, no. Me gustaría ir viendo el diseño de los dormitorios antes de que venga el arquitecto.

—No viene hasta el próximo lunes.

—Pero si me voy no tendré tiempo para hacer nada. ¿De verdad quieres que te acompañe?

—Si vas a quedarte aquí bien, no.

—No te preocupes —dijo Claire sonriendo—. Solo son dos días. Creo que podré resistirlo.

—Como quieras.

Durante un rato charlaron haciendo balance de la visita de los Drake,

hasta volver al tema espinoso.

—Deberías llamarlo.

—Prefiero hablar con él cara a cara. Debo ir a Nueva York a final de mes —comentó, atento al ceño fruncido de su novia, para ampliarle la información, dijo—. Vienen los representantes del astillero noruego para estudiar los pormenores de los contratos, es indispensable que asista.

—Lo entiendo, has llevado tú la operación de la plataforma.

—Desde la sucursal. Tengo un buen equipo —comentó satisfecho, era totalmente verdad; no podía haber congeniado mejor con todos—. Espero que esa semana sí te vengas conmigo. Si quieres, nos vamos a un hotel para estar más cómodos.

—Por mí no lo digas —comentó irónica, sabiendo que el amor desmedido de John y Elizabeth era el responsable de esa otra opción—. No me uses de excusa, eres tú quien se ruboriza. ¿Qué día nos iríamos?

—El veinticuatro. Y no exageres —dijo sonriendo—, pero podrían reprimirse un poco.

—Aplicate el consejo —comentó burlona—. Te gusta la fiesta más que a tu padre.

—Qué vamos a hacerle... —Gabriel encogió los hombros divertido—. Será genético. —Bebió un sorbo de vino y preguntó entrecerrando los ojos, con la cabeza un poco inclinada—. ¿Has pensado en una fecha?

—Sí. Me gusta el otoño, por aquí es una época muy bonita. El tres de noviembre es sábado, podríamos casarnos aquí y organizar la celebración en el jardín.

—Faltan poco más de tres meses. ¿Será suficiente para organizarlo todo?

—Sí —respondió rápido, un tanto inquieta, preguntó—. ¿Por qué lo dices? No quiero una boda con mucha gente. Para ti es la segunda vez y yo prefiero algo íntimo.

—¿No prefieres la catedral? —preguntó asombrado, con una sonrisilla comentó—. Nos pilla cerca.

—No. —Claire negó con la cabeza—. Tenemos el sitio perfecto. —Le hacía ilusión casarse en su casa. Nunca había visto una boda entre esos muros y la de ellos era la historia de amor más bonita que sumarían a su leyenda—. Hazme una lista con tus invitados y encárgate solo del viaje. He estado mirando por Internet, y en noviembre en el sur de España la temperatura es ideal. Podríamos hacer una ruta por Andalucía. Me conformo

con visitar Sevilla, Granada y Málaga, y, si me apuras, podemos estar también unos días en Barcelona y Madrid.

—¿De cuantos días hablamos? Solo en ir y venir se nos van dos, y mínimo otros dos o tres en cada ciudad. Necesito más de quince, y Madrid o Barcelona son demasiado grandes para dos o tres días. Mejor nos quedamos en el Sur. Si quieres, cuando vayamos en septiembre a Londres organizamos otro minitour por España.

—No me habías dicho que tendrías que ir a Londres. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Algunos días. Y no te lo he dicho porque aún no sé con exactitud cuándo iré. Las fechas no están fijadas, pero supongo que será en septiembre o a finales de agosto.

—¿Cuánto tiempo?

—Mínimo quince días —dijo Gabriel. Advirtiendo el cambio en la expresión de Claire, añadió con una mirada fija—. No lo pienses y vente conmigo. Ya no es necesario que te quedes aquí.

—Lo sé. —Claire trató de sonreír—. No estoy enfadada, es solo que me he bloqueado un poco, perdóname.

—Cariño, tengo ir —comentó serio—. Tienes varias semanas para decidirte.

—Vale —admitió ausente—. Lo pensaré.

—¿Quieres que prepare la cena?

—Mejor la hacemos entre los dos. —Claire respondió animada—. No quiero pasar la noche en urgencias.

—Veo que te has recobrado con rapidez.

—Tienes esa habilidad, me haces feliz.

Ese reconocimiento creció a Gabriel. Fueron de la mano a la cocina, que Ethel dejó impoluta, y siguió al pie de la letra todas sus instrucciones. Incluso recibió elogios ante la nueva soltura que exhibió manejando los cuchillos al trocear la verdura de la ensalada. Sin sufrir ningún percance, batió una marca personal que entraba dentro de lo razonable y no rayó la desesperación de Claire. Después de sentarse en la mesa, hicieron planes para la boda y comentaron entretenidos los monumentos y museos que querían visitar. Pasaron un rato agradable; otra noche en esa casa envuelta en secretos, con una solidez a prueba del tiempo; otro momento más donde escucharon los muebles antiguos que todos los días crujían, parecían lamentos de la madera, como gritos en el silencio de unos árboles negándose

a morir en el olvido.

VEINTIUNO

*San Juan de Terranova, 20-7-12
Terranova y Labrador, Canadá*

El viernes por la mañana Claire acudió a la cita con su ginecóloga, la doctora Julia Mills, que era una señora de cincuenta y cinco años con el aspecto rejuvenecido gracias a una ropa informal, el cabello corto de color rubio platino, y tres aros pequeños colocados en orden en el lóbulo derecho de la oreja. Tras la exploración, descartó un embarazo y realizó una citología. Luego, bastante decepcionada, Claire suspiró y comentó:

—Es que no entiendo por qué no me quedo embarazada.

—Ya te lo he dicho, no tienes ningún problema, es mejor que no te obsesiones. Habla con tu novio, sería conveniente que se hiciese alguna prueba. Al menos descartaríamos cualquier problema físico.

—¿Podrías recomendarme algún urólogo?

—Hay uno muy competente en el Centro de Ciencias para la Salud. Pregúntale a Patrick, él lo conoce mejor que yo.

—Primero hablaré con Gabriel. No sé si va a hacerle mucha gracia tener que hacerse pruebas.

—Depende de cuánto quiera tener un hijo, tú estás haciéndotelas.

—Ya, pero él no lo sabe.

—Claire, nos conocemos desde hace quince años, me has dado la alegría del día —dijo Julia con una sonrisa sincera—. Deja de agobiarte y tómate las cosas con calma. Habla con él.

Mientras Claire revolvía el interior del bolso grande que llevaba colgado en el hombro, buscando las llaves del coche, sonó el móvil y respondió aliviada la llamada de Gabriel:

—Hola, cariño —saludó alegre—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien —respondió, entrando en el edificio donde atendía el doctor Leopold Barnes, el psiquiatra con quien tenía cita, aunque la consulta no era para él—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿A qué hora llegas?

—Por eso te llamo, voy a quedarme el fin de semana aquí. La inmobiliaria tiene unos posibles compradores para el piso, vienen esta tarde.

Es el único día que podían. ¿Por qué no te vienes?

—Me has pillado en la calle. En cuanto llegue a casa, busco algún vuelo.

—Perfecto. —Gabriel sonrió feliz, agradecido por esa rápida admisión—. Podemos ir a Stoneham.

—Estamos en verano —dijo apretando las cejas—. Cariño, no hay nieve.

—Da igual. Si quieres, reservo dos noches.

—Miro el vuelo y te llamo.

Un rato después, Gabriel comprendió mejor la reacción del cuerpo de Claire cuando revivía el episodio de la violación. El doctor Barnes describió con exactitud todos los síntomas de un estrés traumático que no terminaba de superar: las reacciones físicas involuntarias, el contacto que no toleraba, los recuerdos reiterados angustiantes, las pesadillas, y unos desmayos que la defendían cuando su mente no era capaz de superar un episodio imborrable en el cerebro. Le explicó que esa duración tan exagerada podía deberse a un sentimiento de culpa que persistía en su subconsciente y, por alguna razón, no dejaba que olvidase. Aparte de volver a Nueva York, también le aconsejó que la escuchara cuando quisiera hablar del tema. Pese a su reticencia en conocer detalles escabrosos, convencido de que era mejor ni nombrarlos, Gabriel decidió encarar el futuro que necesitaba tener junto a ella sin sombras del pasado, por mucho que le doliera; debía conocer ese remordimiento que enturbiaba la mente de Claire. Hasta entonces, no podría ayudarla.

Gabriel recibió a Claire en el aeropuerto de Quebec con un beso ardiente en los labios, ajenos a un público escaso y despistado. Al salir hacia el coche una brisa fresca sorprendió a Claire, que viendo a las seis un día soleado se vistió con una camiseta de mangas cortas, y no le quedó más remedio que pegarse a su prometido como una lapa.

—Te he echado mucho de menos.

—Y yo, cariño —dijo Gabriel—. ¿Todo bien estos días?

—Sí —respondió sonriendo—. Tranquila en casita.

A los pocos minutos Gabriel guardó el equipaje en el maletero, abrió la puerta del copiloto y la besó en la sien antes de que se sentara. Atravesaron la ciudad camino de Stoneham, donde tenían reservadas dos noches en Le Manoir du Lac Delage, un resort en la estación de esquí, junto al lago. Claire se comprometió a jugar al golf en el inmenso campo que rodeaba el edificio,

no era buena ni la seducía; sin embargo, por no quitarle la ilusión, no mencionó que el spa o algún deporte acuático gozaban de una mejor posición en su escalafón ocioso.

—¿Les ha gustado el piso?

—Sí, en unos días me contestarán.

—¿No te da pena venderlo?

—No, prefiero invertir en otro sitio, por ejemplo: Londres.

—No sé qué decirte, mejor España. Siempre estás contando maravillas.

—Lo he pensado, aunque no me planteaba comprar nada allí, pero si quieres...

—¿Por qué no? Si de todas maneras vas a invertir el dinero.

—¿Desde cuándo te interesan las finanzas?

—Desde que convivo con la Inquisición española.

—Tendrás quejas...

—Ninguna.

Claire le dedicó una sonrisa divertida, inclinó el cuerpo hacia el lado y lo besó en la mejilla, alegrando con ese desparpajo al banquero nada inquisidor que perdió la concentración distraído por un olor fresco familiar.

En media hora se cambiaron de ropa y disfrutaron en solitario de un jacuzzi al aire libre, parapetados por unas piedras enormes. Tenía una pequeña cascada que relajó sus sentidos con un agradable sonido rítmico.

Comieron en el restaurante, que al ser fin de semana estaba más concurrido de lo normal, degustando un menú francés delicioso. Luego, pasearon por uno de los caminos del campo de golf hasta el lago. Tumbados en unas hamacas cerca de la orilla, contemplaron el atardecer, pensativos en un cómodo silencio que interrumpió un diligente camarero. En cuanto sirvió las copas de champán que Gabriel pidió en francés, se alejó. Claire esbozó una sonrisa amplia concentrada en sus gestos, observando la misma parsimonia que hacía antes de comer.

—¿Te gusta?

—Mucho —respondió Gabriel levantando la vista despacio—. Disfruto con el paladar y el olfato. ¿Sabes la de emociones olfativas que pueden acumularse si se presta atención a los miles de olores que nos rodean?

—No me fijo tanto como tú, pero sé la sensación que me provoca tu olor.

Gabriel sonrió.

—Me hago una idea —dijo antes de volver a beber—. El de tu cumpleaños tampoco estuvo mal.

—No. Nadie se quejó, pero creo que eras el único que apreciaba lo que te costó tenerlo.

—¿Hablas de esfuerzo o de dinero? —preguntó con burla—. Ya no sé a qué atenerme.

—De lo que quieras. Nadie apreció ni una cosa ni la otra.

—No estaría tan seguro, no sobró nada.

—Cariño, la bebida gratis es para eso. Además, así hacemos otra visita a tu tienda neoyorquina favorita. Tómalo como un aliciente.

—Prefiero otro tipo de alicientes.

Esa sonrisa perversa, un entorno precioso, y unas manos juguetonas tiraron de su cuerpo para colocarla más cerca y poder recorrerla sin esfuerzo. Con un suspiro, Claire dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyada en un pecho firme que siempre resultaba comfortable. Las elegantes manos de Gabriel acariciaron sus pezones, provocando un deseo que quiso controlar.

—Pueden vernos.

—Déjate llevar.

Al bajar el tono de voz, también recorrió posesivo el vientre de Claire, buscó su sexo y no se cortó en acariciarla hasta que una ráfaga ardiente le atravesó el cuerpo y explotó entre sus piernas. El rostro de Gabriel insinuó una expresión victoriosa envuelto por alentadores jadeos. Claire estaba a punto de no poder soportar más estímulos, al borde de perder el control otra vez en un lugar público; reducida a una necesidad que no podía negar; siempre sucumbiendo bajo ese hombre seguro que la conocía mejor que nadie y sabía cómo hacerla desaparecer del mundo en una noche oscura, donde no había auroras boreales, pero la iluminó con el brillo del deseo en sus ojos.

—Gabriel —jadeó Claire.

El temblor en la voz indicaba que el orgasmo era inminente, sonrió y retiró las manos para darle unos segundos de tregua.

—Qué.

Claire escuchó el susurro que le acarició la cara, ahogó un grito al sentir la rápida penetración de sus dedos y cerró los ojos guiada por el placer. Gabriel se recreó en una visión arrebatadora que se le grabaría en el cerebro de por vida. Lleno de satisfacción al amarla cobijados bajo miles de estrellas, le dejó un reguero de húmedos besos en el cuello y le metió la lengua en el oído. Con esa nueva punzada eléctrica, desató a Claire; la sintió en sus dedos;

vibrando como el temblor que lo sacudió impaciente hasta casi bajarse los pantalones y enterrarse allí mismo en ella.

Después de abandonar el jardín apresurando el paso, hicieron el amor en la habitación. Gracias a la eficacia del hotel, cenaron en la cama una selección de delicatessen. Cómodos, Claire habló de la visita a la ginecóloga, abordando otro tema que no podía olvidar.

—Me dijiste que nunca te habías hecho ninguna prueba para saber si podías tener hijos.

—¿Quieres que me haga una prueba?

Esa anticipación le ahorró a Claire una petición incómoda.

—Sí. Al menos sabríamos si depende de nosotros.

—Dirás de mí —dijo a la defensiva—. Tú sabes que estás bien.

—Si no quieres, no te la hagas.

—Pediré cita con un especialista. —Gabriel intentó suavizar el tono de sus palabras. Acercó la cabeza a la suya y le besó la punta de la nariz—. Tienes razón.

El día siguiente desayunaron temprano en el restaurante y fueron al campo de golf. Gabriel durante los primeros minutos tuvo una paciencia infinita con su novia. Al cabo de un rato, desistió. Era imposible intentar explicarle cómo debía sujetar el palo. En cuanto Claire notaba detrás el cuerpo de Gabriel rodeándola con los brazos y sus pezones rozándolos, entraba en un estado de desconcentración con una risa contagiosa que lo llevó a dejarla a su aire, aunque enlazó dos tiros que casi matan a otros dos jugadores y se vio obligado a pedir disculpas —de manera bochornosa para él — si no querían ser expulsados del campo por no llegar al par mínimo para jugar.

Regresó a paso rápido, mirándola con seriedad.

—Apunta un poco mejor, por favor, o nos van a echar.

—No ha sido para tanto. Eres un quisquilloso.

—Procura no cepillarte a nadie, no me apetece visitarte en la cárcel.

Toda la alegría del rostro de Claire se esfumó a una velocidad vertiginosa. Apretó los labios y tragó despacio. Disimulando el temblor de las manos, sujetó con fuerza el mango del palo. Gabriel se concentró en el siguiente hoyo, sin advertir el desasosiego de Claire con la culpabilidad que el psiquiatra le había comentado bien visible; no estuvo atento para descubrirla en ese instante. Tras realizar un buen lanzamiento, se volvió hacia

ella con una sonrisa orgullosa.

—Vamos, te toca. Y ya sabes, al hoyo, no a matar.

—No tengo ganas de seguir. Tira tú por mí.

—Estoy bromeando. —Gabriel se acercó al percibir su angustia—.

No seas tonta.

—Lo sé, pero tengo mucho calor, prefiero ir al lago.

—¿Alquilamos una canoa?

—Por mí bien, pero tienes que remar tú, quiero broncearme.

—Lo tenía clarísimo.

—A ti está sentándote muy bien el bronceado —comentó admirando su piel morena, reparó en la barba y añadió—. No sé cuando te afeites..., vas a tener media cara blanca.

—En la canoa puedes hacer top-less.

Le guiñó un ojo, colocó el brazo en su hombro y tiraron de los carritos hasta el control. Luego, consiguieron dilatar la salida del dormitorio cuando se pusieron los bañadores y cada uno untó bronceador al otro.

Entre chapuzones en un agua fresca y arrumacos tumbados al sol pasaron unas horas divertidas. Claire consiguió disfrutar sin volver a recordar nada relacionado con homicidios o situaciones dramáticas; se centró en el presente, el que respondía al nombre de Gabriel; el hombre que seguía recogiendo sus pedazos cuando menos falta le hacía romperse.

En Nueva York, esa noche calurosa, Jack cogió un taxi y fue al ático para cenar con sus padres. Insistieron en que Cora lo acompañase, pero se quedó en su apartamento por los síntomas del resfriado que volvía a arrastrar. Con varias palmadas fuertes en el hombro, John lo recibió en el vestíbulo rezumando vitalidad. En los diez días que llevaban sin verse había ganado peso, recobrado por completo la musculatura, derrochaba optimismo y en su rostro destacaba el azul de unos ojos alegres.

—¿Cómo estás? —preguntó John.

—Bien. —Lo siguió a la terraza y se sentó frente a él. Amelia les trajo unas cervezas, que empezaron a tomarse directamente de los botellines—. Te veo estupendo.

—Gracias, tenía ganas de hablar contigo —dijo John, interesado preguntó—. ¿Cómo te van las cosas?

—Estamos cumpliendo los objetivos.

—No me refería al trabajo. ¿Has hablado con tu hermano?

—No. Supongo que nos veremos el miércoles. Tenemos una reunión con los representantes del astillero noruego.

—Solucionadlo de una vez, por favor.

—No depende de mí.

—De los dos, Jack, no dejes que Gabe asuma toda la responsabilidad cuando tú también debes poner de tu parte. No olvides que era su mujer.

—No he venido a escuchar otro sermón. Si lo llego a saber no vengo.

—No seas impertinente. Me está tocando defenderte cada dos por tres con tu madre y no creas que son conversaciones agradables, siempre salgo perjudicado. Así que si te molesta que te pida un poco de consideración, te aguantas.

—Muy bien. ¿Qué era eso que ibas a contarme?

—El viernes queremos que vengáis todos a cenar. Tenemos que daros una noticia.

—Espero que no sea otro hermanito. Me tienes el cupo un poco saturado.

—Tu sentido del humor me mata de la risa.

—Venga, papá, ¿qué pasa?

—Vamos a casarnos otra vez.

—¿Para qué? —preguntó sonriendo y una mueca de incompreensión.

—¿Cómo que para qué? Porque nos queremos y es lo que hacen las parejas.

—Estupendo, enhorabuena. Pero no pienso ser vuestro paje, me ha pillado un poco mayor.

—Déjate de tonterías. ¿Por qué estás tan borde?

—No lo sé, supongo que también me gustaría casarme con Cora. Es con la única mujer que me lo he planteado.

—Entonces, con mayor razón Gabe y tú debéis arreglar vuestras diferencias.

—Te lo he dicho, es él quien no quiere aceptarlo.

—Eso no es así. Me dijo que le había molestado sobre todo el tiempo que los tres habíais perdido.

—Ya —dijo sonriendo cínico—. Y por eso me pegó.

—Tú tampoco te quedaste atrás.

—Hola, cariño.

Elizabeth entró en la terraza y lo besó en las mejillas. Al momento se sentó y se incorporó a la charla-paliza que Jack tenía claro iba a empezar a

darle. Sincronizados, John y Elizabeth desempeñaron sus papeles igual que cuando eran niños, aunando fuerzas para reunir otra vez a su familia.

Un par de días después, tras varias horas dentro de un avión consensuando opiniones sobre la reforma de su casa, Gabriel y Claire volvieron a aterrizar en Nueva York. Ninguno comprendía las propuestas del otro, alejadas por algunas excentricidades que Gabriel se cansó de justificar con tal de no levantar sospechas.

Durante la cena en el ático, ante la inminencia del reencuentro con Jack, John habló a Gabriel en un tono severo:

—Cuando veas mañana a tu hermano, recuerda quien eres y dónde estás. No quiero más escenas.

Gabriel dejó de comer, se tomó su tiempo para comentar:

—Es una reunión laboral, papá —habló tranquilo. Si Cora era tan importante para Jack, aceptaría la relación; pese a sentirse humillado—. Cuando terminemos, le pediré disculpas.

La nobleza de su carácter se vio recompensada con una caricia alentadora de Claire en la mano.

—El domingo estuvo aquí —dijo Elizabeth—. Vino solo, pero invitamos también a Cora. —Miró a Gabriel apenada—. No paro de pensar que el cambio de Cora fue a raíz de que Jack dejó Quebec. Piénsalo, Gabe, era un encanto y de la noche a la mañana se convirtió en otra persona.

—Podía haberme pedido el divorcio y haberse ido con él. No sé por qué siguió conmigo.

—Para no hacerte daño. No es lo mismo enamorarse de otro que de tu cuñado, no era fácil explicarlo, por eso Jack prefirió alejarse. Intenta perdonarlos.

—Ya te lo he dicho, entiendo que estén enamorados, entiendo que él se fuera, puedo entenderlo todo, pero no entiendo por qué ella no me dejó.

—A lo mejor creyó que Jack la había dejado a ella —comentó Claire—, y decidió continuar con la vida cómoda que llevaba contigo.

—No le des más vueltas —dijo John—, piensa en el presente y en el futuro. —Miró a Elizabeth, levantó la mano y le besó el dorso—. El pasado no va a traerte nada bueno.

—¿Cómo lleváis los preparativos de la boda? —preguntó Claire al verlos sonrientes.

—Vamos a celebrarla en la casa de Quebec —dijo Elizabeth—. Solo

vendrán los más íntimos, pero aún no hemos fijado la fecha.

—¿Y vosotros la vuestra? —preguntó John.

—El tres de noviembre —respondió Gabriel desviando un instante la vista hacia Claire—. En casa, también algo íntimo.

—A este paso, de aquí a que termine el año vamos a tener que ponernos en lista de espera —añadió John con humor.

—¿Quién más quiere casarse? —preguntó Claire intrigada.

—Jack.

Esa fue la gran noticia de la noche para Gabriel. Con ella comprendió la envergadura de los sentimientos de Jack por Cora; ciertamente profundos si barajaba el matrimonio. El estado civil más denostado por su hermano, el que todos habían descartado para él.

Cansada por el viaje, Claire se despidió de Elizabeth mientras Gabriel se tomó un whisky con John. Puso música clásica en el dormitorio, encendió unas velas y preparó la bañera para uno de sus momentos relajantes. Se metió en el agua, cerró los ojos y, echando la cabeza hacia atrás, sintió aturridos todos los músculos.

Al terminar la conversación, Gabriel creyó que la encontraría en la cama. Extrañado abrió la puerta del baño, y durante unos segundos no reaccionó.

—¿Estás cansada?

—Mucho. —Claire abrió los ojos—. No voy a ser capaz de moverme.

—Si quieres uso mi magia contigo.

Se sentó en el borde de la bañera, remangándose la camisa, y cruzó las piernas. Colocó las manos en sus hombros y empezó a masajearlos. Claire estiró el cuello, emitiendo un ronroneo sensual que despistó a Gabriel de una noble acción. Centrado en unos pechos mojados, encontró el contacto perfecto para concluir el día con la mejor calidez entre sus dedos.

El sol despertó a Claire con una luz brillante, bostezando, la cegó. Entrecerró los ojos para enfocarlos en la figura borrosa que entraba y salía del baño. Gabriel, vestido con un traje oscuro entallado, se acercó, pero mantuvo una distancia segura.

—Me encanta cómo hueles —dijo Claire sonriendo.

—Tengo que irme. Volveré sobre las dos. ¿Qué vas a hacer?

—Echarte de menos e ir con tu madre de compras.

—Dudo que te dé tiempo a echarme de menos, a mí seguro que se me

va a hacer más pesada la mañana.

Claire cogió su mano, tiró hasta que se sentó en la cama y le acarició la cara, aún con la práctica barba que seguía disimulando unas heridas casi imperceptibles.

—No va a pasar nada, sé que eres un caballero —dijo, tratando de infundirle ánimo, besó sus labios y al apartarse añadió—: Te amo.

Cora intentó centrarse en el trabajo, pero cada segundo miraba de reojo la hora en el ordenador. Resultaba imposible no pensar en la reacción de Gabriel. Dejándose llevar por sus temores, salió y atravesó rápido el pasillo hacia el despacho de Jack. Llamó dos veces en la puerta y entró con una sonrisa que no borró la preocupación de sus ojos.

—Lo siento, necesitaba verte.

—Estoy bien. —Jack se levantó y rodeó la mesa para situarse frente a ella—. No te agobies más.

—No puedo evitarlo.

Jack levantó una mano y acarició su mejilla.

—Lo entenderá —susurró.

Se besaron tranquilos, con una suavidad que rozó la reverencia; sus labios, esa vez, no se convirtieron en furiosas llamas, fueron un despliegue de sutil ternura. Luego, Jack cogió una carpeta de la mesa.

—Nos vemos cuando acabéis —dijo Cora, abrió la puerta, pero no se movió. Se dio cuenta de que tenía torcido el nudo de la corbata y se lo colocó bien—. Te espero en mi despacho.

En ese momento, Gabriel, que pasaba cerca con varios hombres camino de la sala de juntas, fue incapaz de disimular el golpe bajo que bloqueó con rabia su mente. Excepto él, todos los demás saludaron amables a Jack.

La inexpresividad de un rostro bien parecido o la dureza de una mirada menos fría que el acero paralizaron a Cora, percibiendo con claridad el desprecio que alejaría la comprensión de un diálogo necesario.

Armado de paciencia hasta los dientes, Jack forzó una sonrisa y se incorporó al grupito, saludando con un apretón de manos a Bill Patterns. Era amigo de su padre y de Gabriel; uno de los veteranos. El hombre rondaba los cincuenta; con un sobrepeso prominente, sobre todo en la barriga que no disimulaba un traje oscuro; tenía los ojos azules y usaba gafas con montura metálica, bien encajadas en una nariz tan ancha como corta. A la vez, ese

aspecto bonachón escondía una capacidad analítica para los números portentosa.

—Tus padres me han invitado a la boda —dijo Bill, sonrió atusándose un ondulado flequillo plateado—. Menuda noticia.

—Sí, después de todo, el accidente ha traído algo bueno.

—De lo malo siempre sale algo positivo —replicó risueño, le palmeó un hombro en plan paternal y continuó hablando—. Gabe me ha dicho que en noviembre también se casa. ¿Y tú? ¿Piensas casarte con Cora?

—Es pronto, ya veremos.

—¿Pronto? Desde que os vi juntos en la primera cena a la que asistió con Gabe, sabía que entre vosotros había algo. Y de eso, hace cinco años.

—Te equivocas. Hemos empezado a salir cuando se han divorciado.

—No te lo discuto, Jack —Bill le dedicó un guiño suficiente—. Pero te garantizo que no ha sido un flechazo; soy infalible.

Gabriel y James Atkins hablaban apartados del resto cuando Jack entró en la gran sala, dominada por luz y testosterona. Los ojos Drake coincidieron unos breves segundos. Aunque lucía una imagen pulcra con el cabello engominado hacia atrás, el rostro bien afeitado, un impecable traje negro italiano y unos relucientes zapatos, Gabriel distinguió el agotamiento de su hermano al quitarse las gafas para frotarse los ojos con los codos apoyados en la larga mesa de cristal.

Después, se expusieron los argumentos concernientes al contrato. Los dos disimularon tomando notas cuando habló el otro. Tras dos intensas horas, llegaron a un acuerdo con los últimos implicados en el *Deep Ocean* y se levantaron para despedirse en corrillos. Fingiendo atención por el noruego que en ese instante halagaba al banco, Jack ignoró a Gabriel, acercándose a ellos.

—Cuando hayas terminado —dijo Gabriel en un tono neutro—, me gustaría hablar contigo.

—Ya lo he hecho.

Anduvieron hacia el despacho de Jack sin romper un silencio agrio, hasta que Gabriel cerró la puerta con suavidad. Jack quiso seguir con esa relajación y sacó de la pequeña nevera que tenía detrás de la mesa dos botellas de cerveza. Al ofrecerle una, Gabriel habló:

—Siento mucho haberte pegado, perdóname.

Jack bebió un trago largo y se sentó en el sofá frente a él, con las piernas abiertas, en un murmullo comentó:

—Nunca he querido hacerte daño.

—No es daño, es humillación —matizó Gabriel—. ¿Crees que no lo habría entendido? —preguntó, clavándole una mirada penetrante. Jack movió la cabeza sin despegar los ojos de los suyos—. Cuando te oí hablar con Cora creí que estabais liados desde hacía mucho. Me tocó las narices porque no entendí por qué no me dejó si estaba contigo. Nos habríamos ahorrado unos años desastrosos.

—Ya no voy a pensarlo. Ella y yo tenemos claro qué queremos. Nos gustaría dejar de parecer delincuentes cuando no estamos haciendo nada malo.

—Por mí no hay problema, pero pasará un tiempo hasta que pueda verla como tu pareja; ha sido mi mujer cinco años, lo siento.

—No espero que quedemos para salir, pero sí una relación cordial.

—Lo intentaremos —dijo Gabriel serio. Durante unos segundos recapacitó viendo la determinación en los ojos de su hermano y añadió—: No quiero renunciar a ti, y menos ahora que papá y mamá vuelven a estar juntos.

Jack compartió ese propósito. Siempre se habían llevado muy bien; se admiraban y se querían; infinidad de situaciones familiares los unieron más; y ninguno pretendía alejar ese afecto por una mujer que significaba pasado para uno y un futuro incierto para el otro; aunque no tuviera alternativa.

Poco después llamaron a la puerta. Cora apareció impaciente, pero se bloqueó al verlos sentados en el sofá. Los miró buscando en sus ojos una respuesta a la inquietud que llevaba horas apaciguando. Gabriel se levantó y se acercó a ella. Conociéndolo, supo que no estaba enfadado. Mientras la besó en la mejilla, desvió Cora la vista un segundo hacia Jack. La sonrisa más bonita brilló feliz en un rostro que conseguía llenarla de esperanza; acababan de salvar el obstáculo que más les corroía.

No hubo reproches durante el rato que pasaron hablando. Para Gabriel, y su mente lógica, era una necesidad comprender la razón de Cora para vivir amargada. También tuvo que admitir la percepción de Claire, que había clavado lo ocurrido sin conocerlos. En cuanto se dio por satisfecho, fueron tres amigos recordando momentos felices, olvidando los malos recuerdos. Luego, comieron en un restaurante cercano hasta despedirse al cabo de unas horas con la promesa de quedar con Sean y Elaine para salir los seis a cenar mientras estuviesen en Nueva York.

Pasaban las cinco de la tarde cuando Gabriel llegó al ático. Abrió Amelia y le informó de la ausencia de sus padres y Claire, y supuso que

seguirían de compras. Durante la comida la llamó, pero desistió al tercer intento infructuoso. Fue directo al baño y a una ducha refrescante. Ni media hora después, se vistió con una camiseta negra y, antes de terminar de ponerse un pantalón vaquero, escuchó la voz animada de John y las risas de Elizabeth. Sonrió agudizando el oído. Apenas entendió una palabra, pero el tono divertido transmitía el buen momento sentimental que atravesaban; increíble unos años atrás, pero cierto. Igual que le ocurría a él o a Jack, en pocos meses todos habían encontrado o redescubierto el amor. Salió del dormitorio y coincidió con su madre en la terraza.

—Hola, ¿dónde está Claire?

—Ha ido al banco —respondió sonriente. Al momento, entró John con dos copas de vino, le ofreció una a Elizabeth y se sentó a su lado—. Quería darte una sorpresa.

—Cuando ha terminado la reunión, he salido a comer con Jack y Cora.

—¿Todo bien? —preguntó John.

—Sí, todo aclarado. ¿A qué hora dejasteis sola a Claire?

—Antes de las dos. Hemos ido a varias tiendas, ha comprado algunas lámparas y un par de esculturas. A la vuelta ha querido dar un paseo por el parque, pero nosotros teníamos mesa reservada y no podíamos entretenernos. ¿No te ha llamado?

Como un alma poseída por el diablo, Gabriel salió del piso sin decir adiós; Central Park y Claire dispararon una alarma comprensible que rozó el histerismo al atravesar a paso rápido la calle 90. Con un presentimiento asfixiante cruzó la avenida Columbus y se metió en el parque. Intentó recordar el sitio donde Claire sufrió el desmayo, pero aquel día se perdieron varias veces y no se fiaba de su sentido de la orientación. Insistió con el teléfono, esperanzado en encontrarla antes de que anocheciese. No podía imaginársela otra vez allí sola, debía dar con ella o todo el esfuerzo de los dos podía irse al garete en un abrir y cerrar de ojos.

Empezó a correr hasta llegar a *The Pool*, se paró jadeando para llenar los pulmones de aire mientras recorrió con la mirada todo el campo de visión a su alcance. Creyó ver el árbol, dudó un instante. De repente, vio una figura acurrucada en el tronco; sin duda, debía ser ella.

—¡Claire!

Gabriel se dejó caer de rodillas y la sostuvo entre los brazos. No podía

seguir así, no quería verla así. Comprobó que se había desmayado, jurándose que esa sería la última vez que Claire sufriría por el pasado. Para Gabriel, ahí terminaban, jamás volvería a entrar en el parque; y si las cosas no cambiaban, no volverían a Nueva York.

—Claire, cariño —susurró. Con una paciencia infinita, esperó que recobrarla la conciencia—. Estoy contigo. Despierta, por favor.

Abrió despacio los ojos y lo miró confundida.

—Hola.

—Hola, ¿estás mejor?

—No sé qué me ha pasado —respondió con un hilo de voz—. ¿Qué haces aquí?

—Llevo un rato buscándote. Te he llamado varias veces.

—Tus padres se han ido y he visto mi oportunidad para venir sola —dijo a punto de llorar—. No sé por qué pierdo el conocimiento, hacía años que no me pasaba.

—Hablé con un psiquiatra en Quebec. Me dijo que era un mecanismo de defensa por un trauma psicológico grave. Supongo que no te había pasado porque evitabas venir, y ahora es cuando tu cerebro no es capaz de afrontar lo que te sucedió. Siento haberte arrastrado, lo siento mucho.

—¿Has hablado con un psiquiatra de mí?

—Sí, estoy preocupado por estos episodios. No te lo he dicho porque tenía intención de ayudarte sin que te dieras cuenta. Debes hablar y asumir lo que pasó. No puede cambiarse y no tiene por qué repetirse.

Claire bajó la cabeza, no estaba en condiciones de contarle nada sobre el calvario de un golpe certero, necesitaba salir y volver a la seguridad fuera del parque. Regresaron de la mano dando un paseo. En cuanto salieron de la penumbra, una ráfaga de aire cálido agitó alegremente las densas ramas de los árboles, sonando vibrantes aleteos de hojas, al tiempo que las pestañas de Claire ocultaban un brillo verde feliz mientras aspiraba el aroma puro de la naturaleza.

—¿Cómo te ha ido en la reunión?

—Bien. He hablado con Jack y después hemos comido con Cora.

—Me alegro por vosotros.

—Y yo —admitió con una sonrisa breve. Comprobó que dialogando se conseguía más que con buenas intenciones. Esas que siempre había tenido con ella y siempre fallaban—. Sé que he sido reacio a escucharte, pero cuando creas oportuno estaré a tu lado para oír lo que quieras contarme.

Claire se detuvo, bien sujeta por Gabriel.

—Después de la violación no recuerdo con exactitud qué pasó. — Claire suspiró—. No sé si fueron horas, minutos o segundos, solo recuerdo el dolor y la angustia. Sentía un miedo que me hacía temblar cada vez que lo escuchaba totalmente fuera de control insultarme y amenazarme; creí que ahí terminaba... —Claire necesitó apaciguar su respiración entrecortada—. Recuerdo que era incapaz de mantener las manos quietas, me vi sangre por todo el cuerpo y me costaba respirar. Me pegó..., me preguntó si había tenido suficiente o quería un poco más... No podía resistirlo otra vez, no podía...

Claire se perdió en las sombras de unos recuerdos malditos, y Gabriel, que no había retirado el brazo de su hombro, le besó el cabello respetando un silencio que también necesitaba.

Sonó el móvil de Gabriel y atendió la llamada de su madre. Para Claire fue la interrupción perfecta, no quería seguir pensando; ese día estaba saturada y el resultado no tenía solución, por mucho que hablasen. Posponerlo solo les perjudicaba a ellos y ninguno estaba preparado para conocerlo o revivirlo. Claire tenía la seguridad de que a Gabriel le costaría aceptar una tragedia de esa envergadura. Conocía sus ideas, cómo se comportaba y la inquietud que le causaban las opiniones de los demás; esa incertidumbre era la causante de su inseguridad para contarle toda la historia, incluido el abrupto final el 23 de abril del 2003 de Stanley Goldener; el estudiante de periodismo de veinticinco años —con varias denuncias de compañeras por acoso— que se dejó arrastrar por unos demonios criminales que jugaron en su contra y se lo llevaron por delante.

VEINTIDÓS

Nueva York, 27-7-12
Estados Unidos

Cuando llegó Jack al ático el viernes por la tarde, encontró a John en la cocina abriendo una botella de vino. Vestía unos vaqueros y una camisa celeste, casi igual que él; los diferenciaban los zapatos y el color del cabello; por lo demás eran clones. El aspecto relajado de John consiguió amansar la irritación que tenía por culpa de Cora y la borrachera que trató de camuflar con otro resfriado. No sabía qué creer. Durante el trayecto, en una de las teorías que barajó, pensó que quizá en el tiempo que llevaban sin verse cierto mal hábito podía haberse convertido en adictivo; en cambio, la obstinación de Cora negándolo, por otro lado, le creaba una duda bastante inquietante.

—Hola, ¿y mamá?

—Arreglándose. Gabriel y Claire deben estar a punto de volver y Sean llegará tarde, como siempre. ¿Has venido solo?

—Sí. ¿Has vuelto a saber algo de Lilian?

—Sí —afirmó sonriendo—. Ya ha cobrado.

—Menos mal. Era gilipollas, papá. No sabes lo que te has quitado de encima.

—Lo tengo clarísimo. Solo espero que cuando me den el alta definitiva podamos vivir en Quebec. Me gusta aquella casa, pero no sé si mamá querrá dejar esta ciudad, le gusta demasiado.

—También le gusta nuestra casa. Seguro que acepta.

Poco después todos los Drake hicieron acto de presencia. Gabriel saludó a Jack con absoluta normalidad y Sean, que se acercó muy serio, lo abrazó cariñoso. Al momento recobraron su actitud de camaradería. Claire prefirió seguir con sus elucubraciones, tentada por preguntarle a Sean cuando percibió compasión en sus ojos. Se concentró en Ophie y disfrutó jugando con ella, sin advertir a Gabriel mirándola con melancolía mientras charlaba con Sean y Jack. No era lo mismo para él conformarse sin hijos cuando pensaba que Claire no podía tenerlos que asumir una infertilidad no contemplada en su horizonte. Tenía cita con un urólogo del Monte Sinaí y la esperanza de volver a Terranova con un diagnóstico que no enturbiara el proyecto familiar que tanto lo ilusionaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sean, notándole la tristeza.

—Nada, estoy cansado —dijo moviendo indiferente los hombros—. El fin de semana pasado estuvimos en Stoneham, hacía mucho tiempo que no iba.

—Yo hace años que no voy —dijo Jack.

—¿No ibas a venir con Cora? —preguntó Gabriel.

—Sí, pero no se encontraba bien —respondió casual. Aprovechando el despiste de Sean, que se alejó hablando con su padre, Jack preguntó—. Gabe, ¿recuerdas si Cora solía beber mucho?

—Lo normal. No salíamos juntos con frecuencia, no te podría decir, ¿por qué?

—Desde que está aquí ha descontrolado varias veces, y no siempre cuando ha salido.

—¿Crees que tiene un problema con el alcohol?

—No lo sé, por eso te preguntaba.

—Si lo tiene, nunca lo he notado, siempre he pensado que no tenía ningún aguante.

Sean volvió con ellos y solo escuchó parte de la explicación de Gabriel.

—¿Quién no tiene aguante? —preguntó curioso.

—Tu hermano pequeño —dijo Gabriel, dándole una palmada a Jack en el brazo—. Se deja dar palizas sin rechistar.

—Menos lobos, te dejé como un Cristo.

—Me parece muy bien que os lo toméis a broma. —Sean sonrió lleno de cinismo—. Pero si alguna vez lo repetís vais a saber quién no tiene aguante, y no soy yo.

—Uuuu, qué miedo.

Jack se burló, aun sabiendo que no bromeaba. El desprecio de Sean cuando los vio en la cocina no dejaba lugar a dudas.

—Eres muy mala —dijo Claire, haciéndole cosquillas a Ophie.

—Má.

—¿Más?

—Ci.

Ophie empezó otra vez a retorcerse entre los brazos de Claire. Un cuerpo regordete, un cabello oscuro con unos rizos imposibles moviéndose alocados y una risa contagiosa que llamó la atención de todos los adultos. Su padrino dejó la copa y extendió los brazos a modo de invitación forzosa.

—¿Te vas con él?

Claire hizo un puchero cuando Ophie se lanzó contra Gabriel.

—Compártela un poco.

—Contigo prefiero compartir mi cuerpo —susurró Claire con descaro.

Pasó risueña por su lado, se sirvió otra copa de vino e inmediatamente empezó a charlar con Elaine. Más tarde cenaron en la terraza, en una templada noche veraniega, donde John y Elizabeth les anunciaron el día elegido para repetir sus votos matrimoniales: el próximo doce de octubre.

En una sala contigua a la consulta del doctor Anthony Starling, el urólogo recomendado por el médico de John que mantenía el índice de éxito más alto en el tratamiento de la infertilidad masculina desde hacía unos años, Claire esperó mientras realizaron las pruebas a Gabriel, entre ellas: una extracción de sangre y otra de esperma, para la última no necesitó ayuda, la pudo hacer en soledad. Después, el doctor Starling los recibió con un apretón de manos y se sentaron en la mesa. Tenía alrededor de sesenta años, un cuerpo delgado, facciones marcadas, y una sombra de barba igual de plateada que el escaso cabello de su cabeza.

—En febrero le inyectaron nadroparina cálcica y fenilbutazona —comentó Starling, manoseándose las sienes leyendo el breve historial clínico de Gabriel—; los dos pueden haber influido en la producción de esperma. El examen físico no muestra ninguna anomalía.

—¿Tanto dura el efecto en el cuerpo?

—Algunos pueden permanecer en la corriente sanguínea varios días y si la dosis se repite, como es su caso, el producto se acumula y la concentración en la sangre puede llegar a ser muy alta. Con el análisis de sangre veremos si usted todavía tiene residuos en el cuerpo.

—¿Cuándo debería volver?

—Dentro de un par de días tendré los resultados.

Cuando salieron de la consulta, cruzaron la Quinta Avenida y entraron en el parque de manera automática para volver al piso de Elizabeth. Era un paseo agradable si se mantenía el sol, pero el aspecto nuboso del cielo auguraba lo contrario.

Hasta que no recorrieron varios cientos de metros Gabriel no advirtió la locuacidad de Claire, imparable, sin signos de inquietud.

—Nos diga lo que nos diga, vamos a aceptarlo. —Sonrió y añadió optimista—. No te preocupes, tenemos muchas alternativas.

—No me preocupo.

—Podemos intentar la inseminación artificial —dijo Claire, añadió burlona—: Con la tontería te estás haciendo un experto solitario.

Gabriel se paró, sin mover el brazo del hombro femenino.

—¿Experto y solitario? —preguntó sonriendo.

—¿No?

—No, me gusta menos experto y más acompañado.

El matiz sexual y una mirada arrogante advertían el comienzo de un intercambio dialéctico; sin embargo, un rayo inoportuno precedió un ensordecedor ruido y una sinfonía aterradora. Echaron a correr, mojados por los goterones violentos de la tormenta. Gabriel sujetó con fuerza la mano de Claire y tiró de ella. Con un aspecto deplorable, pasaron por delante del edificio del centro de tenis.

—No puedo más —dijo asfixiada. Seguir las largas piernas de Gabriel no era fácil, incluso con su buena forma física—. Me da igual mojarme, estamos chorreando.

—Vamos a ponernos como pollos.

—No me importa.

—¿Piensas mojarte? —Rió divertido—. No seas vaga, nos queda poco para salir.

—Corre tú, yo paso.

Gabriel miró hacia arriba, luego a ella, que sonreía feliz, y dejó de importarle el agua, es más, disfrutó. La temperatura era cálida y si su novia, en mitad de Central Park, prefería andar sin acordarse de otra cosa, esa tormenta fue una bendición que ahuyentó la intranquilidad.

Llegando a la 92 Oeste, solo intrépidos como ellos se aventuraban en las calles desiertas cuando la lluvia arreció vehemente. Para no ahogarse en la escasa distancia hasta la avenida Ámsterdam, se resguardaron bajo el toldo verde de un portal.

—Te quiero, gracias.

Gabriel tardó unos segundos en reaccionar.

—Y yo. —La abrazó y le besó los labios—. ¿Te has dado cuenta de que hemos atravesado el parque?

—Sí, y lo he hecho sin ningún temor gracias a ti.

—Has sido tú sola.

—No, tú has hecho posible que vuelva a vivir. —Claire dejó caer la cabeza en su pecho, sin importarle la humedad, con escuchar el latido de su

corazón tenía más que suficiente—. Hoy has conseguido hacerme olvidar y darme una de las mejores mañanas que recuerdo.

—Te conformas con muy poco.

—No lo sé. —Levantó la cabeza y volvió a besarlo con suavidad, pero bien apretada a él, absorbiendo el aroma masculino de Gabriel, que formaba una parte esencial de ella—. Tengo lo que quiero.

En el ático, después de ducharse juntos y ponerse ropa cómoda, con intención de no salir y descansar, comieron con John y Elizabeth, entusiasmados contando maravillas sobre la obra de teatro que verían más tarde con unos amigos.

Nada más verse a solas, Claire cogió un cuaderno de la cocina y se sentó en el salón junto a Gabriel, que la esperaba con una mirada recelosa tomándose una copa de brandy.

—¿Qué vas a hacer?

—Terminar el diseño de los dormitorios. Hay algunas cosas que deberíamos discutir. Por ejemplo: la sala de cine; creo que se te ha ido la cabeza.

«Mierda». La tarde relajada para Gabriel se estaba yendo al traste. Como empezara a darle la paliza con la reforma, al final su sorpresa se quedaría en un intento. Casi se arrepintió por esa buena voluntad, cada sorpresa con Claire le costaba un esfuerzo mental agotador.

—No sé qué te extraña tanto —dijo con indiferencia.

—¿No? ¿Desperdiciar cincuenta metros cuadrados no es raro para ti?

—Es una inversión en cultura.

Otra chorrada más y él solo se cortaría las venas.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No —dijo apretando los labios.

—Pues tú dirás, no quiero meterme en tu terreno porque después te molestas, pero no me salen las cuentas, es un despilfarro.

—Vaya, si llego a saber de tu preocupación por nuestra economía te habría dejado el honor de organizar el cuchitril al que llamas despacho, ese que te da alergia solo al pasar cerca.

Era la única manera que se le ocurrió para que desistiera de unos planes lógicos, que compartía, aunque en ese instante lo tachara de loco.

—¿Perdona? Te ofreciste voluntario. Ahora bien, si quieres que vuelva a mi método, no tengo ningún problema, pero el chollo español se te

acaba, que conste.

—Ni lo sueñes.

—¿Vas a considerar desistir de ese dormitorio?

—Me lo pensaré. ¿Qué me ofreces a cambio?

Claire dejó el lápiz y lo observó frunciendo los labios.

—No sé, ¿vale todo?

—Depende del empeño que pongas.

—¿De qué hablas?

Gabriel encogió los hombros.

—¿No vas a enseñarme tu cuerpo?

—No —respondió disimulando una risa alegre—. Pero, por favor, no te cortes —dijo haciendo una leve reverencia con la mano—. Sé que te gusta exhibir el tuyo.

—¿Ah, sí...?

Con un movimiento rápido, tuvo el cuerpo de Claire encima de las piernas. Dejaron a un lado proyectos y se enredaron en un presente lleno de besos, caricias, y la velocidad de sus manos desnudándolos para terminar ese día esclarecedor en el dormitorio de una forma espléndida.

El arquitecto encargado de la nueva reforma del Boreal se llamaba Daniel Larson, tenía cuarenta años, una estatura un poco más alta que la de Gabriel, el cabello moreno y, gracias a unas recientes vacaciones playeras, la tez bronceada, donde unos ojos claros resaltaban más que una nariz larga pero armónica en su aspecto de hidalgo famélico, o los labios finos que ocultaban unos cuidados dientes blancos y cuando sonreían completaban con humor un atractivo físico equiparable a una inteligencia aguda. Gabriel se vistió informal con unos pantalones vaqueros y una camiseta negra para recibirlo, con un atuendo similar al que llevaba Daniel.

Entraron en la biblioteca de la planta baja, examinaron visualmente la conservación de la estructura de madera y cotejaron la distribución con los planos originales. Pasaron al “despacho preferido” de Claire y analizaron la pared que debían derribar para unir las dos habitaciones. Daniel no destacaba por el clasicismo en sus diseños, pero desde el principio se mostró predispuesto a un trabajo que rompía su línea y suponía un reto en el que pensaba integrar elementos vanguardistas sin sacrificar la evocación a la naturaleza que contempló maravillado en la escalera o en los ornamentos de las ventanas.

—Lo más importante es encontrar por la zona buenos artesanos. Necesitaremos un ceramista, un cristalero y es fundamental un ebanista experimentado —dijo Daniel, tomando notas en un cuaderno—, también, un herrero, para las columnas de forja que compensarán los muros de carga —explicó levantando la cabeza, señaló el techo y habló visionando el resultado; sería magnífico—. Unas ramificaciones serpenteantes le darían más expresión a la estructura y encajarían con la tendencia art-nouveau de toda la casa.

—Creo que a Claire le gustará; admira mucho a Gaudí.

—La escalera es art-nouveau en todos los detalles, la forma geométrica piramidal de los tejados sería más art-déco, otras partes siguen un estilo propio, pero se mezcló muy bien —dijo, echando un vistazo al pequeño despacho—. Te aseguro que quien la construyó estaba interesado en el arte y en los oficios artísticos.

—Fue el abuelo de Claire en 1945. Por lo que me ha contado, le gustaba la arquitectura y el arte en general; la mayoría de muebles son a medida.

—Diría que algo más... —Daniel pasó las yemas de los dedos por la oscura madera de la estantería que había pegada en la pared del fondo—. Esto es caoba, aparte de cara, está tallada por un artista. Sería un lujo contar con él y encargarle algunos muebles.

—No sabemos quién es.

—Es raro —comentó Daniel, se agachó y siguió con la mirada los surcos de las hojas, tallos y flores que decoraban la parte inferior de esa librería—, alguien con un talento así no pasa desapercibido en una ciudad como esta.

—Claire ha tratado de encontrarlo, pero no ha tenido suerte.

—Será cuestión de buscar en el lugar adecuado.

—Puede que esté jubilado, o muerto...

Escucharon llegar a Claire y salieron al vestíbulo. Gabriel se acercó para besarla en la mejilla; la vio fantástica, tan contenta y atractiva que no evitó recorrerla de abajo arriba con un brillo libidinoso en los ojos. Llevaba un vestido estampado de tirantes; muy corto, exhibiendo sin timidez sus torneadas pantorrillas o parte de los tersos muslos; con un escote amplio, sin ridículos parches en la piel, dorada a base de horas usando la tumbona con el nuevo seto que Luc instaló alrededor de la verja.

Amigable, Claire estrechó la mano de Daniel. Entre los dos

explicaron sus ideas subiendo a la primera planta. Entraron en la habitación Norte, donde pretendían hacer un despacho con otra biblioteca más pequeña que la de abajo, de ahí fueron a la Noroeste, que sería una habitación de juegos, y por fin llegaron a la Noreste: la incomprendida de Claire.

—Deberíamos poner en esas ventanas unas persianas interiores automáticas para la luz —dijo Daniel.

—¿Por qué? —Claire frunció el ceño—. No me gustaría perder las vidrieras.

En cuanto la escuchó protestar, Gabriel decidió poner fin a su martirio:

—Cariño, en este momento puedes elegir —dijo andando hacia ella. Daniel tuvo la deferencia de salir para darles algo de intimidad. Cuando la tuvo a tiro, sujetó sus caderas y preguntó con los ojos imantados a los suyos—. ¿Confías en mí?

—Sabes que sí. Pero una cosa es admitir una sala de cine y otra cargarnos unas ventanas preciosas; por ahí no paso.

—Eres imposible para las sorpresas.

—¿De qué hablas?

—No puedo más, esta es mi sorpresa. —Apoyó la frente en la de ella—. Si vuelvo a escuchar *cine* o *sala* en la misma frase me hago el haraquiri.

—¿Ya te has arrepentido? —dijo con un suspiro de alivio—. Menos mal.

—Es lo primero que se me ocurrió, pero si llego a saberlo te prometo que te lo habría dicho desde primera hora.

—¿Decirme qué?

—Esta habitación será para ti, para que retomes la fotografía. Y ten por seguro que no va a hacerse nada que afecte al exterior de la casa.

Claire tardó unos segundos en asimilar la noticia. Su silencio confundió a Gabriel que esperaba más entusiasmo.

—No sé qué decir. Tenía pensando hacer algo a distancia, pero no me lo había planteado en serio.

—Una vez me dijiste que era tu sueño. Nunca es tarde para intentarlo.

—No sé si podré. No terminé el curso y tendría que comprar un montón de cosas. Hace diez años que desistí y todo ha cambiado mucho.

—Busca las excusas que quieras; tienes tiempo para hacer cien cursos, dinero para comprar lo que necesites y el espacio perfecto; tú decides.

La cara de Claire pasó del desconcierto a la emoción. Con el sostén

incondicional de Gabriel de nuevo tenía al alcance de la mano el sueño que casi la mata, casi tangible y real. Por él debía intentarlo. Ese hombre maravilloso le daba una oportunidad tras otra, retirando uno a uno los barrotes de una prisión invisible para sacar de las sombras al espíritu acobardado que siempre quiso volar por su cuenta.

—No tendré días suficientes para agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—Espero que me dediques el resto de tu vida —dijo rozando con la boca sus labios—. Pienso cobrarme todo tu agradecimiento.

A partir de ahí Claire no soltó a Gabriel. Recorrieron de la mano la habitación de su futuro hijo y las dos de invitados. Bromearon con Daniel, aportaron buenas y malísimas ideas, pero todas con el mismo proyecto en sus cabezas: convertir esa enorme casa en un hogar acogedor.

A mediados de agosto Gabriel recibió en el banco la noticia de la venta del piso. Cuando llegó al Boreal ya tenía las reservas del vuelo a Quebec impaciente por firmar para terminar con el traslado. Como siempre, un olor delicioso lo transportó a otra época; esa cualidad de los aromas para despertar sensaciones desde que conoció a Ethel empezaba a subirlo a la categoría de experto en adivinar sabores.

—Hola —saludó entrando en la cocina con una sonrisa exclusiva para Ethel—. Huele a cocido madrileño. ¿Es cierto?

—Tu madre me dijo que cuando eras niño te gustaba mucho, y hoy me he lanzado.

—Eres la mejor —dijo, abriendo la olla—. Qué buenos recuerdos. —Cogió una cuchara de madera, probó el caldo extasiado y asintió sonriendo—. Perfecto.

—Gracias. Me ha costado encontrar los huesos, pero ya he sobornado al carnicero —afirmó con un guiño—. No te preocupes por Claire, no creo que le importe.

—Me da igual. —Gabriel llenó un vaso de agua—. No sé cómo no llevó esto a la ruina —comentó riendo—. Por cierto, ¿dónde está?

—No va a venir a comer. Ha ido a encargarse de algunas cosas y creo que tenía intención de apuntarse a un curso de algo para el ordenador.

—¿Aquí?

—Sí, en el Instituto de Arte y Diseño.

En cuanto se quedó solo, se cambió la ropa por un bañador y colocó el

portátil en la mesa del jardín. Trabajó durante un rato y más tarde se tumbó aburrido en una de las hamacas.

Cuando llegó Claire, salió al jardín y sonrió moviendo la cabeza ante un bello y dormido camarón del Atlántico, asegurándose un bronceado que prometía despellejarle la piel. Se sentó a su lado, recorrió con un dedo el centro de su cuerpo y subió con lentitud desde el estómago hasta la base del cuello. El miembro del Inquisidor reaccionó con una erección incipiente que la impulsó a meter la mano bajo la cintura del bañador y acariciarlo. A Gabriel se le formó en la cara una ligera sonrisa, aunque no abrió los ojos. Por no bajarle el bañador y devorarlo sin contemplaciones, Claire se levantó. De pronto, una mano fuerte le apresó la muñeca.

—¿Adónde vas?

—Creía que estabas dormido.

—Si te motiva más, me lo hago.

—Te prefiero despierto. Voy a cambiarme.

—No, quédate conmigo.

—Vuelvo en dos minutos.

Gabriel negó con la cabeza, se incorporó con un brillo endemoniado en los ojos y tiró hacia abajo de la falda corta que vestía. La sentó encima de él para recrear la vista en la tela de un top rojo; el mismo donde se escondían las dos delicadas elevaciones que reclamaban su incansable tacto.

—Vamos a comprobar si funciona el seto —dijo Gabriel, desabrochando con unos dedos eficaces el sujetador. Se lo quitó con cuidado, le pasó los pulgares por los pezones y los vio endurecerse al mismo ritmo que su pene empezaba a rebelarse—. El otro día era de noche.

Claire giró un poco el cuello y le dejó besárselo sin trabas.

—¿Estás haciendo alguna estadística?

—Por supuesto, estoy viendo qué horario me convence más.

—¿Sí? —preguntó, apretando las piernas. Deslizó las manos por unos firmes abdominales y tampoco perdió el tiempo para bajarle el bañador. Con una visión excitante, se pasó la lengua por los labios anticipando un placer que preveía cercano—. A mí me convence otra cosa.

Claire movió la yema del pulgar por la cabeza de un pene llorica, incapaz de mantenerse quieto, loco porque empezara la fiesta. Gabriel la sentó a horcajadas y no pudo esperar para penetrarla y moverla con fuerza dando el mismo placer que recibía. Fundieron sus pieles a pleno sol mezclando esencias con jadeos incontrolados; ansiando un embarazo que no

llegaba ni tampoco les suponía un esfuerzo; esa pasión arrolladora que los consumía tenía suficiente poder para intentarlo las veces que hicieran falta.

Tras una ducha refrescante, se vistieron con ropa cómoda y, para sorpresa de Claire, antes de volver a las hamacas, Gabriel preparó unos granizados de limón sin incidencias y en pocos minutos.

—Pasado mañana tengo que volver a Quebec, el piso está vendido.

—Qué bien. ¿Te han pagado lo que pedías?

—Sí —afirmó suficiente—. Les he rebajado cinco mil dólares, pero hemos negociado los gastos notariales.

—Vamos, que no les has rebajado nada.

—Puedes verlo así —dijo risueño—. Traeré algunas cosas que no quiero perder. Tengo que buscar alguna empresa de mudanzas para que se encarguen de todo.

—¿Qué quieres traer?

—Un par de cuadros, algunos recuerdos, la poca ropa que aún tengo allí, la bici, las pesas, los palos del golf y el coche.

—¿Eso son algunas cosas?

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. Menos mal que no tenemos problemas de espacio.

—Me habrías hecho hueco, ¿a que sí? —preguntó con ironía—. He sacado los billetes de avión para mañana por la noche. Tengo la firma el jueves.

—No puedo ir. He empezado hoy en la Escuela de Arte Koning un curso de Fotografía y Photoshop.

—Solo será hasta el viernes. Mis padres y Sean también van a pasar unos días allí —comentó molesto; le apetecía esa improvisada reunión familiar. John estaba pletórico por haber convencido a Elizabeth para instalarse varios meses al año en el que fue su hogar, a cambio de algunos en Nueva York y una única condición: redecorarlo. Y Sean parecía ansioso por contarle algo, aunque no lo hizo—. Si me hubieses dicho lo del curso no habría sacado tu billete.

—Tampoco sabía nada del viaje. ¿Puedes devolverlo?

—Supongo, si no, le cambiaré la fecha. ¿Cuánto tiempo dura el curso?

—Seis meses. De tres a cinco de la tarde —dijo Claire, que apenas tuvo tiempo de comer, pero no quiso desaprovechar el primer día de clase por algo prescindible como alimentarse. Se enteró por la mañana, se inscribió y

empezó ese mismo día—. Si lo apruebo me darán un certificado, pero con aprender me conformo. Tengo que comprarme otra cámara y algunos objetivos. Después miraré por Internet.

—Si quieres hazme una lista y veo si puedo comprártelos en Quebec.

—No te preocupes, prefiero verlo yo.

—Como quieras. ¿Estás contenta?

—Muchísimo. En cuanto me he enterado, he vuelto a por la documentación que exigían y me he matriculado. No tenía ni idea de que habían puesto una escuela de arte. Me han dicho que lleva dos años. Tendrías que verme —comentó sonriendo divertida—, algunos compañeros han creído que era una profesora, soy la mayor de la clase. Voy a estar rodeada de críos de dieciocho.

—¿Y qué? —Gabriel encogió los hombros—. ¿Sois muchos?

—No. Hoy éramos unos diez, pero era el primer día. No sé si mañana vendrá más gente.

—Tú a lo tuyo. Ya verás como dentro de poco serás la mejor fotógrafa de Terranova, o del mundo, quién sabe...

Claire sonrió y lo besó en los labios.

—Tú sí eres el mejor.

VEINTITRÉS

Quebec, 17-8-12
Canadá

Tal y como tenía previsto, Gabriel firmó la venta del piso y contactó con la empresa de transportes que se encargaría de embalar y llevar sus objetos personales a Terranova; incluido el BMW, que pensaba vender, ya que usaba el todoterreno del banco y, al no tener aparcamiento, para ese coche permanecer a la intemperie cuando azotase el invierno sería su ruina. De repente una idea le cruzó por la mente y llamó a Elizabeth.

—Hola, mamá.

—Hola, Gabe. ¿Vienes a cenar?

—Sí, pero quería preguntarte algo porque en función de lo que me respondas tengo que decidirme.

—¿Qué ocurre?

—Iba a llevarme el coche a San Juan, aunque pensándolo bien es una locura, ¿por qué no te lo quedas? En el garaje tenéis sitio de sobra y sufriría menos que llevándomelo.

—No me hace falta, aquí tengo el de papá, pero tráelo.

—¿Papá sigue sin querer conducir?

—Sí. Estoy convencida de que le ha cogido miedo. Creo que debería ver a algún psiquiatra.

—Si quieres te doy el teléfono del doctor Leopold Barnes, tiene la consulta aquí, cerca del banco, es muy bueno.

—¿Cuándo has ido a un psiquiatra?

—El mes pasado, pero no fue para una consulta.

—¿Para qué fuiste?

—Tonterías mías. ¿A qué hora voy?

—Ven pronto, la niña se acuesta a las ocho.

—De acuerdo, voy a hacer unas llamadas y salgo.

Comunicó el cambio a la empresa de transporte, guardó en dos maletas el resto de ropa y pasó un rato hablando con Claire. Parecía una cotorra. Gabriel creyó que ese entusiasmo se aplacaría con dos clases más, en cambio, durante el tiempo que duró la conversación escuchó otra clase de fotografía en diferido.

Llegó a la urbanización de sus padres y los encontró sentados en el jardín jugando con Ophie. La pequeña era igual de inquieta que divertida, no tenía fin con los juegos que la hacían reír y había descubierto al perfecto aliado en su abuelo. John la sostenía en las piernas e iba acelerando el paso mientras le cantaba una canción repetitiva que ella intentaba seguir, aunque a carcajadas su media lengua no dejaba nada claro qué decía.

Sean salió de la casa con una botella de vino y varias copas. Estaba bronceado, relajado y se le veía contento: una sonrisa muy amplia, unos ojos con chispas de alegría, y unos andares confiados en un cuerpo robusto vestido con unas bermudas, una camiseta y unas chanclas negras, que Gabriel supuso le habrían costado una pasta por la de años que estaban durándole. Elaine dejó en la mesa un surtido de aperitivos y la comida de Ophie, que le dieron entre los abuelos, luego la acostó y cenaron charlando tranquilos.

A medianoche Sean y Gabriel se quedaron solos en el jardín, recordando las vueltas que daba la vida, compartiendo unos vasos de Lagavulin de dieciséis años; el whisky escocés favorito de todos y en especial de John, que lo pagaba.

—Reconozco que me has sorprendido —dijo Gabriel—. Creía que Elaine estaba embarazada.

—Con Ophie por ahora estamos bien.

—Me lo puedo imaginar. ¿Por qué quieres dejar Nueva York?

—El despacho ya te he dicho que vamos a mantenerlo. Es por comodidad. Aquí lo tenemos todo más a mano y, si papá y mamá van a estar casi todo el año, nos ha parecido que es el momento adecuado para empezar a crecer. En Nueva York tenemos una cartera estable de clientes y, con Elaine trabajando conmigo, no será igual que empezar de cero.

—¿Todo el día juntos? Vas a acabar saturado.

—Lo dudo. ¿Te saturas tú de Claire?

—No, pero si la tuviera todo el día a mi lado me volvería tarumba. No veas con las ganas que ha cogido el curso, no calla.

—Quéjate, aún me acuerdo cuando me dijiste que era la mujer de tu vida.

—Y lo es, pero cuando quiere es insufrible.

—Pobrecilla..., me pongo en su piel y no soy capaz de mirarla sin compadecerla.

—Pues deja de hacerlo porque está un poco molesta contigo; odia dar

pena.

—No puedo evitarlo. Pasar por una situación como la que ella vivió y que encima te veas en un tribunal acusado de asesinato, no solo es para volverse loco, sino también para desconfiar de la Justicia, y te lo dice un abogado.

Al oír la palabra “asesinato”, Gabriel frunció el ceño, se concentró en Sean y preguntó:

—¿Qué sabes de Claire?

—Lo mismo que tú, supongo.

—No supongas por mí. Cuéntame lo que sepas y dime cómo lo has averiguado.

—Intenté contártelo y te enfadaste —explicó Sean nervioso—. Busqué su nombre y lo encontré asociado a dos procesos judiciales diferentes que se unieron dado el resultado de uno que conllevó al otro.

—Sigue.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —afirmó muy serio.

—Creía que lo sabías.

—Y lo sé, pero tengo la versión de Claire —dijo Gabriel, sin reconocerle la parte que desconocía—. Habla.

—Leí la transcripción del juicio. —Sean bebió un trago de whisky antes de continuar, igual que Gabriel—. Stanley Goldener estudiaba Periodismo en Columbia, tenía veinticinco años. Varias compañeras lo habían denunciado por acoso y le abrieron un expediente disciplinario, pero no pasó de ahí. El 23 de abril de 2003, por la tarde Claire salió de la Escuela de Arte Rossmore y Goldener de Columbia, los dos entraron al parque cada uno por un camino diferente. Según la declaración de Claire, él se acercó a ella y le preguntó una dirección, luego la llevó a una zona apartada, la violó varias veces y lo mató. El juicio se celebró en junio, dos meses después. El fiscal la acusó de un homicidio involuntario, pero su abogado fue muy hábil y presentó la defensa como un homicidio justificable para proteger su integridad física. Se aportaron los informes forenses y no había ninguna duda razonable, el asalto sexual quedó probado. —Sean hizo una pausa viendo la tensión en el rostro de su hermano—. Claire tuvo algunas lagunas en el juicio y hubo preguntas del fiscal que no pudo contestar —dijo con una expresión ausente, tardó unos segundos en seguir—. Según la autopsia, Goldener murió en el acto por el impacto de una piedra en la sien. Supongo que aterrorizada

cogió lo primero que pilló y le golpeó con todas sus fuerzas. Probablemente salvó su vida, pero debió ser un trauma muy difícil de asumir.

—¿Cuál fue el veredicto?

—La absolvieron sin cargos.

Gabriel miraba a Sean aunque no lo veía.

—Los cargos los ha tenido en la conciencia todos estos años —dijo pensativo.

—¿Te extraña? Un hecho así es imposible que no te marque. Imagínate pasar por un tribunal que te está acusando a ti cuando has sido la víctima. Tener que recordarlo todo estando traumatizada. Es una putada muy gorda. No me extraña que no quisiera volver a saber nada de los hombres.

—Fue a Nueva York a estudiar Fotografía. —A Gabriel no le importó que Sean viera sus lágrimas—. Le costó mucho convencer a su madre, solo tenía diecinueve años y su padre había muerto en un accidente el año anterior. Quiso morirse. Tuvo una depresión muy grave, seguramente, si no me hubiese roto el tobillo se lo habría guardado de por vida como hizo su madre.

Gabriel se vino abajo y Sean le acarició con mucha ternura la espalda.

—No pienses en eso. Quédate con la mujer que amas. Contigo lo ha superado y tenéis una vida por delante. Olvídalo, Gabe, es lo mejor.

—Lo intento —dijo, limpiándose las lágrimas—. Pero hasta el mes pasado no podía entrar en Central Park. Se ha desmayado varias veces cuando lo revive. Tan solo el otro día conseguimos atravesar el parque sin problemas, y fue porque estaba preocupada por mí.

—No sabías lo del homicidio, ¿verdad?

Gabriel negó con la cabeza.

—No. Pero tampoco me ha sorprendido, sabía que había algo más. Hablé con un psiquiatra porque no me parecía normal que en tanto tiempo no lo hubiese superado. Fue en defensa propia, si no llega a matarlo él la habría matado a ella.

—Es posible, pero no lo pienses; fue un accidente que la salvó.

—Solo espero que ahora consiga olvidarlo.

—Para olvidar algo así tienes que ser un asesino y Claire no lo es. Estoy harto de ver gente de todas las condiciones sociales y los únicos que no muestran remordimientos son los asesinos, el resto, aunque comprendan que fue un hecho involuntario, siempre se arrepienten y creen que podrían haber sobrevivido sin matar.

—Creo que en San Juan nadie conoce lo que pasó para evitar

prejuicios morales. Sus amigos intuyen que le ocurrió algo, pero no tienen ni idea.

—Es una manera de protegerse. Siento mucho si la he molestado, pero desde que la conocí no he dejado de pensarlo. Era una niña... —Sean perdió la voz—. Si a mi hija le pasara algo parecido no sé qué haría. La madre debió pasarlo bastante mal.

—Hazte una idea. Viuda desde hacía poco, deja que su única hija se vaya y casi vuelve muerta. Ese hombre no solo la violó, le quitó sus sueños y la ha privado durante años de ser feliz.

—Ahora te tiene a ti —dijo Sean, dándole unas palmadas en el hombro—. Has dicho que la única vez que habéis atravesado el parque sin que recordara ese día fue porque estaba preocupada por ti, ¿qué te pasa?

—Queremos tener un hijo —afirmó con una sonrisa tristonca. Sean hizo una mueca divertida—. Claire no toma anticonceptivos, se hizo unas pruebas y está bien, pero no se queda embarazada —comentó ampliando la sonrisa, más relajado, y añadió—: Y practicamos bastante.

—Me lo imagino.

—Fui a un urólogo del Monte Sinaí. Tampoco tengo ningún problema físico, solo los espermatozoides vagos y me he puesto las pilas.

—Me parece que las pilas las llevamos de serie.

—No sé, papá es el experto.

—Y tanto, menos mal que la niña no se entera, porque a Ellie y a mí no nos dejan dormir hasta bien entrada la noche. Si lo sé me voy a tu casa o a un hotel. No nos dan una sorpresa porque mamá no puede —comentó Sean irónico—, y aun así no lo descarto; este es capaz de sacar petróleo de cualquier sitio.

El buen humor de Sean contagió a Gabriel.

—Voy a tener que pedirle asesoramiento.

—O la marca de sus pastillitas.

—¿En serio? ¿Crees que toma algo?

—Vamos, Gabe, tiene sesenta años, no se lo cree ni él.

—Conociendo a mamá me cuesta imaginar que lo admita, todavía no tiene el alta y no debería hacer el idiota.

—No, si el idiota no lo hace —comentó riendo—. Los gilipollas somos nosotros que nos quedamos sin pegar ojo escuchándolos.

—Antes de ir a Nueva York le dije a Claire que si quería nos alojábamos en un hotel, por lo mismo.

Terminaron muertos de risa. A pesar del bochorno que a veces sentían por un apasionado amor, perdonaban todo por verlos atravesar ese dulce momento después de tantas cosas vividas. También compartían una felicidad añorada y deseada durante demasiados años; era su momento y ninguno tenía intención de cohibirlos; John y Elizabeth gozaban del beneplácito de sus tres hijos.

VEINTICUATRO

*San Juan de Terranova, 20-8-12
Terranova y Labrador, Canadá*

Aunque a Claire le molestó que Gabriel alargara la estancia en Quebec comprendió que debía organizar la entrega del piso. Aprovechó la soledad del fin de semana para buscar el material que quería por Internet, practicando ejercicios con el ordenador, o desviando la concentración cada poco tiempo en adivinar qué no supo interpretar en la última conversación telefónica que mantuvieron. Hubo algo inquietante en aquellos monosílabos, en sus evasivas respuestas o en la sensación de notarlo ausente.

Con un dolor de cabeza considerable, el mismo lunes Gabriel ni siquiera paró en la sucursal, entró en la casa y atravesó el corredor directo hasta el dormitorio. Necesitaba descansar los músculos de todo el cuerpo. Dejó el equipaje sin deshacer y se duchó apoyado en la pared, aturdido por el calor y el agotamiento. Nada más terminar, se tomó un analgésico y cayó fulminado en uno de sus sueños profundos rodeado de paz. Cuando llegó Claire, al verlo dormido, dedicó el resto del día y parte de la noche a realizar las tareas que más se le resistían para estar al mismo nivel que sus jóvenes compañeros.

La mañana siguiente un sol espléndido despertó a Claire. Salió de la cama, pensando en que debía ser bastante tarde por la intensidad de la luz, vio la maleta de Gabriel junto al armario, y entró en el baño. Donde se sorprendió al encontrar todos los artículos de Gabriel recogidos en dos cestas de mimbre, que no recordaba haber visto nunca. Después de ducharse, se vistió con unos vaqueros y una camiseta blanca y se hizo un moño. Entró distraída en la cocina y casi tropezó con Ethel, que acarreaba patatas con las manos a rebosar, y dio un brinco.

—Buenos días o, mejor, buenas tardes —saludó Ethel sonriendo, dejó las patatas en la encimera y la observó con la frente apretada—. ¿Te encuentras bien?

—Hola, me he quedado dormida. ¿Hace mucho que se ha ido Gabriel?

—Sí, desayunó a primera hora. Me ha dicho que no lo esperes para

comer.

—¿Por qué?

—No lo sé, tendrá trabajo pendiente. ¿Te preparo el desayuno?

—No, no tengo hambre, me conformo con un zumo de naranja.

Creyendo que Gabriel estaba evitándola, llegó inquieta al dormitorio. Cogió el móvil, lo llamó, y respondió de inmediato.

—Hola, cariño —saludó Claire—. ¿Cómo estás?

—Bien. Siento lo de ayer, llegué con la cabeza a punto de estallar.

—No quise despertarte, aproveché para adelantar algunos deberes.

¿Estás mejor?

—Sí, aún me duele un poco, pero estoy mejor. ¿Te ha dicho Ethel que no puedo ir a comer? Estoy bastante liado.

—Sí, no te preocupes, pero intenta esperarme despierto, llevamos casi una semana sin vernos.

—¿Querías decirme algo?

—No —respondió razonable, tratando de distinguir amabilidad en ese tono frío—. Hasta luego, que pases un buen día.

Durante un buen rato Claire no dejó de pensar en él. Terminó los ejercicios insatisfecha por los resultados, si bien, tampoco estaban tan mal teniendo en cuenta el esfuerzo que le supusieron. Después de tomarse una crema de puerros sumida en un pesimismo tristón, mientras conducía camino de la escuela, se obligó a respirar hondo varias veces con la firme intención de aliviar la opresión que sentía en el pecho. Parecía como si su sexto sentido le advirtiera de un grave peligro; era una sensación de miedo desconcertante y abrumadora.

Gabriel regresó pronto del banco, se puso un bañador y volvió a tomarse otra pastilla para mitigar el zumbido cansino que se repetía en su cabeza desde hacía unas horas. Medio grogui, apretó los párpados cegado por el sol que caía a plomo aquella tarde en el jardín y se tumbó en una de las hamacas. No pasaron ni diez minutos cuando el sonido de la puerta principal cerrándose lo alertó de la llegada de Claire, se incorporó entornando los ojos con la vista enfocada en la casa.

—¡Hola! —saludó saliendo por el salón y se acercó risueña, muy contenta por verlo antes de lo esperado—. ¡Por fin coincidimos!

—Hola, cariño. —Gabriel extendió el brazo y tiró con suavidad para abrazar a la dueña de su corazón. Ese que llevaba días sangrando al imaginar

el drama al que se enfrentó siendo muy joven, con el único apoyo de su madre, delante del tribunal que la juzgaba como una homicida, después de ser impunemente violada ... Si continuaba por esos derroteros conseguía amargarse más, compuso una sonrisa y, a riesgo de terminar saturado, preguntó—. ¿Cómo te ha ido en clase?

Claire frunció las cejas y le sujetó la cara, contemplando la plata a punto de fundirse.

—¿Qué te pasa?

—Me duele otra vez la cabeza.

—Me estás preocupando. ¿Te duele mucho?

—Sí, supongo que es por los nervios. Desde hace un tiempo cuando me estreso empieza a dolerme.

—¿Me pongo el biquini? —susurró Claire, le besó los labios y sonrió con picardía—. Para relajarte un poco.

—Me relajas siempre —habló despacio y acarició su mejilla—, pero, si no te importa, prefiero estar un rato tranquilo.

—No —dijo rápido—. Tengo que hacer más ejercicios. Estoy un poco agobiada con el nivel de mi clase, son unas fieras con la informática y a veces creo que flipan conmigo.

—Ve a tu ritmo. No son matemáticas —dijo Gabriel indulgente—. Es una profesión donde lo más importante es la sensibilidad y la originalidad, y tú vas sobrada. Además, siempre podrás contratar a alguien para que te haga el trabajo sucio.

—No alucines, dame algo de tiempo. Para llegar al nivel de poder contratar a gente tendría que irme de escándalo y no sé si algún día lo conseguiré.

—Conseguirás lo que te propongas, inténtalo. Tengo fe en ti.

—Gracias —afirmó con una sonrisa radiante.

—No me las des. Estoy impaciente por ver algunas de tus fotografías.

—Vas a tener que esperar, aún no me ha llegado el material, pero en Port-aux-Basques podría practicar con mi vieja cámara; te haría unas fotos increíbles... —Claire echó un vistazo al cuerpo de Gabriel—. Eres el modelo perfecto. Me apetece ir, si quieres llamo a la hermana de Willy para reservar un par de noches.

—Podemos dejarlo para mediados de septiembre —dijo Gabriel animado—. ¿Qué vas a hacer con el viaje a Londres? ¿Vas a venir o no?

Claire dudó un instante.

—No, lo siento —respondió torciendo la boca—, no puedo perder quince días.

—Muy bien —admitió Gabriel serio.

Al advertir un enfado instantáneo, Claire se levantó para no calentarse y aceleró el paso hasta encerrarse en el despacho de la planta baja. Pensándolo con frialdad, entendió su decepción, pero solo llevaba una semana de curso; no era el mejor momento para ella. Tras unas horas, cuando la luz del atardecer se ensombreció rendida a la noche, escuchó en la cocina el ruido estrepitoso de algunos cubiertos al aterrizar en el suelo. Con cierta cautela, Claire recorrió los escasos metros de distancia entre las dos habitaciones.

—¿Estás mejor? —preguntó Claire.

—Sí, hace un rato me he tomado otra pastilla —respondió sin mirarla. Se había duchado, vestía un pantalón corto negro y una camiseta roja desteñida—. Voy a calentar la cena. ¿Quieres una copa?

—No. Y tú no deberías beber si estás tomando pastillas.

—No iba a beber —contestó molesto.

—¿Te pasa algo conmigo?

—No.

—Vale —susurró Claire, anduvo para salir, pero no tenía intención de seguir dándole vueltas al mal presagio que le rondaba y se giró para despejar sus dudas. Gabriel cortaba embutido dándole la espalda—. Comprendo que estés enfadado por el viaje, pero estoy muy ilusionada con el curso y no me gustaría faltar.

—No estoy enfadado —replicó despacio.

—Te conozco. —Claire escuchó como bufaba con fuerza. Lo vio dejar el cuchillo en la tabla, coger un trapo y limpiarse las manos antes de volverse para mirarla. Mejor que no lo hubiese hecho. La tensión en su rostro fue evidente, la compasión en sus ojos la puso a la defensiva y, sabiendo la respuesta, preguntó sin apenas mover los labios—. ¿Qué te pasa?

—Stanley Goldener.

—Sean, ¿verdad?

—Sí.

Claire movió la cabeza, frunció los labios y no controló el nivel de adrenalina que fluyó alocada por sus venas.

—No tenía ningún derecho a contarte nada de mí. Ninguno. Nadie puede hablar de él. ¿Lo entiendes?. ¡Nadie!

—Es mi hermano, es abogado y estaba preocupado por ti.

—¡Y una mierda! ¡Es un cotilla! ¡Igual que todos!

—Por favor, no hables así.

—¡Hablaré cómo quiera! —exclamó con lágrimas de impotencia en los ojos.

—No —dijo, mirándola con tristeza y una sonrisa amargada—. Tú no hablas. Te has callado durante demasiados años.

—¿Y qué?, ¡fue a mí a quien violaron!, ¡fui yo quien lo mató!, ¡no le importa a nadie!

—No es verdad. —Gabriel habló acercándose despacio. Colocó una mano en el brazo de Claire, que se zafó con brusquedad y mantuvo una distancia peligrosa para la contención escasa que él todavía manejaba, y comentó tranquilo—. A mí me importa.

—No querías oírlo.

—Lo sé —murmuró Gabriel—, me arrepiento y lo siento mucho.

Por un instante eterno, Claire observó aquellos ojos metálicos tratando de ver en sus entrañas, tan profundo que Gabriel muy incómodo apartó la vista. Luego, llegó la carrera hasta la buhardilla y el portazo airado. Con el ruido, Gabriel cayó sentado en una silla y se sujetó la cabeza entre las manos, sin comprender el genio obstinado de Claire ni el mal concepto que tenía de Sean y sin la remota intención de ceder. No estaba pidiéndole explicaciones, tampoco que gritara a todos para hacerlo público, simplemente era una cuestión de confianza en él; y, por supuesto, en su hermano, por quien daría siempre la cara.

Harto de esperarla Gabriel recogió la mesa una hora después tal y como la puso, apagó la luz y fue al dormitorio. Se metió en la cama con un cabreo enorme; suficiente para aguantarlo despierto hasta la madrugada, cuando aceptó vencido por la frustración que Claire no dormiría con él.

Al despertarse a la mañana siguiente, la tranquilidad duró los pocos segundos que necesitó para saber que había pasado la noche solo. Se levantó y, después de ducharse y vestirse con un traje oscuro, subió a la buhardilla. En la primera planta se detuvo en la habitación Sur, entró y se dirigió al ventanal.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, contempló el jardín lleno de espesos árboles, los parterres con rosales pegados a la puerta del salón, el seto recorriendo la verja, y las hamacas donde habían pasado unos momentos

imborrables.

—Solo nos ata la casa y puedo volver a comprártela.

La voz fría de Claire sacó a Gabriel de unas cavilaciones nostálgicas para revolver el malhumor no apaciguado por el nulo descanso. Cuando se giró, vio la tristeza en una imagen engañosamente sosegada.

—No está en venta y no creo que pudieras pagar lo que vale para mí.

—No sé por qué significa tanto para ti, no hay nada que te una a ella.

—Estás muy equivocada.

—No. Sé que no soportas la verdad. Apenas podías hacerlo con la violación, esto ha terminado de desbordarte.

—Puedo decidir solo qué aguanto y qué no. Entiendo que fue un acto involuntario, justifico tu reacción, y no estoy juzgándote, no soy quien, solo te pido que no me presiones.

—No es presión, es percibir el rechazo. Esa es la razón por la que mi madre y yo decidimos no contárselo a nadie. Aunque todo el mundo sienta compasión por mí, no es lo mismo ver a una víctima que a una asesina, por mucho que digan.

—No sé qué verían los demás si lo supieran, yo solo te veo a ti y, desde luego, no veo a ninguna asesina porque no lo eres. Mataste a un hombre de manera accidental, ni qué decir las circunstancias que te rodearon. Tuviste un juicio, te absolvieron y has cumplido una penitencia muy injusta durante muchos años. Aunque sea lo que esperas, no pienso dejarte.

—Ya lo has hecho.

—No —dijo elevando la voz—. Me voy porque debo irme. Sabes que el viaje está programado desde hace varias semanas, ibas a venir conmigo; ¿quién deja a quién?

—Has estado en Quebec un montón de días, desde que has vuelto me has evitado y apenas me has hablado; no digas que no me has dejado porque el hombre que salió por esa puerta no ha entrado contigo.

—No funciono por impulsos y sabes que no me encuentro muy bien. No te he evitado, no quieras ver cosas que no son verdad.

—Te preocupa demasiado qué pensará la gente.

—No eres la más indicada para decirme eso cuando no has sido capaz de hablar con nadie desde que ocurrió.

—Aquí nos conocemos todos y mi madre regentaba un negocio; fue lo mejor para seguir con nuestras vidas.

—No fue lo mejor —dijo Gabriel andando hacia ella, negó con la

cabeza y continuó en un tono cortante—. Fue la mejor manera de meter la mierda bajo el felpudo, pero no ha sido ni de lejos lo mejor para ti.

—Es mi mierda y haré con ella lo que me plazca. —Claire no podía darle la razón; esos diez años se quedaban para ella. Con una mirada altiva, dijo—. Que pases un buen día.

—Me voy esta tarde —comentó Gabriel antes de que saliera—. Vente conmigo.

—No. —Claire se volvió y habló calmada, trató de sonreír, aunque sus ojos brillaban demasiado—. Deberías pensar bien qué vas a hacer.

—¿Cómo? —preguntó sin contenerse más—: No vuelvas a suponer que esto termina aquí porque no voy a dejarte; me da igual tu opinión.

—Para mantener una relación los dos debemos estar de acuerdo, por ahora no lo estamos, y tengo la esperanza bajo mínimos.

—Pues recupérala —replicó severo—. Vamos a casarnos el tres de noviembre, te guste o no.

—Por ahora la boda está cancelada —dijo en un tono neutro, se quitó el anillo y se lo dio—. Toma.

Abstraído, Gabriel siguió con la palma de la mano abierta durante unos segundos, la cerró con fuerza y salió de la habitación como un torbellino silencioso.

El resto de la mañana Claire rozó un suplicio aterrador, sin concentrarse en ninguna de las tareas que empezaba. Claramente necesitaba a Gabriel, con sus luces, sus sombras y, sobre todo, con esa voz que le permitió conocerlo en interminables conversaciones.

Organizando el trabajo en el banco, Gabriel trató de no pensar en Claire, bajó la escalera para buscar a William y no vio a Cybill sentada en la mesa de Jim. A los dos minutos de regresar al despacho, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo de forma mecánica. Disimuló el malestar por la sorpresa con una tibia sonrisa, recordando las palabras de Claire sobre las intenciones de la guapa comercial farmacéutica. Ese día vestía un sobrio vestido negro, que conjuntó con unas sandalias de tacón alto de color rojo, como las uñas de los pies. Gabriel no reprimió una voz dura al preguntar—: ¿Qué haces aquí?

—Hola, ¿puedo pasar?

Sin tomarse la molestia de esbozar una sonrisa, hizo un gesto con la mano y entró Cybill, ajena a una tormenta de rayos eléctricos asolando la

mente de Gabriel con un único pensamiento: deshacerse rápido de ella.

—¿En qué puedo ayudarte?

—He venido a renovar la Visa.

—¿Te han atendido ya?

—Sí, Jim ha sido muy amable —comentó sonriendo, cruzó las piernas y balanceó el pie—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Gabriel asintió con una línea rígida en los labios. Tenía un montón de trabajo pendiente y no podía perder el tiempo en una conversación social sin interés—. Bastante liado.

—No quiero interrumpir —dijo Cybill, percibiendo un rechazo incómodo. Consciente de que era indigno rebajarse, se levantó y trató de sonar cortés—. He subido a saludarte porque hacía tiempo que no nos veíamos, pero no quiero entretenerte. Tengo que irme. Hasta luego, Gabriel.

Deponiendo una actitud casi grosera, Gabriel creyó que merecía alguna deferencia por la intimidad que compartieron, rodeó la mesa y, esbozando una sonrisa, dijo:

—Te acompaño.

Claire, que no pretendía pasar los próximos quince días con los nervios de punta, dejó la casa y cogió el coche. Durante el trayecto hacia el Scotia se fustigó para ignorar sus fantasmas; esos que otra vez le jugaban una mala pasada, los mismos que la habían mantenido años en un limbo solitario. Pero no podía permitir que se interpusieran entre ella y el motor de su vida; necesitaba mantener a su lado al mejor compañero que el imprevisible destino pudo cruzar en su camino; el ángel guardián de sus sueños.

Aparcó en la puerta y ni siquiera se molestó en cerrar el Bronco con el mando a distancia, entró rápido, saludó con una sonrisa a William, que no le devolvió, y subió al despacho de Gabriel. No llegó muy lejos. En el pasillo contempló inmóvil cómo besaba a Cybill en las mejillas y se bloqueó unos segundos, pensando en la mala espina que le dio cuando se encontró con ella allí mismo antes del cumpleaños. Aquel día intuyó o, más bien, supo —sin posibilidad de error— que fue a buscarlo y a falta del original se conformó con William. Al parecer, justo en ese momento, cuando su relación atravesaba la primera crisis seria, contaba con la atención del señor Drake, que no ocultó una mirada sorprendida al verla. Grises y verdes enfrentados en una huida anunciada en el rostro agriado de Claire.

—Espera —dijo Gabriel ignorando a Cybill, que pasó por delante con

muchas ganas de quitarse de en medio, sujetó de manera suave el codo de Claire y con un tono neutro pero firme, reparando en los ojos curiosos de varios empleados, añadió—: Vamos al despacho, por favor.

—No tengo tiempo.

—Me da igual —replicó sin elevar la voz, con lentitud y una mirada de advertencia; no admitía negociaciones—. Hasta dentro de dos horas no tengo que estar en el aeropuerto, y tú y yo vamos a dejar las cosas bien claritas.

—Te acabo de decir que no puedo.

Gabriel insinuó una sonrisa cínica. No cedió ante la nitidez de una voz que sugería decepción, prefirió seguir su instinto y hacer caso a unos ojos que no lloraban, pero reflejaban claramente un estado de ánimo belicoso. Abrió la puerta del despacho, con una ligera reverencia pasó Claire por delante y cerró con llave. El espacio era amplio y luminoso, tenía una mesa rectangular con un iMac de veintisiete pulgadas, supuso que una de sus últimas adquisiciones, un sillón giratorio de piel oscura, tres sillas confidentes del mismo estilo moderno y, en un rincón, de donde colgaban cuatro láminas con fotografías de Robert Doisneau, de Londres en los años 50, había un sofá de dos plazas y un pequeño sillón tipo club. Pese a que todo era bonito, a Claire no le resultó un sitio acogedor, apoyó las nalgas en la mesa y cruzó los brazos a la defensiva. Llena de desprecio, frenando el afán dialogante de Gabriel, espetó:

—¿Qué hacía esa aquí?

—Siéntate en el sofá.

—Estoy bien. Contesta.

—Ha venido a renovar la tarjeta, ha subido a saludarme.

—Claro —dijo sonriendo, añadió con ironía—. Debiste dejarla impresionada con un solo polvo.

—Siéntate y escúchame con mucha atención —ordenó impasible. Gabriel siempre había intentado controlarse con ella, pero llevaba muchas horas aguantándose, estaba en su terreno, era el jefe y, como tal, desplegó sus alas de autoridad. Recorriéndola con la vista, elevó las cejas y organizó las palabras que acudían en tropel a su cerebro. En cuanto se sentó Claire, metió las manos en el bolsillo del pantalón. Permaneció de pie, aumentando la superioridad que le daba la estatura y el poder de tenerla donde quería—. Olvida a Cybill, no es nadie, nunca lo ha sido y ten por seguro que nunca lo será. Tú y yo nos conocemos desde hace ocho meses, estamos comprometidos y no hay ninguna razón para no continuar con nuestros

planes. Te lo he dicho esta mañana y voy a repetírtelo porque creo que no lo has entendido: vas a ser mi mujer, te guste o no.

—Eso habrá que verlo.

—No me interrumpas cuando estoy hablando.

—Pues no me hables como si fuera uno de tus empleados porque no lo soy.

—No lo eres, pero no me entiendes. Si no te gusta mi tono, lo siento. Yo me he jodido durante meses a mí mismo intentando saber qué te había ocurrido. Te fastidias y te callas.

Claire sonrió, se levantó y se encaró con él.

—No me impresionas.

—Me alegro —dijo sin apartar los ojos de los suyos, amagó un gesto suficiente—. Piénsalo. —Gabriel cernió ligeramente el cuerpo sobre ella, imponiendo una envergadura intimidatoria—. Tienes delante a un hombre, fuerte, más alto que tú, enfadado y a punto de perder el control. ¿Te suena?

—No te tengo miedo. Tú no me harías daño.

—No —dijo negando ligeramente con la cabeza—. Jamás. Sin embargo, tú a mí estás destrozándome sin golpes. Crees que no soy capaz de asumir que mataste a un cabrón que no merecía vivir y te equivocas. —Gabriel la observó con la determinación brillando en los ojos—. Si tú no hubieses hecho, habría sido feliz matándolo con mis propias manos. No tienes ni idea del dolor y la frustración que he sufrido cuando lo veías a él en mí. Lo he odiado con todas mis fuerzas. Desprecio a esa clase de animales, no los he soportado nunca y haberte conocido ha terminado con cualquier mísera consideración que en otro momento de mi vida hubiera podido tener. Te quiero y sé que tú también me quieres, no voy a renunciar a ti por él. Hemos terminado con esa parte de tu vida, tú y yo.

—Siempre te ha preocupado el qué dirán los demás. Mira cómo te pusiste cuando te enteraste de la relación entre Cora y Jack. —Claire sonrió y entornó los ojos—. Lo único que te preocupó fue pensar que la gente lo sabía y tú habías sido el último en enterarte; y esto no es comparable. Si Sean lo sabe, se lo habrá contado a Elaine y, probablemente, a tus padres; tarde o temprano cualquiera podrá saberlo, y vivimos en una ciudad donde todos nos conocemos; ¿lo soportarías?

—Para empezar no tiene nada que ver la relación entre Cora y Jack. Ellos me traicionaron voluntariamente, sin coacción, sin violencia y sin delito. No es lo mismo y sabes que hemos aclarado nuestras diferencias.

—Sí, a hostias.

—Sí, y también sabes que me avergüenzo. Le pedí disculpas y lo solucionamos, y te garantizo que nunca más volverás a verme levantarle la mano a nadie —dijo muy serio—. En cuanto a Sean, aparte de ser mi hermano, es junto a ti la persona que mejor me conoce, mi amigo, y no es ningún cotilla. Es un hombre preocupado por mí, y por ti. Me dijo que te aprecia y que lo disculpes si te ha molestado. Se sentía abrumado al pensar en tu drama. No se lo ha dicho a nadie, está acostumbrado a mantener la boca cerrada y tengo la garantía de su palabra porque desde que me quitaron la escayola sabe que te violaron —comentó. Claire bajó la cabeza y se frotó los ojos. Gabriel suspiró, pero quiso que no dudara de su hermano, una de las personas más leales que conocía—. Cuando fui a Nueva York aquel fin de semana, se lo conté. Tú no me lo habías dicho, pero para mí era obvio. Después intentó hablar conmigo cuando mi padre tuvo el accidente, pero le dije que lo olvidara y no habíamos vuelto a nombrar el tema. El viernes me contó la transcripción del juicio porque se lo pedí. Él creía que yo conocía toda la historia. —Gabriel la sujetó por los brazos—. No tengo intención de dejarte, he cambiado mi vida por ti, porque te quiero y te necesito. Tenemos un proyecto de futuro juntos y nada de lo que pasó hace diez años va a cambiarlo; nada.

—¿Estás seguro?

—¿Tienes que contarme algo más? —preguntó sin relajar los músculos de la cara, cansado de que no lo creyera. Claire negó en silencio. Gabriel intentó suavizar el tono, pero todavía molesto comentó—. Como quieras, me voy a las cuatro. Estaré en el aeropuerto y espero verte allí. Entiendo que no sea conveniente para ti perder quince días de clases, a pesar de los planes que teníamos para este viaje —habló sin filtrar un reproche lastimero—, pero porque faltes una hora no va a pasarte nada.

—Podemos despedirnos aquí.

—Sí —afirmó sonriendo irónico, necesitaba que lo antepusiera a todo y, con una pizca de soberbia, continuó—. Podríamos, pero no vamos a hacerlo.

—¿No? —preguntó al apretar el ceño. A Claire no le gustaban las órdenes y él estaba cruzando el límite empeñado en mandar—. ¿Qué pretendes? ¿Quieres obligarme a ir al aeropuerto? Acabas de decirme que no te importa mi opinión sobre nuestra boda. ¿Qué es esto? ¿Una especie de desafío? ¿Es eso?

—No, es una cuestión de amor. Necesito a mi novia abrazándome en el aeropuerto antes de estar dos semanas sin vernos.

—¿Y si no voy?

Gabriel enfrió la plata de golpe, pero trató de sonreír.

—Me iré sabiendo lo que significo para ti.

—No te haces una idea —dijo esbozando una sonrisa lenta. Quiso besarla y dejarse caer en sus brazos; en cambio, no lo hizo—. Allí estaré.

Con la fortaleza de Gabriel que fue también la suya, Claire salió del Scotia con la autoestima por las nubes. Si en invierno las auroras boreales guiaron la magia de su amor, en pleno verano, ese hombre se convirtió en el sol y ella en un minúsculo planeta girando alocado a su alrededor por un calor que deseaba. Se casaría con él y cumpliría su exigencia, incluso siendo reacia a las despedidas; ese capricho añadió un punto más a favor del banquero que cuando quería era un romántico inquisidor.

A muchos kilómetros de San Juan, en la residencia de Deer Lake Manor, Alexei Barinov se sorprendió ante la llegada de Craig. El hombretón debía tener algún problema en el taller para trasladarse hasta allí entre semana. Recorrió el camino adoquinado por delante del lago que había frente al edificio principal y lo saludó con un apretón de manos; era agradable ver una cara conocida de vez en cuando. Tras unas frases cordiales, siempre manteniendo un respeto que rayaba el temor por parte de Craig, que había sufrido en más de una ocasión las ráfagas furiosas de una genialidad explosiva, se sentaron en un banco mirando el embarcadero.

—He oído que andan buscándote —comentó Craig casual. Alexei no pestañeó. Para saciar esa curiosidad que jamás le mostraría el anciano ruso, Craig añadió—: Claire Merritt y su prometido van a reformar el Boreal Róis, el arquitecto ha preguntado por ti en el aserradero de Tipps, me enteré cuando fui a llevarles los tableros. Y, por cierto, no los quieren, los he dejado otra vez en la nave.

—No te preocupes —dijo sin interés en un trato económico del que podía prescindir—, si te surge hacer cualquier reparación, úsalos. —Alexei comprendía que le faltaba carácter y mucha imaginación para seguir con el taller, por eso Craig prefería la estabilidad de un trabajo por cuenta ajena. Preocupado por la otra noticia, comentó—. Es un poco extraño que vayan a reformar otra vez el Boreal. ¿La casa tiene algún problema?

—No que yo sepa. Parece que van a quitar la residencia. Es una obra

grande, hasta están buscando un herrero. —Craig soltó una risotada—. ¡Ni que en San Juan todavía fuésemos a caballo!

—Charles trajo uno de Francia —dijo en un murmullo—. Si quieren preservar el espíritu de la casa, es normal que traten de ejecutar los oficios en la misma línea.

—¿Vas a ponerte en contacto con ese arquitecto?

—No —respondió rotundo. Correría el riesgo de que encontrara el compartimento oculto en la estantería del despacho. Si así ocurría, que Claire Merritt y él volviesen a cruzarse sería una cuestión de tiempo, o de suerte; si el crudo invierno le perdonaba otra primavera—. Soy un viejo, muchacho, estoy jubilado; tendrá que apañárselas sin mí, no le será difícil.

—¡Estás loco, Alec! —exclamó Craig, sonriendo a sus bondadosos treinta años—. Eres el mejor carpintero de San Juan, no va a encontrar a nadie para sustituirte.

—Claro que sí. Y te lo diré por última vez: ¡Soy ebanista!

Con el móvil sin batería, Gabriel no pudo llamar a Claire desde el pequeño aeropuerto cuando un rato antes de la hora prevista para embarcar un policía lo apremió a que cruzara el Control de Seguridad. Una vez dentro, era imposible ver a Claire si aparecía. Nervioso, recorrió con la mirada las puertas automáticas sin contemplar la posibilidad de que no acudiese, hasta llegar a Europa estaría incomunicado y, con seguridad, saturado de pensamientos negativos.

—Por favor, señor —dijo el policía en un tono que sonó duro al que añadió una mirada exigente—. No voy a repetírselo, debe pasar ya.

Resopló por la nariz, la buscó por última vez entre un limitado grupo de gente y colocó el maletín de piel en la cinta transportadora. Para exasperación del policía, se quitó a paso de tortuga el cinturón y los zapatos, sacó los objetos de los bolsillos de la chaqueta, que colocó de manera cuidadosa en la cinta, y luego los del pantalón, uno a uno, con suavidad..., despacito...

Como una broma cruel del destino, Claire no daba crédito a la visión dantesca que contemplaba el único día que tenía prisa y salió del curso con tiempo de sobra. Llevaba más de quince minutos detrás de un accidente múltiple que había colapsado la carretera. Miró impaciente la hora cuando empezaron a retirar los vehículos, llamó a Gabriel, pero volvió a saltar el

buzón de voz. Desesperada, en cuanto uno de los policías dio paso, adelantó a otros coches y salió disparada hacia el aeropuerto.

Entró corriendo, se dirigió a una pantalla digital y comprobó que el vuelo ya había despegado.

De nuevo en el Bronco, sin otra cosa en la cabeza que cambiar de sentido, volver a su casa y hacer la maleta para coger el próximo avión hacia Londres, giró el volante bruscamente. De repente, un coche oscuro que circulaba por el carril contrario la embistió. Y de manera accidental, aquel hombre desconocido del Volvo atravesado en la carretera, colocó otro obstáculo en una vida con ya demasiados salvados; en una vida con demasiadas pérdidas, pocas despedidas e ínfimas alegrías.

Continúa en *Con la fuerza del oleaje*.

En la segunda parte de Boreal Róis descubrirás el secreto mejor guardado en la casa y las razones para mantenerlo oculto sesenta años; el destino de Claire y Gabriel, marcado por coincidencias; y confesiones del miembro más independiente de la familia Drake, Jack, que compartirá con Cora momentos trascendentales, felices y emotivos. Todos sufrirán el inexorable resultado de unos caminos cruzados donde las sombras, alegrías, luces y penas revelarán verdades tan buscadas como insoportables.